



EL  
MERCADER  
DE  
VENECIA

RICCARDO CALIMANI

Lectulandia

Un grupo de judíos perseguidos se dirige a Venecia, donde confían encontrar seguridad y protección. El hombre que encabeza la expedición es Moses Conegliano, padre de familia sabio y carismático, un judío reflexivo y optimista cuya experiencia le predispone a hacer de guía y consejero de todos ellos.

La ciudad que los acoge es abierta y tolerante, reflejo de este período de la Europa de costumbres ambivalentes y, a acaso, contradictorias. Una ciudad mercantil con un ambiente propicio para que en ella se den cita todas las confrontaciones ideológicas de la época: los ecos imperialistas, los enfrentamientos entre luteranos y católicos y el fanatismo antisemita de una Inquisición en auge. Así, finalmente, con la constitución del Gueto de Venecia en 1516, el drama de la historia se enlaza indisolublemente con la vida de Moses Conegliano y su familia.

El mercader de Venecia es una mirada lúcida a la historia y a un mundo lleno de emboscadas y traiciones, refinadas actividades comerciales y comprometidas alianzas.

**Lectulandia**

Riccardo Calimani

# **El mercader de Venecia**

ePub r1.0

libra 13.02.15

Título original: *Il mercante di Venezia*

Riccardo Calimani, 2009

Traducción: Esther Roig Jiménez

Editor digital: libra

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRIMERA PARTE

1508-1516



# 1

## El ataque

La muerte llega cuando quiere. A veces, silenciosa y repentinamente. A menudo, sin duda, inesperadamente.

En aquel día de densa oscuridad, Sante Rossetto, Alvise Vianello y Marco Scarpa estaban remando con fuerza cruzando cañizales e islotes en los límites de la laguna.

Algunos informadores infiltrados en el continente habían señalado la presencia de grupos de irregulares que podrían intentar entrar en la ciudad bajo falsas apariencias o realizar cualquier movimiento inesperado en islitas más lejanas y estratégicas. Hasta ese momento, las infiltraciones por parte de tropas regulares eran consideradas improbables, pero se temía que, con vistas a un ataque final contra la Serenísima, el enemigo pudiera crear una red de espías que constituyera una oscura amenaza a la seguridad.

Hábiles remeros y magníficos regatistas, estos fuertes hombres de mar estaban acostumbrados a su habitual servicio de vigilancia y no sentían ninguna preocupación ni temor, y mucho menos peligro. La niebla se había vuelto muy espesa, pero los tres seguían remando con empeño sabiendo, sin ninguna duda, cuál era la ruta que debían seguir.

Sante Rossetto, en popa, era un hombre alto y fornido, con una mandíbula grande y pronunciada y ojos negros un poco saltones. Alvise Vianello, en cambio, menudo y flaco, tenía los cabellos largos y pajizos. Marco Scarpa, a proa de aquella veloz batea, casi calvo y de mediana estatura, llevaba en la frente una ancha cinta roja.

Rossetto y Scarpa eran muy amigos y a menudo pasaban las veladas juntos, cantando y bebiendo buen vino en compañía de sus respectivas prometidas, Mimosa y Rosetta, que amaban la buena cocina, preparaban excelentes manjares y les hacían reír, porque, como decía Mimosa: «Hombre que ríe, toca a su mujer».

Sucedió en un momento. De repente la barquita se encabrió de un modo raro, interrumpió bruscamente su curso y acabó dentro de una red tendida a ras del agua. Vianello y Scarpa perdieron el equilibrio y resbalaron hacia el fondo, mientras que el contragolpe hizo caer por la borda a Rossetto bajo la popa, y esto fue su salvación.

Unos hombres armados, vestidos con uniformes llamativos, bien estabilizados sobre tres barcas, saltaron a un islote lleno de cañas. Repentinamente, con flechas finas que apenas silbaron hirieron a los dos desventurados que, sorprendidos, se habían levantado, y en pocos segundos se abalanzaron encima de ellos. Scarpa y Vianello no tuvieron tiempo de oponerse ni de darse cuenta de que iban al encuentro de la muerte.

Heridos, sorprendidos y aterrorizados, pensaron en rendirse al enemigo que se acercaba teniéndolos a tiro. Pero los soldados, en cuanto estuvieron cerca de la barca, se abalanzaron sobre ellos y los mataron sin darles tiempo a reaccionar. Con dos

golpes precisos los atacantes les cortaron la cabeza y lanzaron por la borda los cadáveres, dejando que la sangre se mezclara con el agua salobre. Después huyeron tan rápidamente como habían llegado, quizá temiendo que pudiera haber otras barcas venecianas en las inmediaciones.

Sante Rossetto, escondido en las oscuras sombras, bajo la pequeña popa, anonadado y presa del pánico, se quedó largo rato inmóvil. Temía que el enemigo pudiera oír ruidos, percatarse de su presencia y volver atrás.

El silencio, mientras tanto, se había apoderado de nuevo del lugar, escenario de un encuentro tan breve como cruento.

La niebla se había espesado y el agua parecía más oscura debido a la abundante sangre que los dos cuerpos sin vida habían perdido.

Rossetto no se atrevió a subir a la barca. Tras liberarla cautelosamente de la red, la empujó lentamente a la deriva, manteniéndose oculto bajo uno de los bordes.

Solo tras varias horas, al caer las primeras sombras, se encaramó sobre la popa y, gracias a la marea menguante, logró dirigirse hacia el Gran Canal y orientarse hacia la orilla, remando con un pedazo de madera.

Jadeante, muerto de frío y todavía aturdido, subió con dificultad los escalones de mármol cubiertos de algas. Tenía solo una idea en la cabeza: antes que nada debía ir a casa de Mimosa a beber, comer y hablar, y contarle lo que había sucedido.

«Con poco se vive y con nada se muere —pensaba caminando furtivamente por las calles—. Por la mañana no se sabe lo que puede suceder por la noche».

Ni siquiera se le ocurrió que debería haber acudido inmediatamente a ver a sus jefes para avisarles de lo sucedido. Solo pensó que lo peor había pasado y, en cambio, no se dio cuenta de que estaba exponiéndose a nuevos y graves peligros.

## 2

### En la laguna

Llegaron al amanecer.

No muy lejos del lugar donde Vianello y Scarpa habían encontrado la muerte, el día antes, en una mañana de niebla.

La calle, oculta entre las plazuelas, de repente parecía interrumpirse bruscamente y desaparecer tragada por una lámina de plomo. Detrás del seto, la laguna estaba absolutamente en calma y se confundía a lo lejos con el cielo de un color pálido, cargado de vapores y oculto por una bruma en movimiento.

—Por fin —suspiró Moses Conegliano—. Ya hemos llegado.

El rostro se le iluminó con una sonrisa serena. Tenía la frente ancha y dos cejas pobladas que se movían cada vez que su cara cambiaba de expresión. Su boca era grande y los dientes muy blancos. Bostezó y se dio cuenta de que la tensión estaba desapareciendo y se sentía menos cansado, más activo, casi más joven. El horizonte se abría frente a él. Sus ojos, al mirar a lo lejos, se volvieron más oscuros y vivos.

«Para los que no saben mirar más allá, solo existen obstáculos —pensó y se alegró, a pesar de todo, de haber emprendido el viaje—. Estar en Venecia será una ventaja, incluso desde un punto de vista comercial. Los intercambios serán más rápidos y directos, las ocasiones de obtener ganancias, mejores. Podría llegar a ser un mercader influyente y ampliar mi red de contactos incluso en tierras lejanas».

Miró a los suyos que iban en el carro: Davide dormía y, quizá, soñaba; Gabriele tenía la habitual expresión resentida e infeliz. A Stella no se la veía, pero se oía su voz delicada cantando una cancioncilla a Dolcetta, la hermana pequeña. Un poco más allá, en los carros de las demás familias, los Todesco, los Cantarmi, los De Leon, los Morpurgo, Isserles, Del Medigo, Basevi, comenzaban todos a despertarse.

Se preguntó de nuevo: «¿Habré hecho bien trayéndolos aquí?».

Todavía veía frente a él el rostro pálido de Abraham de Leon, con los ojos rojos y hundidos, los escasos cabellos despeinados.

—No puedo irme —le había dicho el amigo con voz débil, pero que no admitía réplica—. Me gustaría, pero no puedo. No viviré mucho más. Por eso te confío a mis hijos. Desgraciadamente a los dos nos ha golpeado el destino y la enfermedad nos ha hecho perder, con poca diferencia de tiempo, a nuestras esposas. Tú sabes lo que significa criar sin ayuda a los hijos. Sabes cuánto nos ha costado a ti y a mí. Ayúdame, ayúdalos y así podré quedarme en este lecho sufriendo, pero con la tranquilidad de saber que mis seres queridos están protegidos. Mis últimas horas de vida serán más livianas y dejaremos que *Baruch hashem*, el Santo Bendito, decida qué será de mí.

Moses no había tenido el valor de pronunciar palabra y había seguido escuchando en silencio.

—Mira en ese cofre. Allí están todos los documentos que puedes necesitar y, sobre todo, el testamento. Mi familia ya tiene bastante y no necesita nada. En cambio tú debes velar por ellos.

De Leon calló un momento y después añadió:

—Hace años que eres viudo. Te pido que te cases con mi hija.

—Sara es hermosa, pero mucho más joven que yo. Sería más idónea para mi hijo Gabriele —dijo Moses.

—Te quiero y sabes que no te he mentado nunca. Tú eres la persona que le conviene, no tu hijo mayor —había insistido el anciano, pronunciando las últimas palabras en un tono aún más decidido.

—Está bien, de acuerdo, que vengan conmigo y con mi familia, pero díselo tú.

—Ya he hablado con Sara. Los más pequeños, y ella misma, están convencidos de que me reuniré con ellos. Puede que así sea. Sara está de acuerdo, ha aceptado casarse contigo.

—Sara es una joven hermosa, yo soy un anciano con muchos hijos.

—Eres el mejor de los judíos que he conocido porque te pareces a tu padre, bendito sea su recuerdo, *zichronò Livraha*. Y, como sabes, nuestras familias han afrontado juntas muchas duras pruebas.

El viejo amigo, cansado, le había estrechado con fuerza inesperada la mano y se habían separado.

Pero para Moses las palabras de aquella conversación se habían convertido en un tormento. La responsabilidad de la elección se había mezclado con el deseo. La idea de tener a Sara en su lecho lo había alterado y no dejaba de perturbarlo. Que ella hubiera dicho que sí a su padre lo halagaba y lo intrigaba, a pesar de que, junto a estos pensamientos, brotaban otros menos tranquilizadores: ¿cómo reaccionarían sus hijos ante la noticia de un matrimonio con una muchacha mucho más joven que él? ¿Que encima era amiga de ellos!

Llegado a la orilla de las aguas de la laguna, tras un viaje no muy largo, y sin embargo capaz de suscitar profundas inquietudes, Moses se sobresaltó; sabía que Sara estaba cerca, con los dos hermanos y la hermana más pequeña.

En aquel momento, le habría gustado mirarla, quizá estuviera medio dormida. Le habría gustado acariciar a sus hermanitos, pero reprimió el deseo de acercarse a su carro, no muy lejano.

«Ya habrá tiempo», pensó.

Poco a poco se formó en la orilla un grupito de ruidosos prófugos. Todos se esforzaban por mirar más allá de la extensión de agua.

—¿Dónde estamos? —preguntó Simone Todesco—. Solo veo agua. ¿Estás seguro de que vendrán a buscarnos?

Moses apenas acababa de relajarse después de horas de intentar parecer más tranquilo de lo que se sentía en realidad. Convencido de que todo acabaría bien, no respondió enseguida y contuvo un gesto de irritación.

—Seguro, no. No estoy seguro de nada, pero siento y espero que vendrán. Debíamos llegar a este sitio y, antes de marcharnos, me dije a mí mismo que, cuando llegáramos a este punto, lo peor habría pasado. Ahora espero no haberme equivocado.

Concluyó la frase con un ligero hastío por tener que repetir las mismas palabras.

—¿Era realmente necesario viajar de noche?

—Ya lo discutimos, ¿recuerdas? Creo que pronto, detrás de nosotros, las calles serán bloqueadas por los primeros grupos armados. En este momento, Venecia tiene muchos enemigos, demasiados. Le son hostiles los españoles, los austríacos, los franceses e incluso la Iglesia.

Simone Todesco, hijo de un viejo amigo suyo muerto hacía años, ni siquiera parecía judío con sus cabellos rubios y la estatura imponente. A primera vista parecía una roca y, en cambio, había sido el que más había dudado antes de dejarse convencer de abandonar Treviso, y, encima, en plena noche como unos ladrones.

—Aquí está nuestro hogar, aquí hemos vivido bien —decía—. ¿Por qué abandonar un lugar que, por un tiempo al menos, nos ha acogido bien? Es cierto que hay guerra, que hay soldadesca de grupos irregulares, pero nosotros no somos su objetivo. Si siempre nos han dejado tranquilos, ¿por qué deberían empezar ahora a molestar a los judíos?

Preguntas sin respuesta, destinadas a multiplicarse y a alimentar una ancestral inquietud.

Moses comprendía bien este estado de ánimo. Se sentía atado a la casa en la que había vivido desde niño, a las costumbres y también a los amigos cristianos; en el fondo compartía la incertidumbre de Todesco, pero había sabido por algunos confidentes que, en aquel conflicto general, algunos aprovecharían para atacarlos. Quedarse habría sido muy arriesgado.

Existen hombres que creen que nunca están en peligro y viven en un estado de gracia; existen hombres que saben que lo están, pero fingen que no es cierto y, poco a poco, se olvidan de ello; existen hombres que saben que siempre están en peligro, que están obligados a recordarlo todos los días y lo único que pueden hacer es intentar sobrevivir. A cualquier precio.

Moses pertenecía a este último grupo. Había escuchado los relatos de sus abuelos y de sus padres, los de sus tíos y después los de los parientes de su esposa y se había convencido de que era necesario asumir rápidamente la realidad e intentar anticiparse al futuro. Siempre que fuera posible.

La noche que convocó a todos en su casa, amigos y conocidos, para hablar sobre las opciones que tenían y ponerlos al corriente de las últimas noticias y de los peligros que corrían, no solo acudieron los judíos de Treviso, sino también los que comerciaban en alguna zona más alejada del campo véneto. Algunos habían acudido desde Bassano, Conegliano y Ceneda.

La lluvia había caído durante horas, violenta e insistente, y muchos de los asistentes llegaron agotados, mojados y de pésimo humor.

—Este temporal tan violento nos está protegiendo. Nadie sabe que habéis venido y es mejor así —dijo Moses.

Después les explicó todo lo que sabía: un grupo de hombres armados había recibido el encargo de arrasar el Véneto para llevarse comida y dinero. No solo los judíos serían objetivo de la rapiña, sino también algunos nobles de ilustre linaje.

En un primer momento casi todos reaccionaron con escepticismo, pero Moses, con paciencia y tal vez también con la ayuda del ruido de los truenos ensordecedores que descargaban en lontananza, había logrado convencerlos de marcharse en pequeños grupos, de noche, para no llamar la atención. Quizá solo tendrían que estar fuera una temporada, provisionalmente, hasta que las aguas se calmaran y fuera posible el regreso.

—Quizá —concluyó con énfasis, pero sin convicción— podamos volver antes de lo previsto, si la guerra termina.

Después dejó caer una frase:

—En Venecia hay más oportunidades de comercio.

Había lanzado el anzuelo sabiendo que alguno lo mordería, pero en el fondo, a pesar de estar seguro de su afirmación, no pensaba que esto fuera un motivo suficiente para empujarlos a todos a marcharse.

Al final los convenció a todos, pero no a sí mismo, al menos no del todo.

No sabía lo que podía pasar. Era importante buscar una vía de salvación, aunque fuera a costa de un alejamiento definitivo del lugar donde los suyos y las otras familias habían vivido relativamente en paz durante más de cien años, pero se daba cuenta de que esta vez tener bajo control el futuro no sería fácil.

En el pasado alguna vez había cogido la rama de un árbol y había contado las hojas para calcular cuántas podía haber en todo el árbol.

Pero esta vez no se enfrentaba a un juego abstracto, sino que intentaba hacer previsiones concretas y arriesgadas.

Si Venecia caía en manos de los ejércitos enemigos, ¿qué sucedería? A esta objeción, planteada por Menachem da Candía durante la reunión, había respondido haciendo gala de una seguridad que, íntimamente, no sentía y de la que, inmediatamente después, no había dejado de reprocharse.

—Marcharse —dijo suavemente Moses— no es escapar, es sobrevivir. No sabemos qué puede suceder, pero no debemos resignarnos y aguantar pasivamente la tempestad. Debemos tener el valor de marcharnos. Siento que Venecia no nos desilusionará. O, al menos, lo espero desde lo más profundo de mi corazón.

No se fiaba solo de su intuición: conocía la ciudad de la laguna porque allí había pasado breves períodos y había tejido relaciones que, en el momento oportuno, podían serle útiles.

Tras muchas incertidumbres, objeciones y preguntas, una gran parte de los judíos de Treviso se convenció de la bondad de sus ideas y decidió que era necesario ponerse en camino y huir hacia la ciudad de la laguna.

—¿Crees que en Venecia estaremos más tranquilos? ¿Dónde está Venecia? Yo solo veo una extensión de agua plana. Igual que pasamos nosotros, podrán pasar también los demás —dijo Simone Todesco que pretendía, sin conseguirlo, disimular su propio nerviosismo.

—Si no tuvieras confianza, no habrías venido —contestó Moses, pero después, casi instintivamente, pensó algunas palabras que no pronunció: «¿Dónde podríamos haber ido, si no? Todos me dicen siempre que el agua protege a esta ciudad mejor que cualquier muralla».

Se dio cuenta de que no había respondido al joven Todesco y que había dado rienda suelta a una parte de sus pensamientos, pero se calló y siguió mirando en lontananza buscando un movimiento, un temblor sobre la superficie inmóvil del agua, la llegada de una barca.

—Moses —dijo Todesco, en un tono que exigía una respuesta inmediata—, si no viene nadie, ¿qué haremos? ¿Nos quedaremos aquí plantados?

—Ahí están —lo interrumpió Conegliano con un susurro satisfecho—. Ya llegan.

Tras un momento de duda, vieron pequeñas sombras que sacudían la inmovilidad de la mañana y una silueta oscura que empezaba a crecer y a hacerse rápidamente visible.

En la proa de la barca alguien estaba sacudiendo una tela roja: era Mandolin, su amigo.

Al poco rato los remeros bajaron a tierra.

—Mandolin, esta vez te veo con más agrado de lo habitual. No recordaba que fueras tan alto y flaco.

—Y un poco más viejo.

Se abrazaron.

—Vamos, vamos, cargad todos los bultos y las cajas de forma ordenada y sin que se dañe nada. Que la barca esté equilibrada. Enseguida llega otra. En la primera que suban todas las personas y nos vamos. En la otra, Moses, mete a alguno de los tuyos de confianza con los baúles y pongámonos en marcha.

—¿Debo dejarlo todo? Están las cajas de mis manuscritos. ¿No podríamos llevárnoslas con nosotros en la barca?

—No te preocupes. Sé lo apegado que estás a tus manuscritos, pero no corren ningún peligro, te lo prometo. Las otras barcas llegarán aquí en un abrir y cerrar de ojos. Los hombres ya están acostumbrados a cargar y descargar a toda prisa. Muchos nobles se han llevado a casa los hermosos muebles que tenían en sus casas de campo. Casi todos los remeros son de mi absoluta confianza, no hay tiempo que perder. Quiero que en menos de una hora estés en la casa que te he encontrado, y sin llamar la atención.

—¿Te preocupan los vecinos?

—No, son otras cosas las que me preocupan —dijo el joven—. Hablaremos de ello más tarde —añadió mirando alrededor y dando a entender que no quería hablar

frente a todos, pero finalmente no logró reprimirse y preguntó—: ¿Habéis visto soldados? ¿Y los predicadores siguen en contra nuestra, en Treviso?

—Nos hemos marchado en plena noche con la complicidad de algunos amigos cristianos de confianza. Hemos elegido calles poco frecuentadas y hemos cruzado por el campo para evitar malos encuentros. Parece que hay tropas regulares y grupos de descontrolados sueltos. Hemos utilizado senderos alejados de las casas.

—Ya hablaremos. Permite que salude a tu hija Stella.

—No nos vayamos enseguida —dijo Moses inesperadamente.

—¿Por qué? —preguntó perplejo Mandolin.

—Ahora hay *minian*, somos más de diez. Digamos la oración de la mañana. No podemos hacerlo en Venecia. Las barcas se dispersarán por la ciudad y no seríamos suficientes. Llámalos a todos —añadió perentoriamente sacando un librito de oraciones hebreas del bolsillo.

Aunque contrariado, Mandolin no osó discutir, mientras Moses, mirando al sol, buscaba la dirección correcta hacia la que volverse.

Se hizo un gran silencio.

Primero en voz baja y después cada vez más fuerte, como si fuera superando una timidez inicial, cobró fuerza una plegaria coral desordenada, y sin embargo simultánea. Esos judíos, aunque todavía no hubieran llegado a su tierra prometida, ya daban gracias a Dios por haber casi alcanzado su salvación.

Impacientes y perplejos, los remeros permanecían quietos, al principio sin comprender bien el motivo de la espera y, después, molestos, se habían resignado.

Tras unos minutos la oración de la mañana acabó y todos empezaron a moverse frenéticamente hacia las espaciosas y pesadas barcas pintadas de colores oscuros.

Cuando las operaciones de carga terminaron los hombres a los remos se separaron rápidamente de la orilla y cogieron el ritmo bogando con tanto vigor que imprimieron a las pesadas barcas una velocidad insólita.

Moses Conegliano cerró los ojos lentamente.

«Empiezo a estar cansado —pensó y, mirando por el rabillo del ojo la sonrisa de su hija quinceañera—: Además, si no soy abuelo, lo seré pronto».

Después miró hacia las otras barcas para ver si Sara de Leon y sus hermanitos estaban bien acomodados.

«También podrías volver a ser padre al mismo tiempo», pero apartó el pensamiento, casi como si fuera indecoroso.

Se estaba haciendo de día. El aire fresco de la mañana los había despertado y aquella inusitada travesía había creado una gran excitación.

Era como si, por un momento, hubieran olvidado que eran fugitivos.

### 3

## Venecia

La laguna estaba desierta y silenciosa. Los pájaros parecían haber desaparecido. Los densos vapores húmedos se estaban disolviendo y, en su lugar, un azul tenue estaba conquistando todos los espacios de aquella paleta singular.

Davide, apoyado en un borde de la barca, miraba fijamente a lo lejos. Era un muchacho guapo y alto. Los rizos le caían por la frente y le ocultaban los ojos verdes claros. Tenía una expresión alegre, señal de una adolescencia feliz; en algunos momentos parecía un hombre, en otros, en cambio, parecía todavía un chiquillo.

Gabriele, tumbado sobre una manta, había cerrado los ojos. Solo tenía un año más que su hermano, pero, quizá debido a su baja estatura o a sus anchos hombros, daba la impresión de ser un hombre más maduro. Incluso en aquel momento tenía una expresión resentida que no escapó a la atención de Moses.

«Mis hijos son tan distintos», pensó. Con Davide se sentía en sintonía, casi instintivamente, mientras que a Gabriele no lo comprendía, lo sentía, tal vez equivocadamente, distante e impenetrable. No saber lo que pensaba le daba una sensación de profundo sufrimiento, sobre todo porque intuía que aquel hijo poco a poco se estaba alejando de él. Y ningún esfuerzo habría sido suficiente para evitar la ruptura. Pero tal vez solo se trataba de un miedo suyo y de una exageración.

A la vista de los primeros perfiles de la ciudad se disolvieron estos pensamientos.

«Por fin —suspiró, pero casi enseguida se preguntó—: ¿de verdad ha terminado?».

Venecia emergía de una oscuridad irreal entre el agua y el cielo: primero fue una mancha de color indefinido y oscuro; después, un grupo de casas. Y le pareció más hermosa que nunca, porque esperaba encontrar en ella un poco de paz.

El silencio irreal de la laguna había desaparecido.

Las barcas, en fila una detrás de otra, recorrieron primero un largo canal con los palacios reflejados en el agua, después se adentraron en una retícula tenebrosa de canales estrechos y tortuosos. A veces parecía que iban a chocar con las barcas que venían en sentido contrario, pero después se deslizaban, una junto a la otra, casi asombrosamente.

Cuando los remos se cruzaban, los remeros gritaban, blasfemaban, con las caras congestionadas, sus voces se transformaban en insultos retumbantes.

Un remero gritaba con rencor a los cuatro vientos, repitiendo de forma obsesiva:

—Por tus muertos, tus muertos...

Otro le respondía:

—Idiota, rey de los cagones... que te calles, borrego.

—¿No tienes casa? ¿No tienes casa?

—¿Por qué le pregunta si tiene casa? —preguntó Moses.

—Es una forma de decirle que se vaya a su casa.

—¡Pedazo de atontado! ¡Tienes una anguila en los pantalones! —gritaba un remero a pleno pulmón—. Morro de mono.

Moses empezaba a sentirse de buen humor.

En cuanto las barcas se separaban volvía rápidamente la calma.

Mandolin sonrió, viendo la cara asombrada del amigo.

—Aquí, en los canales, se libra una batalla continua contra el turco, aunque no haya ningún turco. Siempre se amenazan con arrancarse las tripas y otras cosas igual de atroces.

—¿Y no lo cumplen nunca?

—Alguna vez puede que sí. Hay algunos casos de violencia en las callejuelas más oscuras, en la negrura de la noche, cuando algún ladrón saca el cuchillo de la funda, pero a menudo los robos son solo excusas para ajustes de cuentas, celos y riñas entre nobles, asuntos de Estado.

—¿La lucha entre nobles?

—Es sorda, sutil y continua, pero en la mayoría de los casos, bajo el agua, o sería mejor decir, bajo la laguna.

Mandolin se interrumpió un instante y después dijo:

—Ya te harás cargo de la situación tú mismo. Es una ciudad compuesta de callejuelas y canales y esta forma de vivir en agua y en tierra se refleja en la vida cotidiana. No desearía ser yo quien te desvele todos sus secretos. Se necesita paciencia. Preferiría que los descubrieras por ti mismo. Mira, aquí dicen que muchos se tiran de los pelos, pero que lo hacen solo para disimular.

—¿Quieres decir que muchos actos del gobierno solo sirven para salvar las formas o que los nobles gozan de un trato especial? —preguntó Moses.

—La severidad que alguna vez se exhibe de forma extrema —continuó Mandolin sin hacer caso de la interrupción— desaparece ante los que solo piensan en satisfacer sus propios vicios. Debes formarte tu propia idea, podrías pensar de modo distinto a mí y dejar de considerarme un buen consejero. Aquí se dan muchas contradicciones, al menos desde nuestro punto de vista.

Moses se dio cuenta con estas últimas frases de que Mandolin quería decir y no decir, o de que, tal vez, no lograba expresar en pocas palabras todo lo que deseaba, pero no siguió formulando preguntas. En lugar de esto se dejó distraer con las visiones de las casas que discurrían frente a ellos y con la animación de los sonidos que salían por las ventanas.

Los ojos de Stella expresaban asombro: nunca había visto edificios que salieran del agua y palacios de mármol que parecían flotar milagrosamente y que se reflejaban torcidos sobre la superficie de las olas. Mandolin la miró y pensó que estaba muy hermosa con los cabellos al viento y las mejillas sonrosadas.

Con sus salpicaduras el agua superaba los escalones de las orillas y parecía traspasar los portales abiertos y entrar en las calles.

—Si no tuviera prisa por llevarte enseguida a casa —dijo Mandolin—, te haría probar los *cai* de leche, una nata montada con *favette*, unos pasteles de carnaval, y dulces de almendras y piñones, que se acompañan con licor de malvasia.

—Empezaba a preocuparme —contestó Moses con una media sonrisa—, creía que querías llevarme a una charcutería o una tripería para probar salchichas prohibidas. Seguro que mi familia tiene hambre.

—No, hombre, nunca te pondría a prueba —contestó Mandolin—. Aquí, en Venecia, podrás experimentar todas las tentaciones posibles, pero seguro que no seré yo quien haga que te desvíes de nuestra Sagrada Ley. Si lo deseas, puedes caminar por el laberinto de calles entre la callejuela de San Giovanni y el *campo* de las Beccherie. Hay muchas posadas, Alla Scimmia, Alle Campane, Alla Donzella, Alle Do Spade, Alla Luna, Al Melon; podrás comer bien y en ellas encontrarás cortesanas, pero las buenas personas evitan esas compañías. Algunas viven, como se dice, *a pepian*, es decir, en la planta baja, otras tienen habitaciones sobre la posada. Antes les estaba prohibido a esas mujeres (aquí las llamamos *mammole*) vivir en esos locales o pasar en ellos toda la noche, porque el vino y las mujeres traen problemas y ha habido broncas que han degenerado en riñas violentas y alguna vez se han producido escenas desagradables. Pero desde hace poco la Serenísima, que tiene necesidad urgente de dinero para financiar la campaña del ejército, ha descubierto que le conviene hacer la vista gorda, a cambio de las ganancias sobre los aranceles y la bebida, y ahora se puede hacer cualquier cosa. Pero yo no te lo aconsejo. Una noche, recién llegado, pasé por casualidad, naturalmente...

Las ventanas de algunas tienduchas daban directamente al canal y el olor a pescado frito se difundía por todas partes.

—¿Sabías que en alguna taberna se puede comprar vino a granel?

—¿Se encuentra vino *kasher*? —preguntó Moses.

—Suele llegar directamente del campo, pero ahora que los caminos están bloqueados...

—No te preocupes, tampoco me parece tan importante, en este momento tenemos otros problemas —dijo Moses—. Beberemos vino aunque no sea *kosher*. No es un gran pecado. Es más, creo que aplicar las reglas de la *kashrut* al vino no es más que una exageración de algunos rabinos demasiado celosos.

Frente a una barcaza se amontonaban personas que compraban vino, dulces levantinos y buñuelos recién hechos, todavía calientes y humeantes. En la orilla un panadero ofrecía pan caliente, y un vendedor ambulante, en medio del camino, colocaba en un pequeño puesto dulces y *focacce* muy apetecibles.

En un momento dado, los pontones entraron en el Gran Canal y entonces Stella se acercó a su padre, inmóvil a un extremo de la barca.

—No me habías dicho que esta ciudad fuera tan distinta a las otras. Casi siento como si pudiéramos vivir aquí siempre.

—Stella —sonrió Moses—, no me digas que ya te has enamorado de esta

ciudad... porque a mí también me parece hermosa y opulenta. Esperemos que nos traiga buena suerte.

No pudo evitar volver la cabeza una vez más hacia la barca de los De Leon. Sara, vista a pleno sol, le pareció tierna e indefensa.

—Es tan agradable el ruido del agua, de las voces... me parece una ciudad pacífica —intervino Stella, que no se había dado cuenta de lo distraído que estaba su padre.

—Lo dudo —respondió Moses, señalándole en el extremo del canal una barca llena de hombres armados—. Si es poderosa, no puede ser pacífica. Aunque estos vecinos no me parecen muy preocupados por la posibilidad de que las tropas extranjeras estén a las puertas de la ciudad —añadió, volviéndose hacia Mandolin.

—Los venecianos no se dejan llevar por el pánico, están convencidos de que la laguna los protege y los protegerá y de que esta vez Dios tampoco los abandonará —respondió el joven—; de todos modos en estas semanas la inseguridad es mayor y el miedo aumenta. En cambio, los nobles tienen actitudes distintas: unos pocos están realmente aterrados y buscan la manera de huir; otros hacen gala de seguridad y pasan el tiempo en bailes y fiestas increíblemente suntuosas; solo los más previsores organizan una defensa valerosa, sin dejar nada al azar.

La gran barca llena de hombres armados pasó frente a ellos; de cerca no parecían muy belicosos.

—El que está en proa, bien vestido y joven, el del aire insolente que nos ha mirado de reojo, es un Loredan. *Es muy famoso en la ciudad, es un tipo turbulento, pero parece que también es valiente. Dicen que se ha visto envuelto en muchas disputas, pero nunca lo han llevado ante un tribunal; se llama Lorenzo y es hijo del dux Leonardo.*

—¿Los nobles están por encima de la ley?

—No —respondió Mandolin—, si los nobles se comportan como delincuentes son castigados. ¿Te acuerdas de Troian Contarmi di ser Panfilo, que fue decapitado entre las columnas de la plaza de San Marcos por haber asesinado a dos judíos en Treviso? Cuando los delitos son muy graves, ser noble no sirve de mucho. El gobierno sabe infligir penas muy severas para dar ejemplo al pueblo. Pero si se trata de delitos más leves, relacionados con el juego y las mujeres, entonces una buena posición puede protegerte para que todo quede en nada. Aquí dicen: los perros no se comen a otros perros. Como los perros, los gremios también se defienden.

—¿Sabes qué dicen en el campo? —añadió Moses—. La potestad viene de Dios, pero los poderosos vienen del demonio.

Me lo dijo un sacerdote con quien tenía confianza: *Non est enim potestas nisi a Deo*, una frase de Saúl de Tarso, contenida en la Carta a los Romanos. Una vez le pedí un consejo, si debía fiarme o no de un personaje rico y poderoso que vivía en Treviso, y él me respondió enseguida: «Protección de los señores, ilusión de los locos...».

—Yo también he conocido aquí a un sacerdote simpático. Un día me dijo sonriendo: «Entre sacerdote y judío la diferencia es el bolsillo». Por suerte no lo oyó nadie. A los judíos puede que no les guste que los comparen con sacerdotes, pero muchos sacerdotes se ofenderían mortalmente: ¡cuidado con ser comparado con los judíos! —exclamó Mandolin.

—Por tanto, ¿por aquí son severos?

—He visto con mis propios ojos algunos suplicios y me dejaron *realmente impresionado*. Por otra parte, lo hacen aposta: pretenden impresionar; el temor sirve para mantener la disciplina.

Mandolin pronunció las últimas palabras en tono grave, y una leve palidez cubrió su rostro. Moses lo miró con curiosidad y escuchó estupefacto aquellas palabras que brotaban a borbotones:

—Una vez vi a un condenado que era transportado en barca por todo el Gran Canal y, en el lugar en el que había cometido su delito, le cortaron una mano. En la orilla muchísimas personas gritaban a pleno pulmón y pedían que fuera ajusticiado sin piedad.

Calló y después siguió a duras penas:

—Arrastrado por el suelo, herido, atado a la cola de un caballo, fue llevado a la plaza. Había personas que se reían y que esperaban con alegría el momento en que le cortarían la cabeza. Tuve pesadillas y durante muchas noches aquellas imágenes espantosas me persiguieron. No soporté el bullicio festivo que se había creado alrededor del hombre, a pesar de que agonizaba y dejaba detrás de él una estela de sangre: había sangre por todas partes. Al final, en un instante, todo volvió a la normalidad, la excitación por la visión de la sangre se esfumó y los posaderos volvieron a hacer de posaderos. Su regla, no siempre aplicada, es esta: quien comete malos actos perjudica a la patria y por ello debe expiar sin piedad. Una mujer fue condenada por haber matado al esposo. Me encontraba por casualidad en la plaza de San Marcos en el momento del suplicio y todavía hoy me arrepiento de no haber tenido los reflejos y la fuerza de alejarme del lugar: la apuñalaron con un cuchillo y la dejaron morir lentamente. Según decían, era justo que la muerte llegara lentamente y con gran sufrimiento. No bastaba que muriera, debía sufrir y su sufrimiento debía ser un ejemplo para todas las mujeres que quisieran matar a su esposo. Sentí una inmensa pena por ella y todavía no he podido librarme de las pesadillas.

Moses intentó decir alguna palabra, pero Mandolin era como un río desbordado.

—En algunos casos no se mata al condenado, solo se le mutila: se convierte en una máscara viviente y en una admonición para todos. A un blasfemador le cortaron la lengua en la cantina donde había hablado mal de Dios y de los santos, y después, en la plaza, entre las dos columnas de San Marcos, siguieron torturándole, cortándole la mano derecha y extrayéndole los ojos. Ahora mismo sigo sintiendo terror, pero hubo personas que lo describieron como «una sentencia admirable y un acto notable».

Mandolin no había terminado todavía de desahogarse.

—Unos aristócratas jóvenes, que habían cometido delitos feroces, fueron conducidos a la plaza, acompañados de unos frailes que los confesaban; después los descuartizaron. Uno no murió enseguida y miró al compañero colgado. El populacho se dio cuenta y acabó con él a pedradas.

—¿Descuartizados? —preguntó Moses.

—Sí, cortados con una maza en cuatro pedazos.

El joven se interrumpió de repente y Moses, dándose cuenta de su estado creciente de agitación, decidió, tras unos instantes de silencio, cambiar de tema.

—No sé decirte si todo esto que me han contado y que ahora te explicaré corresponde a la verdad. Parece que el emperador Maximiliano tenía la intención de cruzar las tierras de la Serenísima para llegar a Roma. La respuesta fue muy orgullosa: solo si pasaba sin soldados y sin fragores militares se le recibiría con todos los honores. De no ser así, no lo complacerían. Julio II debería haber estado agradecido a la República, pero en el fondo conspiraba desde hacía tiempo y, finalmente, tras muchas vacilaciones, decidió salir al campo, pero en contra de la Serenísima. Sé lo que... —continuó Moses—, lo que dijeron los sacerdotes para justificarlo: el Papa se ha comportado así para poner fin a las pérdidas, a las injurias, a las rapiñas, a los daños que los venecianos han infringido a la Iglesia.

»Lo peor de todo es que, por ahora al menos, el Papa, el Sacro Imperio Romano, la Casa de Austria y no sé cuántos más acusan de conspiración a la Serenísima y arremeten contra ella.

Moses se rascó la frente.

—¿Es cierto que esta situación de creciente peligro está provocando desastres incluso económicos? ¿Que han suspendido el pago de los intereses sobre los títulos del Monte Vecchio y del Monte Nuovo? Si ha habido tantas turbulencias no será muy fácil comprar y vender: los comercios florecen en tiempos de paz.

—Girolamo Priuli ha perdido una fortuna y se ha quejado. Le he oído decir: «Ya está bien de inversiones de papel y tinta» —confirmó Mandolin—. Aparte de esto, en el comercio ya se sabe que la confianza se gana con esfuerzo y se pierde en un momento.

Stella no escuchaba su conversación y no había captado la angustia que expresaban sus palabras. Contemplaba los mármoles de las casas que resplandecían con el sol, espiaba a través de las ventanas de las plantas bajas recogiendo momentos de intimidad fugaz. En el interior se distinguían espejos, cortinas y tapices que le parecían especialmente hermosos y coloridos.

—Me parece entender —siguió Moses— que te has adaptado bien a la ciudad. Todo el mundo está alterado, pero al fin y al cabo, ¿no fuiste tú quien insistió para que viniéramos aquí?

Su pregunta quedó sin respuesta.

Las barcas llegaron a Rialto y una sombra las envolvió unos instantes. Davide, en el colmo de la excitación, lanzó un grito que resonó y rebotó en las paredes del

punte de madera. Gabriele, en cambio, no parecía enterarse de nada.

—¿Qué impresión te han dado los mercaderes de Venecia? —preguntó Mandolin a Moses, señalando a grupos de personas que voceaban en la orilla.

Moses no pudo contestar porque Davide, presa de una excitación que no era habitual en él, seguía gritando:

—¡He aquí el mercader de Venecia, he aquí el mercader de Venecia! Ya estamos aquí.

—Basta, basta. Deja de hacer payasadas. ¿Acaso sabes qué es un mercader?

Y Davide, sorprendiéndolo con su infinita alegría:

—Uno que compra, uno que vende, uno que no está nunca quieto. Uno que se hace rico y así nadie puede hacerle daño.

Mandolin se echó a reír a gusto.

—¿Y es lo que serás tú?

La euforia del muchacho se apagó, cambió de actitud y preguntó:

—¿Crees que haré amigos?

Moses solo asintió con la cabeza.

En tierra, a pesar de ser primera hora de la mañana, la ciudad se estaba animando y de la planta baja de muchas casas no paraba de salir gente.

Los puestos eran numerosos y llenos de mercancías de toda clase y las barcas varadas a la orilla producían la ilusión de una cadena ininterrumpida y deteriorada.

Un grupo de jóvenes cantaba, en tono jocos, una letanía de frases no del todo coherentes: «Atamos cordones con candelas y con ceras benditas...».

Algunas frases resultaban incomprensibles, después el canto cambió:

*Y todas las cosas santas utilizando  
muchas viejas que eran hechiceras  
con el agua bendita conjurando  
y con candelas y ceras benditas  
y todas las cosas santas utilizando  
y los mozos en juergas callejeras  
parten la leña y gritan cantando.*

—No entiendo qué están cantando —dijo Moses—. Deben de haber bebido demasiado y demasiado temprano.

—En Venecia muchas palabras son distintas a las que se usan en Treviso y la cantinela cambia —le informó Mandolin.

—También veo otras diferencias: en aquellos puestos exponen mercancía realmente refinada. Venden telas y platas preciosas, trabajos de artesanos hábiles —continuó Moses que, a pesar de las advertencias más o menos explícitas de Mandolin, se estaba convenciendo íntimamente de que los mayores peligros, al menos por ahora, quedaban atrás.

En cierto lugar, las barcas se introdujeron de nuevo en un canal estrecho y, casi enseguida, se pararon frente a una puerta donde una tabla de madera en equilibrio precario permitía acceder directamente a la entrada de la casa.

—Habéis llegado —dijo Mandolin complacido y ayudó a Stella a bajar de la barca.

Ella le sonrió y no se apartó, de modo que sus manos permanecieron unidas unos instantes más de los necesarios.

—¿Quiénes son los vecinos?

—En la planta noble vive un hombre famoso que viene de España. Le hablé de tu llegada y me respondió que estaría encantado de conocerte. Es muy anciano y está débil, pero conserva un encanto poco común.

Moses lo miró y, de muy buen humor, dijo con tono afectado:

—Estoy muy contento de estar aquí. En cuanto a nuestro personaje misterioso, es la vejez lo que le da un encanto especial o, ¿todavía no te habías dado cuenta?

Después se volvió a mirar a Sara de Leon que estaba bajando en aquel momento hacia su lado.

—Si tus hermanos tienen cualquier problema, dímelo.

La muchacha le sonrió con los ojos, hizo un ademán afirmativo y desapareció en la entrada del *palazzo*.

## Don Isaac Abrabanel

Don Isaac, el consejero de los príncipes, el filósofo insigne, el judío aristocrático que se jactaba de una descendencia que se remontaba, generación tras generación, a la familia del rey David, estaba sentado en una butaca mullida, cerca de una chimenea de mármol. Tenía los ojos cerrados como si estuviera amodorrado.

La cortina amarilla de una ventana ondulaba ligeramente y proyectaba en el techo y en el suelo los reflejos dorados y cambiantes de una luz que irrumpía violentamente en el amplio salón.

Moses Conegliano y Mandolin Hazan entraron acompañados de un criado flaco y de pequeña estatura.

Las paredes estaban repletas de grandes pinturas que representaban escenas de batallas navales, mientras que sobre una enorme mesa oscura de sólida madera había varios volúmenes abiertos, en gran parte manuscritos en lengua hebrea.

Todo estaba quieto. Una estatua de mármol blanco destacaba en el fondo del salón. Solo un rayo de sol y el viento parecían perseguirse tenuemente.

Los dos hombres se pararon un momento, indecisos, y admiraron de lejos y con respeto al ilustre personaje que parecía adormecido.

El ruido de sus pasos hizo que don Isaac Abrabanel abriera los ojos. Con un gesto los invitó a tomar asiento.

Tenía la cara pálida, en forma de huso, los ojos, muy grandes y grises, pero velados y la frente, llena de arruguitas que se confundían.

—Encantado de conocerlos, señores.

—El placer es mío, don Isaac.

—¿Venís de lejos?

—Una breve emigración, la mía, en comparación con la vuestra.

—Puede que sí, pero vuestro pueblo...

Moses entendió que su interlocutor no había renunciado a una antigua e inextinguible curiosidad muy en uso entre los judíos que, cuando se encontraban, comenzaban a hablar de sus más lejanos orígenes. Y solo lo dejaban cuando llegaban al último límite conocido de su propia ascendencia. Por otra parte, más allá de tantas peripecias, de tantas aventuras, de tantos viajes, esta era en realidad la única nobleza de la que aquellos hombres sin tierra, en perenne exilio, podían jactarse y la exhibían con placer. Y, como siempre había algún rabino en la familia, todos podían vanagloriarse y confirmar así el apego a la tradición, aunque se tratara de una luz reflejada por los antepasados ilustres.

Algunos, para no perder el rastro de sus orígenes, habían conservado el nombre de la primitiva ciudad, o tal vez el de un tío favorito, y entonces la secuencia de apellidos daba la idea de una larga e ininterrumpida cadena de generaciones y

vicisitudes que acababan por adquirir importancia y solemnidad, como si una familia solo pudiera tener antepasados si era capaz de reconstruir su trayectoria por el vasto mundo.

Desde el momento en que había puesto los pies en Venecia, Moses prefirió preguntar a contar, recibir consejo, hablar de cuestiones prácticas, conocer también detalles sencillos, pero comprendió que, al menos durante este primer encuentro, no podría sustraerse al deseo de su ilustre vecino y, entonces, resignado contestó:

—Llegué ayer de Treviso. Somos, o mejor dicho éramos, unas pocas familias.

—Pero ¿de dónde venís en realidad? En fin, creo que lo sé.

—No sé si conocéis la aventura de Aronne de Bagdad, hace más de diez siglos.

Don Isaac sonrió:

—La conozco, la conozco, existe una tradición oral que, desde este sabio, se transmite a través de los siglos. Entonces, sois del grupo de los *hashidim* de Maguncia.

—Algunos de los nuestros marcharon con Carlomagno desde Italia y vivieron cinco siglos en el valle del Rin, o en *sus cercanías*, un poco aquí y un poco allá, en las distintas ciudades y después, con la peste negra, hace unos ciento cincuenta años, huimos y llegamos al Véneto. Lo único que nos acompaña siempre son algunas cajas de manuscritos de extraordinaria importancia —dijo Moses con entusiasmo.

—Un tesoro —exclamó Abrabanel lleno de curiosidad—. Espero que me esté permitido echarles alguna ojeada.

—Un tesoro para quien sepa comprender su importancia —se hizo eco Moses—. Además de algunas biblias de origen diverso, tengo un Talmud de Babilonia y uno de Jerusalén completos y también textos de Maimónides y un *Séfer hashidim*...

—Sois *un* auténtico experto.

—No. Soy apasionado y curioso y considero estas páginas mi verdadera riqueza. Afortunadamente, esos libros antiguos, y maltratados en el curso de largos viajes, no tienen el aspecto de monedas de oro y no suscitan la codicia de nadie.

—Salvo la mía —contestó rápidamente Abrabanel—. ¿Tenéis intención de vender alguno?

—No. Si me lo permitís me agradecería obsequiaros con un pequeño códice del que poseo dos ejemplares casi iguales y, en todo caso, si deseáis examinar alguna página, estoy a vuestra disposición.

—Os estoy muy agradecido. Volveremos a hablar sobre vuestros manuscritos. Yo también poseo alguno, pero algunas cajas se han quedado por ahora en España y espero que un día u otro puedan llegar por fin a Venecia.

El criado se acercó y susurró algo. Don Isaac una vez más hizo un gesto con la mano. Poco después llegaron algunas mujeres con pasteles y vino y los dejaron sobre una mesita de madera, cubierta con un tapiz de colores vivos.

—Dulces tradicionales españoles y vino de Alicante; no puedo evitarlo, me recuerdan tantas experiencias lejanas... —susurró con un deje de amargura—. Es el

olor del vino, de este vino... que cada año me es más necesario para poder recordar. De vez en cuando cierro los ojos y me parece volver a ser un muchacho en España. Amaba y sigo amando aquella tierra árida.

—Me complacería mucho conocer vuestras largas peregrinaciones —dijo Moses—. Mandolin me ha contado que de la península ibérica pasasteis a Nápoles, después a Sicilia, a Monopoli en Puglia y a Corfú. Sé que estáis esperando a un personaje importante; vuestro secretario me ha hablado de un embajador y, dada la situación que estamos viviendo en el Véneto y en Venecia, lo mejor es que me retire. Pero me guardaré mis preguntas para otra ocasión y, con gusto, os describiré la vida aventurera de mis antepasados. Permittedme, sin embargo, pediros vuestra opinión sobre una cuestión que me preocupa mucho y de la que conocer vuestro punto de vista sería para mí un gran consuelo. ¿Creéis que podremos quedarnos en Venecia? ¿Cómo acabará esto? ¿La hostilidad se convertirá en guerra?

—Querido señor Conegliano, ya sabéis lo que pienso, ¿no es cierto? Solo deseáis que os repita unas palabras que puedan consolaros. ¿Queréis oírlas de mi boca solo para tranquilizaros? Puedo comprender vuestra ansiedad. Y la mía, aunque yo sea viejo y los viejos sienten de manera distinta que los jóvenes, todo es más matizado, atenuado. Puedo entender que, recién llegado aquí, aunque no sea de un lugar lejano, con vuestra hermosa familia, queráis que os tranquilicen. Quien teme por sí mismo y por sus seres queridos siempre busca agarrarse a una certeza. Y quien no tiene certeza sufre inquietud. Es cierto que todas las grandes calamidades vienen precedidas de señales. El otro día vino a verme Pietro Contarini, un noble veneciano, un hombre muy digno, y estaba totalmente de acuerdo conmigo. No soy un rey en el exilio, como muchos quieren hacer creer atribuyéndome un poder que quizá no haya tenido nunca, ni cuando parecía influyente, muy influyente en tierras españolas. Tal vez lo era, tal vez lo fui durante un tiempo. Ahora solo soy un fugitivo pero muy afortunado, ya sea porque vivo en esta ciudad... ya sea...

Don Isaac no terminó la frase, acompañó estas palabras con el inicio de una sonrisa cansada, permaneció un momento dubitativo y después añadió:

—Aquí las instituciones son estables. Pero el Senado, aun teniendo fama de haber sido siempre infalible en el pasado, en los últimos tiempos no parece estar a la altura, quizá... me dicen que se han intensificado los controles sobre la virtud de las monjas y que, para aplacar la cólera divina, el clero ha impuesto a los fieles comer austeramente al menos tres días a la semana. ¿Bastará? Lo dudo.

—¿Los sacerdotes venecianos obedecen al Papa? —preguntó Moses.

—Cuando Julio II anunció la excomunión, hubo cierta agitación, naturalmente, pero el clero decidió no escuchar al Papa. Bien sabéis que en Venecia las iglesias son numerosas, el sentimiento religioso es dominante, pero al Papa se le considera jefe de un Estado hostil y temido. Sin duda habréis leído mi comentario sobre el Éxodo que escribí hace dos o quizá tres años, no estoy seguro de cuánto tiempo ha pasado...

—Conozco todas vuestras obras —afirmó Moses con mal disimulado orgullo—,

aunque mi memoria ya no sea lo que era.

—Sois un muchacho comparado conmigo. En la vejez se recuerda bien el pasado lejano —respondió Abrabanel—, los episodios de una lejana juventud, y en cambio, los actos de ayer son más fugaces. Imagino que conocéis la comparación que hacía entre las instituciones descritas en la Torà y las que están hoy en vigor en la Serenísima República. Es verdad que el Gran Consejo de Venecia lo elige la aristocracia, mientras que para nosotros el protagonista natural debería ser el pueblo. Pero, como habréis comprendido, entre venecianos y judíos existen muchas similitudes, esta ciudad, para ser la reina de los mares, debe hacer algunas concesiones...

Abrabanel no terminó la frase y pareció estar un momento ausente como si pensara en otra cosa. Hasta poco antes había hablado lentamente, pero, poco a poco, había pronunciado las palabras en un tono más seguro y autoritario, mostrando señales de un carácter fuerte y de una antigua costumbre de mandar. Pero, de repente, parecía haber perdido el hilo de sus pensamientos como si la debilidad física hubiese tomado las riendas de su inteligencia, su capacidad de elaborar las ideas y las palabras.

—¿Pensáis entonces que los venecianos sabrán hacer frente a la Iglesia? —preguntó Moses, que quería oírle todavía, pero sobre todo habría deseado virar la conversación hacia temas más concretos, como la posibilidad de intercambios comerciales, en Venecia, con España.

—Sobre esto no tengo ninguna duda. —La voz del anciano había recuperado la normalidad—. Los venecianos son buenos cristianos, y nosotros somos débiles e inofensivos, y muy útiles a las arcas de este glorioso Estado, a esta ilustrísima Señoría. No nos acogen por buena voluntad, espero que no alberguéis dudas sobre esto. Aquí nosotros somos tan frágiles como hojas al viento que pueden ser lanzadas de aquí para allá, sin esfuerzo. Por eso nos aceptan. Nosotros aportamos beneficios y no constituimos un problema.

—A veces se tiene la impresión de lo contrario: parece como si los judíos hieran el único problema —dijo Moses con un deje de amargura.

Abrabanel permaneció un momento en silencio, y después añadió:

—Siento, en vuestra premura, no solo una cortesía hacia mí, sino también una ansiedad que no logra extinguirse. Si esperabais hallar respuestas seguras, no os engañéis. Solo tenemos una esperanza: que se den las condiciones favorables para la llegada de la edad mesiánica. Hasta entonces viviremos siempre en condiciones precarias.

—Tenemos una única defensa —dijo Moses—: anticiparnos a los hechos.

—Un hombre que intente anticiparse a los hechos bajo el impulso del miedo cometerá muchos errores —respondió don Isaac prontamente.

—¿Y la guerra? Si la Serenísima se viera implicada, los enemigos son numerosos y poderosos —insistió Moses.

—Querido señor Conegliano, la diferencia entre vos y yo es que vos sois un prófugo nuevo, un recién llegado. No sé si en Treviso estabais bien, pero ¿los canales no os tranquilizan? El agua que nos rodea hace que esta ciudad sin murallas, *vacua moenia* dicen aquí («Las leyes son nuestros muros», decía el caballero Paolo Morosini), esté igual de bien protegida. Esta es una opinión compartida y fundamentada. Los problemas no nos faltarán nunca a los errantes, pero sacando bien las cuentas se puede descubrir que el mesías no tardará en llegar...

—Espero no daros motivo de escándalo si soy sincero y os digo que a mí no me basta con esperar la época mesiánica... Conozco bien las páginas que habéis dedicado a las previsiones sobre la llegada del mesías —añadió, no sin temor—. Pero yo tengo problemas más urgentes y prácticos.

—¿No educaréis a vuestros hijos en esta clase de escepticismo? Espero que os deis cuenta de que tenéis el deber de transmitirles unos ideales en los que creer: solo podemos resistir las duras pruebas que la vida nos reserva si nuestro ánimo es fuerte y nuestra fe en Dios es sincera.

Don Isaac Abrabanel habló casi con esfuerzo, llevado por el entusiasmo, pero ya fatigado. Su cara enjuta se había chupado aún más y sobre los ojos grises parecía haber caído un velo todavía más intenso. Al pronunciar las últimas palabras había agitado enérgicamente una mano, pero con un temblor excesivo.

Mandolin Hazan se sentía muy contrariado: la franqueza de la conversación le había parecido exagerada. Tal vez Abrabanel y Conegliano, que eran tan distintos, no habían simpatizado, y con don Isaac era necesario mostrar el máximo respeto. En otras ocasiones, incluso los poderosos nobles venecianos lo habían tratado de una forma muy distinta, extremadamente formal, como si no fuera un judío prófugo sino un importante embajador de tierras lejanas. A pesar de que don Isaac fuera un hombre que había viajado mucho, siempre había mantenido algún vínculo poderoso con la tierra ibérica, hasta el punto de que muchos recurrían a él para obtener favores útiles para su comercio, o para entender alguna chispa de aquella sabiduría que todos le reconocían, no solo los judíos, y había creado en torno a él un aura de leyenda.

Moses Conegliano, en cambio, lo había tratado como a un viejo amigo, como si lo conociera de siempre o se hubieran visto hacía poco. Tal vez Moses no sabía hasta qué punto se honraba a los viejos sefardíes en Venecia. No sabía que eran muy susceptibles, que tenían una mentalidad distinta. Era mejor no quemar etapas para llegar a ser realmente su amigo. Era mejor considerarlos auténticos hidalgos, nobles españoles, y no tratarlos expeditivamente como a mendigos askenazis.

Pero su inquietud se disipó enseguida.

Don Abrabanel, que evidentemente se lo había tomado de otro modo, miró a su interlocutor.

—Me sois simpático. Espero volver a veros. Podrías contarme muchas historias y no debéis olvidar, además, que deseo ver con tranquilidad vuestros manuscritos.

—Seréis satisfecho, no lo dudéis. ¿He hecho bien en elegir Venecia?

—Querido señor Moses, habéis hecho bien eligiendo Venecia y estoy seguro de que vuestros descendientes se quedarán aquí durante muchos años sin sufrir las humillaciones que otros sufrirán en las lejanas ciudades de la Europa septentrional. Esta ciudad es terriblemente húmeda y los ancianos acaban siempre quejándose de dolores en los huesos, como me sucede a mí, que estaba acostumbrado a cruzar las llanuras secas y soleadas de España, pero es acogedora, no dulce como parece en un primer momento, pero acogedora. Y se puede ir en barca por los canales sin que te empujen los transeúntes. Estad tranquilo y nos veremos pronto.

Aquella noche, Moses Conegliano permaneció largo rato sentado en el pequeño cenador de la nueva casa. Desde allí se veían bien las estrellas y los reflejos de la luna que danzaban sobre la superficie del agua del canal.

El encuentro con el famoso Isaac Abrabanel había desencadenado en él muchos pensamientos de los que no lograba deshacerse.

Estímulos y temores acababan por fundirse, por solaparse y hacer brotar ideas que le parecían totalmente insólitas.

Aquel cambio repentino de ambiente, de Treviso a Venecia, le producía un efecto extraño: había dejado una casa cerca de unos campos de cultivos, donde las gallinas deambulaban por los patios y entraban en la cocina, y se había encontrado en un abrir y cerrar de ojos en un *palazzo* veneciano al borde de un canal. Sentía la necesidad de poner un poco de orden en su cabeza.

Por el momento no era necesario empezar a ganar dinero, durante un tiempo podrían vivir de los ahorros, pero la familia era numerosa y en el futuro sería necesario encontrar una actividad también para los hijos.

Dentro de tres días se reuniría con el rabino Abraham benHaim y se plantearía una cuestión crucial, no nueva, pero aplazada demasiado tiempo: ¿qué hacer?

No le apetecía ponerse a estudiar seriamente la Torá y el Talmud. Sabía que el rabino no ahorraría esfuerzos para convencerlo. En Venecia, aún más que antes, deseaba introducirse en el comercio para dar a su familia cierto bienestar.

«Soy un buen judío —se dijo a sí mismo—, pero tengo derecho a tener mis dudas y, alguna vez, a descuidar los estudios. Que Dios me perdone».

Aquella noche, sin saber por qué, le parecía que debía hacer un balance completo del pasado y sentar las bases del futuro. Experimentaba sentimientos ambivalentes: por una parte tenía le en sí mismo, por otra se sentía vacilante, extrañamente inseguro. Una oleada de emociones se apoderó de él y le impidió pensar con la calma necesaria.

No soportaba no poder controlar aquel flujo impetuoso. No soportaba que ideas recurrentes y tormentosas se apoderaran de él. Que se mezclaran, que se adueñaran de él.

Tenía razón aquel anciano sabio español. No se podía resolver todo de golpe. Y ni siquiera sabía, don Isaac Abrabanel, que para Moses los problemas no eran solo la guerra a las puertas de la ciudad de la laguna.

Aquella era la guerra exterior: después estaba la otra, interior e igual de difícil, cotidiana. Más de una vez su auténtico carácter, íntimo, oculto, amenazaba con vencer su capacidad de autocontrol. Esto era un auténtico peligro. No podía dejarse llevar por la inquietud.

Quizá era la calma absoluta de la ciudad, inmersa en la noche, lo que le permitía entrar en sí mismo buscándose más a fondo. Y esta posibilidad de reencontrarse y reflexionar le parecía llena de peligros.

El silencio total que lo rodeaba solo se rompía por el ruido del agua y, en lontananza, por el sonido de un instrumento de cuerda que iba y venía.

Se aferró a aquella música. Le vino a la cabeza cuánto amaban sus padres la música. Recordarlos lo alivió. Logró evocar su presencia con una fuerza casi real.

Una góndola se deslizaba silenciosamente sobre el agua desviando imperceptiblemente los reflejos de la luna.

Don Abrabanel, siendo tan distinto, le había hecho pensar en las palabras de su padre, que ahora ya no estaba con él para darle la confianza que tanto lo había ayudado anteriormente. Intentó comprender por qué Abrabanel le suscitaba un recuerdo igual de intenso, pero no lograba extraer nada de aquellas emociones. Todos lo consideraban una leyenda viva; a él solo le parecía un anciano que buscaba la paz, y aquel augurio al final de la conversación lo había conmovido como si fuera una pequeña profecía. El padre de Moses también lo hacía cuando deseaba transmitir confianza. Y siempre lo lograba: su tono, como el de Abrabanel, no admitía réplicas.

Estaba seguro de que en Venecia encontraría cosas buenas. Pero ¿serían todas buenas? Había rumores de hechos misteriosos, asaltos nocturnos realizados por un extraño individuo, ni mujer ni hombre. Corría la voz de que muchas personas, aparentemente sanas, enfermaban y después morían rápidamente, de un modo inexplicable para los médicos. Según algunos, el artífice de tamaños misterios era el demonio, que habitaba en la ciudad bajo falsas apariencias y golpeaba de repente. También los crudos relatos de Mandolin, el día que habían llegado, lo habían perturbado.

Bien, pensó, mientras le resonaba en los oídos el estribillo de una canción del *hagadá* de *Pesaj*: si, no obstante, sucedía algo bueno, sería suficiente para él.

Sería suficiente.

Daienu.

Estaba a punto de acostarse cuando se le ocurrió que en todo el día no había pensado en Sara.

«Tal vez sea mejor así. ¿Cómo puede ser que no haya pensado en esa muchacha en flor? En el fondo la idea de Abraham de Leon es una locura, una verdadera locura. La muchacha me gusta, podría amarla y estoy seguro de que despertaría en mí el placer de vivir, pero mis hijos no lo comprenderían y probablemente tendrían razón. Le hablaré claramente y estoy seguro de que estará de acuerdo conmigo. ¿Para qué abrigar absurdas ilusiones? No digo que mi vida haya terminado, pero que la

primavera ya ha pasado me parece un hecho indiscutible. Lo que sí puedo es ayudarla y ofrecerle una buena dote. Así podrá encontrar un joven digno de ella».

Daienu.

Pensó en su Gabriele y arrugó la frente.

## Sante Rossetto en los Piombi

Sante Rossetto entró en la habitación del comandante bastante atemorizado.

Piero Costantini era conocido por su severidad y por su dureza y, además, era imprevisible. De hecho, siempre hablaba en voz baja, incluso cuando se podía intuir que estaba a punto de dar órdenes terribles, y todos conocían su lema: ¿para qué ser grosero con un hombre que estás a punto de matar?

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Costantini con una mueca que le endureció aún más los rasgos.

—*Estábamos* remando tranquilamente, por la costa norte de la laguna, esperando a las personas con las que nos habíais dicho que debíamos reunirnos, en medio de la niebla, y no se oía ningún ruido. Entonces, de golpe, la barca tropezó con un obstáculo y caí al agua. En ese momento nos atacaron. Mataron y le cortaron la cabeza a mis dos compañeros. Todo sucedió en un momento. Me escondí porque creía que sería más útil si volvía a informar en lugar de morir inútilmente.

Dicho esto, Rossetto tragó saliva, avergonzado, y pensó: «El sacerdote siempre me dice que es inútil hacer la señal de la cruz cuando el diablo ya está encima de ti».

—¿Dónde está la carta?

—La tengo yo, no debéis preocuparos.

Costantini emitió un suspiro de alivio imperceptible y siguió:

—Has hecho bien en no morir porque así podrás sacrificarte otra vez. Dime, ¿por qué te presentas ante mí con tanto retraso?

—Llegué a casa casi sin ropa y muerto de hambre. Me he recuperado un poco y he venido enseguida a recibir órdenes.

—¿A quién has visto y quién está al tanto de tus aventuras?

—Solo mi prometida, que me ha curado esta herida. —Le mostró una mano vendada.

Costantini hizo sonar una campanilla. Se presentaron tres hombres, a los que con voz persuasiva les dijo:

—Por ahora llevadlo a los Piombi, debe estar aislado y nadie debe tener conocimiento de su historia.

Tras una breve vacilación, añadió:

—Veremos si es cierta o si se ha puesto de acuerdo con el enemigo.

Rossetto no pronunció palabra y se dejó llevar sin resistirse. Tenía la boca seca y no lograba mover la lengua. El terror lo había dejado helado.

El propio Costantini estaba alterado. Aquel ataque en la laguna debía permanecer en secreto. Los tres hombres habían sido enviados a entregar un mensaje. Era necesario evitar a toda costa que nadie tuviera conocimiento de los contactos entre los enemigos de Venecia y algunos nobles dispuestos a capitular que, de ser descubiertos,

serían ajusticiados por alta traición. Ni él mismo conocía sus nombres: solo tenía contacto con uno de ellos, que le había pagado bien. Por suerte, el mensaje que llevaban los tres hombres no había caído en malas manos.

Si el episodio salía a la luz, las consecuencias podían ser imprevisibles; era mejor reaccionar con rapidez y decisión.

En cuanto Rossetto estuvo lejos, Costantini se dirigió a uno de sus hombres, que había permanecido en silencio, y le dijo:

—Esa muchacha, la tal Mimosa, podría hablar. Id a su casa y advertidla de que debe callar si quiere volver a ver vivo a Rossetto, y, para aterrorizarla un poco y convencerla de que se esté callada, sodomizadla.

—¿En nombre de la República? —preguntó su ayudante.

—No, por Dios, en vuestro nombre y en el mío. Pero entre nosotros, vosotros seréis los que os divertiréis más.

—Señor...

—¿Qué quieres decirme?

—Parece que Mimosa tiene algunas amistades bien situadas, además de Rossetto...

—¿Y se puede saber quién?

El hombre se acercó al oído de Costantini y pronunció un nombre.

Costantini sonrió y añadió:

—No me despierta ninguna simpatía. Sodomizadle a él también.

—¿Quién?

—Vosotros. No os divertiréis, pero lo haréis por la República. Obedecer no os hará ningún daño, más bien os fortalecerá y os preparará para nuevos reconocimientos. Os estoy confiando un encargo delicado y seréis bien recompensados. Si la misión no tiene éxito será solo culpa vuestra, naturalmente. Y ahora, id.

El hombre, Toni da Mestre, permaneció impasible, se inclinó ligeramente y salió.

«Hijo de puta. Él ordena y a mí me toca hacer el trabajo sucio —pensó, sin que un músculo de su rostro se contrajera—. Un día me las pagarás. ¡Un día vas a hacer el salto del ángel!».

## 6

### Violencia contra Mimosa

Ioni da Mestre, el hombre que Costantini había mandado a visitar a Mimosa, caminaba por el muelle de los Mendicanti a paso ligero como si fuera a una cita a la que no deseara llegar con retraso. En pocos minutos llegó frente a una puertecita y llamó con energía. No respondió nadie, pero la puerta se abrió ligeramente, y entonces decidió entrar.

En el interior de la casa las cacerolas estaban en orden y sobre la mesa de madera había dos hogazas. El hombre se sentó en una gran silla de madera y cerró los ojos, preguntándose cuánto tiempo debería esperar. Después cogió un pedazo de pan y se puso a masticar.

Al cabo de un rato oyó ruido y vio entrar a dos muchachas que se quedaron sorprendidas al ver a un desconocido en su casa.

—¿Cuál de vosotras es Mimosa?

—Soy yo, ¿qué deseáis? —respondió con rudeza la más alta, colocándose casi instintivamente delante de la más joven.

—Debo hablar contigo...

—¿De qué?

—De tu hombre.

—Vete a casa —dijo Mimosa a Mariella—. Nos veremos luego.

Mariella salió, pero no se alejó de la puerta y se dispuso a escuchar.

—Tu hombre está en apuros graves y tú debes olvidar todo lo que te haya dicho. Solo así podrás ayudarlo.

—No me ha dicho nada, de modo que no hay nada que olvidar.

—Tu Rossetto ha sido arrestado y quizá sea procesado por traición. Si estás callada, lo ayudarás y podrás ayudarte también a ti misma. Pero ahora ven aquí.

Mimosa no quería provocar al hombre, aunque cada vez tenía más miedo de su rostro poco amigable y de su mueca ambigua.

Toni intentó acercársele y Mimosa vio que estaba en peligro. Intentó pegarle una patada en la entrepierna, pero solo le dio de lado. El dolor excitó al hombre, que intentó arrancarle la ropa. Acabaron rodando por el suelo entre las sillas.

Mariella, que había oído los gritos y el ruido de las sillas al caer, se puso a correr por el muelle en busca de auxilio.

En aquel momento pasaban por allí Davide Conegliano y Mandolin, que tenía intención de enseñarle la ciudad a su joven amigo. Al ver a la muchacha tan agitada, sin darse cuenta de lo que estaba sucediendo, los dos la siguieron pensando que tenía algún problema y podrían ayudarla.

Estaban muy lejos de imaginar que los peligros iban a correrlos ellos, auxiliares generosos, que, sin querer, se iban a meter en un buen lío.

Mandolin y Davide, tras una breve carrera apresurada, entraron en la cocina de la joven Mimosa. En el suelo vieron a un hombre medio desnudo que intentaba, con dificultad, inmovilizar a una muchacha que forcejeaba y luchaba con el valor que da la desesperación.

Davide cogió instintivamente un rodillo y golpeó la espalda del hombre, que lanzó un grito. El dolor lo obligó a soltar la presa y, sacando un cuchillo, se volvió contra su atacante.

Davide, sorprendido y asustado ante la reacción, retrocedió y se escudó detrás de una silla mientras Mandolin agitaba un taburete. Los pantalones bajados hicieron tropezar al hombre, que cayó patosamente en el suelo. Así fue posible desarmarlo. Mimosa se le echó encima con rabia y le arañó la cara y la espalda mientras los dos hombres le torcían la mano.

Con la cara roja y maltrecho, el hombre sacó otro cuchillo más pequeño, pero esta vez lo utilizó para defenderse y retroceder. Intentó salir por la puerta, pero el jaleo había alertado a los vecinos y a algún curioso. Entonces, primero subió por una escalera, después, viendo una ventana que daba al canal, se zambulló como pudo en el agua y se alejó a nado.

En aquel momento, Mandolin tuvo la intuición de que sería mejor largarse. Cogió a Davide del brazo y, aprovechando la confusión que se había creado, lo arrastró hacia el muelle.

—Debemos evitar implicarnos, corre. Está llegando más gente —dijo con nerviosismo.

Mientras tanto, Mimosa se estaba recuperando del susto y contaba excitada que aquel hombre había intentado forzarla y quizá también quería matarla.

Cuando empezó a calmarse, miró alrededor buscando a los hombres que la habían salvado.

—Se han marchado —dijo su joven amiga—, puede que se hayan asustado.

—Creo que no deseaban ser reconocidos —observó un vecino.

Mientras tanto, Davide y Mandolin seguían corriendo hacía casa.

—¿En esta ciudad pasan estas cosas a menudo? —preguntó Davide, con la despreocupación propia de su edad.

—La verdad es que no, es la primera vez que me sucede una aventura como esta —jadeó Mandolin, un poco preocupado y sin aliento.

Solo Toni da Mestre, que en aquel momento escapaba a nado, tenía bien claros los rostros de los dos jóvenes y se decía a si mismo que, si volvía a verlos, lo pagarían caro.

—Metomentodos —repetía furioso mientras intentaba salir del canal—. Un día los cogeré, uno por uno, y entonces verán.

Después, mientras se sacudía como un perro mojado, una idea empezó a martirizarlo: «¿Qué voy a decirle a Costantini? Por ahora no le diré nada para evitar líos, pero tarde o temprano a aquellos dos los encontraré y me las pagarán, ¡lo juro!».

## Sara de León

Detrás de la puerta se oían gritos y risas.

De pronto, Moses pensó que no llegaba en un buen momento y que quizá sería mejor volver más tarde. Se quedó inmóvil un instante y estaba a punto de volver sobre sus pasos cuando Sara salió de la habitación. Al verlo, la joven, sobresaltada, dio un salto hacia atrás, pero en cuanto lo reconoció se acercó y, sorprendiéndolo, le echó los brazos al cuello con un gesto que dejó a Moses desarmado.

—¿Va todo bien? —preguntó.

Sara sonrió:

—Hemos tenido noticia de que nuestro padre está mejor y quizá podría decidirse a reunirse con nosotros.

Moses, perplejo, no respondió.

—Mi padre me ha hablado de vuestra conversación.

Los dos callaron.

—Una idea poco sensata —dijo Moses—, tú eres una mujer joven y encontrarás a alguien mejor.

Después de pronunciar estas palabras, con cierto esfuerzo, la miró para intentar captar el efecto que habían tenido, esperando en el fondo que la charla fuera breve.

Sara también lo miró con sus grandes ojos castaños. Tenía diecisiete años, era alta para ser una mujer, casi tan alta como Moses, tenía la cara alargada y los labios a punto de fruncirse, la piel pálida, tanto que parecía gozar de poca salud, los cabellos castaños recogidos en una larga trenza que llevaba anudada en la nuca. Las curvas de su cuerpo apenas se dibujaban bajo el modesto vestido marrón que la envolvía.

—Tienes una bonita nariz y una hermosa boca —añadió el hombre, tratándola como a una chiquilla—, eres simpática e inteligente como tus hermanos. Eres toda tú hermosa, no te quedarás soltera. Te proporcionaré una buena dote.

—¿No me quieres? —preguntó Sara y, antes de que Moses pudiera responder, sus ojos se llenaron de lágrimas y se echó a llorar.

El hombre no pudo hacer más que atraerla hacia él para consolarla y, después de tocarle la frente con los labios, decidió que se casaría con ella.

«Quizá —pensó—, no deseaba nada tanto como esto desde el momento que su padre me lo propuso».

Permanecieron en silencio solo un par de minutos, pero a ambos les pareció un tiempo mucho más largo.

Solo los ruidos que venían de la escalera hicieron que poco a poco se apartaran uno del otro.

—Cuando llegue el momento hablaremos de esto con nuestra familia —susurró Moses.

Las dos manos se soltaron lentamente.

Moses volvió a sus habitaciones, pensativo y un poco agitado. Mientras tanto Sara, con una sonrisa deslumbrante, corrió a besar y abrazar a sus hermanos, que no se asombraron mucho de este arrebato y de aquel afecto porque estaban acostumbrados a sus cambios de humor y a recibir besos y abrazos repentinos.

Después, la joven se encerró en su habitación con su amiga íntima, la prima Beatrice de Leon, no solo para contarle las grandes novedades, sino también para empezar a fantasear sobre todos los preparativos necesarios para celebrar la boda.

—Moses es un hombre fascinante y muy tímido. Sé que siempre está angustiado por las dudas, como me dijo mi padre, pero esto también lo hace atractivo. No decide nada para él mismo ni para los demás. Cavila continuamente. Es una persona de bien. Haré lo que sea para que se enamore de mí hasta tal punto que tenga que cavilar siempre conmigo.

—¿Por qué te gusta un hombre tan viejo e inseguro?

—No es viejo, inseguro no es la palabra correcta. Es terriblemente concienzudo. ¿Qué otro hombre habría intentado hacerme cambiar de idea? No le teme a nada, es valiente. Una vez mi padre fue atacado en la calle y él lo defendió, sin pensar ni por un momento en el peligro. Siempre lo he respetado. Cuando mi padre me hizo esta propuesta sentí que tocaba el cielo con la mano. Siempre he estado enamorada de él.

Beatrice de Leon, que no estaba acostumbrada a aquella animación porque con ella Sara siempre había sido reservada y poco comunicativa, se quedó sorprendida.

—¿Desde cuándo sientes esto?

Sara siguió riendo como si hubiera bebido un vaso de vino.

—Beatrice, quiero tener muchos hijos —exclamó y, cambiando de tono, dijo en voz baja con mucha seriedad—: Me gustan las familias numerosas. Moses, aunque te parezca raro, me da una seguridad infinita y una gran alegría de vivir.

—Viéndote tan feliz —respondió Beatrice— se me contagia. Tendré que buscarme un marido yo también, si pensar en un hombre produce este efecto.

Y siguieron riendo.

—Sabrás conquistar a sus hijos.

—Aparte de Gabriele, los quiero mucho a todos.

## El gatito de Dolcetta

Davide Conegliano se puso a correr con el ímpetu del que solo son capaces los muchachos cuando están agitados. Jadeante, se metió en una callejuela y tropezó con un vendedor de manzanas haciéndole volcar el carro. Estaba a punto de ayudarlo a recogerlas, pero los gritos y los intentos del vendedor de cogerlo por el pescuezo lo hicieron desistir enseguida. Se deshizo de él y retomó la carrera. Cruzó un puente saltando los escalones de tres en tres, recorrió un muelle largo, la Brusada y después la callecita de Drio el Magazen y el soportal llamado Ramo Bao y llegó pocos minutos después a la puerta de la que ya consideraba la nueva casa de su familia.

Vio por el rabillo del ojo a Dolcetta que jugaba en una habitación de la planta baja con dos niñas, hijas de un gondolero, Giovanni Muazzo, llamado «El Bucles» porque perdía mucho tiempo peinándose los cabellos ensortijados en tirabuzones tupidos, de los que estaba muy orgulloso. Ahora aquel era el lugar en el que la más pequeña de los Conegliano pasaba largas horas entreteniéndose con muñecos de trapo, marionetas de madera y retales, que utilizaba con sus compañeras de juegos para acicalarse.

Aquella mañana Dolcetta se había sentido muy triste. Por la noche la habían despertado los truenos de una tormenta y no había logrado volver a dormirse. Había intentado taparse los oídos con los espesos rizos oscuros, pero esto no había bastado para alejar el estruendo de los truenos. No se lo había dicho a nadie, pero la oscuridad de la noche la había hecho sentir sola.

Era la más pequeña, nacida muchos años después que los demás hermanos y apenas había conocido a su madre, a la que casi no recordaba.

Había intentado contarle a Stella sus temores nocturnos, pero su hermana, ante los intentos confusos y patosos de explicarse, se puso tan nerviosa que Dolcetta se había convencido de que sería mejor permanecer callada. No acababa de entender por qué Stella, siempre tan afectuosa, había evitado seguir hablando, cuando en general no hacía falta mucho para hacerla hablar, pero frente a un infranqueable muro de silencio, se había retirado instintivamente.

Aquella noche Stella había seguido durmiendo y Dolcetta, que no había resistido la tentación de acurrucarse junto a ella y robarle un poco de calor, había permanecido en silencio.

A la mañana siguiente, se sintió más contenta al poder jugar con Ninetta y Mariolina y, sobre todo, al poder estar con la madre de esta, una mujer bastante joven, pero con una expresión precozmente marchita y siempre fatigada. La Tosetta (era un apodo pero Dolcetta estaba convencida de que era su nombre de verdad), aunque no se cuidara mucho de su pequeña invitada, despertaba en la niña un sentimiento intenso. Cuando Dolcetta entraba en su casa, recibía siempre una caricia y algo de

comer, y durante el día Tosetta tampoco olvidaba nunca tener alguna atención con ella.

Dolcetta procuraba siempre no molestarla y, cuando estaba enfrascada en un juego con sus amiguitas, no perdía nunca de vista a la anfitriona de la casa y la seguía con la mirada.

Aquella mañana la presencia de la mujer la había tranquilizado especialmente y se había acercado a ella más a menudo para robarle una caricia, un mimo e incluso había comido más de lo habitual, fruta, dulces y un poco de leche.

—La Tosetta —le *comentó* después a su padre— no debería ser la esposa del gondolero, estaría mucho mejor en nuestra casa que no solo es más bonita, sino también mucho más grande para poder vivir también con Ninetta y Mariolina.

Mientras Dolcetta jugaba, llegó corriendo Davide, que aunque vio a su hermana jugando en una habitación junto al patio interior, no se detuvo a hablar con ella, como hacía habitualmente. Atravesó el portal, subió precipitadamente la escalera y llegó pálido, sudado y balbuceante a la sala donde su padre estaba leyendo un libro.

—Padre, padre —exclamó, interrumpiéndolo, contra su costumbre—, he sabido que los Luzzatto podrían haber sido detenidos por unos hombres armados mientras estaban cogiendo una barca *como* hicimos nosotros.

«Salieron demasiado tarde, ya les dije que no debían esperar tanto», pensó Moses. Después dijo:

—¿Cómo lo has sabido? ¿Quién te lo ha dicho?

—He visto a Mandolin en *campo* San Polo. Acababa de dejar a Stella, que había ido a comprar pescado al mercado de Rialto. Estaba charlando con dos personas que nunca había visto y entonces me he acercado a saludarle. Acababa de hablar con un noble veneciano que había recibido la información de otro noble que había cruzado con dos criados las líneas enemigas, cerca de Mestre. Parece que se trataba de un grupo pequeño, quizá el de los Luzzatto, les han dado el alto y arrestado.

—¿No sabes nada más?

—No, Mandolin me ha dicho que viniera a decírtelo inmediatamente.

Moses permaneció pensativo.

Se sabía que en los últimos días, en el continente, la soldadesca deambulaba a su aire. Se había hablado también de incendios y de saqueos en varios pueblos aislados. Por otro lado, no era de extrañar que sucedieran aquellas incursiones, en vista de que la guerra se estaba extendiendo; aquel había sido el motivo de que los Conegliano hubieran salido a toda prisa de tierras trevisianas. En pocos días todos habían vendido cuanto podían a precios irrisorios y habían recogido sus pertenencias. Algunos no habían tenido el mismo miedo o, quizá, la misma previsión.

Moses no estaba en absoluto convencido de que los Luzzatto hubieran elegido Venecia, y le parecía raro que los hubieran detenido al borde de la laguna. Sabía que tenían conocidos en Friuli y quizá habían preferido ir allí. Además, Joseph Luzzatto era contrario a llevar a los suyos a Venecia porque temía quedarse atrapado allí. Lo

habían hablado hacía muchos meses. Pero, si no se trataba de ellos, ¿de qué otro grupo de rezagados podía tratarse? ¿Qué peligros podían correr todavía? ¿Podían hacer algo por ellos?

Con una pluma comenzó a garabatear sobre un pequeño pergamino blanco mientras una gota de tinta caía sobre la mesa. Entonces, con rabia, para evitar más manchas, lo estrujó y lanzó la pequeña pelota por la ventana, al canal.

—Te estás convirtiendo en un verdadero veneciano —le dijo Mandolin, que había entrado en la sala sin hacer ruido mientras Davide salía para ir a buscar a su hermana.

—¿Por qué?

—Ya echas todos tus secretos al canal.

—Qué secretos, estoy preocupado por lo que me has mandado a decir.

—Tal vez me haya precipitado. Han detenido a alguien, pero no se sabe seguro a quién... me han dicho que podrían haber retenido a los Luzzatto, y que los han mandado de vuelta. Pero no tengo confirmación. En realidad, lo que me preocupa es que ahora ya no pasará nadie más.

—Creo que habrá muchos deseando venir.

—Esto es lo que me atormenta. Ayer hablé con aquel barquero que se iba hacia el continente. Me dijo que si pagábamos bien seguiría cruzándolos.

—¿Crees que lo hará? Ya no estoy seguro de nada. Día a día cambian no solo los horizontes, sino también las perspectivas... —dijo Moses y después añadió—: De todos modos, prometí que pagaría si esto podía servir para ayudar a alguien y es posible que todavía llegue alguien más.

En aquel momento entraron Davide y Dolcetta. El muchacho llevaba a su hermanita de la mano y ella, en cambio, tiraba de él hacia atrás, protestando.

—Ya no quiere volver a casa. Quiere quedarse con Tosetta y comer siempre en su casa.

—Pequeña mía, ¿cómo estás? —preguntó Moses sin prestarle mucha atención.

—Quiero un gatito —contestó Dolcetta mirando a su padre con severidad.

—¿Qué quieres?

—Quiero un gatito.

—¿Por qué?

—Para quererlo —dijo Dolcetta con una sonrisita.

Davide no hizo caso de su hermanita y preguntó:

—¿Quedan todavía muchos judíos en el continente? ¿Crees que vendrán?

—Que podrán venir —lo corrigió Moses.

Dolcetta entendió enseguida que no la escuchaban y en tono dulce, pero firme, soltó:

—Mañana volveré con un gatito.

Nadie le contestó y a la niña aquel silencio le pareció una confirmación. Sonrió a todos y se marchó.

—Mandolin —dijo Moses—, sabes que puedes contar con la suma que sea

necesaria. Por ahora puedo darte, sin problemas, un cuarto de mi patrimonio a fondo perdido y adelantarte algo para otras contingencias, a título de préstamo, para socorrer a los que lo necesiten, aunque no sepa ni quién ni cómo.

—Te lo agradezco. Sabía que podía contar contigo, confiaba en que ya habrías ayudado a los que se encuentran en dificultades. Cuento también con tener la ayuda de Isaac Abrabanel. Aunque sea anciano, goza de muchas simpatías y vínculos con algunas familias influyentes no solo en Venecia, sino también en España. Tal vez se podría abrir una posibilidad con los españoles...

—Intenta no dejarte llevar demasiado por la fantasía. Tenemos que ser conscientes de un hecho: podemos estar al tanto de lo que sucede, pero no podemos influir en los acontecimientos. Intentemos salvar todo lo posible, sin demasiadas pretensiones.

—Solo desearía comprender. Hoy todo parece posible, incluso que la Serenísima no resista. ¿Y entonces? —En los últimos tiempos a Moses le parecía que Mandolin Hazan estaba más preocupado y ansioso—. Entonces no vale la pena hacer venir a nadie, al menos por ahora.

—Intentemos salvar lo salvable. Después ya veremos —respondió Moses.

Davide, un poco apartado, callaba y escuchaba atentamente sin perder palabra.

—De todos modos —dijo Mandolin mientras se preparaba para marcharse—, creo que deberíamos aprovechar la experiencia de Abrabanel. —Antes de salir definitivamente, añadió—: A propósito, Moses, creo que pronto deberíamos hablar de otros asuntos.

—Espero que no pretendas crearme más problemas y quebraderos de cabeza —contestó secamente Conegliano.

Quien no entendió el sentido de sus palabras fue Davide, pero no se le escapó que, por primera vez, los dos hombres le habían parecido extraños, poco comprensibles, un poco siniestros.

—Mañana temprano debemos reunimos con otras personas de nuestro grupo para discutirlo y decidir lo que puede hacerse.

## Moses Conegliano y Vettor Mocenigo

Pasó un tiempo y para los Conegliano llegaron los primeros problemas, a pesar de que Moses, hombre cauteloso y prudente, había hecho lo posible para mantenerse al margen. Tenía siempre presente las palabras de su abuelo: «El sabio solo necesita una ínfima señal para evitar el peligro».

De modales reservados, casi siempre había frecuentado a viejos amigos judíos, o, a veces, cristianos plebeyos, pero nunca se dejaba ver en posadas y lugares atestados de gente o, menos aún, en compañía de algún noble de mala fama. Había evitado verse envuelto en juegos de azar, tan de moda en los apartados círculos de los nobles, que, si bien formalmente prohibidos, eran en realidad de fácil acceso para todos, incluidos los judíos que deseaban ganar dinero con facilidad. O perderlo con un placentero e intenso sufrimiento.

En los negocios había tenido un comportamiento bastante discreto, casi pasivo, mirando a su alrededor con atención, pero sin tomar nunca la iniciativa. Era prudente incluso en su forma de vestir cotidiana: por ejemplo, mientras muchos se cambiaban el sombrero y escondían el amarillo que los judíos debían llevar cuando salían a la calle, Moses había procurado no llamar la atención de ningún magistrado celoso y había hecho lo posible para respetar la legalidad y no dar pie a ninguna sospecha, a ninguna insinuación. Sentirse transgresor, ni que fuera en una insignificancia, lo inquietaba de forma exagerada.

Como sucede a veces, de todos modos, incluso los más prudentes pueden dejarse llevar en algún momento; es más, el que cultiva la prudencia como una de las mayores virtudes puede sentir la tentación de liberarse de repente como si un muelle, que hace tiempo que se tiene bajo control, se viera obligado a soltarse con todas sus fuerzas.

O quizá fuera el destino, que había querido reservar a este hombre apacible una ocasión para ponerlo a prueba.

En Treviso había vendido todo lo que había podido, y había convertido todos sus bienes en monedas, fáciles de esconder y de transportar. Ahora, comenzaba a pensar que aquel dinero no podía permanecer en un cofre y era necesario encontrar la forma de hacerlo crecer. Cuando un grupo de judíos huidos, también ellos de la Marca, decidió asociarse con un noble muy conocido que haría de tapadera en una actividad comercial en Rialto, Moses, quizá por primera vez desde que estaba en Venecia, se lo pensó durante unos días. Después, aunque con ciertas reservas, decidió participar en el negocio. En el fondo de su corazón una vocecita le había sugerido que fuera prudente, pero, frente a los escándalos cotidianos, a tantos especuladores desconsiderados, le pareció que esta vez era necesario tomar la iniciativa y no permanecer siempre prisionero de tantos escrúpulos. Parecía que en la ciudad de la

laguna, a pesar de la dureza de las leyes, los comportamientos eran flexibles y se podían superar fácilmente los límites de lo legal sin demasiados riesgos. Sobre todo con la ayuda de amigos poderosos.

Lo que les habían propuesto podía considerarse un riesgo, pero de hecho solo era una artimaña para esquivar una reglas excesivamente rígidas que penalizaban a los judíos. No era una estafa propiamente dicha.

«Además —se dijo a sí mismo Moses varias veces—, un mercader debe utilizar rápidamente su capital: vender, comprar, vender y comprar otra vez. Estando quieto no gana nada».

El precio para registrar las actividades de dos tiendas en los soportales de Rialto y de una muy amplia en una callejuela de los Oresi, con dos almacenes detrás donde el *acqua alta* llegaba raramente, le había parecido considerable. El noble Vettor Mocenigo, que era la tapadera de la operación, no había invertido casi nada, pero su nombre era garantía de que el negocio llegara a buen puerto, superando todos los obstáculos y, por tanto, era razonable que recibiera una parte de las ganancias. Y Moses, aunque con una reticencia inconfesable, se había convencido de que aquella era la forma correcta de introducirse en la vida comercial veneciana, aunque fuera por la puerta de servicio. Así, por fin, había superado las dudas más íntimas.

El contrato se había firmado delante de un notario que había dado garantías y había explicado que se trataba de una escritura privada que debía guardar escondida en sus archivos y no exhibirla oficialmente, pero que mantendría intacta su validez jurídica.

En un primer momento, todo había marchado según lo previsto. Había llegado un cargamento de sedas y telas valiosas de Oriente y las ventas habían sido excelentes y habían procurado a los nuevos comerciantes no solo unas ganancias considerables, sino también nuevas posibilidades de inversión. Precisamente el éxito comercial, tan evidente, había despertado la envidia del viejo propietario de los inmuebles, Alvise Barozzi, arrepentido de no haber participado en aquel negocio y deseoso de entrar en el juego.

Liante e intrigante, el hombre no era precisamente un santo: se ocupaba de pequeños trapicheos, antiguamente se había visto envuelto en alguna riña y no desdeñaba emborracharse y divertirse con mujeres de mala reputación. Todavía lozano y con una mata de cabellos largos y despeinados, Barozzi deseaba antes que nada convencerse a sí mismo de que era muy listo, y no perdía la ocasión de hacerlo.

El noble Vettor Mocenigo se convirtió en el banco de pruebas de su pericia. Se dedicó a adularlo, a intentar convencerlo de que podía deshacerse de los comerciantes judíos, con los que había cerrado el trato, y que el contrato podía impugnarse fácilmente sin riesgos, porque los judíos eran débiles y, al no gozar de protección política, no podrían hacer prevalecer sus derechos. Barozzi, conocedor de las debilidades de Mocenigo, había implicado a su sobrina Angelina y le había pedido que se mostrara zalamera con el viejo. Y la muchacha había sabido moverse con

habilidad, tanto que Mocenigo un día se encontró con Barozzi en la posada del Sol y, sin darse cuenta de haber caído en una trampa, le dijo:

—Desahagámonos de los judíos, pero debe sustituirlos tu sobrina Angelina.

Barozzi había fingido sorpresa, incluso cierta indignación, pero, regodeándose íntimamente, había respondido:

—No entiendo vuestras pretensiones, pero intentaré satisfaceros. Sabéis que soy vuestro siervo.

A las pocas semanas la pequeña intriga se había convertido en un ovillo enredado y Moses Conegliano y sus socios se encontraron en una situación muy peligrosa. Si en el lugar de Mocenigo hubiera habido otro noble, tal vez habría existido la posibilidad de una defensa eficaz, pero los mismos abogados y notarios que les habían convencido de que aquel negocio podía hacerse impunemente comenzaron a tergiversar, a inventar excusas y a poner obstáculos verdaderos o simulados.

Acostumbrado a seguir las reglas de una antigua sabiduría, Moses al principio no se había angustiado demasiado. Los documentos de compraventa se habían firmado de forma legal, el precio pactado se había pagado. Sin embargo, ingenuamente, Conegliano y sus amigos, entre ellos Hazan y Todesco, no habían hecho bien las cuentas. Primero llegaron cartas amenazadoras escritas en forma vaga, después intentos de robo perpetrados de noche, finalmente consejos hechos llegar de forma discreta afirmando que el contrato de venta se había anulado sin penalizaciones.

Que Mocenigo estaba detrás de esas presiones, lo fueron entendiendo poco a poco. Cuando se dieron cuenta, se indignaron, se pusieron furiosos y sintieron una profunda preocupación.

Moses había pensado que una conversación abierta conduciría a alguna clase de compromiso y, tras consultar con su grupo, pidió ser recibido por Mocenigo, recién elegido magistrado del municipio.

Moses llegó con la góndola al lugar elegido, un gran palacio gótico al final de un soportal cercano al Arsenal, junto al canal de la Malvasia, en Castello, rodeado de un jardín con un muro alto y un gran patio con un pequeño pozo. Tras una breve espera, entró en una sala completamente forrada con una hermosa madera color cereza.

El noble Mocenigo parecía presa de una gran agitación y movía su hermoso traje de color carmesí con gestos exagerados. Llevaba la cofia un poco torcida y esto le daba un aspecto casi ridículo.

Escrutó a Moses Conegliano con una mirada hostil, después se miró a sí mismo en un gran espejo y le dio ostentosamente la espalda.

—¿Pensáis, caballero, que podéis enseñarme algo? Vos que sois huésped desde hace poco, poquísimos días, de nuestra amada ciudad, ¿pensáis, osáis contrariar mi voluntad? Imagino que os dais cuenta de cuáles son los riesgos a los que os enfrentáis. ¿Deseáis acabar vuestros días en los Piombi?

Moses calló. Antes de entrar en la sala se había convencido de que sería necesario ser paciente y que no merecía la pena reaccionar a las provocaciones.

El noble interpretó este momento de perplejidad como una muestra de debilidad.

—Os ruego que me perdonéis —dijo Conegliano, intentando dar a sus palabras el tono más tranquilo y respetuoso posible—, no era mi intención turbar vuestros sentimientos, y sin embargo...

Mocenigo lo interrumpió bruscamente.

—¡No creeréis que yo, noble veneciano, esté dispuesto a discutir con un forastero de igual a igual!

—Sé que sois rico y poderoso, y aun así confío en que respetaréis los acuerdos que tomasteis libremente. Si hemos cometido algún error, si hemos hecho algo mal, estamos dispuestos a remediarlo.

—No hay nada que remediar. Solo debéis aceptarlo y obedecer. Si no lo hacéis por propia iniciativa, será la justicia de la Serenísima quien se ocupe, y presiento que vos, además de arrogante, no sois tan ingenuo. Los acuerdos firmados tienen un fallo grave de forma. Consideradlos papel mojado. Os conviene ceder y obedecer sin demora.

—He venido aquí, ante vuestra presencia, para expresaros estima, para alcanzar un compromiso honorable.

—Imposible —dijo Mocenigo, a quien se le ocurrió en ese momento que Angelina lo estaba esperando para conocer el resultado de la conversación—. ¿Tendríais el valor de contradecirme si tres nobles venecianos confirmaran mis palabras?

«Jamás como en este caso —pensó Conegliano—, la forma de hablar ha sido el espejo del alma».

El noble se volvió bruscamente, perdió la cofia y abandonó la sala sin decir palabra.

Moses se encontró solo y aturdido.

Aquellas tiendas de Rialto empezaban a ser un problema. Tal vez fuera mejor pensarlo bien, renunciar a alguna cosa para no acabar metidos en nuevas insidias. En cualquier caso, no se trataba de una decisión que pudiera tomar él solo: era necesario organizar una reunión entre los socios y valorar las posibilidades y los peligros que todos podían correr.

## Un mal asunto

El día amaneció nublado y oscuro.

Moses Conegliano salió de la casa sin despedirse de nadie. Dobló por una calle estrecha, después atravesó una plazoleta, cruzó un puente y, tras algunos minutos, llegó al gran *campo* de Santa Maria Formosa, donde había quedado con uno de sus socios, Jacob Hazan, que ya lo estaba esperando.

Muchos artesanos y vendedores de alimentos estaban recogiendo afanosamente sus mercancías expuestas al aire libre. Otros doblaban los toldos para evitar que un golpe de viento se los llevara. Una nube de polvo los embistió y les irritó los ojos. Las primeras gotas gruesas de lluvia cayeron sobre el mantillo de la calle que dentro de poco se convertiría en un pantano.

—No me parece un buen principio —dijo Conegliano—. ¿He cometido algún error? ¿Le he faltado al respeto?

—Naturalmente que no —respondió el amigo—. Está claro que pueden fastidiarnos. Mocenigo, Grimani, Dolfin, Bragadin: son los nobles que en este momento tienen una gran influencia. Vettor Mocenigo no pertenece a la rama más importante del linaje, solo se casó con una mujer rica, una Córner. Quien provoca a los que son más fuertes, ya sea equivocada o acertadamente, pagará caro su error: no lo digo yo, lo decía mi abuelo.

—En cambio mi abuelo decía que, dado que las cosas del mundo cambian continuamente, incluso los más fuertes pueden acabar necesitando a los más débiles. Pero, a propósito, ¿Mocenigo es poderoso por su riqueza o por su poder político?

—A menudo una cosa ayuda a la otra...

Moses Conegliano estaba nervioso. Tenía que enfrentarse a su propio orgullo, que lo inclinaba poco a doblegarse y, al mismo tiempo, entendía que no podía competir con aquel hombre poderoso y, por tanto, se veía obligado, aunque fuera con dignidad, a buscar un compromiso. Pero no veía una buena salida.

—¿Estás diciendo que debo doblegarme a su prepotencia para evitar males mayores? Sabes perfectamente que se trata de un arrogante que, de forma deshonrosa, quiere imponer sus intereses y no quiere reconocer los compromisos contraídos. Me gustaría saber por qué ha decidido comportarse así.

—Si te pones en su contra, has de saber que sin duda sus amigos lo ayudarán. Nosotros no contamos para nada desde el punto de vista político y ni siquiera un dinero en el lugar adecuado puede cambiar del todo nuestra situación. Si cedes, puede que te lo agradezca.

—El canalla hiere donde puede y donde más duele —dijo Moses en tono irónico y casi canturreando—. Te equivocas, esta clase de personas quieren una satisfacción completa. No creo en la gratitud de los poderosos, y menos si son nobles y canallas al

mismo tiempo.

—Entonces...

—Cederé, pero sin ilusiones, y después ya veremos. Tengo buena memoria, pero no pretendo utilizarla a la fuerza. Donde manda el dinero, las leyes no valen para nada. ¿Cómo se apela a una ley que hemos intentado esquivar? —añadió Moses—. Debería haberlo sabido. Debí fiarme de mis dudas y no ceder a las tentaciones.

En aquel momento vio en la galería la delgada figura de Abrabanel que los saludó lentamente con la mano y los invitó a acompañarlo.

Moses se alegró, convencido de que podría desahogarse y pedirle un buen consejo. En cambio, Hazan era joven y no le apetecía en absoluto que lo consolaran.

Subieron la escalera de mármol, dejaron la capa y entraron en la gran sala iluminada por las velas. Sobre la mesa los libros se habían acumulado y estaban más desordenados que la vez anterior, señal evidente de que el anciano don Isaac había estado estudiando hasta hacía poco. En la penumbra, sin embargo, parecía que hubiese desaparecido.

Una tosecita les llamó la atención.

Durante unos minutos no pudieron hablar. Abrabanel no se recuperaba y parecía débil. Después se fue calmando.

—Querría un consejo de vos —dijo Moses, en un tono que traicionaba cierta emoción—. Me encuentro en dificultades con un noble veneciano. El asunto no es importante, pero la suma que está en juego no es despreciable. Él no ha respetado los pactos, no ha honrado su nombre. Nosotros pensamos que ha lanzado amenazas en contra nuestra. En cualquier caso, ha dado a entender que no quiere seguir manteniendo su acuerdo.

—Pero ¿vosotros podíais llegar a un acuerdo con él?

Moses hizo una mueca.

—Creo que no —contestó un poco incómodo—. Me hice la ilusión de que era posible.

—Entonces será difícil para vosotros obtener satisfacción.

—Me dijo: «¿Tendríais el valor de contradecirme si tres nobles venecianos confirmaran mis palabras?» y después, cuando intenté convencerlo, se puso furioso. Me dijo que lo estaba amenazando y sin duda...

—Espero que os habréis guardado mucho de hacerlo. No lo habéis hecho, ¿verdad? —lo interrumpió Abrabanel.

—Sinceramente no sé qué palabras pronuncié. Pero jamás habría osado amenazarlo. Se enfadó mucho, me amenazó él. Según vos, ¿este hombre es verdaderamente poderoso? ¿Puede crearnos problemas?

El anciano calló y se demoró un rato antes de responder:

—Entiendo vuestro estado de ánimo. Es propio de la naturaleza humana odiar a quien te ha ofendido. En cualquier caso la ira es inútil sin la fuerza. ¿Queréis una respuesta rápida o una respuesta satisfactoria?

Conegliano se quedó pasmado.

—Veréis, amigo mío, los sefardíes hemos tenido a menudo relaciones con las intrigas de la corte, con el poder. No creáis que no comprendo estas situaciones. ¿Hasta qué punto deseáis arriesgaros para poder miraros al espejo y no considerar que habéis perdido el respeto? Entended que mirarse al espejo con satisfacción y no con repugnancia tiene un precio.

Moses hizo instintivamente una señal de asentimiento, pero calló, incómodo.

—Los poderosos —continuó Abrabanel— son como las hojas destinadas a secarse antes o después, pero durante un tiempo siguen verdes. Es así para los poderosos y por un período, quizá breve, nosotros podemos estar en sus manos. Tened solo un poco de paciencia, todos acabarán convertidos en polvo porque así es como van las cosas en nuestro mundo. En este momento, su destino es sentirse fuertes, pero son conscientes de que son extraordinariamente débiles. Desean vivir una ilusión. Cuanto mayor es su poder, más en vilo viven: ¿aspiráis vos a ser poderoso para vivir en vilo?

Pronunciadas lentamente estas palabras parecían haber puesto fin a la conversación.

Moses se quedó más perplejo que consolado. Le habría gustado que Abrabanel le indicara qué camino seguir: ¿un recurso a la justicia de Venecia? ¿Pedir consejo a algún ilustre exponente de la nobleza? ¿Renunciar a todo sin chistar?

Abrabanel había pronunciado palabras sensatas, pero un hombre angustiado como Moses solo necesitaba indicaciones precisas, no gotas de filosofía. Era consciente de que tenía estos pensamientos porque estaba viviendo un momento de auténtico desconcierto, y por eso había albergado la esperanza de que el anciano hidalgo tuviera la capacidad de sacarle las castañas del fuego.

Sin embargo, no le costó mucho comprender que se trataba de una pretensión injusta: esta toma de conciencia lo tranquilizó y comenzó a considerar el desencuentro con Mocenigo con mayor desapego.

«Debo pensar por mí mismo, después de valorar la situación y los pros y los contras —pensó—. Es poco generoso reprochárselo a Isaac Abrabanel, que como mucho puede mitigar una herida, no las imprudencias y los errores que yo he cometido».

Sí, decidiría basándose en su intuición: no empeoraría el conflicto, quizá se retiraría de la contienda por prudencia, pero hasta cierto punto, renunciando a luchar al menos por ahora.

Sus pensamientos tomaron las riendas y se quedó en silencio unos minutos sin darse cuenta de que ya no seguía las palabras de sus interlocutores.

Pronto estaría en casa con sus hijos. La luz del día estaba declinando y en la cena se celebraría la llegada del sábado. Volvería a ver a su hijo Davide, un joven guapo y bueno, besaría a sus hijas, su Dolcetta y su Stella. Discutiría con Gabriele, el hijo rebelde que no hacía más que darle preocupaciones. Se sentarían todos a la mesa,

pronunciarían las plegarias judías tradicionales, que aquella noche le parecía que necesitaba de un modo especial.

«Al diablo todos los nobles de esta ciudad», pensó.

Aquella noche se consolaría contemplando la dulce cara de Sara mientras los niños hacían sus habituales travesuras; además, siendo viernes, habría algún invitado que sería bien recibido.

Entonarían las plegarias y todo volvería a la normalidad.

«La dulce melodía del *Lecha' dodi'* parece hecha para serenar el ánimo», pensó Moses.

*Lecha' doli' likrat kala'pené'Shabbat nekabelà'.*

Ven, amado mío, al encuentro de la esposa, recibamos el *Shabbat*.

*Shamor ve zacor bedibur echad, ishmianu El ameiuchad, Adonai echad ishmò echad.*

Observa y recuerda: con una sola expresión nos ha hecho oír al Dios único; *Hashem* es Uno y uno es Su nombre, por fama, por gloria y por loa.

*Lecha' doli' likrat kala'pené'Shabbat nekabelà'.*

Ven, amado mío, al encuentro de la esposa, recibamos el *Shabbat*.

## 11

### La boda de Sara

La duración del tiempo no es igual para todos. Para Moses los días que lo separaban de la boda pasaron veloces; para Sara, en cambio, fueron muy lentos.

Moses se había decidido a pedir a Sara que se casara con él tras hablar con sus hijos mayores para asegurarse de que no ponían obstáculos a su unión.

Davide había escuchado y asentido a sus palabras sin mostrar, al menos en apariencia, una gran emoción. Stella, con una sonrisa y un beso, había creído decirlo todo, mientras que Gabriele, sin soltarse del todo, había dejado traslucir cierta reticencia que habría podido interpretarse como desaprobación.

En aquel momento, superado más o menos el escollo, Moses había pedido a Sara que fijara la fecha de la boda.

La joven había manifestado una gran alegría y había besado a Moses en la frente con un afecto que lo había conmovido. Después había escrito una larga y afectuosa carta a su padre, anunciándole la feliz noticia con la esperanza, en realidad remota, de que pudiera asistir a la ceremonia. De hecho, sabía perfectamente que no solo no sería fácil que le llegara la carta, sino que difícilmente el anciano enfermo podría permitirse salir de Treviso. A pesar de tener justificados motivos de amargura, Sara se armó de valor y, con gran serenidad, empezó a pensar en su futuro y en lo que deseaba más que ninguna otra cosa: ser madre.

A los hermanos más pequeños les había contado lo que sucedería como si se tratara de una fábula, alegrándose de que Moses le hubiera dicho: «Tus hermanos serán como hijos para mí».

La íntima felicidad que estaba experimentando la volvió más hermosa a los ojos de todos los que la rodeaban y, en aquella época, se volvió especialmente habladora y abierta a las confidencias con las vecinas venecianas.

Moses, al principio inquieto y pensativo, poco a poco acabó por concentrarse en los aspectos prácticos de la ceremonia. Antes que nada avisó a los tres rabinos que en los últimos días habían llegado a Venecia. No es que los tres le cayeran simpáticos en la misma medida, pero no quería despertar la susceptibilidad de ninguno ni alimentar más polémicas en el interior del grupo de judíos.

El rabino Joseph Vita no solo aceptó con entusiasmo, recordando su amistad con Abraham de Leon, sino que decidió que, por ser el mayor, sería él quien coordinaría a los demás.

Después Moses empezó a preparar la lista de invitados, que se transformó enseguida en un complicado juego diplomático. De las ciudades vénetas habían llegado muchos prófugos judíos y todos deseaban estar presentes en una ceremonia que, en cierto modo, se consideraba, puede que equivocadamente, el primer acto oficial de los judíos en Venecia. Además, el esposo era muy conocido, la esposa era

joven y bella y, por consiguiente, era imposible no asistir.

Moses, primero molesto, poco a poco se sintió complacido y, finalmente, no solo invitó a Levi de Bassano, sino también a Ricchetti de Verona, aunque apenas los conocía.

—En vista de que debo invitarlos a todos, que vengan todos —dijo, fingiendo abatimiento—; todos desean manifestarme amistad, honor, *kavod*. Que vengan, pero es necesario que sepan que en estos tiempos es muy difícil conseguir vino y comida *kosher*. Tomaremos leche.

Fue necesario buscar un lugar donde pudieran caber todos los invitados. Parecía casi que la boda impulsara a los que acababan de llegar a desear reunirse y festejar. No podía haber una ocasión más propicia.

Al final, tras tantas incertidumbres, se decidió alquilar un amplio jardín privado. En el centro se colocó la preciosa *chupa* roja y, al lado del baldaquín, se prepararon grandes toldos para proteger a los invitados del sol o, en caso de mala suerte, de la lluvia.

El día fijado Sara llegó radiante en góndola, acompañada, en ausencia del padre, del rabino Joseph Vita. Para la ocasión se había puesto su mejor vestido, un poco escotado y cerrado bajo el pecho con una cinta que ella misma había bordado.

El antiguo y elaborado encaje que tenía sobre la cabeza parecía aumentar la armonía de sus rasgos y exaltar su dulzura.

El contrato nupcial, la *chetubá*, adornada con dibujos y miniaturas que evocaban el ambiente veneciano, de rara factura, se firmó y contrafirmó por los testigos y se entregó a Joseph Vita, quien asumió la responsabilidad de conservarlo, al menos provisionalmente.

Se entonaron las bendiciones tradicionales y las habituales plegarias mientras Sara se dejaba llevar por una creciente emoción y Moses, dominado por una sensación de irrealidad, espectador de sí mismo, se asombraba sintiéndose un hombre muy afortunado.

Envolvieron un vaso de cristal fino en un hermoso pañuelo y Moses, tras apoyarlo en el suelo, lo aplastó con un golpe seco.

Entonces se elevaron muchos *mazal tov*, «buena suerte», acompasados y repetidos. Todos cantaban a coro con énfasis creciente. Un pequeño grupo de judíos askenazi comenzó a bailar de cualquier manera, mientras los judíos que vivían en el Véneto desde hacía más generaciones los miraban con aires de suficiencia. Los hijos de Moses brindaron por el matrimonio y Gabriele incluso sonrió a la esposa. Mandolin miró a Stella a los ojos con una mirada que parecía preguntar: ¿y si fuéramos nosotros? Stella se ruborizó de golpe, pero en la confusión nadie se dio cuenta.

La fiesta continuó con alegría durante mucho rato. Solo tras muchas horas, Moses y Sara, aturdidos, lograron retirarse.

Para los judíos llegados a Venecia aquella fue la primera ceremonia auténtica en

la que todos habían participado y, habiéndose tratado de una boda envidiable, muchos lo consideraron de buen augurio; desde entonces Moses Conegliano, conocido por su moderación y sabiduría, se convirtió más aún en un punto de referencia para toda la comunidad.

Cuando se enteró, Moses no pudo evitar sentirse complacido, aunque confesó a Mandolin:

—Créeme, es imposible ser un jefe para los judíos: cada uno de nosotros está convencido de tener razón y piensa lo que le apetece. Dos de nosotros no piensan nunca del mismo modo.

Y después de que Mandolin sacudiera la cabeza, añadió:

—La otra noche, el rabino Vita al final de la ceremonia, ya no recuerdo a propósito de qué, me dijo unas frases muy significativas: «No todo lo que un hombre piensa puede ser pronunciado. No todo lo que se dice puede ser escrito y no todo lo que puede ser escrito puede ser transcrito». Conclusión: de ahí por qué de vez en cuando una pareja llega al *ghet*, al divorcio. Quizá reflexionaba en voz alta, después de beber un vaso de vino de más.

—No entiendo qué tiene que ver —dijo Mandolin.

—Era una idea que venía de lejos. Quería hablar del matrimonio, de la necesidad de un hombre y de una mujer de confiarse el uno al otro, y de la imposibilidad teórica de que se pueda llegar a tanto.

—¿Discutes con nuestros rabinos?

—No. Pero pienso que no deberían dejarse llevar por disputas filosóficas, sino guiar a sus ovejas de Israel con más ahínco. Solo el *lev*, el corazón, puede ayudarnos, no la filosofía del rabino Vita. Tenemos por delante muchos obstáculos por superar si queremos continuar siendo nosotros, unos pocos en medio de tantos.

—Tú —dijo Mandolín— sigues siendo tú mismo y eres un hombre afortunado. Tus hijos te recordarán como un hombre justo de Israel.

—Muchas gracias —respondió Moses un poco resentido—. Te recuerdo, amigo mío, que no solo no estoy muerto, sino que por ahora tengo mucho que hacer en el mundo. Acabo de casarme —añadió, abandonándose a una alegre complacencia.

## La muerte de Isaac Abrabanel

Don Isaac Abrabanel murió pocos meses después, un día de diciembre frío y nubloso.

El féretro, cubierto con un manto negro, se colocó en una barca, también negra, que se alejó lentamente por el canal impulsada por seis remeros. La silueta desapareció enseguida de la vista, dejando en el agua solo una ligera estela de espuma.

El cortejo fúnebre llegó al Lido en la zona de San Nicolò donde, en la orilla de la laguna, se extendía una lengua de arena vendida a los judíos hacía cien años y donde ahora estaban, por los siglos de los siglos, las tumbas de mármol de los judíos venecianos, algunas medio hundidas y a riesgo de *acqua alta*.

En presencia de un pequeño grupo de personas empezó el funeral según el rito hebreo y el cantante comenzó a recitar las plegarias.

Moses miró a su alrededor: todos rezaban al unísono con concentración y fervor.

Después todos callaron y uno solo recitó el *kadish*:

*Itgaddal veitcaddasc sceme rabbà, be'almà di berà hir'utè beiamlih malhutè veiazmah purcanè vicareb mesacihè behaiehon ubiomehon ubhajè dehol bet Israel ba'agaia ubizman carib veimrù amen.*

Sea reconocido grande y santo el excelso nombre del creador del mundo que El ha creado conforme a su voluntad y haga surgir su reino en nuestra vida, en vuestros días y en la vida de toda la familia de Israel, dentro de poco y en tiempos venideros; y vosotros decid amén.

Después de los primeros versos, Moses perdió la concentración y las palabras hebreas fueron un fondo musical en aquella triste mañana. Palabras que conocía de memoria, que eran familiares, consoladoras.

Le vino a la cabeza una de las frases que Abrabanel le había dicho en su último encuentro: «Me parece que no existe ninguna felicidad en este mundo, la sombra de la felicidad está en la cabeza de cada uno de nosotros».

Moses Conegliano nunca habría imaginado pocas semanas antes que la pérdida de ese hombre le resultara tan dura. En poco tiempo había aprendido a apreciar la cortesía, la medida, la sabiduría, la ironía delicada del anciano español al que parecía conocer desde siempre. Era raro, para él Abrabanel había sido una leyenda viva, tanto por el poder de que había gozado con el rey de España y con el que los judíos habían fabulado como por la sabiduría del erudito y sus doctos comentarios de la Torà, pero cuando lo trató había sido como un viejo conocido, y esto había supuesto una extraordinaria sorpresa: había tenido la sensación por primera vez en su vida de haberse encontrado en el centro de la historia y de los destinos más elevados de la

humanidad, un momento que consideraba irrepetible. Si antes lo había impresionado el halo de celebridad, la perspicacia política, la originalidad en la lectura y en la interpretación de la Ley de ese español, en un segundo momento había comprendido que la verdadera singularidad de Abrabanel era el calor humano, la pureza que ni siquiera una íntima predisposición a confiar en la propia autoridad había podido vencer. Es más, aquella forma tan suya de observar los asuntos humanos con la intención de gobernarlos, una forma curiosa de comportarse, le parecía admirable.

Moses había conocido a muchos hombres ya en edad avanzada y se había convencido de que, ya fuera por una enfermedad, o por alguna añoranza o luto, la nota dominante siempre era una atormentada tristeza o el temor a la muerte. Abrabanel era un hombre tan antiguo como moderno, y esta era la síntesis a la que el propio Moses aspiraba, preguntándose si algún día sería capaz de tanto equilibrio y sabiduría. Se daba cuenta, sin embargo, de una diferencia: Abrabanel, a quien la vejez había vuelto frágil, lo era solo en apariencia; Moses, que parecía fuerte, sufría en cambio íntimas debilidades.

Las ardientes desilusiones del pasado, el exilio, la huida, las inevitables amarguras eran para el anciano español aprendizajes, vicisitudes inevitables. Solo la lejanía de España había seguido siendo, para el célebre don Isaac, un punto doloroso que salía a flote a menudo:

—No veré nunca más mi calurosa tierra, echo de menos el sabor del aire, el olor de las plantas en flor y aquellos tonos fuertes, el azul intenso del cielo frente a los ojos... echo de menos el sonido musical de la lengua española.

Esta frase la había pronunciado saludando a Moses Conegliano en la puerta de su casa, donde lo había acompañado justo unas horas antes de morir, casi como si no quisiera despedirse definitivamente.

Cuando se leyó el testamento, Moses tuvo la sorpresa de enterarse de que don Isaac había añadido al final una nota en la que decía que Conegliano recibiría en herencia tres manuscritos hebreos de gran valor. Su colección crecía inesperadamente.

En la misma mañana en que tuvieron lugar los funerales, Conegliano y Hazan encontraron a otros judíos prófugos que habían llegado a Venecia en las últimas horas.

—El continente —le dijo un De Leon, primo de Hazan— está completamente en manos de los ejércitos invasores y en muchas ciudades grupos de sublevados han aprovechado para rebelarse contra el dominio veneciano, obligando a huir a los representantes del gobierno. No creo que falte mucho, pronto Venecia estará completamente bloqueada por tierra. La única posibilidad de salir podría ser la de llegar a Chioggia, buscar una barca y navegar hacia el sur, o quizá salir de Venecia por mar y dirigirse al Friuli donde parece que han ido los Luzzatto.

—No sé lo que más convenga. Esperemos unos días más y entonces veremos. Intentaré enterarme de algo más. En todo caso, aunque la ciudad cayera, no creo que

corramos peligro especialmente —dijo uno de los Contarmi.

—Me asombro —respondió el más joven de los Levi Minzi— de tu absoluta ingenuidad. Si cae la Serenísima, todo será pasado a hierro y fuego y nosotros nos hallaremos en medio del infierno. No te hagas ilusiones. No será una derrota cualquiera: el mundo ya no será el mismo.

Durante unos días llegaron noticias alarmantes, poco fiables y contradictorias.

Al final, Moses llegó a la conclusión de que sería necesario marcharse otra vez, pero no había tenido en cuenta la opinión de los que habían ido con él a Venecia ni tampoco los deseos de sus hijos.

—No podemos escapar toda la vida —le había dicho Salomone Todesco.

Stella y Dolcetta lo convencieron definitivamente de desistir.

—¿Y si nos fuéramos a un largo viaje? —les dijo.

Y ellas lo habían mirado con sorpresa y dolor y habían respondido a coro:

—Estamos muy bien aquí. Tenemos ya muchas amigas.

«No hay que depender de los deseos de los niños», pensó, pero después, impulsado más por sentimientos que por razones, se había dejado convencer.

Un nuevo viaje habría estado repleto de incógnitas.

Además, sus hijos ya se habían aclimatado. Davide, que acababa de cumplir dieciséis años, había crecido mucho en pocos meses. Era casi un hombre, incluso una pelusa le cubría las mejillas que no habían perdido todavía la redondez infantil. Salía a nadar con los muchachos del pueblo, charlaba alegremente con las vecinas de la casa y se lo pasaba de maravilla intentando llevar él solo la góndola, de pie en popa, y parecía que esta ya empezaba a obedecerle dócilmente como si conducirla fuera para él una antigua costumbre.

## Stella y Mandolin

Se habían encendido ya las primeras antorchas y velas para iluminar el mercado al aire libre que desde el *campo* de San Giovanni e Paolo llegaba, al fondo de la Barbaria delle Tole, hasta Santa Giustina.

En la plazoleta había una larga fila de hombres que esperaban ser llamados para embarcar en las naves y que, mientras tanto, bebían vino y comían sopa de cebada.

El ambiente era bullicioso, Mandolin y Stella habían decidido dar un paseo para pensar qué iban a decirle a Moses.

Tras la boda de Moses y Sara, habían hablado dentro de la casa y habían salido algunas veces, aunque fuera brevemente y sin decírselo a nadie. No se habían hecho una verdadera declaración de amor: un día Mandolín había hablado de su futuro matrimonio y Stella no había dicho nada, como si todo estuviera decidido desde hacía tiempo.

Aunque en las calles y canales los grupos de hombres y mujeres vociferantes empezaban a desaparecer, todavía quedaban en torno a los puestos de venta y cerca de las posadas vendedores tenaces y compradores rezagados. En un rincón de la plaza suscitaban curiosidad y atención los puestos de sedas orientales, de tejidos bordados y de una mercancía metida en cestos de forma tan confusa que en muchos casos resultaba difícil distinguir exactamente qué tenían a la venta. Las mujeres, en su prisa por examinar la mercancía, habían levantado los tejidos y los bordados mezclándolos de tal forma que solo se veía un cúmulo multicolor, casi indistinguible.

Stella se paraba aquí y allá tocando vestidos y corpiños mientras Mandolin, un poco alejado, le compraba un pequeño y curioso objeto de bronce. Después se alejaron y, a través del soportal del Prete y las callejuelas de las Furlane, llegaron a un largo muelle embaldosado, poco iluminado y más íntimo, pasando de repente de la confusión más ruidosa a la más absoluta tranquilidad.

Se besaron, primero de un modo tímido y después cada vez más apasionado.

—Deberíamos decirle a tu padre que queremos casarnos.

—¡Pero soy demasiado joven, Mandolin!

—¿Demasiado joven? Tienes quince años, muchas muchachas se casan incluso antes —rebatía el muchacho, mirando a hurtadillas a la joven que estaba a su lado. Stella no era muy alta, y su rostro redondo y aniñado, los ojos brillantes, los labios gruesos y dispuestos a la risa, los cabellos oscuros con rizos rebeldes de pillete contrastaban con las formas redondeadas del seno y de las caderas que revelaban una feminidad ya madura.

—Es cierto, pero... no sé qué dirá mi padre.

—¿Qué quieres que diga? Estará contento.

—¿Y si se enfada?

—Yo viviré con vosotros, si eso te hace feliz. Vuestra casa es grande, podemos quedarnos con dos estancias del último piso. Tu padre estará satisfecho y quizá esto lo hará sentirse más tranquilo. Me parece que últimamente, aunque solo sea de vez en cuando, pierde un poco la confianza, la seguridad en sí mismo. Sara también estará contenta de tenerte en casa con ella y, por otra parte, me parece la mejor solución.

Mandolin estaba eufórico y entusiasmado con los proyectos matrimoniales.

Caminaron un poco más por las calles, cruzaron un puente cercano al Arsenal y, bajo el soportal de la Tana, llegaron a una placita casi desierta.

Estaban vagando distraídamente cogidos de la mano cuando, de la penumbra del soportal vecino, asomaron las cabezas de dos jóvenes que parecían haber bebido mucho y que caminaban haciendo eses.

Mandolin, desconfiado por naturaleza, se dio cuenta enseguida del gesto de complicidad que habían intercambiado y, casi instintivamente, se puso en guardia.

De repente uno de ellos se echó sobre él mientras el otro agarraba a Stella e intentaba rasgarle la ropa con un cuchillo.

Mandolin se apartó y evitó el golpe. Después empujó a su atacante, que se tambaleó y cayó sobre los resbaladizos escalones cubiertos de algas del agua oscura del canal. Corrió en ayuda de Stella que estaba forcejeando y gritando. Se acercó al hombre por la espalda y le asestó un puñetazo en la cabeza.

Este se volvió furioso y le hincó el cuchillo en una mano, se le desgarró la camisa y se llenó de sangre. El dolor le dio a Mandolin una fuerza que no creía tener: fuera de sí por la rabia, y excitado por el peligro, le pegó una patada a su atacante y lo hizo caer al suelo.

Los gritos alertaron a algunas mujeres que salieron de las casas. Antes de que el hombre que había caído al canal pudiera subir a la orilla y el otro se levantara, Mandolin cogió a Stella de la mano y echó a correr arrastrándola con él. De la calle del Piovan llegaron a la calle del Cristo y después, a través de las largas y estrechas Calleselle, se dirigieron a casa.

Se pararon a tomar aire unos minutos después en la calle del Forner, frente a una barca atestada, y todavía muertos de miedo, se dieron cuenta de que no los seguían.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Solo me ha desgarrado un poco el vestido y me ha hecho un cortecito en la mano.

—No creo que quisieran robarnos.

—Solo eran dos borrachos —dijo Stella, queriendo recuperarse rápidamente de las emociones—. Mi padre no debe saber nada. No quiero crearle más preocupaciones.

—Puede que hubieran bebido, pero no estoy tan seguro de que nos hayan elegido al azar —insistió Mandolin.

—¡Claro que nos han elegido al azar!

—Tal vez puedan reconocernos.

—Eran dos borrachos. Ha sido una bravuconada.

—Podrían reconocernos y ser peligrosos.

—Hemos llegado. No digas nada. Me voy a mi habitación a arreglarme. Dile a mi padre que queremos casarnos.

Mandolin, todavía agitado, entró en la sala donde esperaba encontrar a Moses, pero no había nadie y se alegró. Entonces corrió a la habitación de Davide, también desierta. Cogió una camisa del armario, se vendó la herida y vertió en la jofaina un poco de agua de una jarra para lavarse el brazo y la cara. A los pocos minutos los dos jóvenes se encontraron de nuevo en la puerta de la casa.

«A partir de mañana llevaré encima un cuchillo», pensó Mandolin. Después gritó:

—¿Hay alguien en casa?

En aquel momento entró Moses lentamente y con paso arrastrado: no parecía de buen humor.

—¿Cómo te has herido? Un arma blanca —comentó sorprendido—. ¿Cómo te lo has hecho?

La pregunta quedó en el aire y nadie respondió, mientras Davide, que había entrado detrás de su padre, decía con ironía:

—Yo siempre he dicho que Mandolin era peligroso, ¿verdad, hermana?

Davide se había olvidado completamente del incidente en el que se había visto envuelto al llegar a la ciudad, no había pensado nunca en una posible venganza por parte del hombre que él y Mandolin habían obligado a huir: por eso no se le ocurrió relacionar aquella riña con la herida recibida por su amigo. Este último, un poco más experto en los asuntos mundanos, enseguida pensó en el hombre que habían golpeado para ayudar a aquella muchacha, y ahora estaba realmente preocupado. Pero permaneció en silencio, con los ojos bajos, para que nadie viera su expresión ansiosa.

Moses miró a Mandolin y le dijo:

—Dentro de poco llegarán al menos quince judíos, así que tendremos un gran *minian* y podremos rezar la plegaria de la noche. Si quieres puedes quedarte a cenar, pero no empecemos tarde porque quiero acostarme temprano. ¿Qué te ha sucedido?

—Me he hecho daño sin querer —respondió el joven, con cierta vacilación.

Moses comprendió que Mandolin no quería hablar y decidió respetarlo. Después de la plegaria, ya habría tiempo de enterarse de más cosas.

—Ahora preparémonos para recitar *arvit* y después cenaremos.

## Angela Barbarico

Hija de un dux, rica, hermosa, con largos cabellos rubios, emancipada, irónica, alegre, pero capaz también de cambios repentinos de humor, Angela Barbarico era una persona muy conocida en Venecia: desbordante protagonista de las fiestas, era admirada por los hombres y envidiada, si no odiada, por las mujeres. Lo que le gustaba más de todo era ser deseada y divertirse a espaldas de sus numerosos pretendientes, aprovechando al máximo su innata capacidad de seducción.

Aquella mañana se había despertado de buen humor. Se había quedado un rato en la ventana contemplando a dos niños que jugaban en un jardín, después había subido al mirador y allí, durante una hora, su doncella personal le había untado los cabellos con un líquido oscuro, un compuesto de orina y de hierbas que, unido a la acción aclaradora de los rayos de sol, volvía sus largos rizos más rubios y relucientes. Al final de la pesada sesión, acalorada y un poco mareada por el olor de la pócima, se había sumergido en un largo y relajante baño caliente y, al acabar, había dedicado todo el tiempo a suavizar su piel con ungüentos perfumados.

Era mediodía cuando la bella Angela se miró al espejo y se sintió finalmente satisfecha, complacida con su propia belleza. Llevaba ahora los cabellos recogidos en dos bucles suspendidos sobre la frente en forma de media luna, lo que le confería un aspecto vagamente diabólico; en la nuca, en cambio, los llevaba recogidos en trenzas salpicadas de perlas. Los grandes ojos pardos emanaban una íntima seguridad, el rostro sonriente estaba iluminado por un claro sol que hacía travesuras en sus facciones, creando zonas doradas y otras más oscuras y misteriosas, y los movimientos lentos y sensuales la hacían parecer un delicado felino.

Se calzó las chinelas de tacón altísimo, necesarios para no ensuciarse en las calles fangosas y llenas de basura, y se envolvió en una capa, no tanto porque el día fuera especialmente fresco como para cubrirse el traje elegantemente bordado que habría llamado demasiado la atención.

La cita prevista, aunque no fuera una novedad absoluta, era especial: sabía que se divertiría.

Estaba segura de que todo iría como una seda, si bien el pequeño margen de riesgo le producía un ligero escalofrío que, por otro lado, no le desagradaba en absoluto.

El recuerdo de la vez en que había estado escondida detrás de una pared y había observado todo lo que ocurría por un pequeño agujero le producía un sutil placer. Mirar sin ser vista le había procurado un estremecimiento intenso y sensual.

Giorgio Foscarini y Pietro Dolfín no habían llegado todavía. Ellos la conocían bien y se habrían guardado mucho de intentar gozar de sus gracias, y aún más de pretenderla con alguna esperanza de éxito, no solo porque eran perfectamente

conscientes de que se trataba de una misión desesperada, sino porque sabían que Angela podía aportarles mucho más de un modo diferente. Además, aquella mujer les producía a los dos un secreto temor.

Foscarini era un hombre muy conocido en el mundo de la nobleza veneciana. Se había casado con una de las muchas Contarmi y así había aumentado el patrimonio de la familia. Había ocupado algún cargo menor y, gracias a su mediocridad, no había molestado nunca a nadie porque no tenía pretensiones, excepto las de beber demasiado y gozar sin medida de los favores femeninos.

Dolfín, en cambio, hacía todo lo posible para estar hermoso. Ya casi no le quedaba nada del patrimonio de sus antepasados y vivía del dinero donado con generosidad por su hermana Laura, casada con un Querini. La compañía de Foscarini le era muy conveniente por varios motivos: no solo se sentía más hábil, sino que con su ayuda podía entrar en los ambientes que, de haber estado solo, le habrían estado vedados.

Aquella mañana los dos nobles estaban muy contentos y de buen humor. Sabían que, dentro de poco, pasarían unas horas agradables.

Angela Barbarigo, ante la inminencia del encuentro, había empezado a sentirse un poco inquieta y solo cuando su criada entró para anunciar que las dos muchachas habían llegado y, casi al mismo tiempo, también los dos hombres, sonrió relajada.

—Buenos días y bienvenidos a mi casa.

Recibió a los dos hombres con voz aguda mientras entraban en el saloncito ricamente decorado, con la respiración entrecortada por la ascensión de las escaleras empinadas.

Foscarini vio una sala llena de vestidos tirados sobre los divanes, así como muchas otras baratijas multicolores. Cogió el saquito de monedas y se lo lanzó a Barbarigo, diciéndole alegremente:

—Lo prometido.

—Buenos días, querida Angela, estamos encantados de haber llegado hasta aquí —añadió Dolfín, haciendo una respetuosa inclinación y, con despreocupación calculada, depositó sobre la mesa el saquito que él también había preparado.

Angela notó el gesto, pero no se alteró y afablemente les preguntó:

—¿Seguís convencidos de querer hacer este juego? ¿O acaso solo deseáis besarlas?

Foscarini, con la misma amabilidad, respondió:

—Angela, no es la primera vez. Un beso está bien, pero solo es un comienzo. La alegría no es completa sin un poco de picardía.

—De acuerdo, espero que quedéis satisfechos...

Y con un rápido gesto de la mano tocó una campanilla que emitió un tintineo muy débil.

Se abrió la cortina y entraron dos muchachas bonitas y bien formadas.

—Estas son Mimosa y Rosetta, están a vuestra disposición. Sois responsables de

ellas, tratadlas bien y dejadlas contentas.

Foscarini miró a las dos jóvenes y mentalmente eligió enseguida a la que prefería tener primero. Miró a Rosetta, que le sonrió débilmente y que, tras una breve despedida de Barbarigo, cruzó la cortina y entró en la otra habitación. Foscarini miró con expresión cómplice a Barbarigo, acercó la mano a la boca y le mandó un beso; después, sin mirar a Mimosa a los ojos, la empujó delicadamente hacia la cortina.

La escena fue tan rápida que Angela se encontró sola con dos saquitos de monedas de oro. Por un momento no se movió y dejó correr sus pensamientos. Foscarini y Dolfín estaban en sus manos, y esto le producía una gran satisfacción. Por otro lado, Mimosa y Rosetta le estaban extraordinariamente agradecidas porque ganaban mucho dinero, sin cansarse demasiado, teniendo en cuenta que los dos nobles terminaban bastante rápido, las colmaban de regalos y se mostraban siempre dispuestos y amables cuando se las encontraban por la calle. A Rosetta, Foscarini incluso le había preguntado si le gustaría trabajar en su casa.

El único que había tenido algo que decir sobre el asunto había sido el sacerdote durante la confesión. Entonces Rosetta, viéndose en un aprieto, se había visto obligada a dar el nombre de otro noble que conocía de vista y que gozaba de una fama de absoluta fidelidad e incorruptibilidad. El pobre sacerdote se había sentido muy mal al oír que una de sus ovejas más devotas era un pecador. Rosetta estaba contenta de haber cometido aquella travesura para salir del apuro, y acabó contándoselo a Foscarini, que se divirtió una barbaridad.

Angela oyó ruidos quedos y le entraron deseos de mirar lo que estaba sucediendo. Sin ser vista, como siempre, y, como siempre, excitada. Apartó la cortina y se quedó inmóvil unos minutos. Las dos jóvenes ya estaban desnudas, mientras que los dos caballeros se deshacían con dificultad de sus trajes ajustados.

Con una sonrisita en los labios, la noble dama se alejó lentamente.

## 15

### En el Gran Canal

Después de mucha insistencia, Moses Conegliano cedió.

—Quiero enseñarte que remando soy mejor que un veneciano —le decía continuamente su hijo, y finalmente lo convenció.

Era casi al atardecer de un día lleno de luz cuando Davide logró realizar su deseo. Apartó con maestría la góndola del muelle de madera de la casa y, con su padre cómodamente sentado en un pequeño diván entre cojines, comenzó a remar con habilidad, comportándose como el gondolero más experto.

No era fácil gobernar la larga embarcación remando con un solo remo. Davide, en equilibrio en popa, lo usaba con maestría, y para dar impulso a la embarcación se apoyaba en las paredes de las casas con consumada pericia. En cada cruce con otro pequeño canal, en cada vuelta de canal, gritaba con fuerzas:

—Oee, oee...

Y con este grito enfatizado y un poco salvaje, suscitaba la irrefrenable hilaridad de Moses, que disfrutaba y miraba las proezas de su hijo con mal disimulado orgullo.

Tras una buena media hora de vagabundear por pequeños canales poco frecuentados, Moses había decidido que aquel no sería su único paseo en góndola, sino que habría más porque se estaba divirtiendo mucho. Tenía la sensación de ser un auténtico noble veneciano y pensó que por una vez en la vida no estaba mal sentirse como uno más, y mejor aún si era como un privilegiado.

De repente, tras doblar una esquina, se abrió frente a ellos un espacio ancho e iluminado por el sol poniente: el Gran Canal con sus majestuosos *palazzi*.

Davide siguió remando un rato con empeño, casi como un barquero que llevara de paseo al patrón. Nadie los miraba, y padre e hijo experimentaron una intensa y común sensación de felicidad. El agua se deslizaba rápida bajo el remo y el aire fresco de la tarde producía sobre la piel un estremecimiento de placer. Después Davide, como hacen los verdaderos gondoleros, inclinado hacia delante, pero sin dejar de remar, le dijo:

—Dime la verdad, ¿tú ya sabías que aquí estaríamos tan bien?

—Sinceramente, no. ¿Hemos llegado ya?

—No cambies de tema. No vamos a ninguna parte, estamos dando un bonito paseo. Ya sabes a qué me refiero. Hace meses que vivimos en Venecia, ¿nos quedaremos?

—Deberíamos volver antes de que anochezca. Yo también quisiera saberlo. Por ahora estamos aquí, en el Gran Canal, tomando el fresco y disfrutando de la vista de espléndidos palacios de mármol que flotan sobre el agua. Fíjate por ejemplo en aquel toldo iluminado por las velas, aunque todavía hay luz del sol, qué techo más espléndido y qué maravillosa biblioteca, al fondo...

Acababan de pasar el Fontego dei Tedeschi, en obras tras el incendio que lo había destruido hacía poco.

—Mira, si tú estuvieras de acuerdo, yo tomaría una decisión.

—¿Qué decisión?

—Me gustaría quedarme aquí, afrontar aquí los problemas de todos los venecianos y librar aquí nuestra batalla.

—Comprendo que quieras tomar una decisión, pero no siempre se puede hacer. A menudo son los otros los que deciden por ti, a veces nos obligan a cambiar de idea. Ojalá pudiéramos decidir siempre nuestro destino.

—Pero, querido padre, sé a dónde quiero llegar. Además, deja que te diga que esperar siempre lo peor no ayuda...

Moses se quedó sorprendido ante la observación de su hijo, quizá había dado en el clavo.

—¿Tú crees que siempre espero lo peor?

—Quizá no te das cuentas, pero con tu deseo de saber por adelantado lo que está a punto de suceder para protegernos, acabas por dejarte vencer por este esfuerzo.

Moses permaneció en silencio. Siempre había considerado a su hijo un muchacho. Ahora se daba cuenta de que en los últimos tiempos había crecido, y no solo de estatura. No esperaba verse enfrentado a una observación tan aguda.

—Es mejor ser optimistas y equivocarse que ser pesimistas y tener razón —dijo Davide.

Moses miró a su hijo con orgullo, pero también con cierto abatimiento, y calló.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Davide—, debemos luchar, seguir siendo judíos, vencer las dificultades, pero ya está bien de huir: ahora somos venecianos.

—Está bien, lo pensaremos, intentaremos vivir aquí. Y si yo te concedo esto, ¿qué harás tú a cambio?

—Yo —dijo el joven gondolero que, mientras hablaba, seguía bogando sin que el remo se le escapara de la chumazola—, ahora que tengo un poco de esperanza, me esforzaré mucho por hacerte feliz. No solo seré un gran estudioso judío, sino también el mejor y más afortunado mercader de Venecia.

—Estoy seguro de que lo lograrás, pero también estoy seguro de que para entonces no estaré vivo.

—Si lo que quieres es entristecerme, no te costará mucho.

El joven se puso a remar con fuerza, casi con rabia.

La góndola empezó a deslizarse cada vez más rápido sobre el agua apenas encrespada.

—¿Te estás entrenando para la regata? No creo que te dejen participar tan fácilmente. ¿Te das cuenta de que si nos reconocieran, incluso ahora, lo pasaríamos mal?

En las orillas las sombras empezaban a caer, el agua de la laguna se estaba volviendo más oscura mientras veloces embarcaciones engalanadas, impulsadas por

musculosos remeros, llevaban a una fiesta a un grupo de damas y caballeros nobles suntuosamente ataviados.

El *palazzo* Dario estaba todo iluminado por miles y miles de velas. La luna, en cambio, que ya había aparecido en el cielo, jugaba a través de las nubes con una reticencia de gran dama veneciana.

El escenario parecía el de una fábula y nuestros navegadores se mantenían silenciosos y sobrecogidos. Solo el agua, cortada por el remo, crepitaba ligeramente.

## El hijo rebelde

Moses, inseguro y dubitativo, poco inclinado a los entusiasmos y presa fácil de la melancolía, creía que su hijo Davide era un auténtico portento por las pasiones y emociones que expresaba con fuerza, así como por la simpatía que despertaba. En cuanto a Gabriele, quizá era más sólido, pero más introvertido, en alguna ocasión incluso enigmático. Sería necesario hablar también con él de los mismos problemas, marcharse o quedarse, si bien parecía claro que Lele, de la ciudad de la laguna, apreciaba sobre todo las posibilidades de encuentros amorosos que en Treviso no resultaban tan fáciles. Ya frecuentaba con asiduidad un grupo de personas que a Moses le inspiraban cierta desconfianza.

Se imponía un intercambio de opiniones. No debía esperar mucho.

Hacía días que no lo veía en la casa. Llegaba muerto de hambre, dormía y volvía a marcharse. Aquel hijo mayor era una cruz persistente y secreta. Nunca había sido malo ni irrespetuoso, pero inquieto, eso sí. Y algunas veces era capaz de ser desagradable no solo con los hermanos y con la joven madrastra, sino también con el propio Moses.

Desde que estaban en Venecia había comenzado por no volver a casa para la cena y después, poco a poco, por quedarse fuera toda la noche e incluso varios días seguidos.

Finalmente aquella noche, al volver del paseo en góndola, pudo interceptarlo mientras el muchacho se cambiaba de ropa y le habló con expresión sombría y los rasgos tensos.

—No debes preocuparte, sabes perfectamente que en Venecia las tentaciones no faltan, sabes que tengo la suerte de tener muchos amigos, amigos influyentes, con los que me llevo bien. He llegado a una edad en la que puedo decidir todo por mí mismo.

—Esto es y no es verdad —contestó Moses circunspecto. No quería descubrirse con una respuesta que pudiera provocar incompreensión, pero al final cedió—: ¿Quiénes son esos amigos tuyos?

—Un grupo de jóvenes nobles, muy simpáticos y sin prejuicios contra los judíos. Agostino Barbarigo, el sobrino del dux fallecido hace unos años, Giorgio Loredan, el hijo de Pietro Dolfín, un Foscarini, un Tiepolo, un Querini.

—Me han dicho que estas tres últimas familias son importantes, pero con tendencia a las conspiraciones. Deberías ser prudente. ¿Cómo es que te han aceptado, así sin reservas? No somos ricos ni poderosos. Es más, y lo sabes perfectamente, si se relacionan con nosotros es porque quieren algo. ¿Qué puedes darles tú a cambio?

—No es lo que tú crees. Pertenecen a la Compañía de la Calza: cantan, incluso de noche, a grito pelado. Esos nobles no son tan ricos, algunos son pobres aunque pertenezcan a un grupo de primos o solo de amigos. Celebran almuerzos, organizan,

sin que nadie lo sepa, las *battagliole*.

—¿Qué?

—¿No sabes lo que son las *battaglie*?

—No.

—Esas peleas populares que se celebran para apoderarse del extremo de un puente.

—Ah, sí, ya me acuerdo, me han prometido llevarme a una de esas batallas falsas.

—No son falsas: los que participan, *castellani* y *nicolotti*, se rompen la cara y a menudo salen maltrechos.

—No sabía que las compañías de los nobles se ocuparan de estas cosas populares.

—Los nobles no combaten, pero pueden organizarlas. Lo que mejor saben hacer, sin embargo, son los almuerzos y los encuentros galantes.

—¿El objetivo?

—¿Hace falta preguntarlo? Celebrar una juerga porque solo se vive una vez.

—La juerga no puede ser la única finalidad. Pronto habrá otros y tú no siempre podrás controlarlo todo, como quizá crees que haces. Esta ciudad está llena de mujeres que se venden sin escrúpulos. Encima la guerra ha traído muchas mozas del campo que se mueren de hambre. No deberías aprovecharte de esto —concluyó Moses, con un tono dolorido y severo.

—¿Debería dejar que murieran de hambre?

Moses no logró encontrar las palabras y los argumentos justos para rebatirle de forma convincente. Así que respondió de la única forma que le fue posible:

—No puedes vivir como un *goy*, como un no judío cualquiera. La de ellos es una vida desordenada, lujuriosa, que tú...

—No seas exagerado. No hacemos nada malo. Somos jóvenes, reímos y bromeamos. A veces nos excedemos, pero sin mala intención...

—Tú no eres noble. Eres judío y un día podrían recordártelo.

—Los tengo controlados —dijo Gabriele con voz dura.

—Tonterías. No te engañes creyendo que posees una fuerza que no tienes, que no puedes tener. ¿Qué quieres decir? Puede que creas que es así, pero no es cierto.

—Nada. Nada. No exageres. No te enfades.

—Mira, por ejemplo, si ellos frecuentan los conventos y tienen encuentros amorosos con las hermanas... el problema es solo de ellos. Pero si te encontrarán a ti en un convento... ¿te das cuenta de que todos los judíos de Venecia se verían envueltos en un escándalo grave, gravísimo, imperdonable, inaceptable? Los predicadores, que no nos quieren en absoluto, podrían considerarlo una ocasión estupenda para hacerte daño, y no solo a ti sino a tu familia, y a todos los judíos. Tenemos una responsabilidad también con ellos.

—Estas cosas las saben todos. Los nobles no respetan nada ni a nadie. Las autoridades saben, pero no hacen nada —objetó Gabriele.

—Claro, ¿y si un día les conviniera meter a alguien entre rejas, tener un chivo

expiatorio, atacar a algún noble por motivos políticos? Tal vez tú, tú podrías ser el cebo adecuado.

—Soy astuto, despierto e inteligente —insistió el joven.

—No es suficiente. Es necesario estar por encima de toda sospecha.

—Comportarse bien y no temer a nadie. Dices que esto podría bastar... pero no basta.

—Tal vez tú no tengas miedo de nadie, pero no estoy seguro de que siempre te comportes bien, y después sería necesario ser un poco prudente; de hecho, se necesita mucha prudencia.

—No es suficiente, podrías encontrarte en medio de todas maneras. Se puede acabar encerrado en los Piombi por cualquier tontería. Basta con la denuncia, aunque sea anónima, de un poderoso. —Después Gabriele añadió casi reflexivamente—: Lo que haría falta es ser uno de ellos.

—¿Te gustaría?

La pregunta llegó rápida y gélida, cortante, como si la tuviera preparada desde hacía tiempo. El joven guardó silencio y después dio al padre la respuesta que él quería oír:

—No, no. Por supuesto que no.

—Yo también he sido joven —dijo Moses—, comprendo que quieras sentirte como los demás. Pero no lo eres. Querría que lo fueras, pero no lo eres. Una vez vi de lejos un banquete organizado por la Compañía de la Calza. No estuvo mal para ver las calzas de mallas con rayas de dos colores y los blasones bordados, que tú no puedes tener. Pero tienen unos estatutos depositados en un notario y que son aprobados por el Consejo de los Diez. Después celebran una misa solemne y desfilan por tierra y por agua. A continuación se presentan frente al Consejo Mayor. Tú no puedes comportarte como ellos. Te aceptan ahora y esto ya me extraña: eres hijo de Moses Conegliano. ¿Cómo es posible que no te des cuenta?

—Por supuesto que me doy cuenta. Eres mi pesadilla con tu sabiduría, pero, al contrario que tú, a mí no me basta con sobrevivir. Quiero vivir. Divertirme como los demás, no estar permanentemente en guardia. Quiero ser yo quien elija lo que me gusta, no que un veneciano cualquiera, que un cristiano cualquiera, decida qué puedo o no puedo hacer.

—¿Te parece que yo no soy un hombre digno?

—Eres mil veces digno, pero mientras tú encuentras consuelo en la plegaria, en nuestro destino de pueblo libre, yo no creo en el Dios de Israel. Si ese Dios existe, nos toma el pelo. No tengo nada que contarle y, de esas oraciones siempre iguales, siempre tan aburridas, ya no puedo más. Tú sabes que nunca me han gustado, como no me gustan esos judíos tuyos tan pesados, envidiosos, aburridos, parecidos en esto a los cristianos, que no son más que falsos cristianos porque ni siquiera ellos son sinceros y tú lo sabes. Yo me conformo con ser libre.

—No puedo cambiar el mundo.

—Yo tampoco, pero si veo a una muchacha bonita por la calle o en un salón, no quiero reprimirme... no quiero ponerme impedimentos para vivir la vida.

Callaron. Discutir, se daban cuenta de ello, no servía para nada, salvo para aumentar la amargura de ambos.

Para despedirse se abrazaron y lo hicieron con más emoción de la normal, pero también con una pizca de resignación.

Unos días después, Moses Conegliano llamó a su criado.

—¿Qué? ¿Dónde ha estado esta noche?

—Ha dormido en casa del noble Morosini. Habrán celebrado una fiesta. Se veían las velas, decenas de velas que iluminaban la gran sala central, y después llegaron muchísimas góndolas.

—¿Juego o mujeres?

El criado, con una mueca indescifrable, respondió:

—Sabéis que a veces no se pueden distinguir. —Después añadió—: Creo que han jugado, bebido y escuchado música. Hacia el final de la velada han salido del palacio algunos músicos con instrumentos muy voluminosos. Se trataba sin duda de un grupo de jóvenes. Vuestro hijo parece muy integrado e influyente. Iba vestido como un noble.

—¿Se vistió de noble? ¿Y dónde se reunieron?

—Primero pasaron la noche en la taberna de aquel mesón del puente dell'Ovo, después junto con los hijos de los Luzzatto y de los Da Candía se fueron a la fiesta. Puede que también fuera con ellos un hombre de Iglesia...

—¿Qué quieres decir?

—Hablaban de temas teológicos.

—¿Los has oído?

—Todo no lo he oído, pero he sabido que hace unos días fue a una parroquia, en San Trvaso, para hablar con un cura.

—No me ocultes nada, ¡cuéntame todo lo que sepas!

Moses intentó refrenar el tono, porque no quería que el otro se diera cuenta de su angustia.

Tommaso Vianello, el criado, dudó un momento. No quería ni podía contentar a aquel hombre tan preocupado. De haberlo hecho no solo habría atraído sobre él la ira de Gabriele Conegliano, que le había dado ya dos monedas de oro y le había ordenado silencio, sino que habría desencadenado una serie de complicaciones. Los amigos del joven eran personajes influyentes, conocidos y más bien despreocupados; era mejor no tener esa clase de enemigos.

Había preferido no contar algunos detalles. Por ejemplo, cuando entrada ya la noche tres o cuatro jóvenes habían escalado el muro del recinto del convento cercano a San Zaccaria.

Era mejor contar algo, pero callarse otras cosas, y, sobre todo, que ambos le pagaran.

—Estaré más atento, señor. No se me escapará ningún detalle y os tendré al corriente de cualquier cosa.

Pronunció estas palabras en tono neutro y en apariencia fiel.

Si Moses no hubiese estado tan alterado, habría sospechado de su actitud, pero, como le sucede a todo hombre que se encuentra en dificultades, se sintió contento de oír lo que deseaba y se dio por satisfecho.

«¿Saber más me permitirá esquivar los peligros? —se preguntó—. ¿Podré hacer algo por mi hijo? ¿Por qué me alegra estar informado y al mismo tiempo me siento aún más preocupado?».

En el fondo de su alma sentía un temor, un presentimiento y, lo que era peor, no lograba ahuyentarlo.

## La boda de Stella

—Cada uno de nosotros tiene su propio destino y vive su propia vida —dijo Sara—. Espero que seas la más feliz de las esposas y que estés contenta con Mandolin.

—Lo amo —respondió Stella suspirando.

—Esto es lo más importante cuando te casas y piensas compartir la vida con un hombre —continuó Sara—, pero conservar ese amor es una misión difícil.

—¿Por qué? —preguntó Stella sorprendida.

—No tengo mucha experiencia directa; sin embargo, una tía mía me decía siempre que el amor es hermoso, pero que cuando dos personas se acercan demasiado corren el peligro de hacerse daño. Demasiada proximidad puede hacer daño.

—No me parece posible.

—Se tienen muchas expectativas que a veces no se satisfacen.

—¿Estás contenta de haberte casado con mi padre?

—Estoy contenta, pero quizá no sepa sacrificarme como debería.

—¿Por qué sacrificarse?

—Estar juntos, uno al lado del otro, cada día exige tener mucha paciencia, ¿no crees?

—No lo sé, puede que tengas razón.

—A veces se producen pequeñas incomprendiones que no se comentan, pequeños deterioros que deberían evitarse. Barreras que, de repente, resultan difíciles de salvar. Debes saber, me lo decía a menudo mi madre antes de morir, que habrá problemas difíciles de superar, que no podrás evitar.

—¿Has pasado una época de tristeza?

—¿Te has dado cuenta?

—Todos se han dado cuenta.

—No sé por qué, pero poco después de la boda pasé un período de desánimo. No duró mucho y ni siquiera he entendido bien los motivos: quizá las responsabilidades, quizá el haber alcanzado una meta tan deseada, ¡quién sabe! Quiero tener un hijo. No ha llegado enseguida, como habría deseado, y es evidente que la culpa es mía, en vista de que tu padre ha tenido tantos hijos: no soy capaz de perdonármelo. Además, me he dado cuenta muchas veces de que Moses pierde la paciencia cuando me abandono a mi obsesión de tener orden en casa, cuando quiero que todo esté limpio. Al principio pensé que no me amaba lo suficiente y esto me ofendía, pero me equivocaba. Eran fantasmas sin fundamento. Tu padre intenta estar cerca de mí, pero no siempre lo logra, no en los momentos en los que más lo desearía. Ahora todo va mejor, aunque no sé decirte exactamente por qué. Pero no debemos hablar de mí, sino de ti. Estoy segura de que tú, con tu carácter, serás feliz.

—Lo deseo de todo corazón, pero ya sé que no faltarán los problemas. Mandolin

ha decidido viajar, cree que en Venecia solo se puede vivir si se viaja, aprovechando la oportunidad que nos da el comercio. Me asusta estar sola durante largos períodos.

—No estarás sola, ni mucho menos. Vivirás con nosotros. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Tienes razón. No es el momento de preocuparse, sino de ser feliz. Estos tiempos no volverán. Tendré en cuenta tus consejos y haré lo que pueda para que las decepciones inevitables se transformen en momentos de afecto.

—Un poco de sabiduría hace mucho bien al amor y refuerza la pasión, créeme — exclamó Sara—. Tenemos que preocuparnos de tu ajuar y organizar bien la ceremonia. Moses y Mandolin deben estar tranquilos y contentos de nosotras.

—¿Crees que es necesario invitar a todos los que fueron a tu boda? A mí me gustaría una ceremonia más íntima.

—Estoy de acuerdo. Fue Moses quien quiso invitar a todo el mundo. ¿Qué piensa Mandolin de esto?

—Me ha dicho que haga lo que tú quieras y que escuche lo que tiene que decir mi padre. A él le parecerá bien cualquier cosa.

—Este me parece un buen comienzo. Empecemos por el problema más importante: el traje de novia.

Sara y Stella salieron de la habitación cogidas de la mano y riendo.

## Para nosotros, ¿está bien?

Los Conegliano se habían adaptado enseguida a las costumbres y a la vida en la ciudad. Sara, a pesar de estar ocupada con su numerosa familia, siempre encontraba un momento para sentarse a la puerta de la casa, en el muelle, e intercambiar cuatro palabras con otras mujeres de Venecia. Necesitaba aquellos momentos de calma, porque su delicada salud estaba siendo puesta a prueba con los trabajos domésticos y las exigencias de todas las personas que vivían con ella: los hijos de Moses, sus hermanos e, incluso, Mandolin. A veces pensaba en los problemas de cada uno de ellos, en Stella que acababa de casarse, en Dolcetta y los otros niños que necesitaban una madre, en Gabriele que la miraba hoscamente, huraño, en Moses con sus exigencias de marido, y entonces le parecía que no podía respirar, el corazón le galopaba en el pecho y un sudor helado le cubría la piel. Se sentía mareada, pero nunca había hablado de ello con nadie.

Las antiguas inquietudes de Moses parecían haber desaparecido, o por lo menos ya no las mencionaba. El único vicio que le había quedado era el de intentar anticiparse a las señales de cambio tanteando el ambiente.

La Serenísima República no lo sabía, pero él se había convertido en breve tiempo en uno de sus defensores más convencidos y, de haber podido manifestarlo abiertamente, de los más entusiastas.

—No creo —decía Mandolin Hazan, siempre optimista en apariencia, con un tono sabihondo que no solo no convencía en absoluto a Moses, sino que encima lo irritaba — que la Serenísima esté en peligro. Es cierto que la pérdida hace unos años de las fortalezas de Modone y Corone, obra del señor turco, y la reciente derrota en las aguas del Peloponeso no pueden subestimarse. Pero, Moses, debes tener confianza en nuestros nobles, que saben navegar los mares, que son audaces y no tienen freno.

Moses no estaba tan seguro de que las nubes hubieran desaparecido del todo del horizonte político-militar y pensaba que Mandolin se dejaba llevar por el optimismo, más por el instinto que por la razón. No se daba cuenta, sin embargo, de que el buen humor del que hacía gala Hazan era más una fachada que un sentimiento verdadero, y que le servía para disimular sus inquietudes personales y sus miedos más profundos.

Mandolin se daba cuenta de que no haría falta mucho para perturbar la aparente tranquilidad de la vida cotidiana y de que, de un momento al otro, todo podía cambiar.

Dado que después de la agresión, en la que había resultado herido en una mano, no había ocurrido ningún otro episodio de violencia, Mandolin se había tranquilizado un poco. Pero el temor solo se había quedado arrinconado y, de vez en cuando, cuando un ruido repentino lo sorprendía, volvía a aparecer y le ponía la carne de gallina.

En realidad, de haber sabido cómo estaban las cosas, habría comprendido que sus temores eran infundados. Del cruento episodio ocurrido meses antes en la laguna algo había salido a la luz. Había realizado pesquisas discretas, pero no había descubierto a ningún personaje conocido. Costantini había desaparecido, tal vez en el agua de la laguna, nadie lo sabía, y había acabado pagando por sí mismo y por los demás. Su caída había inducido a Toni da Mestre a aplazar tanto la segunda orden del jefe como la venganza contra Mandolin y Davide. Prefería permanecer en la sombra y no llamar la atención.

Mandolin era consciente de que la República estaba viviendo un momento clave, en ciertos aspectos poco comprensible, teniendo en cuenta las amenazas de guerra que, más o menos insistentes, no cesaban de manifestarse. Le preocupaba sobre todo la idea de que muchos judíos decidieran marcharse. No quería siquiera pensar en la posibilidad de que Stella pudiera verse obligada a alejarse de la ciudad con su familia.

Si un observador se hubiera limitado a juzgar la situación de las fiestas lujosas que los nobles ofrecían en sus espléndidos palacios, quizá la impresión habría sido que Venecia no solo no podía estar en peligro, sino más bien que Viena o París eran las que lo pasaban mal. El mismo pueblo, que encima tenía que afrontar cada día más problemas, parecía no ser demasiado consciente de la situación. Los ciudadanos seguían ocupándose intensamente de sus asuntos: los pobres, como siempre, intentaban buscarse la vida como podían y los recién llegados, como los Conegliano, se esforzaban por acostumbrarse a los nuevos ritmos, a las nuevas costumbres, apreciando todo lo que Venecia podía ofrecerles. Para bien o para mal.

Los hijos de Conegliano paseaban a menudo en barca; Dolcetta y los pequeños De Leon jugaban por las calles y las plazas con los chiquillos del vecindario. En la casa que Moses había alquilado se encontraban como si hubiera sido suya desde siempre.

No obstante la pérdida de las tiendas de Rialto y de los litigios con Mocenigo, las condiciones económicas de la familia habían mejorado poco a poco y Moses pensaba emprender nuevos negocios en sociedad con Mandolín Hazan. Habían localizado en la zona de las Mercerie locales muy grandes y estaban en tratos con los propietarios para alquilarlos, siempre con la protección de algunos nobles, que esta vez parecían más fiables. Dos primos que vivían en Constantinopla les procuraban tejidos de calidad muy del gusto de las damas venecianas y se había corrido la voz de que en las tiendas de Conegliano era posible encontrar telas de gran calidad y con estampados originales.

La vida transcurría tan tranquila que Moses había dejado de preguntarse en voz baja, y algunas veces en voz alta: «Para nosotros, ¿está bien?». Esta obsesión la había heredado de sus padres. Ante cualquier acontecimiento político, comercial o militar, sus padres, acostumbrados a ser acosados, perseguidos y maltratados, se preguntaban: «Pero esto, a nosotros, ¿nos conviene?». Y solo después de haber reflexionado sobre esta pregunta, continuaban con sus razonamientos y con sus pensamientos para

intentar apagar la ansiedad que los atenazaba. Desde muy niño Moses había absorbido esta inquietud continua de sus padres, transformándola en una pregunta automática que poco a poco se convirtió en una muletilla.

Ahora parecía haber olvidado aquella fórmula, tal vez porque por primera vez se sentía protegido y no amenazado, tal vez porque ahora compartía la idea común entre los venecianos de que las aguas salobres eran una protección más segura que las murallas de piedra.

Aun así, era muy consciente de que los asuntos humanos estaban dominados por la fragilidad de la vida.

«Si existe el paraíso, debe de ser un lugar donde se ríe», le decía siempre su abuelo que era un hombre religioso y practicante, aunque más bien escéptico. Su única preocupación, auténtica, secreta e inconfesable, era Gabriele, que estaba vinculándose mucho, demasiado, a los nuevos amigos. De haber sido solo porque alternaba asiduamente con algunos nobles, no se habría tomado la molestia, pero sentía, presagiaba, que aquel hijo suyo tan amado se estaba alejando inexorablemente de él. Hablaban muy poco y parecía que se comprendían cada día menos.

«O tal vez —pensaba Moses—, como no tengo problemas acuciantes, acabo pensando demasiado en Gabriele y exagerando mis temores».

## La emboscada

Durante semanas y meses, todo fue como una seda, después la situación pareció agrietarse y sucedió algo muy raro y difícil de explicar, de lo que Moses no se dio cuenta, pero que flotó en el ambiente e influyó en el estado de ánimo de Gabriele.

Una noche de lluvia torrencial el mayor de los hijos Conegliano, tras participar en una fiesta en un hermoso *palazzo* sobre el Gran Canal, decidió que no se quedaría a dormir en casa de los amigos, sino que volvería a la suya, aunque solo fuera para calmar la aprensión de su padre y evitar aquellas frecuentes discusiones que siempre terminaban de forma desagradable.

La góndola que habían puesto a su disposición lo estaba esperando. Cuando vio que solo había un hombre al remo se sorprendió.

—¿Y el otro?

—No se encontraba bien —contestó secamente el barquero, que se puso a bogar con empeño por los canales oscuros.

Gabriele salió fuera y preguntó de mal humor al barquero:

—¿A dónde me llevas?

No tuvo tiempo de oír la respuesta. Vio la hoja de puñal que el hombre había sacado de una funda en el costado, dio un salto instintivo a la derecha, perdió el equilibrio y se cayó en las negras aguas de la laguna, justo frente al *palazzo* de los Dux.

Sabía que no debía salir a la superficie enseguida porque corría el riesgo de ser atacado de nuevo; conteniendo la respiración, siguió buceando vigorosamente y no emergió hasta que no estuvo seguro detrás de un pequeño velero. Lo estaba buscando no solo el hombre de la góndola, sino otro con una barca que la seguía. Oía voces sofocadas. Algunos individuos parloteaban, pero el ruido de la lluvia atenuaba las voces y las volvía incomprensibles. No tenía miedo.

Todo había sucedido tan rápido que no había tenido tiempo ni siquiera para pensar. Se había defendido instintivamente.

Cuando salió del agua, con la cabeza cerca de la quilla de madera del velero, miró alrededor para orientarse.

A lo lejos se veía la claridad tenue de las antorchas colocadas en la terraza del Palacio Ducal. Solo entonces se planteó las primeras preguntas: ¿quién había intentado matarlo?, y ¿por qué?

Se quedó inmóvil unos minutos para recuperar el aliento, para entender, para encontrar una vía de escape. Un reflejo lejano le permitió ver que su góndola se estaba alejando lentamente.

¿Dónde había visto a aquel remero? ¿Quiénes eran sus cómplices?

Empezó a moverse, primero junto a la quilla de la embarcación, en el agua negra,

después siguiendo los resplandores de la orilla hacia la derecha, escondido en la sombra de una galeaza que parecía desierta.

Debía evitar los canales que corrían junto a los muros de los Piombi pues estaban vigilados.

Tendría que alejarse más, pasando entre las barcas silenciosas ancladas frente a la plaza, sin hacer el más mínimo ruido. Después, en cuanto fuera posible, se dirigiría hacia uno de los canales laterales y entonces la fuga sería más fácil. Podría subir a uno de los muelles y se alejaría en la oscuridad.

Pero decidió que no volvería enseguida a casa. Su padre no debía verlo mojado de aquel modo y, además, aquella noche podría haber alguien esperándolo en las cercanías para tenderle una emboscada aún más peligrosa. Iría a casa de su amigo Morosini para cambiarse de ropa y reflexionar. Tal vez Leonardo, el único del que en el fondo se fiaba, podría ayudarlo a entender lo que había sucedido.

En aquel momento tomó realmente conciencia de que estaba dentro del agua y se puso a nadar en la noche hacia la salvación.

Tras un período de tiempo que le pareció más largo de lo que había sido en realidad, llegó a la embocadura del canal de los Greci, se agarró a un pilote que oscilaba y parecía estar a punto de romperse, apoyó un pie sobre las algas verdes de los escalones y logró salir del agua con dificultades y sin hacer ruido. Ya en tierra firme, echó a correr, orientándose a ciegas en el laberinto de callejones oscuros que, se acordaba bien, cruzando el patio Contarini debería conducirlo cerca de su meta. Cuando pasó frente al palacio Zorzi a los pies del puente de San Severo tuvo la sensación de haberse perdido. Tenía que ir con cuidado porque no quería tropezar de ninguna manera con los Señores de la Noche.

Gabriele Conegliano llegó a la puerta de la casa de su amigo, cansado y con la respiración acelerada.

Tras golpear la puerta con la aldaba, esperó, pero nadie salió a abrir. Volvió a golpear varias veces, pero sin éxito. Al final, oyendo voces que se acercaban, decidió esconderse para que no lo vieran.

Reconoció la voz estridente de uno de los amigos de Morosini, Antonio Dandolo, que le era instintivamente antipático. No entendía todas las palabras, pero oyó con estupefacción que hablaban de él.

—Gabriele Conegliano... un tipo sospechoso, podría estar al servicio del enemigo, deberías estar más atento... no tratarlo demasiado.

Morosini reaccionó en tono enojado.

—Eres un exagerado... ¿es que estás celoso de que sea mi amigo? ¿Cómo puedes hacer estas afirmaciones tan peligrosas que podrían llevar ante los tribunales a un pobre inocente?

Los dos hombres siguieron hablando, divagando sobre otras cuestiones. Dandolo, sin embargo, no había olvidado el origen de su obsesión y siguió nombrando a la familia de los Conegliano, calificándolos de gente sin fe, a lo que Morosini respondió

con ironía:

—¿Acaso tu fe es más fuerte y más sólida que la de ellos? ¿Y tus juegos con las monjas?

—Sabes perfectamente que esta ciudad está repleta de espías al servicio de estados extranjeros: hay morlacos, turcos y ahora incluso espías europeos. Todos, emperadores, reyes, el mismo papa Julio II, quieren estar informados. Estos judíos podrían estar vinculados con los uscoques. Existen incluso falsos frailes que espían: ¿por qué no habría de haber judíos, los sin tierra, interesados en nuestra ruina?

—Puesto así, podrías tener razón, pero ¿por qué Gabriele debería estar implicado? Eres hombre de denuncias secretas, lo sé, te conozco, pero te aconsejo que no lo hagas, porque si me entero de que lo has hecho, ya puedes prepararte...

—Es necesario desconfiar de estos herejes en potencia, de estos espías en potencia.

—¿Sabes por qué ves espías por todas partes? ¿Por qué tienes tanto miedo?

—Sabes que el propio Andrea Gritti está convencido de que el espionaje es esencial en la guerra. Debemos estar atentos y tener miedo. Podría no ser un defecto, sino una forma de protegerse del enemigo. Vivimos tiempos muy duros, muy duros.

—Tú confundes el espionaje, en lo que quizá llevas razón, con Gabriele, que no es un espía, sino un juerguista, un muchacho que quiere ser como nosotros. ¿Por qué no habría de serlo? ¿Acaso envidias el éxito de Gabriele con las mujeres? ¿Es que te ha robado alguna conquista?

—¡No puede hacer lo mismo que hacemos nosotros!

—¿Cómo qué?

—Como entrar en los conventos. En el convento de Santa Maria della Celestia, por ejemplo, he sabido que hay fiesta hasta la madrugada. Y me han dicho que allí Gabriele tiene muchas relaciones arriesgadas.

—Si lo hacemos nosotros está bien, pero si lo hace él ¿no está bien?

—Tú lo has dicho. Nosotros podemos pecar con las monjas, pero son cristianas, son mujeres que no querían ser monjas, que han sido obligadas por sus familias. No son mujeres de Dios, son mujeres de los hombres.

—Eres un blasfemo, pecar está bien, pero encima pretender que no se está pecando, vamos...

Dandolo calló y pareció calmarse, después muy lentamente añadió:

—¿Te has enterado de que el Consejo de los Diez ha ordenado que se lleven a cabo asesinatos, de manera secreta, en nombre de la defensa de la República?

—¿Y tú cómo te has enterado de esas disposiciones si son secretas?

—Si las conozco significa que alguien me las ha contado... y, además, no me tomes el pelo, estas cosas las saben casi todos, al menos los nobles.

—Eres un buen orador —le dijo Morosini intentando ablandarlo—; podrías hacer carrera política y tal vez te elegirían dux. De todos modos...

—Sé lo que vas a decir, a mí las mujeres me gustan así: hermosas, calladas y que

se queden en casa.

—Lo veremos... ¿Sabes lo que dice nuestro amigo Girolamo Priuli? Hombre muerto no hace la guerra.

—Entonces, ¿por prevención querrías matarlos a todos?

—Entiendo —se hizo eco Morosini—. Tú en cambio prefieres el asesinato con discreción. En secreto. Prefieres ir a las Mercerie, donde, como es sabido, se puede encontrar todo lo que se desee; se compra veneno, quizá un poco de arsénico sublimado, con una mezcla de acónito, de oropimento, de sales de amoníaco, de sal gema verdín y, quizá, de eléboro negro y actúas discretamente.

—Haces mal tomándome el pelo —dijo Dandolo—, yo no estoy tan seguro de que las cosas se arreglen con ironía.

«La típica conversación nocturna de dos amigos que vuelven a altas horas de la noche y no paran de hablar. Parece que el buen vino les ha soltado la lengua —pensó Gabriele, harto de tantas divagaciones—. Pero se las ha soltado demasiado».

En aquel momento se oyó una explosión intensa y sorda que se propagó en la oscuridad.

Morosini y Dandolo enmudecieron. El propio Conegliano, testigo silencioso, mojado y tembloroso, sintió que se le ponía la carne de gallina con el estruendo.

Otros retumbos sordos, como truenos, pero más cercanos, se propagaron por el aire.

—Hay explosiones en la zona del Arsenal —gritó Morosini—. ¡Vayamos a ver!

Los dos nobles echaron a correr; mientras, las mujeres medio dormidas se asomaban a las ventanas, vestidas con largos camisones y envueltas en chales para protegerse de los rigores de la noche.

—Se han despertado los fantasmas —ironizó Morosini, pero su voz quedó sofocada por otros estruendos.

## El incendio en el Arsenal

Un relámpago repentino rasgó la profunda oscuridad de una noche sin luna y un estruendo impresionante despertó a toda la ciudad con un sobresalto. El desplazamiento de aire, causado por la explosión de un depósito de pólvora, dañó las casas vecinas y después, como un escalofrío cada vez menos intenso, se agotó en la distancia.

En la zona más peligrosa del Arsenal, donde estaban almacenadas las municiones, se desató un incendio: altísimas lenguas de fuego se alzaban en los edificios destrozados, mientras por el aire se propagaban otras explosiones violentas menos intensas, pero también amenazadoras.

En el Palacio Ducal tenía lugar una reunión del Consejo Mayor, que se interrumpió inmediatamente. Todos se pusieron en pie de golpe a la primera explosión y se precipitaron al patio para tener más noticias de lo que estaba sucediendo, aunque el humo, las llamas y el olor transportado por el viento ya daban a entender que se había producido un terrible incendio en la zona del Arsenal.

Los primeros en llegar frente a la puerta del Arsenal fueron los Señores de las Municiones, que, jadeantes, ordenaron bloquear las entradas. Algunos cobertizos ya estaban estallando y desplomándose y otros comenzaban a incendiarse con gran peligro para las numerosas personas que se habían congregado alrededor.

Poco a poco fueron apareciendo algunos representantes del Senado, del Consejo de los Diez y de otras magistraturas. Cuando llegaron al lugar encontraron las calles y la plazuela frente a la puerta principal del Arsenal invadidas de piedras, casas con los techos hundidos y una multitud medio vestida, con bebés llorosos, que intentaba alejarse; mientras, ya se empezaba a reaccionar ante el desastre y cuadrillas de mozos de los astilleros, con grandes cubos y todos los medios disponibles, intentaban detener las llamas y controlar el incendio para impedir que explotaran los depósitos cercanos.

Miles de chispas se levantaban hacia el cielo.

—Sin duda es un sabotaje —decía con voz segura uno de los curiosos.

—¿Los franceses? ¿Los invitados del Papa? ¿Quién habrá sido? —decía otro.

Las preguntas corrían de boca en boca.

En la ciudad era bien sabido que Julio II había tenido duras palabras contra la República y que podía contar con la ayuda de los franceses, considerados enemigos feroces e insidiosos. A priori no se podía excluir que se tratara de un sabotaje, aunque muchos ya lo daban por hecho.

En primera línea frente al fuego, consternados, estaban Hieronimo Cappello, Marco Antonio Loredan y Daniele Dandolo, responsables del buen funcionamiento del Arsenal, que contemplaban aquel escenario irreal, intercambiaban algunas

palabras de vez en cuando y ofrecían sugerencias a los jefes de las cuadrillas de obreros que se esforzaban por combatir las llamas.

Por casualidad o pura mala suerte, el canal que corría junto a la pared principal se había secado recientemente por trabajos de mantenimiento y esta trágica combinación hacía más difícil y dramática la lucha contra el fuego. Muchos ciudadanos habían llegado espontáneamente a echar una mano y, con una interminable cadena humana de baldes de agua, se esforzaban por poner remedio a tan terrible suceso.

De vez en cuando una nueva explosión estallaba en las casas vecinas y contribuía, con el ruido continuo y crepitante del fuego que devoraba antiguas vigas y nuevos y valiosos depósitos de leña y, con el resplandor que irradiaba, a dibujar un escenario de luces y sombras cambiantes de contornos apocalípticos.

En el fondo, muchos de los presentes veían en aquella escena la señal de un oscuro presagio que anunciaba el fin de la gloriosa Serenísima República.

El ambiente lleno de humo y con un olor agrio era pesado. El viento se llevaba lejos las cenizas y las chispas que amenazaban con encender nuevas hogueras y desencadenar otros incendios. Muchos heridos eran atendidos allí mismo, mientras se extraían con dificultad cuerpos sin vida, horriblemente quemados, y se amontonaban sobre un pontón en el canal cercano.

Atraídas por el fuego, el humo y la confusión, iban llegando muchas personas, que se apretujaban sobre los muelles como espectadores. Parecía que toda la ciudad al unísono se hubiera dado cita para ser testigo de lo que estaba sucediendo en el Arsenal: nobles y ciudadanos del pueblo, *nicolotti* y *castellani*, sacerdotes y extranjeros de paso en la ciudad. Todos miraban hipnotizados las llamas que se alzaban hacia el negro cielo.

Entre la multitud destacaba el corrillo de los nobles: Giorgio Foscarini, Giorgio Loredan, Pietro Dolfín, Agostino Barbarigo, Marco Querini, Vettor Mocenigo. Parecían trastornados y desorientados. Cuando Moses Conegliano, al darse cuenta concretamente de la presencia de Vettor Mocenigo, los miró, le impresionó la palidez de sus rostros iluminados por el reflejo de las lenguas de fuego.

En un rincón, apartado de la multitud que no paraba de crecer, Mandolin Hazan y Simone Todesco observaban silenciosos el incendio mientras sus trajes se llenaban de chispas y cenizas que rachas irregulares de viento empujaban hacia ellos.

Los jóvenes Leonardo Morosini y Paolo Dandolo, en cambio, habían llegado corriendo y se habían presentado inmediatamente ante el responsable de las operaciones, y, junto con otros, habían sido autorizados a entrar en el interior del Arsenal, donde se temía que nuevos depósitos de munición pudieran ser alcanzados por el incendio y saltar por los aires.

Pocos se apercebieron de la presencia de Francesco Sebastiano Giustiniani quien, desde lo alto de un mirador de una casa de enfrente, dominaba la escena y, con ayuda de algunos colaboradores, daba órdenes e indicaciones a la cuadrilla que intentaba combatir el fuego dentro del Arsenal.

—Mandad dos cuadrillas, con los pontones protegidos por las naves, con muchos cubos e intentad aislar aquellas llamas —dijo Giustiniani en tono tranquilo, a pesar de que la situación era realmente dramática.

En ese momento uno de los techos de los cobertizos se derrumbó con un estruendo espantoso, liberando hacia el cielo un haz de chispas incandescentes.

Giustiniani permaneció muchas horas en el mirador cercano a las llamas; solo cuando las primeras luces del amanecer rasgaron un cielo gris y se apagaron las llamas, aceptó beber un vaso de agua y se despidió de los dueños de la casa que lo habían acogido. También fue mérito suyo que cuatro mil barriles de pólvora se salvaran del desastre general, primero los cargaron en algunas barcas atracadas cerca y después los alejaron de allí.

Giustiniani tenía la cara negra de hollín y el traje quemado. Podría concederse un buen baño y unas horas de sueño antes de encontrarse a media mañana con sus ayudantes, que ya estaban intentando hacer balance del siniestro. Después se presentaría a informar al dux.

Las operaciones de socorro duraron toda la noche. El informe que le entregaron a primera hora de la mañana, y que presentaría a Loredan, contenía un primer recuento trágico de víctimas, unas sesenta: muchos jóvenes, pero también hombres con mucha experiencia que estaban trabajando en el momento en que se produjo la primera explosión devastadora. Había también muchos heridos, más o menos graves, debido a las piedras que el desplazamiento de aire había lanzado con violencia en todas direcciones. El intenso calor había causado daños en numerosas casas vecinas, y en algunas iglesias las grandes vidrieras, de notable valor y muy antiguas, habían sufrido daños irreparables.

Morosini se enteró también de un episodio del que hasta el momento no había sabido nada. Algunos forasteros ignorantes que se habían acercado al lugar del desastre movidos por la curiosidad, tras ser confundidos con espías franceses, habían sido perseguidos por las calles por un grupo de venecianos rabiosos, convencidos de haber dado con los peligrosos saboteadores. Incluso el párroco de la iglesia de San Martín, llamado Zuan Lando, había sido tomado por un espía francés y había tardado un rato en ser reconocido, tanto que tuvo que esconderse hasta la mañana en su iglesia y encerrarse dentro. Durante muchos días siguió hablando con todos sus fieles de la terrible experiencia, visiblemente trastornado. Morosini dejó entrever una sonrisa: conocía a aquel hombre y se imaginaba su cara rubicunda y aterrorizada.

Como sucede a menudo, hechos sin importancia pueden provocar grandes desastres. Y así fue también en este caso.

Ante la autoridad se presentó un mozo que, titubeando, confesó con valor que un golpe de martillo dado a un clavo para fijar el techo de una casa había soltado una chispa que había incendiado un poco de paja y la llama se había propagado rápidamente llegando, sin que nadie lo pudiera imaginar, a causar aquel desastre descomunal.

Dijo también que había recitado varias veces las palabras mágicas, pero no habían servido de nada: «Santa Bárbara bendita, defiéndeme de las tempestades, incendios y hecatombes».

Morosini pasó rápidamente a los últimos hechos del minucioso relato. En un primer momento, esta versión de los hechos no convenció a las autoridades del Arsenal, que no dieron demasiado crédito a las palabras del individuo, que parecía un desequilibrado, pero después, basándose en numerosos testimonios, se convencieron de que estaba diciendo la verdad.

Una desgracia como esa, pensó Morosini, habría sido dramática en cualquier momento; que hubiera tenido lugar cuando la ciudad estaba a punto de ser asediada era todavía más grave, tanto por los daños materiales como porque se estaban difundiendo voces insistentes que aludían a la presencia de saboteadores a sueldo y, cierto o no, la moral de los ciudadanos se estaba resintiendo.

En aquel momento, sin embargo, Morosini no se paró a reflexionar. Había llegado frente a la iglesia de los Santissimi Giovanni e Paolo, donde se celebraba el funeral de la víctima más ilustre de la tragedia, Francesco Rosso, un noble que se hallaba a muy poca distancia en el momento de la explosión.

Muchos nobles, ciudadanos y vecinos, que querían manifestar sus condolencias a la familia y su apoyo a la República, se amontonaban frente a la puerta y Morosini tuvo que abrirse paso entre la multitud con decisión para poder llegar a las primeras filas, donde ya estaban reunidas numerosas autoridades venecianas. El rito fúnebre no había comenzado todavía.

No muy lejos, Gabriele Conegliano regresaba a su casa totalmente exhausto no por culpa del incendio, sino por la agresión que había sufrido.

Encontró a su padre sentado en un banco.

—¿Todavía despierto?

—¿Dónde has estado? ¿Por qué estás tan mojado?

—Me he caído en un canal cuando bajaba de una góndola. Nada grave.

Los dos tuvieron la tentación de charlar un poco, pero después, como de mutuo acuerdo, se abrazaron y, aunque el sol estaba alto, se retiraron a descansar tras una noche de insomnio.

## La derrota de Agnadello

Aquel abril de 1509 fue un mes turbulento para la República. Y también para los Conegliano, que atravesaron algunas dificultades.

El incendio del Arsenal era ya un doloroso recuerdo cuando nuevas nubes comenzaron a formarse.

El dux, pálido y grave, dio a puerta cerrada un discurso al Gran Consejo, pidiendo que se rogase a Dios para que la Serenísima se salvara.

Pecados, blasfemias, vicios infames debían ser expiados y borrados, y tal vez ni siquiera eso sería suficiente.

Sus palabras, que deberían haberse mantenido en secreto, para que no cundiera el pánico, se propagaron en un abrir y cerrar de ojos. Primero se enteraron los nobles y después, gracias a una servidumbre diligente y habladora, se comentaron en todas las plazuelas y callejuelas de la ciudad.

Por primera vez desde el inicio de las hostilidades orquestadas por Francia, España, Austria y el propio Papa, la preocupación de los venecianos acabó por tomar la delantera al tradicional orgullo, y la arrogancia fue sustituida por una tímida prudencia.

Los Conegliano, como todos, se vieron arrastrados por este torbellino de miedos y precauciones. Para ellos no solo era el destino de Venecia lo que los inquietaba, sino también toda clase de problemas familiares.

Para Moses las últimas semanas no habían sido agradables.

Sara, su dulce esposa, sufría constantes malestares y, a pesar de las atenciones de un médico judío muy famoso, Abraham de Pomis, no recuperaba la salud.

Stella, que se ocupaba de los pequeños, de Dolcetta y también de Menachem, Jacob y Regina, los hermanos menores de Sara, estaba cada día más nerviosa por todos los contratiempos cotidianos y, a menudo, Mandolin debía soportar las consecuencias de su mal humor.

Gabriele, que no había olvidado la noche que habían intentado asesinarlo, tras mantenerse alejado de la ciudad de la laguna un tiempo, había logrado que su padre le cediera una discreta suma y se había metido en comercios que empezaban a permitirle un elevado nivel de vida. Los amigos habían intentado convencerlo de que solo había sido objeto de un intento de robo y de que los agresores no tenían intención de matarlo, pero el tormento de la duda no había abandonado al joven quien, sin desdeñar el riesgo, miraba a todos lados incluso en las fiestas más alegres y seguía preguntándose si habrían intentado eliminarlo.

En cambio, Davide pasaba gran parte de su tiempo trabajando con su padre, y además dedicaba algunas horas al estudio de los textos sagrados y observaba escrupulosamente los preceptos de la Torà. Tenía una hermosa voz y, a menudo, en la

sala que tenían dedicada a sinagoga ejercía las funciones del *chazan*, del cantor, despertando la admiración de los presentes y llenando de orgullo a su padre.

Parecía que, a pesar de algunas dificultades, la familia se había acostumbrado a la vida veneciana y que el fluir de los días era tranquilo y estable. Pero se trataba de una tranquilidad aparente, tanto privada como pública.

A primeros de mayo de aquel crucial 1509 las tropas venecianas, al mando de su caudillo Bartolomeo d'Alviano, decidieron cruzar el río Adda y asaltar Treviglio.

—¡Todos unidos bajo el estandarte de san Marcos! —exclamó arrojado el comandante, convencido de obtener una rápida y decisiva victoria al grito de «¡Venecia, Venecia! ¡Libertad! ¡Libertad!».

Sin embargo, las optimistas previsiones de la víspera demostraron ser del todo engañosas.

La noticia de la derrota en la llanura de Agnadello llegó rápidamente a Venecia y desencadenó el pánico porque ahora todos, nobles y plebeyos, estaban convencidos de que solo un milagro podría salvar la ciudad del asalto de los enemigos: los fantasmas más terribles que en los últimos meses habían agitado sus noches estaban tomando cuerpo.

—Primero las escaramuzas y después las ofensivas y las retiradas —contó Zuan Córner, de vuelta en Venecia dos semanas después— duraron unos diez días. Nos consumimos atacando inútilmente y poniendo a dura prueba la resistencia de nuestros soldados. Cuando un escuadrón de franceses nos atacó de frente, sorprendiéndonos con su ímpetu y su determinación, nuestras tropas, ya exhaustas y con grandes dificultades, comenzaron a huir cada vez con más desorden y la retirada se convirtió en una derrota desastrosa. Los comandantes vieron que no había esperanza e intentaron alejarse dirigiéndose unos a Brescia, como Zuan Diedo, otros a Crema, como Marino Valier. Todos pálidos como muertos. Tal vez convencidos de que era posible organizar una segunda línea, pero ya era demasiado tarde. Hemos perdido muchos soldados y los que han logrado sobrevivir son presa del miedo y del desánimo y solo piensan en huir.

El dux, si bien afligido por el cariz de los acontecimientos, reaccionó como imponía la costumbre: en la jornada de la Sensa, festividad de la Ascensión, se presentó, en la ceremonia de las Nupcias de Venecia con el Mar, vestido de oro para mostrar a toda la ciudad que la moral estaba alta y todo seguía como de costumbre.

A su lado, hombres de gobierno pertenecientes a las estirpes más nobles, en apariencia impasibles pero íntimamente angustiados, susurraban entre ellos: «Venecia está acabada, nuestro mundo está acabado. Debido a nuestros pecados Dios nos ha abandonado y solo un milagro podría salvarnos de la ruina más absoluta».

El desastre había hecho que todo el mundo buscara soluciones que poco tiempo antes habrían sido consideradas absurdas. Algunos creían que, si el dux se marchaba a Verona, las tropas podrían recuperar la moral. Otros, sin embargo, sostenían que era necesario pedir ayuda a los enemigos de siempre, los turcos. Otros, manifestando una

extrema confianza en la providencia, recordaban las proféticas palabras de un sacerdote muy conocido en la ciudad, don Pietro Nania, y las repetían continuamente:

—Grandes calamidades nos afligirán y nos harán sufrir cruelmente, pero cuando estemos humillados por esta plaga y expiemos nuestros pecados, nos salvaremos. Venecia quedará finalmente intacta.

Esto era lo que querían oír los venecianos y lo que acababan por creer.

Esto deseaba también, cada vez con más pasión, Moses Conegliano, convencido de que ahora el destino de su familia estaba atado a la suerte de la Serenísima República.

## El noble Francesco Sebastiano Giustiniani

Francesco Sebastiano Giustiniani caminaba nerviosamente bajo los soportales de los patios interiores del Palacio Ducal a la espera de ser recibido por el dux Leonardo Loredan, pero sabía que tendría que esperar. Justo cuando estaba a punto de ser recibido, había llegado una nutrida delegación extranjera que había pasado delante de él. De lejos no había entendido de qué se trataba.

«Me lo dirá el propio dux más tarde», pensó levantando la mirada hacia el rincón suroeste del edificio y admirando las dos estatuas de Adán y Eva que representaban el pecado original.

«Qué obras tan maravillosas, el mármol parece vivo —pensó—. Hace años que vengo aquí y cada vez descubro un detalle que no había observado, un reflejo de luz que me llega al alma. Esta piedra, con sus dulces curvas, ¿es realmente el símbolo de Venecia! Los bajorrelieves son centenarios y lo que, a primera vista, puede parecer caótico es en realidad una representación ordenada de todo el universo».

Contempló el sarmiento de mármol de hojas maleables y perfiladas en forma de copa, iluminado por una luz directa, como si lo viera por primera vez.

Aquella noche no había dormido bien. Un sonoro trueno lo había despertado con un sobresalto y después ya no pudo conciliar el sueño. A primera hora de la mañana debería haber acompañado a la joven que había dormido con él, pero la fuerte lluvia se lo había impedido. De todos modos, ese imprevisto no fue nada desagradable. Aunque como sucede a menudo en situaciones agradables, se había instalado dentro de él una sutil inquietud de la que no comprendía bien el origen.

Alto, joven, con mucha experiencia de la vida, Giustiniani pertenecía a una familia muy conocida, pero también muy reservada, y de esta reserva el noble hacía gala hasta el punto de que aceptaba los cargos públicos que se le ofrecían, sin que hubiese ejercido la más mínima presión, pero siempre con cierta condescendencia.

«Los Giustiniani no tienen necesidad de pedir. Cuando se les da algo, aceptan».

En su familia había habido capitanes del golfo y capitanes generales del mar; su padre había sido procurador de San Marco; él mismo participaba en la vida política con cierta satisfacción, y habría podido aspirar a cargos más elevados de haberlo deseado. Mientras otros se esforzaban por obtener el cargo de Cattaver o asesor económico, de Savio de la Mercanzia o asesor comercial, o de supercónsul, a él se los ofrecían en bandeja de plata.

No era solo su linaje, su amabilidad y su señorío lo que lo favorecía. Era un diplomático hábil, elegante y conversador atento que mostraba siempre una curiosidad instintiva, lo que llevaba a muchos a sobrevalorar sus dotes políticas. En realidad Giustiniani disimulaba, con ingenio, un escepticismo natural y por ello se mostraba dúctil y podía permitirse dar la razón a todos con extrema naturalidad. No

se trataba de hipocresía, sino simplemente de una actitud ante la vida y la política tan abierta y carente de auténticas certezas que a veces rozaba el cinismo. Pero pocos se percataban de ello, a pesar de que el aristócrata no se esforzaba en absoluto por disimularlo.

La cortesía era su mejor arma para conquistar los corazones femeninos. Plebeyas sencillas y aristócratas refinadas se dejaban llevar por su gracia natural, carente de auténtica pasión, capaz de encandilarlas precisamente porque se expresaba con estudiado desapego.

Y Giustiniani se aprovechaba de ello y consentía, si no con entusiasmo, sí con un arrebató especial, corresponder a afectos y amores.

En la ciudad corrían fantasiosas fábulas sobre el personaje, y el aristócrata, consciente de las habladurías, dejaba que algunas de sus actitudes las alimentaran.

Una vez dos jóvenes criadas de una posada lo habían abordado y él había aceptado pasar la noche con ellas. Frente a la falta de inhibiciones y a la juventud de las mozas, Giustiniani había temido tener dificultades y no había conservado un recuerdo del todo sereno de aquellas horas de fuego y pasión.

En cuanto a los pasatiempos de los jóvenes nobles que frecuentaban los conventos o a las numerosas cortesanas de las casas de placer, huía de ellos, no tanto por moralismo o por observar la religión cristiana, de la que se sentía alejado aunque fingiera ser respetuoso, como porque se sentía ajeno a esa clase de vulgaridades.

Pocos sabían que en el fondo era un librepensador, como pocos sabían que sus lecturas más queridas eran libros prohibidos.

Giustiniani, pues, se concedía todas las libertades, pero sin malicia, como si tuviera derecho a ellas. Y una de estas libertades era la relación con la joven y bella Angela Barbarigo, que aquella noche precisamente se había demorado en su lecho casi hasta ser descubierta.

Absorto y sumido en pensamientos esquivos, Giustiniani no podía saber que no olvidaría fácilmente aquellas horas matutinas transcurridas a la espera.

La conversación con el dux, solicitada hacía tiempo, había sido atrasada por la llegada de aquella delegación extranjera, pero el paseo que se había visto obligado a hacer le había permitido reflexionar sobre algunas cuestiones con una tranquilidad poco habitual y, vagando, sus pensamientos se habían detenido primero sobre los problemas personales, después sobre cuestiones públicas y, finalmente, sobre la situación política y militar y los peligros que la Serenísima República había corrido en los últimos meses.

Aunque viviera entre nobles, durante mucho tiempo Giustiniani se había negado a entrar en el juego del poder porque intuía que habría muchas insidias con las que podría tropezar. Solo tras la tenaz insistencia de Andrea Gritti, caudillo fogoso y buen orador, había cedido.

Aquella mañana soleada caminaba entre las columnas del porche para matar la espera que se estaba alargando, cuando, inspirado tal vez por el aire limpio y fresco

que en Venecia solo es posible respirar tras un fuerte temporal, le vinieron a la cabeza las palabras pronunciadas hacía poco menos de un año por el dux Loredan en la inmensa sala de los Pregadi, en el Palacio Ducal, frente a una multitud de nobles trastornados porque era el 22 de abril de 1509 y la suerte de la Serenísima parecía que estaba echada.

La guerra había estallado hacía una semana y el momento era dramático sobre todo porque nadie había previsto lo que estaba sucediendo.

El dux se había levantado de su sillón. Había interrumpido la reunión con un gesto de la mano poco ortodoxo y había dicho con voz tensa:

—Las grandes potencias de la Tierra desean nuestra ruina, la Serenísima República está en peligro. Todos juntos, nosotros venecianos, debemos reaccionar.

No recordaba bien las demás palabras, pero no había olvidado la palidez de algunos aristócratas sentados junto a él y el murmullo que había atenuado la voz del dux que seguía hablando y, para hacerse oír, levantaba el tono, pero solo lograba emitir sonidos ridículamente agudos.

Esta imagen cruzaba la mente de Giustiniani cuando, en su vagabundeo, se encontró frente a la escultura de un Noé ebrio e inseguro sobre las piernas y de sus hijos, Sem y Cam, que cubrían su desnudez.

«Qué habilidad la de los escultores venecianos», pensó mirando el rincón del Palacio Ducal.

Habían pasado muchos meses desde que había empezado la guerra. Giustiniani, sin embargo, recordaba claramente aquellos momentos. Cinco días antes de la dramática interrupción y del anuncio público por parte del dux Loredan de la apertura de las hostilidades, había llegado al Colegio el heraldo de Francia y había lanzado a sus pies el guante simbólico del desafío.

«Cuentan poco las reglas de la caballería —pensó Giustiniani—; quizá nuestro dux no debería haberse comprometido respondiendo a Julio II».

No lograba recordar exactamente cuántos días habían pasado desde aquel episodio y desde la noticia que había conmocionado al Colegio: el Papa había emitido una bula violentísima contra Venecia en la que se acusaba a la Serenísima de orgullo, de molestar a los vecinos, de soslayar las leyes de la Iglesia, de no respetar las reglas sobre los nombramientos, siempre controvertidos, de los obispos, y de haber obstaculizado los esfuerzos del Papa deseoso de paz.

En ese punto, de esto se acordaba perfectamente, la preocupación se había convertido en una sensación difusa y muchos nobles habían solicitado con insistencia que se redactara un informe sobre el funcionamiento de los servicios secretos venecianos.

Lo que hasta entonces solo entendían unos pocos nobles había irrumpido de repente en la mente de todos: querían arrancar a la Serenísima República la tierra firme y decretar así el fin de su grandeza. Y, quizá, las consecuencias podrían ser aún más desastrosas.

La derrota de Agnadello, tan grave como inesperada, había vuelto todavía más crítica la situación, hasta el punto de que los más asustadizos pensaban ya en la rendición.

Giustiniani no había tenido dudas y se había alineado con la facción capitaneada por Andrea Gritti que propugnaba la resistencia a ultranza.

«Todos piensan que la aristocracia veneciana está muy unida —pensó para sus adentros Giustiniani, echando una mirada a un grupo de nobles que estaban charlando en el patio del Palacio Ducal—. Qué raro que no se den cuenta de que estamos divididos casi en todo y solo el gusto por el poder impide que nos peleemos furiosamente entre nosotros. Si pudiéramos hacerlo, nos aplastaríamos sin miramientos».

La noticia de la derrota había llegado justo el día antes de la fiesta de las Nupcias de Venecia con el Mar.

Giustiniani recordaba bien que ya había oscurecido aquella noche de mayo de hacía un año. Cuando los mensajeros jadeantes entraron en el Senado, estaba hablando Marin Sañudo, que se calló con sorpresa ante tan insólita irrupción.

La aflicción fue enorme y el debate alcanzó rápidamente tonos agitados y dramáticos. Giustiniani todavía tenía grabada en la cabeza la noble figura del viejo procurador Paolo Barbo quien, gravemente enfermo, había llegado a la asamblea en parihuelas, y en ese momento, muy pálido pero con gran energía, había defendido con apenas un hilo de voz que era necesario combatir hasta el fin; este ejemplo de fuerte templanza moral había impresionado a todos los oyentes.

Una gran masa del pueblo se había reunido entonces en el Palacio Ducal: querían informarse, comentar la pérdida de grandes partes del continente veneciano y saber si la amenaza se estaba acercando realmente.

Se estudiaron muchas hipótesis, incluso la más extrema de acudir al Señor Turco pidiéndole ayuda al enemigo de siempre. Teniendo en cuenta que en la ciudad, para referirse a la máxima degradación, se utilizaba la expresión «hacerse el turco», se entiende bien que esta opción, aunque fuera fruto de una crisis muy grave, podría considerarse un auténtico suicidio político.

Giustiniani se quedó angustiado por las ásperas discusiones y, desde el principio, se convenció de que la idea de cualquier alianza con los enemigos de siempre, los tan invocados turcos, era una opción antinatural y destinada al fracaso. El que después esta opción extrema hubiera gozado de tanto consenso inesperado, y entre ellos el de Lorenzo, el hijo del dux, era fruto de la confusión y de la desorientación que estaban creciendo en el seno de la oligarquía de la República.

El Senado y el Consejo de los Diez habían discutido todas las posibilidades, incluso continuar la guerra, enfrentándose así a la prohibición lanzada por el Papa de forma tan virulenta.

El día de la Sensa parecía que en Venecia los forasteros, siempre numerosos, se hubieran esfumado y la plaza estaba insólitamente vacía, aunque transitaban gran

cantidad de plebeyos que manifestaban con encendido fervor su deseo de mantener a raya al enemigo.

«Quizá los que querían resistir con más energía eran los hombres del pueblo, los *nicolotti*, los *castellani*, precisamente los que no tenían nada que perder, salvo su dignidad; mientras que los nobles, conscientes de que podían perderlo todo de un plumazo, sentían temor. No todos, por supuesto, pero sí la mayoría de ellos que, en otras ocasiones, habían hecho gala de su falso orgullo».

A bordo de una barca, Giustiniani había pasado por muchos lugares considerados estratégicos y había podido ver que se preparaban molinos sobre los pontones, se llenaban los graneros para las emergencias y en previsión de la carestía que un asedio podría causar, se arrestaba a personas sospechosas. Al propio Giustiniani le habían pedido que coordinara algunos grupos especiales que habían recibido la delicada misión de controlar todos los accesos, todos los canales, para evitar peligrosas infiltraciones enemigas.

El poder en el continente se había deshecho como la nieve al sol, muchos tradicionales aliados de Venecia habían cambiado rápidamente de chaqueta y las noticias que llegaban eran «todas al revés, contrarias y malditas».

Solo Andrea Gritti había sabido guardar su honor y mantenía el control de Padua, sin dejarse vencer por los peligros. Una noche en que regresó cansadísimo a Venecia, convocó a su amigo Giustiniani y le dijo:

—Querido Francesco Sebastiano, si lo deseas dentro de poco podrás volver a filosofar, pero ahora defiende a esta República porque, en caso contrario, los hombres como tú serán encerrados rápidamente en los Piombi por el nuevo amo.

—¿Y tú? —le respondió Giustiniani.

—No veré ningún nuevo amo porque estaré muerto —sentenció Andrea Gritti.

## La política de la República

En el fondo a Giustiniani le parecía razonable que no todos desearan combatir. Lo que en cambio lo indignaba era aquel aparente fatalismo demostrado por los nobles y que, en realidad, ocultaba un deseo de renuncia de la que personajes muy conocidos, como Agostino Barbarigo, Giorgio Loredan y Girolamo Priuli, eran la personificación.

Todos ellos como un solo hombre contaban por todas partes la misma historia: la República siempre había gozado del favor de Dios como fundamento insustituible y ahora no lo tenían por culpa de la mala conducta de los nobles y de los innumerables vicios de los demás ciudadanos. Los pecados cometidos habían suscitado desgracias tan graves, hirientes y profundas, como había manifestado el propio dux, que solo la plegaria y la expiación podrían cambiar el curso de los acontecimientos.

¿Para qué combatir, entonces? ¿Para qué resistirse a un destino ya decidido y poner en peligro la propia vida?

Giustiniani, leyendo los distintos informes llegados de París, Madrid, Viena, Roma, Milán, Mantua y Florencia, no solo se había convencido de que Dios era ajeno a los acontecimientos, sino también de que era el papa Julio II el inspirador, ni mucho menos divino, de tantas desgracias.

Naturalmente, se había guardado mucho de divulgar su opinión, que habría podido considerarse una manifestación de herejía y, en cambio, había apoyado las últimas palabras del dux: o libres juntos para salvar a la República o esclavos sin ella.

De esta manera no solo numerosos nobles, sino también ciudadanos y plebeyos, los primeros con el dinero y los otros con la vida, habían decidido combatir al enemigo.

El hecho de que, entre los enemigos de Venecia, figurara un Papa muy autoritario y famoso por su capacidad como hombre de armas, había complicado un escenario ya de por sí difícil, sobre todo para los que profesaban la fe cristiana.

Los frailes habían predicado por calles y plazas, ofreciendo a los atónitos oyentes palabras que suscitaban miedo y desconcierto. De uno en particular, fray Giacomo, se había hablado mucho.

Este hombre alto y grande tenía una voz atronadora, capaz por sí sola de impresionar a los temerosos oyentes. Hablaba con frases breves y enérgicas, como si recibiera directamente la inspiración del cielo, y miraba a los ojos a los que se paraban a escucharlo. Sostenía que todo se resolvería porque el emperador iría a Roma, cortarían la cabeza al Papa, después él mismo sería capturado y sería sustituido: una profecía expeditiva y contracorriente que, de todos modos y precisamente por esto, se había difundido como una mancha de aceite.

El rey de Francia, según gritaba a los cuatro vientos el viejo fraile, solo

sobreviviría unos meses más, justo el tiempo para asistir a la conversión del Señor Turco que tomaría la fe cristiana. Venecia, tras dos años y medio de hambrunas y epidemias, lograría permanecer intacta, como había sucedido siempre en el pasado y como las historias contadas en los mosaicos de la iglesia de San Marco atestiguaban.

Giustiniani lo había visto una vez por la calle mientras el viejo arengaba a la chusma, y se había dado cuenta de la fascinación que ejercía; pero, como era habitual en él, había permanecido escéptico y silencioso. En el fondo sabía que no creía prácticamente en nada, ni en el fraile adivino ni menos aún en las visiones de aquella pueblerina que decía haber visto en San Trovaso a la Virgen bendita. Las mismas autoridades venecianas, aunque no creían la veracidad de estas visiones, habían preferido callar y no entrar en polémica con quienes afirmaban lo contrario.

De aquellos hechos clamorosos ya había pasado algún tiempo, pero Giustiniani y Gritti aún los rememoraban, de vez en cuando, pensando quizá, con un poco de ironía, que cinco o seis mil turcos habrían podido en aquel caso ser decisivos para los equilibrios bélicos y resolver la situación. Sabían que, más allá de las formas, no era cuestión de escandalizarse: todos habían pensado en los turcos y los embajadores venecianos en Constantinopla habían informado de que habían sido recibidos por el sultán no solo emisarios de países tan poderosos como Francia, España y Austria, sino también enviados de los Médicis e, incluso, del Papa, y todos habían intentado obtener el apoyo de la gran potencia marítima para dar a Venecia el espaldarazo definitivo.

Nadie había dudado en recurrir a los infieles: ¿por qué debería haberlo hecho Venecia?

Giustiniani meditaba sobre aquellos acontecimientos que parecían tan lejanos, porque ahora esas mismas nubes aparecían de nuevo en el horizonte, y en la ciudad la desesperación aumentaba. Frente al templo que representaba los vicios y la virtud se paró un momento a reflexionar. Leyó: «Desesperación, vicio cruel». Estaba de acuerdo. Después se alejó.

Ahora los espías venecianos, pensaba Giustiniani subiendo la escalera de los Giganti, se habían vuelto más hábiles y atentos. El Senado había aprobado tanto la posibilidad de financiación secreta como indulgencias y concesiones a culpables de delitos que hubieran colaborado para salvar al Estado. La reforma había pasado no sin dificultad, pero al final se empezaban a entrever los primeros beneficios de esta elección controvertida.

Los mismos embajadores venecianos, tan aclamados por su eficiencia, habían sido puestos en entredicho y se afanaban en aumentar los esfuerzos y las presiones, utilizando lisonjas y dinero en todas direcciones para obtener los objetivos que se habían fijado, es decir, dividir el frente de las fuerzas enemigas y aumentar las simpatías hacia la República.

En los últimos tiempos el embajador Francesco Corner había dado a entender que era posible hacer algunos importantes progresos presionando a Julio II. Sebastiano

Francesco Giustiniani y el propio Francesco Corner habían sido recibidos en secreto por el papa Della Rovere, y Giustiniani recordaba, con una irritación y un enojo que no lograba dominar ni siquiera después de tantos meses, las palabras que le había oído pronunciar.

«No soy un buen embajador —pensó—, los embajadores deben escuchar en silencio y no reaccionar. Además, enfadarse es una auténtica tontería».

Julio II, que ni siquiera había suscrito abiertamente los acuerdos de Cambrai, a pesar de ser su secreto inspirador, había asegurado haber dado aquel paso de mala gana, y afirmaba que le disgustaba ver la ruina de la Serenísima y el aumento de la fuerza de los bárbaros.

—Me habéis obligado vosotros, venecianos —había exclamado—, habéis ocupado sin permiso tierras pertenecientes a la Iglesia, habéis violado sistemáticamente muchos derechos papales.

Después se había mostrado conciliador:

—Estoy dispuesto, de todos modos, a demostrar mi benevolencia y a disociarme de las grandes potencias de Europa, no sin riesgo por mi parte, pero con condiciones precisas. Debéis comunicar al Senado veneciano que debe renunciar a cualquier impuesto, tasa o gravamen de cualquier tipo sobre los bienes eclesiásticos. En cuanto al derecho de nombrar a los obispos, es hora de ponerle fin: no es un derecho del Senado, sino del Papa.

Diciendo esto, Julio II se había levantado y, arreglándose la capa, había empezado a caminar arriba y abajo nerviosamente.

Después había añadido con voz estentórea:

—Libertad de tráfico en el golfo para las naves del Papa. Me parece lo mínimo.

Corner había callado. Giustiniani también, pero con mayor dificultad, porque había tenido que reprimir un fuerte impulso de hablar.

—Debéis reconocer que mi excomunión ha sido guiada por una justa preocupación. Os permito pedir la absolución y hacer petición de perdón. Públicamente, por supuesto.

Corner no había ni parpadeado y había afirmado que estas condiciones le parecían legítimas y serían aceptadas; Giustiniani, en cambio, habría querido gritar al Santo Padre que se fuera al diablo con todas sus pretensiones. Sin embargo, no había osado pronunciar palabra, en parte por las miradas incendiarias de Corner.

Poco tiempo después de aquella audiencia, el aristócrata se había dado cuenta de que Della Rovere había obtenido todo lo que pretendía de ese encuentro.

## Los objetivos de Julio II

Caminando junto al porche del Palacio Ducal, todavía a la espera de una entrevista que empezaba a temer que acabarían anulando, a Giustiniani le venían a la cabeza los últimos acontecimientos de una historia todavía no concluida.

No había vuelto a Roma, pero el embajador le había contado todo minuciosamente.

Julio II, rodeado de doce cardenales, había recibido a los embajadores venecianos, tras someterlos a una larga espera.

Vestidos de púrpura, ellos se habían acercado al Papa con la lentitud y la solemnidad que el Santo Padre había solicitado a propósito; después, siempre con estudiada teatralidad, habían besado, con respeto, la chinela del Pontífice y se habían arrodillado a sus pies.

Tras largos momentos de silencio se les había concedido explicar el motivo de la visita y solo entonces habían podido solicitar formalmente la absolución por las culpas y las faltas de la República.

Su estupor fue grande cuando, sin ser informados, fueron objeto de una violenta requisitoria pronunciada por el obispo de Ancona que, bien instruido y en tono declamatorio, no dejó de subrayar y enfatizar las graves culpas de los venecianos.

Para los representantes de la Serenísima que seguían de rodillas, aquellas palabras, que salían a chorro, eran detestables, pero su situación no mejoró cuando el prelado terminó su requisitoria.

El Papa había permanecido durante todo el tiempo inmóvil y severo, y ellos habían tenido que adaptarse e imitarlo, permaneciendo en su incómoda posición, de rodillas y con el rostro contrito, durante horas. Al final, tras doce golpes de tralla simbólicos, se les concedió permiso para levantarse.

Dona le había contado con mucha precisión la escena a Giustiniani quien, a pesar de la rabia, había captado enseguida el lado cómico del asunto y no había podido reprimir una risotada irrefrenable.

Incluso ahora, rememorando la escena, se echó a reír. ¿Qué pensaría cualquiera viéndolo tan alegre? Es indudable que no habría podido deducir ni de lejos el auténtico motivo de tanta alegría.

Unos días antes, o quizá el mismo día en que Roma había infringido aquella humillación pública a Venecia (el noble no recordaba bien este detalle), el Consejo Mayor había puesto en marcha una estrategia curiosa: por una mayoría de trece a dos había decidido redactar un documento en el que se decía que los sufrimientos de Venecia eran obra del Papa, y se había visto obligada a aceptar unas injustas pretensiones no por propia voluntad, sino empujada por el miedo. Como consecuencia de esto, los compromisos asumidos no debían ser considerados

vinculantes y además se ponía por escrito la reserva de que todo el caso se presentaría a la atención del Papa en cuanto fuera posible, o, en su defecto, a su sucesor: «Con la esperanza de que mayores informaciones e influencias no hostiles pudieran ofrecer motivos de reflexión y de cambio».

Giustiniani reía, pensaba en la ira desatada de Della Rovere si hubiera llegado a ser informado de esta mofa y pensaba en los embajadores venecianos que, a pesar suyo, habrían escenificado una comedia, convencidos de que realizaban una misión diplomática.

En Venecia, con gran solemnidad, el documento fue archivado y sellado, a la espera de sacarlo en el momento más oportuno.

En cualquier caso, el Consejo Mayor no tenía ninguna intención de tener en cuenta lo sucedido en Roma. En cuanto a Julio II, ya no consideraba a los venecianos adversarios temibles y se había convencido de que era necesario poner freno a las ambiciones de los franceses.

En aquella guerra, que quizá no había terminado todavía, en aquella alternancia de las alianzas que se hacían y se deshacían, los franceses habían seguido teniendo a Venecia bajo presión durante largos meses.

«Sin embargo —reflexionó Giustiniani en aquel momento, mientras paseaba—, pocos, salvo alguna autoridad oportunamente advertida, se habían dado cuenta de que existía un motivo real de preocupación». Entre ellos, desde luego, no se encontraba su amigo pintor, Giovanni Bellini, que trabajaba en la iglesia de San Zaccaria en la pintura de la Virgen con el amorcillo, ni tampoco Tiziano que estaba tapizando de frescos el Fontego de los Tedeschi ni Carpaccio que trabajaba en sus telares en la escuela de San Giorgio degli Schiavoni...

«¿Quién —se preguntó— habría podido pensar que aquella ciudad estuviera realmente en peligro? El carnaval, en el año que acababa de pasar, se había celebrado con gran despliegue de fuegos artificiales y las mascaradas habían sido más hermosas y suntuosas que en años anteriores. En cuanto a los banquetes de bodas de aquella época, se recordarían durante mucho tiempo como los más fastuosos y divertidos, con cantantes, bailarines y bufones que habían tenido despiertos a los invitados hasta la salida del sol».

Solo un presagio había roto el encanto en el mes de mayo.

Una granizada terrible había destrozado un ventanal de la sala del Consejo Mayor, justo mientras se celebraba una solemne reunión, y le había arrancado un ala al león de la plazoleta. Más de uno había visto en esto una señal del destino, un destino que solo el repentino cambio de humor de Julio II no había hecho inevitable.

Francesco Sebastiano Giustiniani, aun habiendo empleado bien su tiempo de espera forzada para recordar y fantasear sobre el pasado, comenzaba a estar un poco cansado de esperar que el dux lo llamara.

Ya había pasado tiempo desde la misión en Roma, y las promesas del Papa todavía no se habían cumplido. Ahora Julio II intentaba recuperar Ferrara, que estaba

bajo la protección del rey de Francia, y era reticente a dar a conocer a los aliados de Cambrai sus verdaderas intenciones y, mientras tanto, ganaba tiempo. Se podía aprovechar esto de algún modo, habría dicho Giustiniani al dux si lo hubiera recibido por fin. La reciente reunión en Mantua de un grupo de beligerantes y, en particular, el encuentro entre Maximiliano de Austria y Julio II no prometía nada bueno.

A pesar de estar divididos, Giustiniani pensaba que los aliados estaban de acuerdo en un punto: Venecia acabaría pagando los gastos de todo.

A través de informaciones confidenciales, el aristócrata se había enterado de que Julio II estaba a punto de divulgar la nueva bula papal *In coena Domini*, cuyo valor no sería solo teológico y religioso, sino también político. Las repercusiones serían enormes. El dux debería haber sido oportunamente informado, como debería haber sido informado de que Andrea Gritti, sorprendiendo a todos, estaba recuperando todo Friuli.

«La situación se ha embrollado —pensó— y no estoy en condiciones de hacer previsiones. De todos modos, tengo confianza».

## El encuentro con el dux Leonardo Loredan

Tras una larga espera, un paje se acercó a Giustiniani: el dux lo estaba esperando.

Entró por el porche Foscari, subió la imponente escalera de los Giganti, cruzó la sala de las Quattro Porte, después la del Scrutinio y la del Colegio, decoradas con cuadros y frescos que reproducían escenas políticas y religiosas.

*Signum investitionis et victoriae.*

Los enormes salones estaban en aquel momento desiertos y silenciosos. Un rayo de luz impetuoso iluminaba los suelos y el techo dorado de madera con el fondo azul, tallado por Biagio y Pietro di Faenza por encargo del propio dux Loredan, que lo había pagado de su propio bolsillo.

—*Captivus et rex, Ecclesia et palatum* —exclamó Giustiniani, ya en presencia del dux—. Encantado de verte.

—Ya era hora —dijo Loredan—; retirémonos a la salita del fondo, al despacho del secretario *alle voci*, donde se guardan los resultados de las elecciones al Gran Consejo.

Pero la conversación que debía ser larga y tranquila no se desarrolló como ambos esperaban. Un acontecimiento repentino la interrumpiría prematuramente.

—¿Cómo estás, querido amigo? —preguntó Giustiniani con afabilidad, fruto no solo de la simpatía mutua, sino también de antiguos vínculos familiares. Morosina Giustiniani, esposa de Leonardo, fallecida algunos años antes de que él fuera elegido dux, era hija de un hermano del padre de Giustiniani.

—De mis preocupaciones, hablaremos luego. Aunque este encuentro no sea una visita oficial, debemos analizar cuestiones urgentes que afectan a nuestra República. Del Arsenal ya lo sé todo.

—Estoy a tu completa disposición. Mientras esperaba, he reflexionado sobre los problemas que nos afectan.

—En Ghiara d'Adda perdimos una batalla y las consecuencias las estamos sufriendo todavía ahora, después de tanto tiempo. En el pasado cometimos muchos errores que no deben repetirse —dijo con amargura el dux—. Marcantonio Michiel sigue reprochándome falta de interés. Ni siquiera el Senado es capaz de entender lo que está sucediendo. ¿Quién habría podido prever que caeríamos de golpe, del colmo de la felicidad, en la mayor de las miserias?

—Los que firmaron en Cambrai el tratado de agresión contra nosotros querían que retrocediéramos un siglo. Los franceses pretendían conquistar Cremona, Crema, Brescia, Bérgamo; Maximiliano de Austria aspiraba a apoderarse de Verona, Padua, Treviso y del Friuli; por su parte, Julio II reivindicaba las ciudades de Faenza, Rimini, Ravena y Cervia; Fernando de Aragón quería que la cadena de los puertos del Adriático meridional, de Trani a Otranto, volviera a forma parte del Reino de

Nápoles. Suerte que Condulmer descubrió que los tratados firmados en Cambrai eran dos, uno de buena voluntad y otro, oculto, que preveía la destrucción de nuestra ciudad. Alguno de nosotros estaba de acuerdo con el enemigo, no sé quién, pero estoy seguro de que fueron tramas oscuras y complicidades no confesadas.

Giustiniani pronunció estas palabras a toda prisa, temía ser interrumpido y era necesario redefinir las líneas esenciales de la conversación que estaban a punto de comenzar.

—Por favor, no quiero oírlo, solo son habladurías; he realizado una investigación y no ha surgido nada —interpuso, sin demasiada convicción, el dux Loredan.

—¿Te acuerdas de lo que sucedió hace casi tres años? ¿Aquellos dos cuerpos decapitados que se hallaron en la laguna? Eran venecianos, probablemente fueron sorprendidos por nuestros enemigos, pero no se sabe qué hacían remando por aquellos lugares, y además se dice que había un tercer hombre que no se ha localizado todavía: ¿sabes algo de esto?

—No sé nada.

—Pues yo he oído que en los Piombi hay un preso encerrado por estafa; pero se comentó que esta no es la verdadera razón, que podría tratarse de ese tercer hombre de la emboscada. Y que está detenido para que no pueda revelar a nadie lo que ocurrió aquella noche.

—No sé nada —repitió el príncipe con terquedad.

—Pues de la investigación ha surgido algo. Se ha hablado de connivencia con el enemigo, un capitán de las guardias, un tal Costantini, que ha desaparecido...

—Sí, recuerdo que se habló de esta desaparición, pero no sé nada más. No me ocupé yo del asunto. —Después añadió—: Eres demasiado curioso, amigo mío; la curiosidad es mala para la salud. Escucha mi consejo, no te hagas demasiadas preguntas.

Giustiniani no estaba muy satisfecho con las respuestas del dux, pero dejó correr el asunto y volvió al tema anterior.

—Todas las alianzas entre estados poderosos encuentran obstáculos. Las potencias europeas que nos han agredido pretendían adquirir beneficios y ventajas a costa de los propios aliados. Han intentado crearnos dificultades y arrebatarnos el dominio del continente. Estaban a punto de asestarnos el golpe final, pero hemos logrado sobrevivir, gracias también a la victoriosa defensa de Padua, y al ejemplo de tus hijos que infundió valor a todos. Agnadello fue una derrota grave porque nuestros mercenarios se desintegraron como la nieve al sol. Por otro lado, nuestros nobles jóvenes deben comprender que no se combate solo por mar, sino que también existe el continente y que las armas son la prerrogativa de la nobleza.

—Siempre lo he sabido —dijo Loredan en voz baja—; hacer la guerra apoyándose en soldados extranjeros pagados por nosotros es cómodo, pero se corre el riesgo de ser vencido. Unas veces no son leales, otras veces piensan que cobran poco y mal. Mis hijos fueron valerosos, y un ejemplo para los hijos de estos nobles

venecianos blandos. Pero ahora espero que el Consejo de los Diez y el Colegio asuman sus responsabilidades y mantengan la fe en las deliberaciones.

Giustiniani se sintió en la obligación de consolarlo:

—El Colegio se reúne a menudo, pero debate y no saca nada en claro. A pesar de la derrota, la situación militar no es tan trágica. Ahora hemos recuperado las mismas posesiones que teníamos antes de la derrota de Agnadello y nuestro ejército ha podido reconstruirse. Gracias a tu ejemplo personal muchos nobles han ofrecido, para la defensa de la República, una buena parte de su fortuna.

Loredan siguió callado. Se fiaba de Giustiniani. Sabía que por su carácter duro y genuino no era muy del agrado de muchos nobles, que lo temían, pero apreciaba su inteligencia y, de haber podido, le habría dado a su hija como esposa. De todos modos, no era posible.

Giustiniani comprendió que podía continuar hablando.

—Ahora debemos ser cautos, jugar con la división de los enemigos. Es una auténtica locura decidir entrar en guerra sin saber con cuántos soldados podemos contar. ¿Queremos atacar? Podemos hacerlo, pero cuando seamos conscientes de que la victoria será nuestra porque tenemos más hombres y dinero, y que en determinado momento será necesario encontrar una paz razonable que permita asegurar un período de estabilidad en los mares y en el continente, para desarrollar el comercio. Sabes perfectamente que no desdeño la guerra, pero pienso que siempre es mejor evitarla porque trae demasiados inconvenientes.

A lo que Loredan añadió:

—Lo que has dicho corresponde a mi visión personal. Sabes que comparto tus palabras. La reputación es uno de los fundamentos principales de todo Estado, solo así alguna vez se pueden evitar grandísimos peligros. Las patas delanteras de nuestro león están sobre la tierra; las posteriores, en el agua. ¿Sabías que Carpaccio está trabajando en la sala Grimani en el *León de san Marcos andante*?

—Lo sé. Pero te agradezco que me lo digas, de todos modos. Saber que compartes mis ideas es para mí un gran consuelo. Ahora la situación política y militar está alterada y hay señales interesantes que nos hacen pensar que podrían abrirse nuevos escenarios: nadie dice que las amistades y las antipatías duren para siempre.

—El problema crucial —esta vez la voz del dux era muy firme, casi severa— es la defensa de Treviso y de Padua. Pero debemos ponderar nuestros actos mirando más allá; a largo plazo podríamos ser fuertes si supiéramos evitar adherirnos a un bloque, ya sea de una parte o de otra. Debemos reforzar las fortificaciones en el continente. Escribiré al Colegio para que lo tengan en cuenta.

—Tienes razón. Debes intervenir, aunque sea discretamente. Hoy he venido a hablar contigo no solo para ponerte al corriente de la actividad de nuestros espías, sino también porque sé que sabes mirar hacia delante. En los asuntos de la guerra es necesario ser avisado y no dar a los enemigos ninguna ventaja, sobre todo en el tiempo: es muy difícil infundir alma a un ejército —dijo Giustiniani—. Basta con

pensar en el asunto paradójico del que ha sido protagonista Gian Francesco Gonzaga que, tras ser encerrado en la cárcel para que se pudriera...

—¿Pudrirse? Vamos, no exageres. A lo mejor le habrán molestado los piojos, pero nada más. Aparte de esto lo trataban espléndidamente —exclamó, con una gran risotada, el dux Loredan—. Iba a conversar con él día sí día no. No era exactamente un prisionero. ¿Te parece mal que segreguen a alguien que no acepta ejercer de comandante en jefe? ¡Por Dios!

—Nuestra ingenuidad ha sido realmente increíble —subrayó Giustiniani—; primero hemos intentado cautivar al marqués para convencerlo de que abandonara la liga de Cambrai ofreciéndole, no sé con qué criterio, el mando supremo de nuestras fuerzas armadas. ¡Después incluso le ofrecimos nuestra protección!

—Me acuerdo bien, y me acuerdo también de que, con esto, seguimos casi todas las recomendaciones de Andrea Gritti, que quería a Gonzaga como comandante supremo.

—Gritti es un hombre de valor y mi amigo del alma, pero ¿cómo se le ocurriría esa idea de un Gonzaga como comandante general de nuestras tropas?

—Habíamos tomado todas las precauciones para asegurar que no tuviera nunca la tentación de traicionarnos: acogeríamos a su mujer e hijos como huéspedes bienvenidos y defenderíamos sus tres fortalezas cercanas a Mantua.

—Claro, y así fue nombrado comandante, pero ¿cómo hemos podido olvidar que Julio II quería nuestra ayuda en el asalto a Ferrara, mientras que Gonzaga simpatizaba con el campo contrario? No sé si es nuestro destino, pero en Venecia si no están locos no los queremos —concluyó Giustiniani, con un deje de amargura.

—Gonzaga no se movía y pasaban las semanas, y ahora se está pensando en Lucio Malvezzi que, sin embargo, tiene sífilis y en Zuan Paolo Baglione. ¿Dónde se ha visto una forma como esta de elegir a los comandantes de nuestras tropas? ¿Te parecen criterios razonables? Deberías intervenir hablando, aunque sea discretamente y en privado, con los miembros del Colegio.

—La verdad es que deberías hacerlo tú —contestó Giustiniani.

—En este momento no tengo buenas relaciones con el Colegio —dijo Loredan—. Algunos nobles me piden favores que no puedo concederles, así que nuestras relaciones personales se han emponzoñado, perjudicando a la República.

Giustiniani siguió discutiendo la situación política que lo tenía obsesionado.

—Comprendo que los nobles estén felices porque en esta guerra cruel contra los reyes enemigos de la República no haya muerto ningún veneciano, no haya muerto un hombre de estas tierras, sino solo soldados forasteros.

—De este modo la cohesión en el interior ha sido fuerte y la estabilidad política se ha beneficiado de ello —contestó el dux.

—Es cierto, pero también lo es que Girolamo Priuli, tras la derrota de Agnadello, exclamó: «Han escapado todos como ramerías, no se deben a la madre, a los hijos, a la patria y la forma de vivir».

—Tenía razón, nosotros tenemos un ejército de *varia nation*: lansquenetes a sueldo, sanjacos de Bosnia, caballeros húngaros, destacamentos bohemios. Mientras que los franceses hablaban todos la misma lengua, nosotros éramos como una torre de Babel.

—Por mi parte —dijo Giustiniani—, debo confesarte que me preocupan las ideas de los *barnabotti*, los nobles pobres reducidos a vivir en San Barnaba, en las casas de la República. Los definiré: querría, pero no puedo. No son lúcidos como los nobles más acaudalados que guían la Serenísimas y no tienen fortunas concretas que podrían esfumarse de un día para otro. Esos nobles pobres han cultivado un triste deseo de revancha que quizá es mala consejera. Si no quieres descontentarlos demasiado, ofréceles cargos menores.

—Ya veremos. Por suerte, no debemos decidirlo todo hoy. Creo que es necesario, para superar el momento crítico, hacer una llamada a las corporaciones, a las escuelas, a los que son el auténtico eje de la ciudad. Todos deben esforzarse por salvar a la República. Algunos pueden ser incluidos en la reserva, otros pueden ir por mar.

—Todavía viviremos momentos difíciles —dijo Giustiniani—. Está claro que Francia y España quieren ambas aumentar su influencia sobre Italia y, por otra parte, Austria y los turcos no nos dejarán tranquilos, porque además las defensas por mar no son nada buenas.

—¿Qué camino propones?

—Debemos arreglárnoslas e impedir que uno de los dos prevalezca y después se vuelva en contra nuestra. Debemos contar sobre todo con la diplomacia, debemos instruir bien a los embajadores. Te podrá parecer un absurdo, pero aunque nos sintamos fuertes no nos conviene hundir el cuchillo. Será mejor evitar desperdiciar energía, porque la situación económica no será nunca próspera, en vista del aumento de los gastos militares. Las milicias deberán quedarse cerca de nuestras plazas fuertes. No deben vencer, deben evitar ser derrotadas. Solo así la República podrá sobrevivir. Al león no le conviene lanzar rugidos de desafío. Está mejor tumbado, preparado para defenderse si es agredido.

—Creo que tienes razón. Pero es necesario que la aristocracia tome conciencia de que son muchas las dificultades que nos aguardan.

El dux Loredan no logró decir más.

En aquel preciso instante, en la mañana del 26 de marzo de 1511, todo el Palacio Ducal comenzó a sacudirse y tembló durante un rato que tanto a Giustiniani como al dux Loredan les pareció larguísimo, como al criado que en aquel momento estaba sirviendo el vino dulce de malvasia; y también a todos los habitantes de Venecia que, presa del terror, salieron en tropel de las casas, corriendo por calles y plazas.

No había ninguna duda: un violento terremoto había sacudido la ciudad.

## El terremoto

Las casas y los palacios se balancearon pavorosamente.

Las chimeneas bailaban todas a la vez, incapaces de pararse, mientras las paredes parecían abrirse, expandirse y estrecharse, en una zarabanda nunca vista o imaginada.

El agua en los canales se había puesto a hervir de repente como una cazuela al fuego, mientras el Gran Canal, que poco antes estaba en condiciones de marea alta, se había vaciado de golpe y estaba seco.

El que vio tan increíble espectáculo quedó impresionado para siempre.

El terremoto duró el tiempo de un miserere, pero fue «horripilante» y «espeluznante». Todas las campanas se pusieron a tocar, sin que nadie tirara de las cuerdas, con un sonido siniestro, sincopado, que lo era todo menos alegre.

La Marangona, la potente campana del campanario de San Marcos, lanzó al espacio un solo tañido, resonante, arrítmico y violento.

En Pregadi se estaban discutiendo cuestiones vitales de Estado, pero la reunión se suspendió y los senadores se precipitaron a la calle.

En la plaza de San Marcos todos corrían, unos por un lado, otros por otro, en un carrusel confuso y angustioso; se formó inmediatamente una multitud que buscaba consuelo en la plegaria. Cuatro reyes de mármol cayeron frente a la iglesia, rompiéndose en pequeños fragmentos, mientras por la parte de San Basso una estatua de mármol, que simbolizaba la prudencia, se partió en dos pedazos estrellándose en el suelo y un lirio se pulverizó en minúsculas esquirlas. Allí acudieron dos franciscanos que consideraron la caída de aquella figura femenina un buen augurio para Venecia, que había sido prudente, mientras que la destrucción del lirio fue interpretada como un hecho desfavorable para Francia que no podría evitar la ruina. En tiempos en los que *dies mali sunt*, los dos religiosos creían que el divino Marcos había ejercido su influencia benéfica sobre la ciudad, que en el futuro sería más que nunca fiel a Jesucristo.

Los daños en las casas, palacios, monumentos, iglesias y campanarios fueron ruinosos.

En San Marcos se cerró la galería del campanario y, durante varios días, tras haber tocado sola, la gran campana permaneció muda.

En Rialto cayó una cruz de hierro con la base de piedra.

En aquel día, a más de un transeúnte le pareció que los ángeles de mármol volaban antes de desmoronarse pesadamente contra el suelo con un estruendo increíble.

En Venecia, desde entonces, se dijo que los ángeles caían y los leones tenían alas.

En los Carmini una casa se desplomó y dos mujeres, una madre y una hija, perdieron la vida.

En la Madonna dell'Orto, el techo de la parte superior de la fachada se hundió provocando un auténtico desastre en el interior de la iglesia.

En el transbordador de San Barnaba y en Santa Maria della Carita acabaron en mil pedazos dos antiguos Cristos de mármol y, entre los habitantes de la parroquia, el pánico se desató y la angustia se apoderó de hombres y mujeres que, en otras ocasiones, habían dado muestras de valor y tenacidad.

La actividad se volvió frenética en toda la ciudad: muchos, presa del terror, corrían en busca de amigos y padres; otros, temiendo nuevas sacudidas, buscaban lugares abiertos en los que refugiarse fuera del laberinto de calles, cubiertas de ladrillos y escombros de toda clase.

Algunos iban a rezar y otros no sabían qué hacer.

Hubo quien parió sin dolor y quien, por el susto, murió repentinamente.

En San Marcos, como se ha dicho, cayeron cuatro reyes de mármol que en realidad eran cuatro santos: san Constantino, san Dimitri, san Zorzi y san Todaro. Eran santos, pero parecían reyes.

En los distintos barrios de Venecia los devotos y los frailes, apenas unas horas después del terremoto, comenzaron a organizar procesiones en torno a las iglesias. Con grandes velas de llama trémula y candelabros en la mano, cantando letanías, los frailes caminaban lentamente por las calles de un modo que, como escribió el cronista, solo con verlos suscitaba desconcierto y temor.

Todos eran muy conscientes de que los terremotos no duran ni una hora ni un día, sino que los temblores podían continuar durante semanas, si no meses. Por ello algunos se iban a dormir a las barcas, y otros elegían los jardines o las plazas.

De noche y de día no se habló de nada más que del terremoto.

Todos recordaban bien el instante en el que la tierra había empezado a temblar, y se contaban unos a otros dónde estaban en aquel momento y qué emociones y sentimientos habían experimentado.

*Signa Dei et propter peccata veniunt adversa.*

## El momento del miedo

Si bien breve, el terremoto dejó a todos los venecianos una sensación de precariedad y de incertidumbre, y aquellos momentos de pánico quedaron grabados en la memoria individual con especial intensidad y, como el mayor temor disimula siempre el menor, todos olvidaron durante algún tiempo que la ciudad vivía un período políticamente difícil.

No por casualidad, muchos repetían que era mejor tener miedo que estar asustado.

El dux Loredan, mientras todo el majestuoso Palacio Ducal se movía, no se asustó demasiado, en parte porque no comprendió enseguida lo que estaba sucediendo.

—¿Qué sucede? —dijo—. Todo se mueve.

Giustiniani se asomó a la ventana y quedó fascinado ante el espectáculo que se presentaba frente a él, olvidando que todo habría podido destruirse peligrosamente.

—Bailan los ángeles y las chimeneas —murmuró, irritando a Loredan que no comprendía lo que le estaba diciendo.

—¿Ángeles y chimeneas?, ¿qué hacen? —le preguntó inquieto.

—Veo a la delegación de extranjeros que me hicieron esperar: están subiendo la escalera de los Giganti presa del pánico.

—¿Por qué corren?

—Tal vez los hayas aterrorizado tú —bromeó Giustiniani.

En aquel punto Loredan, para sus adentros, mandó al diablo a Giustiniani, dejó de mirarlo y salió de la estancia.

—Me siento como si fuera en góndola —balbuceó—, voy a ver qué sucede.

«Debe de ser un terremoto lejano, pero violento —pensó Giustiniani—. En la laguna y con estos edificios tan elásticos no habrá muchos daños, pero si el trastazo viene del Friuli, allí habrán sufrido buenos dolores».

En Venecia habían experimentado otros terremotos en siglos anteriores, en 1286 y en 1347, coincidiendo con la peste, y a Giustiniani le vino a la cabeza que el cronista se había alargado mucho en la información de los daños sufridos en el Friuli y en Austria.

Fue en aquel momento cuando pensó en su amiga del alma, Angela Barbarigo, y en el terror que habría experimentado; después, casi reaccionando con un reflejo condicionado, dijo para sí mismo: «Quién sabe si soy su único amante. Quizá sea mejor no saber la respuesta».

Angela Barbarigo acababa de salir de casa tras haber dedicado mucho tiempo a los cuidados personales, justo en el momento en que la tierra había empezado a temblar.

El terremoto, más que un fenómeno natural al que temer, le pareció una señal de mala suerte y por eso se asustó mucho más. Era supersticiosa y el pánico la invadió

completamente.

A Moses Conegliano el terremoto lo sorprendió en la calle. No pensó en sí mismo, sino que volvió rápidamente sobre sus pasos para reunirse con sus hijos, temiendo que se hubieran asustado. Corrió por las Mercerie mientras por las puertas salían mujeres presas del pánico, con los hijos más pequeños en brazos. Frente a la entrada de su casa encontró a Davide que tenía cogida de la mano a la hermana más pequeña, mientras Mandolin consolaba con dulzura a Stella que parecía aterrada. Incluso Sara, tan taciturna, era presa del pánico.

—Vamos a la plaza del fondo —dijo Moses, mientras cerca de ellos caían con estruendo las tejas que habían quedado peligrosamente en equilibrio. Estaba atónito de que sus hijos no se hubieran asustado demasiado, aparte de Stella, que parecía necesitar más que los demás consuelo y ánimo.

El terremoto sorprendió y aterrorizó también a Vettor Mocenigo mientras estaba comiendo. El aristócrata, como todos, había escapado corriendo y había buscado refugio en el jardín. Después se había tranquilizado, pero le había quedado dentro una tensión inexpresable. Más tarde encontró la forma de desahogarla con aspereza contra sus dos pobres criados, a los que maltrató sin motivo. En un primer momento le pareció que el desahogo había sido suficiente, pero poco después la tomó también con su esposa quien, descompuesta por el terror y con una palidez casi cadavérica, se había quedado muda y no reaccionaba a sus provocaciones, como habría querido él. Además, viendo que algunas piedras de la casa del noble Soranzo, caídas del techo vecino, habían dañado su salón, Mocenigo había salido al balcón gritando muy poco noblemente:

—Querido Soranzo, tendrás que compensarme.

—Noble Mocenigo, ¡que te compense el terremoto! —había contestado Soranzo, socarrón y provocador, desde la terraza.

Habían estado un rato gritándose el uno al otro; después, ambos rojos de ira, se habían retirado al interior de sus casas, prometiendo rayos y truenos.

Leonardo Morosini fue sorprendido por el terremoto mientras estaba sentado ante su escritorio, enfrascado en escribir algunas cartas. La tinta se había vertido y toda la mesa estaba cubierta por una mancha indeleble. Más adelante, cada vez que la veía, Morosini se acordaba de aquel momento de miedo y del estallido repentino que había estropeado las hojas que estaba escribiendo.

«Un verdadero hombre —pensó— debería tener nervios de acero y los míos no lo han sido nunca».

Antonio Dandolo, medio borracho, dormía todavía y no se dio cuenta de nada. Cuando se despertó y descubrió lo sucedido, le entraron ganas de reír: «Soy un hombre afortunado, duermo mientras los demás corren».

El terremoto fue para todos una experiencia nueva que se fijó en su memoria, dispuesta a emerger en los momentos más inesperados.

En los días sucesivos crecieron en desmesura las especulaciones sobre el terrible

acontecimiento, que había arraigado profundamente en los ánimos, casi como un maná que podía aprovecharse con fines religiosos y políticos.

Los predicadores cristianos insistieron de forma obsesiva en que todo lo sucedido no era para nada fruto de la casualidad, sino de la ira de Dios causada por el comportamiento pecaminoso de los hombres, y subrayaron que la Tierra estaba llena de pecados y de pecadores, de sodomías y de violencia. Que nadie iba a confesarse, que los confesores se entendían con los jóvenes. Que las blasfemias sustituían al ayuno y la penitencia de tres días a pan y agua. Que se debía aplacar la ira de Dios para evitar problemas mayores.

A San Marcos llegaban todos los días penitentes con grandes velas encendidas y se movían, sin pararse nunca, en torno a la plaza y sobre el muelle.

Algunos días después, pareció que un auténtico tornado de aire, de viento y de agua envolvía la ciudad. El «agua grande» invadió calles y plazoletas, casi espumeando; después se retiró.

En casa de los Conegliano empezaban a pensar que aquella dulce ciudad no era tan tranquila como les había parecido en un primer momento. Todos los días, de hecho, les reservaba alguna nueva emoción, incluso demasiado intensa.

## Juegos de seducción

Angela Barbarigo era una mujer llena de sorpresas y contradicciones. Viéndola, era tan hermosa y atractiva que pocos habrían pensado que sus sonrisas pudieran ocultar inseguridades, dudas y vacilaciones. Alguna vez reía demasiado y, entonces, quienes la conocían sabían bien que en aquel momento estaba triste. Y cuando su deseo de seducir se manifestaba, asomaba la cabeza una sensación de frialdad interior que habría podido desorientar incluso a quien tenía cierta familiaridad con ella.

En Venecia era protagonista del buen mundo, conocida de todos, detestada por muchos, famosa por sus amores, por algún abandono teatral, por las crisis profundas de las que siempre se volvía a levantar más brillante y seductora que antes.

Como se puede intuir, Angela Barbarigo, de un modo u otro, ya sea por el nombre que llevaba, ya sea por sus vínculos familiares con el célebre dux fallecido hacía pocos años, ya sea por sus talentos clamorosos, aunque aparentemente secretos, seguía siendo una de las mujeres más polémicas de Venecia. Envidiada con disimulo por las amigas, odiada por las enemigas, nunca indiferente a los hombres más audaces que, aun considerándola voluble y peligrosa, hacían lo que fuera para caerle en gracia. Porque había algo perverso y fascinante en aquella mujer que parecía inalcanzable y que, en cambio, disfrutaba jugando y poniéndose a prueba, suscitando sospechas, admiración, pero jamás indiferencia.

Giustiniani, que se sentía profundamente atraído por ella, tenía sus propias ideas. Lo que la joven quería a toda costa era, por una parte, satisfacer su curiosidad inquieta e inteligente y, por otra, ser deseada sin ser poseída hasta el final, y si algún cortejador lograba convertir un delicado encuentro amoroso en un intenso encuentro erótico, bueno, entonces se abriría una partida con un final incierto.

El aristócrata sabía perfectamente que Angela Barbarigo nunca le sería fiel, y esto, si por una parte lo irritaba, por otra le suscitaba raros pensamientos, inquietudes y fantasmas que lo aturdían. Pero que curiosamente lo excitaban y no lo hacían sentirse desgraciado.

—Si quieres una mujer fiel —decía su padre—, no la elijas hermosa.

Barbarigo era muy consciente del poder que tenía sobre su amante y nunca había sido un misterio que, aun siendo feliz en sus brazos, deseaba mantener su libertad. La halagaba que un hombre como Giustiniani, objeto del deseo de muchas mujeres, que gozaba de gran fama por su riqueza, su cultura y su posición social, estuviera a sus pies, y no le desagradaba nada hacer de él su esclavo. Lo había conocido en una gran fiesta con ocasión de la boda de su prima Veronica Barbarigo. Aquella misma noche se habían hecho amantes y todavía lo eran, pero de forma irregular y siempre un poco conflictiva y atormentada. Para Angela era excitante ver a un político ilustre tan débil y manso en su lecho. Hacer saber a los demás que, a pesar de todo, él se habría

casado con ella, satisfacía su vanidad.

Las confidentes más queridas de Angela Barbarigo eran Vendramina Sagredo y Rosetta Vianello. La primera estaba considerada una de las aristócratas más elegantes de Venecia; la segunda era una plebeya generosa y despreocupada, capaz, como pocas, de sacar provecho de su despampanante belleza.

Ambas se maravillaban mucho tanto de los éxitos que Angela cosechaba sin esfuerzo aparente como de que en realidad ella no estuviera nunca del todo satisfecha. Solo parecía feliz cuando se metía en situaciones embarazosas o corría peligros, como si el riesgo fuera su único motivo de satisfacción.

—El placer obtenido sin temor —decía Angela a ambas— es menos agradable. — Y a continuación añadía—: El arte de hacerse esperar es lo más refinado que existe... pudor y amor no se llevan bien.

Vendramina y Rosetta sabían que, en los últimos tiempos, Angela se había lanzado a la búsqueda de una nueva aventura, pero como en el fondo se trataba de algo habitual no se habían preocupado demasiado. Consideraban que eran travesuras inocuas que nunca habían causado grandes daños.

Esta vez, el objeto de la atención de la aristócrata era un hombre especial: Gabriele Conegliano, un joven judío, poco comunicativo y no demasiado fascinante.

En el fondo la propia Angela no entendía bien por qué deseaba seducirlo. No era ni especialmente rico ni guapo ni siquiera simpático. Cuando había dicho a su confesor, endurecido con los años de escuchar sus innumerables transgresiones, que estaba a punto de pecar con un judío, este no se había contenido y con un sobresalto la había abandonado en el confesionario.

—Ya está bien, Angela, tienes una fantasía perversa.

En aquel momento, Angela, que todavía no estaba segura de lo que había dicho al sacerdote, se había convencido irremediabilmente de que no deseaba otra cosa.

Salió de la iglesia y en cuanto llegó a casa mandó una nota a Gabriele Conegliano, utilizando a su criada Mirandolina, para fijar un encuentro en Murano.

«Qué raro —pensó, mientras la sirvienta se alejaba para llevar a cabo su encargo—; la primera vez que lo vi, no aprecié ni su físico ni su voz, ni nada; es más, quizá me cayó un poco mal».

Pero fingía haber olvidado los dos motivos que la habían irritado. Primero, Conegliano no se había dignado dirigirle ni una mirada y esto había despertado su curiosidad, y además Vendramina le había confesado que, a su parecer, hacer el amor con un judío tenía que ser especialmente excitante, porque corría la voz entre las nobles que los judíos eran tiernos, delicados y valientes.

Estas observaciones, que Angela en un primer momento había escuchado riendo, se habían convertido en un solo día en una pequeña obsesión y, después, en mucho más cuando, unas noches después, se había despedido de Gabriele Conegliano. Y todo porque él le había dicho con voz dura, pero desganada:

—Algún día tendremos unos minutos para hablar, espero.

No se sabe si lo que encendió en la cabeza de la mujer el deseo de iniciar un nuevo juego fueron esas palabras banales o la mirada que le lanzó, como tampoco se sabe si fue la voz dura lo que estimuló alguna secreta palanca en el corazón de la veneciana. O tal vez se trató del olor, porque Conegliano tenía una piel un poco oscura y muy perfumada y Angela había sentido la atracción del olor que él emanaba.

En cualquier caso, por primera vez Angela se había sentido indecisa, terriblemente indecisa.

Ahora se había decidido: le pidió que se reuniera con ella en el refugio de Murano. Cerca de la iglesia, detrás de un callejón, pasado un puente, había una casita con un jardín privado que ella utilizaba cuando deseaba encontrarse con alguien en tranquila intimidad.

Y así, sin ni siquiera saber dónde se metía, Gabriele Conegliano, con la góndola que Morosini le había prestado, se puso a remar en dirección a Murano en un día de fuerte viento, cuando incluso en la laguna las olas eran altas y largas como si de los Gesuiti a la isla hubiera un brazo de mar abierto.

No es que estuviera contento de arriesgarse a caer entre las olas, pero la idea de encontrarse con Barbarigo le hacía cosquillas. Quizá conseguiría besarla. Aunque tenía entendido que quien coge los besos de una hermosa mujer y no coge el resto, se merece perder también los besos.

Remando con ganas, en medio de una auténtica tormenta de salpicaduras y de viento, Conegliano se dio cuenta de que nada es más dulce que los sueños, cuando la esperanza de realizarlos se convierte en una certidumbre irresistible.

## Encuentro de amor

Angela Barbarigo entreabrió los ojos, después se volvió de lado, con un imperceptible gemido, dando la espalda a Gabriele Conegliano.

Permanecieron unos minutos en silencio total, roto solo por algún ruido sordo de truenos lejanos.

Después, con la mano, buscó la rodilla de él.

—Gabriele, ¿en qué piensas?

—No pienso. Estoy bien, ¿y tú?

—Mejor aún, diría.

—¿Por qué me has buscado? ¿Por qué me has querido? ¿Puede ser porque siempre te he desdeñado?

—Puede.

—Ahora que has obtenido lo que querías, ¿cuánto tiempo desperdiciarás conmigo?

—¿Por qué dices eso?

—Angela, nosotros dos somos muy parecidos y lo que tú piensas yo lo sé, o lo intuyo. Podemos estar bajo el mismo dosel toda la noche. Quizá podamos ser amigos, quizá aliados.

Angela no deseaba que siguiera hablando, y se levantó apoyándose en las almohadas para poder mirar a Gabriele a los ojos y para dejar a la vista, con aparente indiferencia, parte de su hermoso cuerpo desnudo.

Conmovido por su mirada, Gabriele primero guardó silencio, después la acarició y finalmente se puso a besarla con pasión.

Un rayo rasgó el cielo y un destello imprevisto irrumpió en la habitación por un breve momento. Un poco después la luz oscilante de las velas alumbró los dos cuerpos que se enlazaban.

Un fuerte trueno volvió a oírse resonando un buen rato. Los cristales tintinearón.

—Amigos, aliados. ¿Qué quieres decir? ¿No te gusto?

Gabriele, que en el intervalo había perdido las ganas de hablar, replicó:

—Amigos y aliados, ¿no te gusta?

—En una situación normal podría ser una oferta generosa, pero un discurso así, entre nosotros que hemos pasado en esta última época tantas noches juntos, me parece lleno de sombras.

—Las sombras existen en nuestra vida y en las de todos y es inútil negarlo.

Angela saltó sobre el lecho y se liberó de las mantas mostrándose desnuda.

—Eres hermosa, terriblemente hermosa. Esto siempre lo he sabido. Tienen razón en Venecia cuando dicen: si la mujer lo quiere, todo lo tiene.

—Lo dicen porque saben que es verdad.

Gabriele no contestó. Introdujo la mano entre sus piernas acariciándola con dulzura.

El retumbar del temporal iba atenuándose a lo lejos.

Angela lo dejó hacer durante un rato fingiendo indiferencia; después, de pronto, lo empujó sobre la cama y se montó encima de él.

Se despertaron unas horas después y siguieron un rato más en silencio.

Al fin Gabriele preguntó:

—¿Podremos volver a vernos pronto?

—Espero que sí.

—¿Aliados y amigos?

—¿Por qué sigues con esa cantinela?

—Te deseo —dijo Gabriele con dureza— hasta el punto de que, si pienso en ti, me laten las sienes.

—Qué efecto tan raro —dijo Angela en tono mordaz.

—Nuestra relación no deberá salir nunca a la luz, lo sabes.

—Por eso es más emocionante. Quien ama sufre. Pero podrías acabar convirtiéndote. Eso sí, luego no te hagas ilusiones de casarte conmigo: es más, quizá sería menos interesante.

—Córtale la cola a un perro, que perro será. Siempre sería un cristiano circuncidado o, si lo prefieres, un judío bautizado. Llegaría un momento que te cansarías de mí.

—No sé si yo me cansaría o si, más bien, tú acabarías no soportando mi carácter, pero esto sucede en todas las historias de amor.

Angela permaneció en silencio un instante, y después siguió:

—A propósito, Pietro Aretino me dijo que te había conocido, que una noche fuiste a escucharle recitar sus sonetos.

—Audaces...

—Más audaces son las amigas que lo rodean —dijo Angela, que dejó de vestirse y se paró a mirarlo.

—No estarás celosa.

—Ni por asomo. Sabes perfectamente que valgo mucho más que aquella rubita pálida y sin nobleza que te rondaba.

—¿Quién te ha contado estas tonterías? ¿Aretino?

—No, él no pierde el tiempo con estas cosas. Pero como ves estoy informada de todo lo que haces. Espero que no quieras acabar castrado.

—Me amenazas. ¡Estás celosa!

—Celosa, no. Pero quien ama sufre. Vale para mí, pero también para ti. Ahora presta atención: no hagas de mariposa que se posa de flor en flor. Ya sabes lo que dicen: amarse pero sin embarullarse.

—¿Embarullarse?

—Enredarse.

—¿Te gustan los sonetos de Aretino? Utilizas sus palabras.  
Angela soltó una risa alegre. Se acercó al oído del joven y susurró:  
—Como no nos oye nadie te recitaré algunos versos del poeta.

*Fóllame y haz conmigo lo que quieras,  
por el coño y por el culo  
¿qué importa por dónde tú hagas tus asuntos?  
Hay en mi higo y en mi culo tales fuegos.  
Un calzonazos sertas si lo haces a la usanza antigua,  
si yo fuera un hombre, coños nunca querría.*

Gabriele no pestañeó.

—Has olvidado algunos versos intermedios.

—Puede ser, pero el sentido está claro. Me voy. ¡Hasta pronto, espero!

Gabriele se quedó solo en la habitación silenciosa. Se situó cerca de la ventana y vio en el muelle a Angela caminando ligera hacia la góndola que la esperaba.

«A esa mujer no lograré nunca poseerla de verdad. Puedo hacerla gozar, puedo hacerla reír, puedo penetrarla durante horas y horas pero nunca será mía; aunque me convirtiera, tampoco sería mía».

Le vinieron a la cabeza las primeras palabras que ella le había dicho cuando se habían acostado: «Tengo curiosidad, déjame ver a un hombre circuncidado».

Y recordaba bien su primera reacción: la de abofetearla y marcharse.

«Todavía no entiendo por qué tuve la tentación de reaccionar con violencia», se dijo a sí mismo, sabiendo perfectamente que deseaba engañarse: aquella violencia no solo era fruto de saber que Angela Barbarigo quería dirigir la danza, una actitud que Gabriele Conegliano no podía soportar, sino también de su miedo a ser deseado por la mujer solo porque era distinto a los demás amantes, un tipo raro: el judío, el circuncidado.

En cambio, recordaba minuciosamente los detalles, con placer diferido, de todo lo que había sucedido y que le había procurado mucha satisfacción. Ella se había soltado, había cedido, aunque fuera momentáneamente, a su ardor masculino.

En aquel momento había tenido la ilusión de ganar, pero enseguida había comprendido que Angela era seductora porque jugaba con alegría. Sin duda tenía algo más que las muchas mujeres que Gabriele había seducido, pero también era mucho más fuerte, independiente y, por ello, debía estar muy alerta: podía quemarse.

Oculto dentro de la carroza de la góndola, Angela, en cambio, no era presa de ninguna tristeza, ni de los temores que se estaban insinuando cada vez más fuertes en el ánimo del hombre que la había tenido entre sus brazos, creyendo poseerla. Tras respirar el aire fresco de la laguna se había acariciado el seno.

«Ha sabido montarme bien, es un hombre vigoroso, pero le falta algo. No digo que no sea simpático, pero no tiene matices. No se quiere a sí mismo como yo me

quiero. Quiero que me monte hasta que me harte. A ver qué cara pone el atontado de Giustiniani cuando sepa que concedo mis gracias a un circuncidado. No, esto no le preocupará mucho: es un buen hombre, pero es blando, por muy alto y corpulento que sea».

Volvió a pensar en Gabriele. «A fin de cuentas es un hombre solo y nuestro amor es el encuentro de dos soledades. Con una diferencia: él intenta salir de esa soledad triste; yo, en cambio, en mi soledad alegre me siento bien. No es poca la diferencia».

Se asomó un poco y dijo al remero:

—No vamos a casa, sino al palacio Vendramini.

—¿Dónde dan la gran fiesta?

—Sí, allí. Unos amigos me están esperando y ya vamos con retraso.

## El Círculo de los Nobles

Ala luz de las velas Giorgio Foscarini, el dueño de la casa, lanzó los dados.

La sala estaba adornada con espejos y arañas. En el fondo había una chimenea de mármol blanco cubierta de baldosas de color ocre.

—Hoy poca suerte —dijo riendo Giorgio Loredan, el jugador que estaba a su lado, que acababa de quitarse una gran capa forrada de piel de marta.

—En estos tiempos, en Venecia suceden cosas raras —respondió Foscarini que, a pesar de ser un hombretón alto, se levantó con agilidad, de mal humor, y añadió—: ¡No hay que tocar al perro que roe el hueso, ni al jugador que pierde!

Recio, con una voz profunda, Foscarini tenía la nariz aquilina y los ojos pequeños y penetrantes. Con un gesto nervioso se ajustó el gorro en forma de tambor que usaba para esconder una calvicie extendida que lo irritaba y le amargaba la vida. Por ello, además de la barba, se dejaba crecer los cabellos en la nuca y en las sienes. Llevaba un traje de seda con botones dorados y en la cintura, un reloj con una gran cadena de oro. El farseto estaba bordado en terciopelo de un cálido carmesí, a juego con las mallas y los zapatos.

—Querido amigo, mira que te vuelves malvado. En el juego se conoce bien a las personas.

—El jugador tiene al diablo en el corazón. No te pongas a jugar si no quieres correr riesgos —se hizo eco Pietro Dolfin.

—Juego con gusto porque tengo el juego metido en los huesos —dijo Giorgio Foscarini, cada vez de peor humor—; mejor jugar al sacanete o a la *bessetta*. Como se dice: por la mañana una misa, después del almuerzo una *bessetta* y de noche una muchacha.

—Se arriesga por voluntad y se pierde por necesidad —sentenció Loredan riendo—, aunque la ley no lo consentiría. Conoces la ley, ¿no? No se podrá en ninguna casa tener partidas de dados.

—Juguemos una partida de *biribara*. ¿O preferís el *tre sette*, o el *biribissi*? Quien más ve, menos aprende —insistió Dolfin, abriendo sus ojos azules con una expresión que desprendía un aire de inocencia que habría engañado a cualquiera. Vestido de forma extravagante, era el más joven del grupo. Su traje de brocado estaba bordado con varios colores, los mismos de las medias de rayas que le llegaban hasta las rodillas. Del gorrito que llevaba en la cabeza salían espesos rizos rubios.

—¿Por qué? ¿Tú también pierdes en el juego? —preguntó Loredan—. ¿O es que tus conquistas no te dan bastantes satisfacciones?

Menudo y nervioso, Loredan daba mucha importancia a parecer siempre un figurín. Su farseto estaba ricamente bordado con motivos florales y sarmientos, mientras el cuello y el borde del traje estaban enriquecidos con preciosos encajes. Al

cuello llevaba una cadena de oro de la que colgaba un medallón esmaltado.

—Si solo fuera eso... —dijo Foscarini.

—Vamos, vamos, no te pongas así, que tú y Contarini habéis tenido la suerte de cara.

—¿De qué suerte hablas? ¿Es que no sabes la hora que es?

—¡Bastardo de un noble de baja cuna! Te gustaría entonces que me arrastraran entre las dos torres, te gustaría que me pusieran frente a la Torre del Reloj y que viera la hora antes de morir y me partieran en cuatro.

—Tranquilo, Foscarini, era solo una forma de hablar, no te pongas de mal humor, acabarás viéndolo todo negro; te lo ruego, alegra ese ánimo. ¿Quieres que te alegre un poco?

Dicho y hecho, se puso a cantar una rima infantil:

*Girin, girin, girandola,  
Andemo da siora Anzola  
Che fa balar la simia:  
La simia poareta  
La zoga a la bassetta.  
Bisogna pettenarla.  
Bisogna mantenerla.  
Calzarla e ben vestirla  
Co'na veste de veludo:  
Oh, le done che fa tutto!  
Sangue da mi,  
Sangue da ti,  
Sangue de un ho:  
Togo un corteo e ve mazarò <sup>[1]</sup>*

—Cállate, boca de denuncias secretas.

—Cara de palo.

La sala estaba parcialmente iluminada y las voces escondían las expresiones de las caras. Las velas siseaban y la luz ondulaba aquí y allí en juegos de sombras fluctuantes.

—Tiene razón Giorgio —intervino Pietro Dolfín que, sentado en una poltrona con otros amigos, no se había perdido palabra, pero había seguido al mismo tiempo el hilo de otros pensamientos—: En esta ciudad suceden cosas raras.

—*Ita volueruntfata* —dijo en tono solemne Agostino Bargarigo, desde la penumbra del fondo del saloncito.

—Pero qué dices. Debemos reaccionar, si no, nos arrollarán. Y además, ¿qué son estas cosas extrañas que están sucediendo, según vosotros? —insistió Foscarini.

—Por ejemplo —interrumpió desde el fondo de la sala llena de humo otro

caballero, que tenía el rostro largo y delgado y los ojos parecidos a hendiduras—, hace unos meses, se cayó un hombre desde el campanario, un tal Giovanni Paolo Michel, y muchos interpretaron este triste hecho como un mal augurio para todos nosotros.

—Una desgracia, solo una desgracia sin consecuencias, menos para el pobre infeliz —exclamó otro de los jugadores.

—Su hermano había sido asesinado por un griego en la plaza de San Marcos, prácticamente en el mismo lugar, muy poco antes. Estas coincidencias deberían hacernos sospechar. Y os ruego que no olvidéis la oleada de agresiones nocturnas que se han denunciado recientemente.

—Desde que han llegado los albaneses, los dálmatas y todos los prófugos que acuden de todas partes, las noches de esta ciudad ya no son lo que eran: ¡son los albaneses los que han traído a Venecia la brujería! Los griegos traen el queso, los dálmatas, las sales, los albaneses llegan con la lana de Rumania y dentro de la lana se esconden las brujas.

—No son solo los hombres los que nos amenazan. También están las mujeres. ¡Si conocieras a las lavanderas de mi hermana!

—En Venecia —interrumpió Foscarini—, suceden cosas malas y cosas buenas. Es inútil intentar interpretarlo todo. ¿Pensáis que en plena guerra habría sido posible vivir una fiesta nupcial como la que ha tenido lugar en casa de los Foscari para la boda de nuestro buen amigo Ferigo?

—Venga, ya sabemos que eres un gran amigo de Ferigo y en concreto de su esposa —dijo en tono insinuante el noble Marco Querini.

—Amigos —respondió Foscarini con amaneramiento—, no era con esto con lo que os quería entretener. Quería daros algún motivo de reflexión. En la boda había, como todos sabéis, quinientas personas, y hubo danzas y bailes, conciertos, música y teatro. ¿No os acordáis de los regalos que el buen Ferigo recibió? ¿Habéis olvidado las palabras de Benedetto Zorzi, de Daniel Barbarigo, del joven Battista Contarini, todos aquellos discursos solemnes que no hacían pensar en una guerra lejana, sino más bien en el país de Jauja?

—Las cosas no son de quien las hace, sino de quien las disfruta.

Estas palabras parecieron ser de todos porque las acompañó un murmullo difuso.

—¿Y vosotros no pensáis que esto es un verdadero milagro, con los tiempos que corren? —dijo Querini con una mueca poco comprensible.

—No es momento de bromas. Hace poco me he encontrado con mi primo Marin Sañudo, el que se pasa la vida escribiendo la crónica de esta ciudad, y estaba muy preocupado. Venía del fondo del muelle de Cannaregio, en su punto más extremo. Me ha dicho que se veían grandes fuegos, que quizá mañana Mestre habrá ardido, que el pueblo está agitado... —dijo Dolfín.

—Y nosotros aquí jugando a dados y a cartas.

—La guerra se libra, pero con ejércitos mercenarios. Nosotros pagamos y ellos

combaten —respondió iritado Dolfin, no tanto con los interlocutores como con los dados que parecían haberlo desilusionado.

—Y si hace falta, también mueren.

—Yo he subido al campanario de San Marcos y a lo lejos se veían cosas terribles; creo que los turcos no lo habrían hecho peor. Uno de mis campesinos me ha dicho que han pasado la Brenta —exclamó Giorgio Loredan con un tono de voz chillón.

—Y el Colegio, el Senado, el Serenísimo Consejo Mayor, ¿se puede saber qué hacen? ¿A qué juegan? —preguntó Giorgio Foscarini.

—Nuestras barcas están en San Secondo, preparadas para cualquier eventualidad.

—Pero dicen que allí se está quemando algo.

—No todo está perdido: hay noticias de que en Prato della Valle y en Padua se están reorganizando; quizá a través de nuestros informadores ya sepan qué está sucediendo.

Llegó un momento que todos hablaban a la vez, unas voces sofocaban a otras y nadie escuchaba a nadie.

—¡He ganado! —exclamó Dolfin mirando con alegría la mesita de juegos.

De la satisfacción del vencedor no hizo caso el noble sentado en el rincón más alejado de la mesa de juegos que, hablando con su vecino que se había dejado caer en un sillón, dijo en voz baja:

—¿Qué está haciendo nuestro dux? ¿Espera tan tranquilo y reacciona solo cuando salen a la luz, en Rialto, escritos que contienen frases ofensivas contra él?

—¿Qué escriben contra nuestro amado dux? —preguntó otro con fingido interés.

—«Yo no me preocupo, mientras mi hijo Lorenzo engorde». —Y además—: «Te cortarán la cabeza como le sucedió a Marín Faliero». Son frases pronunciadas por intrigantes que acabarán pagando cara su audacia.

—Esta vez no: nuestro dux se está poniendo nervioso y ha pronunciado un discurso memorable en el Consejo Mayor. Ha dicho que se debe apoyar a la República ahora porque después será demasiado tarde, y conviene gastar nuestro dinero ahora porque después, si somos derrotados, no tendrá ningún valor. Según él es posible reunir tropas nuevas y bien preparadas, siempre que haya dinero. En Padua la situación es explosiva, los Papafava no han sido molestados, pero a otros los han arrastrado hasta la plaza y los han asesinado sin vacilar. Vosotros mismos habéis visto que en Padua el saqueo realizado por nuestras tropas nos ha procurado muchos enemigos.

—Es el Papa que los excita, es Della Rovere quien nos quiere ver perdidos.

De nuevo habían empezado a hablar todos a la vez, cruzando los diálogos. Parecía que bromearan, pero, si se prestaba atención, un hilo de angustia flotaba entre los matices de las palabras.

—Es terrible que cuando la suerte nos da la espalda, todos se vuelvan contra todos —sentenció desde el fondo de la sala Dolfin llenando de vino su copa.

—¿No sabes lo que escribió Maquiavelo? Que los nobles no aman Venecia, pero

el pueblo, la plebe y los campesinos están todos dispuestos a defenderla. ¿Te parece posible que se puedan decir estas cosas?

—Se puede, se puede —intervino Giorgio Loredan—, tanto como se puede abreviar caballos con vino...

—¿Qué tonterías dices?

—Pues sí, aludo a la historia de aquel Savorgnan que durante el asedio, a falta de agua, le dio vino a los caballos. Quién sabe con qué resultado.

—Los debió de emborrachar a todos y hacerlos más fuertes —dijo Loredan, que ya en la quinta copa de vino estaba cambiando de humor y de la melancolía estaba pasando a la alegría.

—Nos hemos equivocado. Cuando Maximiliano de Habsburgo nos pidió paso para ir a Roma a hacerse coronar emperador debimos dejarle pasar, incluso ofrecerle una carroza. Nos engañamos cuando Bartolomeo d'Alviano y Girolamo di Savorgnan vencieron y conquistaron Pordenone, Gorizia y Trieste. Ahora el viento ha cambiado.

Hablar del destino del Estado parecía enardecerlos y durante unos minutos incluso el juego perdió importancia.

## Hombre muerto no hace la guerra

En aquel momento entró en la sala Vettor Mocenigo.

—Un saludo —exclamó en tono alegre.

—Por fin, Vettor. Creía que no vendrías.

—No podía faltar. ¿Qué haría yo sin vuestra compañía?

—Esta noche no estamos de buen humor —saltó Foscarini.

—¿Cómo se puede estar de buen humor si la República está en peligro? —dijo Giorgio Loredan con voz ronca, alejándose hacia otra sala.

—Hemos cometido tantos errores... Cuando creíamos poder controlar los Apeninos, desencadenamos la ira del Papa, y...

—Giuliano Della Rovere, cuando fue nombrado Papa... entendió enseguida que sucedería algo poco favorable...

—Una vez, por su simpatía hacia Venecia, le llamaron el veneciano.

—Ya. A nuestro embajador, con el rostro todo rojo, le dijo que nosotros queríamos utilizarlo como capellán.

—Por fuerza todo lo que se decía en el Senado se acababa sabiendo dos días después en Roma.

—¿Quieres decir que los senadores eran espías?

—Espías quizá no, pero bastaba con que, para quedar bien, alguno se pusiera a hablar con su querida. Al fin y al cabo, con tantos senadores como tenemos, ¿cómo no va a haber algún parlanchín?

—O se lo contaron al fraile confesor.

—Los frailes están para escuchar nuestras confesiones, pobres cristianos.

—O hablan con un judío, ni más ni menos.

—En fin, a través de los curas o de las mujeres o de los judíos, todo se sabía y al final acabaron por atacarnos.

La inseguridad y el miedo, que parecía que habían sido exorcizados, volvían a estar presente.

—No me habléis de judíos —dijo Mocenigo—, conocí a uno realmente arrogante que quería enredarme. Recién llegado a Venecia. Odioso. Se llamaba Moses Conegliano.

Loredan, que estaba en la sala contigua, pero lo había oído, se hizo eco en tono mordaz:

—Vettor, te conozco, a mí también querías engañarme. Al judío no lo conozco, pero a ti sí.

Mocenigo fingió que no lo oía.

—Creo que los más peligrosos son los frailes. En esta época se han dado muchos casos de falsos frailes.

—Las mujeres, al menos, aunque sean falsas son más agradables —sentenció Tiepolo—, estuco y pintura hacen buena figura, y a ninguna mujer se le puede decir que sea fea o vieja: todas son hermosas.

—No hay que fiarse de esbirros, putas y perros, si no tienes un bastón a mano —ironizó Loredan—. Que Dios te proteja de las cinco pestes: hambre, humo, río, fraile y fémina.

—Los peores son los embajadores. Ali Bey hizo de todo y habrían debido expulsarlo media hora después de llegar. Quiso subir a lo alto del campanario de San Marcos. No cesaba de hacer preguntas a los nobles que lo acompañaban, quería saberlo todo: la extensión de nuestro territorio, las clases de defensa que ponemos en práctica, las entradas en la laguna. En resumen, ponía nerviosos y hacía que desconfiaran incluso los más confiados. Estos embajadores solo vienen a espiar —dijo Querini.

—Los franceses, en cambio, pasan informaciones equivocadas. Ni siquiera *in parabula* o *sub aenigma* saben transmitir algo útil.

—Nuestros espías no saben hacer su trabajo.

—Solo los judíos saben manejarse con los secretos.

—No exageremos con los judíos.

—Hablan muchas lenguas, tienen relaciones y alianzas en todas partes del mundo. Zorro que duerme, judío que jura, mujer que llora, astucia refinada con los detalles.

—Son muy blandos —siseó Mocenigo con desprecio—. No sabrían matar con una conspiración ni al rey francés, como dicen que intentan hacer nuestros agentes secretos. Además los judíos que viven en Venecia, será el ambiente de la ciudad, pero me parecen hombres sin calidad, hombres de humo, atemorizados hasta de su propia sombra.

—Pero ¿de qué hablas? —exclamó ásperamente Loredan—. Para tocar estos temas se exige cierta prudencia. Después las noticias se difunden y algunas falsas pueden convertirse en verdaderas.

—¿Estás defendiendo a los judíos?

—No, me refería al espionaje.

—Sé de buena fuente que el Consejo de los Diez ha decidido intentar asesinar al rey francés con la ayuda y la complicidad de su médico personal —rebatía Mocenigo, claramente molesto.

Desde el fondo de la sala, una voz profunda dijo lentamente:

—No os está permitido hablar con ligereza de los asuntos de Estado. Nuestros planes deben ser secretos y privados. Matar a un jefe de Estado extranjero es una responsabilidad enorme y, por tanto, debe permanecer en sumo secreto.

—Hombre muerto no hace la guerra, hombre muerto no hace la guerra.

Esta frase se había convertido en una auténtica arenga y, de vez en cuando, se oía incluso en los contextos más autorizados y en las situaciones más dramáticas.

—Por otra parte, según vosotros, el Consejo de los Diez, tras la derrota sufrida

por los imperiales, ¿qué debería haber hecho?

—En una reunión supersecreta aceptaron la sugerencia de aquel fraile bellaco, Giovanni da Ragusa, quien, ablandado con mil quinientos ducados, se dejó convencer por...

—¿Estáis hablando de la famosa historia del veneno o de aquella estrategia de provocar incendios en el interior de las líneas enemigas?

—En guerra todas las astucias y todas las estrategias son buenas si sirven para sobrevivir —dijo Giorgio Foscarini inclinándose ligeramente hacia delante—. En tiempos de guerra salen más balas de las bocas de los hombres que de las bocas de los cañones.

—El Senado, frente a las acusaciones que le cayeron encima, mandó decir que nunca más se rebajaría a emplear métodos parecidos.

—Díselo al marqués de Mantua, que va gritando a los cuatro vientos que teme ser asesinado, que de forma discreta y secreta, querían ahogarlo con una piedra al cuello, detrás de la isla de San Giorgio, en el canal del Orfano, como es costumbre.

—Qué procedimientos tan horribles, son mejores las balotas pequeñas, esas bolitas redondas que se echan en el fuego y producen un suave olor que te deja seco.

Tiepolo contribuyó a la charla:

—Francamente, no comprendo por qué los súbditos de nuestro vasto dominio en tierra se obstinan en mantenerse fieles y combatir por nosotros. Los pueblos se matan y los monarcas se abrazan.

—Quizá si nos conocieran más, no nos amarían tanto —ironizó Loredan echándose a reír y lanzando los dados con fuerza.

—Parece —aventuró Barbarigo— que cuando llegaron los imperiales, todos los defensores de la Serenísima gritaron a pleno pulmón: «¡Viva San Marcos!».

—Vaya, piensa que los plebeyos de San Zeno encontraron los fragmentos del león alado de San Marcos y lo llevaron finalmente en procesión y después lo sepultaron con todos los honores...

—Aquí mientras tanto siguen llegando villanos que se ocultan entre ovejas, cerdos y cabras para cruzar el puente de Rialto. Dentro de poco la Serenísima parecerá un establo.

—En Treviso, en cambio, a los nobles los ha perseguido un motín popular.

—Para contentar al pueblo —sostuvo Querini, que no había hablado mucho en toda la velada y estaba dando señales de impaciencia— de vez en cuando es necesario condenar a algún noble, a alguno muy estúpido, y cortarle la cabeza en público, como precisamente se ha hecho hace muy poco. Acordaos de cuando no solo les cortaban la cabeza, sino que los partían en cuatro... una cosa horrible.

—Es verdad —comentó Dolfín—, pero aquellos eran auténticos bribones.

—Fue una visión aterradora —añadió Foscarini—, eran cinco jóvenes y los llevaron a la plaza, en camisa, descalzos y pálidos.

—Los mataron a golpes de maza y los descuartizaron.

—A Molin le dieron un mazazo, pero no lo mataron y tuvo que mirar mientras colgaban a Polani —dijo Foscarini—. El verdugo les dio un golpe fortísimo, los cortaron en cuatro partes y los colgaron para que todos pudieran verlos.

La conversación se interrumpió bruscamente porque se oyeron gritos y alboroto en el portal. Los gritos, en un primer momento muy fuertes y agudos, acabaron apagándose con la misma rapidez que habían empezado.

Entonces Dolfín exclamó:

—En esta ciudad ya no se puede estar tranquilo...

—¿Estás más preocupado porque cuatro borrachos gritan o porque el enemigo está cerca de la laguna? —preguntó Barbarigo en tono provocador.

—Tengo extraños presentimientos. Podría incluso no ser verdad que la Serenísima tiene nueva vida y quizá podríamos estar engañándonos.

—Esta noche debíamos jugar con alegría y en cambio sois presas de oscuras premoniciones —añadió Loredan—. Nunca habéis sido demasiado divertidos, pero jugar con medrosos nunca me ha gustado.

—Y tú —respondió Barbarigo—, ¿te crees muy divertido?

—Ya basta —interrumpió Giorgio Foscarini—, estáis en mi casa y no querría que se llegara a un duelo. Conocéis la historia de Orsatto Priuli que hirió mortalmente a un pariente del dux, ¿no? Todo por motivos vanos. Primero comenzaron a bromear y después ese Loredan, que es pariente de nuestro Giorgio, hizo alusión a la virtud de una prima de Orsatto que, como es sabido, es una mujer generosa. Se pusieron a insultarse y rodaron por las escaleras. En fin: se empieza discutiendo y no se sabe cómo se acaba.

Se dirigieron hacia la puerta del Círculo de los Nobles.

—No —continuó Barbarigo—, nosotros dos tenemos una tradición: nos gusta insultarnos, los demás se ponen muy nerviosos, pero nosotros no, nos divertimos.

—Querido Foscarini —dijo Querini—, en el caso de Orsatto no se trató de susceptibilidad o de motivos de honor. Había rencillas antiguas por culpa de una cortesana.

—Dos nobles —comentó Barbarigo, poniéndose el sombrero y abriendo el portón de salida— que, en lugar de combatir por la patria, combatían por una cortesana.

—Bueno... ¿qué te da la patria y qué te da una cortesana? —dijo Querini y, saludando a todos con la mano, se alejó en la oscuridad de la calle.

## El incendio en Rialto

Las llamas comenzaron a desarrollarse en el interior del hospital de los Crociferi. Aquel día, dedicado a san Pablo eremita, fue muy frío y, quizá por imprudencia, quizá por maldad, alguien encendió una hoguera que se propagó con extraordinaria rapidez.

Como en muchas otras ocasiones, el incendio habría podido quedar circunscrito, pero el viento gélido e implacable alimentó las llamas y, en menos de tres horas, todo el monasterio ardió sin que ni siquiera las casas de detrás pudieran salvarse.

Algunos fieles que acudieron al lugar estaban convencidos de que el cuerpo de santa Bárbara, conservado en el monasterio, haría el milagro de impedir la propagación de chispas y tizones ardientes, pero no fue así y, en seis horas, toda la zona de Rialto, el centro comercial de la ciudad, ardió y quedó gravemente dañada.

—¡Qué ciudad más rara! Parece que no se mueva nada y, en cambio, suceden cosas tremendas —comentó, dirigiéndose a su amigo, Moses Conegliano—. Aquellos de vosotros que tengáis almacenes en Rialto, acudid enseguida. Yo también tenía, pero como ya sabéis el bueno de Mocenigo, hace unos años, se apoderó de ellos con malas artes. Me pagó poco, pero ahora el daño será todo para él. Al menos esta noche puedo estar tranquilo.

Por su parte, Gabriele pensó: «Dos incendios en pocos años, ¿qué significa esto? Quizá sea una señal de que nunca podremos huir de las llamas».

Muchos acudieron a las tiendas, unos por simple curiosidad y otros para salvar la mercancía.

Francesco Sebastiano Giustiniani llegó precipitadamente mientras las campanas tocaban a rebato.

—No solo estoy preocupado por el incendio —dijo a su ayudante—. Temo que exista un plan organizado de espías enemigos para someternos. Las llamas se han extendido de los Crociferi hasta aquel extremo, ¿lo veis?, con una rapidez que ni siquiera la fuerza del viento puede justificar. Podría, por tanto, tratarse de un sabotaje.

El ayudante se volvió hacia él y se dio cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas, pero no se atrevió a preguntarle si era de la emoción o, más probablemente, a causa del viento que soplaba a ráfagas.

—Parece —dijo el joven ayudante, un Vianello Moro de la familia de los famosos regatistas— que a los guardias, siempre presentes en Rialto, en un primer momento los tomó por sorpresa y la alarma no se dio con presteza.

El viento de tramontana se había reforzado y azotaba la calle creando extraños remolinos, y el hielo cortaba la cara de los que asistían al nuevo drama que golpeaba la ciudad.

De todas partes llegaban, atraídas por el resplandor, multitud de personas: nobles,

plebeyos, ciudadanos extranjeros, embajadores y bellas cortesanas.

Cuando aparecieron los dos Todesco, que tenían un almacén en la zona, todo estaba ya bloqueado y no dejaban pasar a nadie. Llegó también, apresurado y jadeante, Marin Sañudo, célebre cronista de los hechos venecianos, quien, en este caso, no solo quería ser un testigo directo, sino que temía ver destruida la posada de la Campana, de su propiedad, y que, gracias a un alquiler muy alto, le permitía vivir desahogadamente.

La confusión era absoluta.

Algunos intentaban despejar las mercancías más inflamables, otros, en cambio, aprovechaban la ocasión para dedicarse a un auténtico saqueo.

Muchas mujeres entraban y salían de las tiendas con vestidos u otras telas recién llegadas de Oriente, pero no estaba claro si colaboraban en el vaciado o si querían apoderarse de mercancías valiosas.

En pocos minutos, el banco de los Vendramini y de los Pisani fue asaltado por las llamas. Se salvaron registros y dinero en el último momento, gracias a los valientes empleados, antes de que todo el edificio se convirtiera en ceniza.

Los Señores de la Noche, Gerolamo Tiepolo y Stefano Contarini, que tenían la responsabilidad de organizar los auxilios, contemplaban atónitos la trágica escena, obstaculizados por el gran número de personas que intentaban intervenir en el vaciado de los almacenes.

Los gobernadores de las Entrate estaban especialmente concentrados en vaciar cajas de documentos valiosos, mientras que algunos sacerdotes se preocupaban de un gran crucifijo que, iluminado por la luz siniestra del fuego, parecía una silueta humana en movimiento.

En determinado momento apareció una decena de sacerdotes de las iglesias de Rialto, de San Giacomo y de San Giovanni Evangelista, que llevaban muchos crucifijos pequeños y grandes y los blandían frente a las llamas, pero el exorcismo no dio resultado y muy pronto la amplia zona de Rialto fue pasto del incendio, desde el Gran Canal hasta las Oficinas del Tesorero del Estado, desde el lado de Rialto Vecchio y Nuovo hasta la callejuela de los Orefici y la orilla del Ferro y hasta la Aduana de Tierra y las Oficinas del Consejo de Comercio.

El fuego habría alcanzado también a Sant'Aponal y San Polo, si no lo hubieran impedido los oficiales del Arsenal, reunidos finalmente para organizar el auxilio, desafiando el hundimiento de los muros que estaban ardiendo.

Solo la iglesia de San Giacomo, en medio de aquel infierno de hierro y fuego, no ardió, gracias a que estaba cubierta con un techo de plomo, pero muchos dijeron: «Dios ha querido conservarla así porque se considera la más antigua de todas». Y lo mismo sucedió, no se sabe si por voluntad divina o por el revestimiento de mármol de las paredes exteriores, en las oficinas contiguas de las Rason Nuove, donde el palacio de los Camerlenghi di Común, la administración de finanzas, no sufrieron daño alguno.

*Ita Deo volente.*

El humo acre se expandía por todas partes mientras las ráfagas de viento, cada vez más feroces, hacían volar pequeños tizones ardientes. Esto reforzaba en los recién llegados la impresión de que había focos de fuego esparcidos sobre tejados muy lejanos, y se oían voces por todas partes que aseguraban que toda la ciudad estaba en manos de astutos saboteadores que querían ponerla de rodillas.

Las voces, incluso las más absurdas, se nutrían unas de otras: se decía que el Lazzaretto Nuovo, muy alejado de Rialto, la zona de los Carmini y la de San Nicolò también eran pasto de las llamas.

Los parroquianos de la posada del Sol se habían convencido de que existía un grupo de enemigos, hábiles y peligrosos, que debían ser desenmascarados y aniquilados para salvar a la República. Algunos habían vuelto a casa, habían cogido las armas y se habían lanzado a la caza de saboteadores para limpiar la ciudad.

Los frailes, por el contrario, pensaban otra cosa. En las esquinas de las calles, le explicaban a los que querían oírlos que todo lo que estaba sucediendo era fruto de un plan de la misericordia divina: la ciudad había vivido en el pecado y aquel era el justo castigo.

A lo largo del Gran Canal los barcos de vino habían soltado amarras, mientras una auténtica multitud de barcas y barquitas, con mercancía y objetos amontonados de cualquier manera, vagaban de aquí para allá a la luz impetuosa del fuego que se reflejaba sobre el agua horrendamente negra. Se hablaba, cada vez más, de la evacuación forzada para los habitantes de las casas de Sant'Aponal, de San Cassian y San Silvestro.

Giustiniani, tras un momento de abatimiento, decidió pasar a la acción. Ordenó que se organizaran rondas armadas hasta la mañana y anunció a sus colaboradores que el Consejo de los Diez se reuniría inmediatamente.

Se mandaron barcas de vigilancia no solo al Gran Canal y a otros canales considerados importantes, sino también a la laguna, a pesar de los peligros que la oscuridad podría reservar, para evitar que espías enemigos pudieran aprovechar la confusión para intentar abandonar la ciudad sin ser vistos o para, por el contrario, intentar infiltrarse.

Giustiniani ordenó también el arresto de todos los forasteros sospechosos. Los individuos que no tuvieron justificación para estar armados debían ser azotados y sometidos a un duro interrogatorio, con la esperanza de que confesaran. Nadie podía circular en barco sin autorización ni aventurarse a cruzar la laguna.

Barcas iluminadas por antorchas flameantes debían controlar el espejo del agua incluso frente a la entrada de la laguna abierta al mar.

En Pescheria, en Rialto y en la plaza de San Marcos se levantaron horcas, dispuestas para una justicia expeditiva, pero también para atemorizar a los que osaran intrigar contra la República y minar su seguridad. Arrestaron y encarcelaron a algunos paduanos. Quizá no eran culpables, pero los arrestos producían la impresión

de que las autoridades tenían la situación bien controlada.

Por la noche, se logró dominar las llamas gracias a que el viento se había debilitado. Cuando las primeras luces del alba iluminaron el lugar, las señales de las últimas chispas voladoras habían desaparecido, y dominaba, por encima de todo, la desolación.

Negó mucho.

Venecia se cubrió de blanco, el agua en los canales se heló. De haber sucedido el día anterior, los pozos no habrían podido ofrecer ni un cubo de agua contra el fuego y toda la ciudad habría corrido un grave peligro.

El pueblo se dio cuenta de que Dios había querido castigar la ciudad, pero al mismo tiempo no la había herido hasta el fondo, y, para expresar su más profunda devoción, los fieles acudieron en masa a la iglesia para rogar y encender velas en los altares.

El arco iris, aparecido a mediodía en un cielo débilmente azul, les pareció una señal de consuelo.

En San Marcos tuvo lugar una misa solemne con trombas, cantos y flautas.

La inquietud, aunque oculta, seguía siendo palpable.

Algunas semanas antes de que sucedieran estos hechos habían llegado a la ciudad nuevas e importantes reliquias de santos y mártires y el suceso se había interpretado como una señal inequívoca del favor de Dios. El devastador incendio ya había extinguido los entusiasmos de muchos y había insinuado la certeza de que el demonio tramaba algo contra Venecia y contra sus ciudadanos e intentaba derribarla hasta los cimientos.

Les esperaban aún nuevos hechos terribles.

Moses Conegliano, aunque impresionado por el alcance de la tragedia, se alegró para sus adentros de que no le tocara de cerca el peligro: gracias a Mocenigo había tenido que devolver, de muy mala gana, las tiendas de Rialto y ahora eso le había salvado de un gravísimo perjuicio económico.

«Pobre Mocenigo —pensó—, espero que no se acuerde de mí. Han pasado seis años desde el día que lo conocí, pero me acuerdo todavía muy bien de cómo me sentí cuando me estafó. Ahora, de repente, lo que entonces consideré un perjuicio, se transforma, para mí, en un curioso golpe de buena suerte. Si hoy me hubiera sucedido una desgracia como esta, me habría visto enfrentado a complicaciones insostenibles y, en cambio, ahora me siento mal por lo sucedido, pero sin encontrarme en una mala situación. La fortuna es realmente voluble y absurda. Lo que una vez te parece mal, al cabo de un tiempo puede convertirse en algo bueno».

## El sermón del fraile

Era el 20 de enero de 1515: el día antes la nieve había caído copiosamente y la ciudad había quedado revestida por un manto blanco que la había convertido en un lugar encantado. Los tejados de las casas, las chimeneas, las barcas, los pozos, los puentes: todo estaba teñido de blanco. Después, la nieve se transformó en lluvia y las plazas y las callejuelas se llenaron de un barro sucio y resbaladizo. De vez en cuando alguien caía y se levantaba cubierto de cieno, blasfemando contra el invierno, el frío, el gobierno y, quizá, incluso contra algunos santos. Venecia se había vuelto triste y gris bajo la lluvia constante, pero la iglesia de Santa Maria dei Frari estaba a rebosar de gente hasta el portal del centro de la fachada, que se elevaba majestuosa, con sus agujas y sus ventanales góticos, entre las casas bajas y modestas que la rodeaban.

—Dios había predestinado que encarnaría en el vientre de María al jefe de la Iglesia militante, el jefe de nuestro mundo cristiano, y había predestinado que, con la sangre del martirio, se fundaría esta ciudad en los tiempos de Atila, el azote de Dios, porque, para mantener la fe cristiana, se debe combatir la barbarie. Pero no basta con combatir la barbarie de ayer. También se debe librar batalla a los nuevos delitos de los infieles de hoy y de aquellos que no han querido reconocer al Cristo Redentor. Si todos nosotros nos convirtiéramos realmente, todo se resolvería. Sobre nosotros caerá la bendición divina. Todo concluirá, todo será claro, todo será explicado.

Estas palabras, pronunciadas con énfasis y al mismo tiempo con aspereza, resonaron como conclusión de un largo sermón en la inmensidad del espacio de Santa Maria dei Frari y se perdieron, poco a poco, bajo las bóvedas, dejando silenciosos e inmóviles a los fieles recogidos en oración.

También Giovanni Maria d'Arezzo, el fraile predicador que acababa de pronunciarlas solemnemente desde el púlpito, estaba inmóvil con los ojos cerrados y la cara contrita.

Impasible en apariencia, pero conmovido en lo más íntimo, Davide Conegliano había asistido al rito desde el fondo de la nave. Por primera vez tenía la oportunidad de vivir en propia carne la hostilidad que los predicadores cristianos habían dirigido hacia los judíos cuando, como decía su padre, hablando de Dios olvidaban al hombre.

La noche anterior, en casa de Moses, se había celebrado una tensa reunión en la que había participado un grupo de judíos huidos del continente véneto y refugiados en Venecia.

—Me han contado que el padre Giovanni Maria d'Arezzo, de la iglesia de los Frari, está hablando de nosotros en términos muy desdeñosos —había intervenido Baruch Askenazi—. Es un osado orador, capaz de inflamar los ánimos de quien lo escucha. ¿Qué podemos hacer?

—No tenemos que hacer nada —había contestado enseguida Isaac Luzzatto en

tono humilde—, solo debemos dejar que se desahogue, y todo pasará. Ya ha sucedido otras veces. Si intentáramos reaccionar de algún modo, se volvería furibundo y la situación podría empeorar. ¿Alguno de vosotros está tan loco como para ponerse contra la Iglesia veneciana? Este predicador goza de muchos apoyos. Es mejor dejarlo.

—Sería muy grave si no hiciéramos sentir nuestra voz —había exclamado, tenso y con la cara roja, Immanuel del Medigo—. No podemos dejar que piensen que somos dóciles y temerosos, nuestro silencio sería equivalente a una admisión de culpa.

—En Venecia la actividad de los predicadores está aumentando —había observado pacíficamente Abraham Kalonimos—. Hasta hace un tiempo a las autoridades de la Serenísima les molestaban estas iniciativas que escapaban de su control. Ahora el ambiente ha cambiado. Al principio se trataba solo de corrillos improvisados en las callejuelas o en las plazoletas, donde pocas decenas de personas escuchaban los desahogos confusos de los religiosos en busca de una fugaz notoriedad. Ahora estos hombres, que siembran el odio, son acogidos por las iglesias y hablan desde pulpitos frente a centenares de fieles que los escuchan con atención. La marea está creciendo. No sé qué deberíamos hacer. Creo que cada vez corremos más peligro.

Isacco Coen, desde el fondo de la sala, había añadido:

—La acusación contra los judíos, considerados faltos de fe, es una costumbre religiosa cristiana. Hoy se usa como arma política en la lucha entre las distintas facciones de los nobles que combaten y nos pilla en medio. Antaño los ataques contra nosotros se incluían en las letanías contra el fraude, contra los engaños, contra los vicios de los propios cristianos que en el fondo, en Venecia, todos conocían y que eran ampliamente tolerados. Hoy los predicadores, aprovechando la situación que se ha creado en la ciudad tras la guerra, sostienen que la Serenísima República debe recuperar el favor de Dios deshaciéndose de nosotros. Han sido hábiles, han tejido alianzas con una parte influyente de la nobleza. Son buenos negociadores y testarudos.

—Todas vuestras ideas merecen ser apreciadas —había concluido Moses Conegliano—, pero, antes de decidir, debemos saber más cosas. Debemos estar bien informados y dejarnos de charlas. Cuando sepamos cómo están realmente las cosas, podremos reunirnos, discutir y después decidir si es posible hacer algo.

—¿Quién nos informará? —había preguntado uno de los participantes.

Había habido un momento de incertidumbre. Después Luzzatto había dicho:

—Solo Davide Conegliano puede hacerlo; mañana, en los Frari, el padre ha convocado a todos, sobre todo a los jóvenes.

Muchos hicieron un signo afirmativo.

Moses había permanecido callado. No deseaba que su hijo corriera tamaño peligro.

En cambio, Davide, que asistía a la reunión, no había dudado y había contestado, inmediatamente, sin consultar a su padre.

—Me honra vuestra confianza. Iré.

A la mañana siguiente, sin ninguna preocupación, Davide Conegliano se había dirigido hacia la iglesia dei Frari para escuchar el sermón del famoso padre.

Giovanni Maria d'Arezzo, tras pronunciar una parte de su invectiva, se quedó en silencio, inmóvil, con los ojos cerrados y el rostro contrito.

Tras algunos instantes interminables se levantó de golpe y gritó a pleno pulmón:

—Si nos comportamos bien, según la conciencia cristiana, Dios, hijos míos, se aplacará y esta monarquía nuestra, exenta ya de pecado, ¡será más feliz que antes!

Una vez más sus palabras resonantes rebotaron por la amplia nave. Después volvió el silencio, aunque esta vez el padre no se quedó inmóvil sino que, con los ojos cerrados, siguió haciendo girar el crucifijo, manteniendo alta la tensión entre la multitud de fieles.

Pasados unos minutos, en un tono de voz extrañamente bonachón, del que nadie poco antes le habría considerado capaz, revestido de piel de cordero, se puso a recitar con vigor creciente, primero un soneto en latín inspirado y dedicado al crucifijo y después una oración especial ofrecida a Jesucristo.

En aquel momento Davide Conegliano se distrajo con la agitación de la multitud que había frente a la entrada principal.

Entró, en palanquín, el dux Leonardo Loredan acompañado de numerosas autoridades. Entre estos, Antonio Trivulzio, obispo de Asti, Bernardino de Prosperi, un orador de Ferrara muy afamado, del que se decía que frecuentaba la ciudad de la laguna por un amor clandestino, Marcello Dona, que llevaba espada y que estaba a punto de ser lugarteniente en Chipre, e inmediatamente después, en cortejo, siete procuradores: Marco Bolani, Antonio Grimani, Nicolò Michiel, Tommaso Mocenigo, Domenico Trevisan, el caballero Zorzi Corner y Andrea Gritti.

Todos ellos allí confirmaban los temores manifestados por Moses Conegliano: ahora las autoridades escuchaban las arengas de los predicadores, que antes consideraban subversivas.

El predicador no se perturbó lo más mínimo ante la llegada de personajes tan importantes. Quizá ya había sido informado de la visita, quizá no quería mostrar de forma evidente que daba demasiada importancia a su presencia, quizá se sentía fuerte con la popularidad que le otorgaba una multitud de fieles devotos.

Muchos de ellos, arrodillados, oraban en voz alta.

El impacto de los rayos de sol contra las coloridas vidrieras y las nubes de incienso que se alzaban sinuosas favorecían la difusión de un fervor religioso creciente y creaban un ambiente de misticismo al que pocos habrían podido mostrarse insensibles.

La luz acariciaba los ojos de los presentes, el incienso embriagaba el olfato, las palabras penetraban en sus corazones.

El propio Davide estaba conmovido por la majestuosa coreografía que anulaba al individuo y exaltaba lo divino. De todos modos, por muy fascinado que estuviera, pensó: «En nuestras sencillas sinagogas, estamos mejor». Pero no tuvo tiempo de dejarse llevar por sus pensamientos porque las palabras del padre lo sobresaltaron.

—Jesucristo —exclamó el fraile con vigor y fuerza renovada—, nosotros esperamos que los destinos de esta ciudad te sean siempre caros y nos esforzaremos por hacer desaparecer permutas, fraudes, vicios, engaños y corrupciones. Esta ciudad se fundó contra los bárbaros y por la fe de Cristo y, desde que nació, se sabía que su destino sería milenario, un destino rico y poderoso basado en el favor de Dios y de sus apóstoles.

Se detuvo un instante y después continuó:

—También yo creía que sería así, según el auspicio eterno. Pero la inmoralidad de esta ciudad ha descompuesto nuestras esperanzas y ha provocado peligros que están ante los ojos de todos y pueden llevarnos a la ruina.

El tono del sermón era vibrante, las palabras se enfatizaban con fuerza.

—Quizá la crisis que ha golpeado la República haya terminado, pero las insidias pueden volver a surgir. Me temo que, si hombres sin fe continúan vagando por las calles de Venecia, todo esto será posible. Hay muchas costumbres depravadas en esta ciudad que deben ser desenmascaradas y combatidas. Hay demasiados judíos en esta tierra que frecuentan las zonas de Sant'Agostin, Santa Maria Mater Domini y San Polo. Al menos antes eran temerosos y no se dejaban ver paseando durante nuestras sagradas fiestas. Ahora en cambio cada día tienen menos miedo y hay muchos bellacos que merodean por todas partes, incluso durante nuestra Pascua, que celebra la Resurrección y sanciona la derrota definitiva de los negadores de Cristo. Este es un hecho horrendo, pero hasta ahora nadie había dicho nada porque estábamos en guerra. Se decía que los necesitábamos y quizá los necesitábamos, pero ¿tendremos que necesitarlos siempre? ¿Sabíais que los médicos judíos son cada día más arrogantes? Visitan a pacientes cristianos, desnudan a nuestras mujeres. Quizá antes abusan de ellas y si no lo hacen, podrían hacerlo. Los judíos deben ser privados de todo, y todos sus bienes deben ser puestos a disposición del Estado: deben ser nuestros siervos y siervos también de la fe que no han querido aceptar.

Tras esta vehemente invectiva, el padre afrontó complicados temas teológicos de los que Davide no comprendió nada. Solo soltó un suspiro de alivio porque parecía haberse olvidado, al menos por el momento, de la que parecía su obsesión principal: los judíos.

Volvió a prestar atención a las palabras del religioso cuando este se puso a atacar con violencia a algunos venecianos.

—Dejan salir las reliquias de la tierra véneta —retronó—, cuando antes sus progenitores competían para ir por el mundo en busca de pedacitos de cuerpos de santos para poder llenar las iglesias.

Con la cara encendida, agitando las manos, Giovanni Maria d'Arezzo, predicador

dominico, siguió arengando a los oyentes inoculando en los corazones la desconfianza y el odio:

—Venecia no necesita murallas, y todo esto es posible porque hay noventa cuerpos de santos, algo extraordinario e inimitable, diez clavos de la santa cruz y numerosas reliquias de nuestros amados santos. Vuestra devoción no debe tener límites. Demostrad que sois dignos del favor de Dios.

## Arresto y fuga de Davide

En un rincón escasamente iluminado de la iglesia, Davide escuchaba muy atento y en tensión. Nunca había oído pronunciar un sermón tan violento en el que los judíos fueran mencionados muchas veces con desprecio, señalados como el símbolo del mal y acusados de todas las infamias.

En su casa había oído hablar de los sermones de ciertos padres poseídos.

—Por suerte no todos son así —había dicho Moses—, conozco algunos de los que me fío y que son un auténtico ejemplo de piedad cristiana, en el sentido de que aplican con conciencia las reglas del amor hacia el prójimo.

En Treviso también había habido sermones en los que los judíos eran acusados, pero nunca se había llegado a la tensión que ahora se respiraba en Venecia.

Ahora, en la iglesia de Santa Maria dei Frari, con las palabras del padre D'Arezzo atacando a los judíos por faltos de fe, «pérfidos», «deicidas», «portadores de vicios nefastos», Davide se quedó muy trastornado no solo por la dureza de las palabras que se habían pronunciado en aquel lugar sagrado y por el tono violento que no prometía nada bueno, sino más que nada por las acusaciones que le parecían monstruosas e increíbles.

Moses, aunque les hablaba abiertamente a sus hijos del odio contra los judíos, siempre suavizaba las partes más ásperas de los discursos teológicos y evitaba dar importancia a las absurdas acusaciones que se lanzaban contra ellos.

Davide sabía perfectamente que los judíos eran pocos y débiles, que recibían golpes por todas partes. Había hablado de ello muchas veces con sus amigos, incluso con los que no eran judíos, pero que jugaban con él encantados cuando vivían en el campo, o con los que había conocido en Venecia.

Poco a poco se había dado cuenta de que los peligros y las insidias que cada día corría su familia eran numerosos. Había comprendido que el mundo cristiano en el que vivían los toleraba, pero no los aceptaba completamente y los mantenía al margen.

En aquel momento, en la iglesia dei Frari, a Davide le vinieron a la cabeza las palabras de su padre: «Nosotros no somos distintos a los demás. Tenemos todos sus defectos, y, quizá, alguno más. Sobre todo nos distingue la inquietud por nuestra precariedad. Cuando oímos un ruido de pasos o el golpe seco de los cascos de un caballo, no pensamos que se trata de alguien que camina por nuestra calle, sino de alguien que está a punto de llamar a nuestra puerta para amenazarnos, quizá en nombre de un amor absurdamente vivido o de una fe ciega o dogmática que no admite la diferencia. Estamos obligados a estar alerta, a mirar alrededor intentando comprender porque si no lo comprendemos rápidamente, podríamos enfrentarnos a problemas muy grandes».

Las palabras del padre se mezclaban con las del predicador, que acababa de oír, y creaban en Davide Conegliano un desconcierto profundo, un nerviosismo irrefrenable.

En aquel momento, el joven decidió marcharse.

En la calle del Pistor se encontró con Isaac Vivante, un amigo de su padre, y le preguntó de dónde venía.

—He asistido al sermón de un fraile —respondió Isaac— y todavía tengo la cabeza llena de sus palabras y la visión de los cuatrocientos niños, todos vestidos de blanco y con las velas en la mano, recogidos en una procesión aparentemente espontánea, pero en realidad organizada. En cuanto a las madres de los niños, estaban tan endemoniadas que daban miedo. Han salido de la iglesia de San Marziale y de Santa Fosca y han llegado hasta el puente dell’Aseo. A la cabeza iba un sacerdote con la cara rubicunda, triste y antipática, que no dejaba de aconsejar a todos ayunos y penitencias. Dicen que quieren aplacar la ira de Dios, pero en realidad están haciendo de todo para aumentar la ira de los hombres. No se sabe qué quieren en realidad.

—Yo creo que ya empiezo a entenderlo: por una parte, parecen promulgar amor a todo el mundo; por otra, se dejan llevar por cualquier bajeza —dijo Davide airado—. Es necesario desconfiar de esta gente cruel que habla de hermandad pero se comporta de forma contraria. Yo también acabo de escuchar el sermón de un fraile. El sermón de ese hombre estaba lleno de odio contra nosotros.

No tuvo tiempo de terminar la frase porque cayó sobre los escalones del puente tras recibir un empujón en la espalda. Apenas tuvo tiempo de levantarse. Dos individuos estaban encima de él.

—Te hemos seguido. Has salido de la iglesia, pero eres judío. No deberías haber entrado. Quieto. Estás arrestado.

Davide se levantó rápidamente y preguntó:

—¿Quiénes sois?

Vivante había desaparecido.

—¿Prefieres que te arrestemos o nos sigues sin resistirte? Tenemos dos puñales: o nos obedeces o puedes considerarte muerto.

La placita estaba desierta en aquel momento. Quizá alguien había visto la escena, pero se había esfumado, como había hecho Vivante, Davide sabía perfectamente que este no era un corazón de león. Además tampoco podría haber hecho mucho por ayudarlo, desarmado como iba y sin ser demasiado fuerte.

Era de esperar que, al menos, advirtiera a los suyos.

El joven decidió no resistirse y se dejó llevar por los dos agresores.

—No debiste entrar en la iglesia sin permiso. Podría ser que te arrepintieras y fueras castigado por tu audacia —lo amenazó uno de los guardias.

—No sabía que estuviera prohibido.

Sus guardianes no respondieron. Pasaron por algunas callejuelas estrechas que daban a una plaza poco iluminada. Se cruzaron con un grupo de borrachos que

cantaban y gritaban obscenidades bloqueando prácticamente el paso. Los guardias intentaron alejarse y empujar a los más exaltados que blandían sus antorchas a modo de armas. En el barullo que se desató, Davide aprovechó la distracción de los guardias y se perdió entre las sombras.

Se alejó rápidamente entre las callejuelas vacías, cruzó una placita y recorrió un largo muelle; después echó a correr por la calle del Prete, a continuación por la calle de los Ragusei, en el *campo* de Santa Maria Formosa dobló a la derecha y después de mirar a su espalda, dobló a la izquierda junto a un oscuro canal y al poco rato estaba en casa. Se encontró, no sin sorpresa, a Vivante y al resto de la familia, todos presa de un gran nerviosismo.

Moses Conegliano tenía la cara cansada como no se le había visto en los últimos tiempos. Tenía la tez grisácea, y estaba descompuesto y angustiado.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada, nada importante. Solo me han robado el dinero. Una agresión no demasiado peligrosa.

—No es verdad —dijo Vivante—, he oído que te hablaban...

Davide miró ferozmente al viejo, que se calló intimidado.

—No ha sucedido nada.

—Tienes un corte en la cara.

—Me he herido en la caída, te digo que no ha sucedido nada.

Cogió del brazo a Stella y a Dolcetta, que se habían acercado con trapos calientes y agua, y se las llevó aparte.

—Dejadme un momento con mis hermanas y volveré enseguida.

Le mandó un beso a su padre, que lo miraba con aire inquisitivo, y desapareció en su habitación.

—Dentro de unos minutos volveré y os contaré lo que ha sucedido en la iglesia.

Más tarde sabía que debería hablar con su padre en serio.

Moses entonces se volvió hacia Vivante.

—Da una vuelta, ve a ver a todos y diles que quiero verlos después de cenar, pero no demasiado tarde. Tenemos que tomar algunas decisiones.

## Noticias alarmantes

Aproximadamente dos horas después llegaron muchos hombres con expresión preocupada, todos bien arropados protegiéndose del frío y el viento. Entre los primeros llegó Abramo Cuzzeri, un hombretón alto con una voz profunda:

—¿Visteis qué nevada anoche?

—Nunca había visto algo tan hermoso —dijo Conegliano—; el silencio era absoluto, los canales helados, poca gente en las calles, barcas cargadas de nieve, todos los tonos de gris.

—Tuvieron que mandar a Rialto, a Merceria, a la plaza de San Marcos, mozos pagados para amontonar la nieve y el hielo y echarlo todo al canal.

Poco después llegaron Emanuele Alpron, Isacco Vita Cantarmi, Mandolin Hazan, dos Luzzatto, tres Morpurgo, un puñado de Levi y Coen, los Polacco y dos Todesco.

—¿Hablabais de la nieve? —preguntó uno de los Todesco—. En la plaza de San Polo sucedió de todo: primero se echaron bolas de nieve, después se liaron a bastonazos. A continuación llegaron los insultos. Conclusión: treinta y cinco entre muertos y heridos. Esta ciudad, que parece tan tranquila, en realidad es muy violenta.

—Queridos amigos, os he rogado que vinierais a mi casa —pronunció Moses Conegliano con aire ya cansado— no solo porque mi hijo debe hablaros del sermón de hoy en la iglesia dei Frari, sino también para hablar con vosotros de una noticia que me ha llegado hace pocos minutos por medio de un fiel amigo armenio recién llegado de Oriente.

Con calma, Davide se dirigió a los presentes:

—Esta mañana he asistido a escondidas a la iglesia para saber si eran ciertos los rumores de que habría un nuevo sermón contra nosotros y, sobre todo, de que en la ceremonia intervendrían personajes importantes... y así ha sido.

Mientras el joven contaba su experiencia, en el fondo de la sala comenzaron a circular los primeros murmullos y los primeros comentarios y a emerger las primeras preocupaciones.

—Hemos compartido con los venecianos el miedo a la guerra y ahora, pasado el peligro, quieren tomarla con nosotros, que somos débiles —dijo Daniele Morpurgo a Gabriele Luzzatto.

—El ambiente está cambiando, los predicadores están sublevados y si alguien no les planta cara con fuerza o los utiliza para otros objetivos, nosotros nos encontraremos en medio —respondió este cerrando los ojos como si deseara concentrarse mejor.

—Debemos reaccionar —afirmó con vigor uno de los más jóvenes.

—No me parece fácil en absoluto —respondió Moses Conegliano.

—Tenemos amigos entre los nobles —observó desde el fondo el más anciano de

los Levi.

—No podemos ni buscar ayuda ni fiarnos de los nobles. Los que están en deuda con nosotros no querrán ponerse de nuestra parte de forma manifiesta. Los acusarían de corrupción. Los pondrían en ridículo. Si tenemos algún amigo es mejor protegerlo, escondido y a salvo. Podrá trabajar más eficazmente en la sombra, incluso hablando mal de nosotros, para después salvarnos.

—Palabras sabias e iluminadoras, pero entonces, ¿qué otra novedad tienes que comunicarnos?

Moses Conegliano guardó silencio unos segundos como si quisiera ganar tiempo.

—Mi hijo nos ha contado lo que ha visto, pero hay más.

Calló un momento, pero al ver que todos se impacientaban levantó una mano para pedir silencio y dijo:

—Existe un proyecto que algunos nobles están valorando, de acuerdo con un grupo de curas, y que todavía no está del todo claro. Me lo ha contado un armenio que lo sabe por nuestro embajador en Constantinopla. No sé mucho más, pero me da miedo que sea cierto: parece que quieren mandarnos a vivir a todos a una zona periférica, alejada del centro de la ciudad, y que trasladarán allí también nuestros almacenes.

—Estupideces —interrumpió impetuosamente Luzzatto.

—¡Patrañas! —insistió Morpurgo.

—No es razonable en absoluto —dijo Coen bajando la cabeza—. ¿Por qué nos convocas de noche, con la nieve y el viento que hay, para contar cuentos que llegan de Constantinopla y son de tercera mano?

En este punto todos empezaron a hablar entre ellos creando una gran confusión.

Moses callaba, mientras su hijo Davide parecía muy irritado y daba a entender que quería intervenir.

—Cállate, deja que se desahoguen, las malas noticias se dan una por una. Además, ellos no saben que estoy bien informado, y tienen sus motivos para estar descontentos.

—Lo que dice Conegliano es irracional y, sobre todo, no se basa en conocimientos ciertos.

—Aunque fuera verdad, no podríamos aceptarlo. Debemos presentar una petición, acudir al dux. Pedir ayuda a nuestros amigos.

—Es necesario comprender mejor lo que está sucediendo. ¡Si no nos quieren nos vamos!

—La única solución posible es la de ofrecer una gran suma de dinero. Tal vez así se volverán más maleables.

La tensión y la preocupación eran palpables.

—Aprecio vuestras ideas, comparto vuestra reacción —dijo Moses—, y creo que todas se van a discutir y valorar, pero os ruego que me permitáis continuar. Os conozco bien a todos y sabía por adelantado que me responderíais así. —Después

añadió—: Pero, perdonadme, conozco nuestra situación y puedo deciros que no tenemos por qué mostrarnos escépticos ni siquiera bromear. La situación está empeorando. Solo debemos intentar evitar males mayores.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que nuestros enemigos son poderosos e influyentes, que nuestra presencia puede ser útil a algunos, pero que otros nos detestan...

—No nos detestan —dijo un joven—. Querrían convertirnos porque así estarían más convencidos de su propia fe. Solo tienen miedo de nosotros porque pensamos de otro modo.

—No me parece que podamos perder tiempo en discusiones teológicas —exclamó desde el fondo, con nerviosismo, otro de los invitados—. Esta es una cuestión de lucha por el poder y, en este campo, nosotros siempre salimos perdiendo.

Todos callaron y entonces Conegliano aprovechó la ocasión:

—No sé hasta qué punto estas decisiones sobre nosotros ya están tomadas. Puede que todavía no hayan tomado ninguna con consenso, pero tengo la sensación de que lo harán pronto. Sé que muchos quieren nuestra expulsión.

—No es posible, ¡tienes que estar mal informado! —exclamó desde el fondo uno de los Todesco.

—Querría estarlo, pero en cambio puedo aseguraros que estas informaciones son muy secretas y que, aunque vengan de Constantinopla, han sido verificadas y controladas: o seremos expulsados o prevalecerá la tesis menos dura y nos confinarán en una zona periférica con todos nuestros bienes y con nuestros almacenes.

Todos conocían a Conegliano desde hacía mucho tiempo y, frente a estas palabras, pronunciadas en un tono seguro que no admitía réplica, comenzaron a pensar que algo verdaderamente imprevisible y duro de soportar se estaba preparando.

Nadie se dio cuenta, debido a la preocupación general, de un destello en la expresión fija e indescifrable de Gabriele quien, no habiéndose perdido ni una palabra, apoyado en la columna del fondo de la sala sin decir nada, estaba palidísimo.

—Ved, queridos amigos, no tengo una propuesta y mucho menos una solución, pero me parecía necesario ponerlos sobre aviso. Quien quiera puede aprovecharse de ello e intentar marcharse antes; quien quiera puede quedarse e intentar obtener confirmación y pensar en alguna solución. Yo ya os he avisado. Os ruego que no divulgéis esta información y que, mientras tanto, os preparéis para lo peor. Os ruego, insisto, que seáis lo más discretos posible. No quiero poner en peligro a mis informadores, aunque creo que estas noticias, dentro de poco, serán del dominio público. Muy pronto sucederá algo.

Apenas había acabado de hablar cuando, por ironías del destino, en aquella noche fría y llena de nieve y viento, sucedió algo.

Entró en la sala un criado que se acercó muy nervioso a Moses Conegliano y le susurró unas pocas palabras al oído.

## Procesión en la plaza de San Marcos

La lluvia torrencial duró tanto que la procesión prevista en la plaza de San Marcos para el primer domingo de febrero no se celebró y fue aplazada en un primer momento a marzo, después, por algún motivo, al día de San Ángel y, después, a octubre, al final de un largo verano.

Moses no había visto jamás tanta aglomeración de personas y sentía mucha curiosidad por asistir a lo que no entendía si era una manifestación religiosa, civil o política, o quizá tanto una cosa como otra. Le pidió a Gabriele que lo acompañara y, sabiendo que su hijo estaba celoso, decidió no invitar a Mandolin. En realidad, también se lo había pedido a Davide, pero el joven, por algún motivo que le había parecido incomprensible, había dicho que no y le había aconsejado vivamente que no fuera. Presentarse de incógnito podía ser arriesgado porque, si los reconocían, no faltarían los problemas. Así que tomaron algunas precauciones: se pusieron capas muy pesadas y largas y se mezclaron con la multitud festiva que confluía hacia el Palacio Ducal.

Las tiendas estaban todas cerradas y las posadas del Sombrero Negro y de la Oca Blanca, escondidas en callejuelas vecinas a la plaza, la del Civran, la de los Furlani y la dell'Aseo estaban llenas de parroquianos y se estaban haciendo de oro.

El sonido de las campanas llamando a fiesta desde todos los campanarios de la ciudad se difundía por las calles y placitas, y la confusión de voces y ruidos era ensordecedora. En los balcones colgaban telas de colores y la excitación parecía ir en aumento.

Creían llegar con tiempo, pero, a pesar de la antelación, encontraron la plaza llena a reborar y no fue fácil entrar y encontrar un sitio desde el que observar lo que estaba sucediendo.

Gabriele estaba silencioso y huraño, como siempre, pero no de mal humor. Moses, en el fondo, esperaba aprovechar la oportunidad para hablar con su hijo un poco más de lo que tenía por costumbre.

Normalmente insolente y seguro de sí mismo, el joven miraba alrededor y parecía intranquilo. Viendo que muchos se tapaban con la capa hasta los ojos y daban muestra de gran concentración en la oración, acabó por taparse más para evitar que lo reconociera algún compañero de correrías.

La iglesia de San Marcos y el Palacio Ducal aparecían cubiertos con estandartes de los dux y de numerosos capitanes y superintendentes de la armada. La fachada de la iglesia estaba adornada con telas y tapices que se mecían con el viento, y el sol hacía brillar con sorprendente intensidad y con fogosos destellos los mosaicos de oro. En el presbiterio lucían cuadros votivos de bella factura. Príncipes, capitanes generales y aristócratas cuyas obras habían dado lustre a la República habían

obtenido el privilegio de exponerlos.

Las telas que cubrían el Palacio Ducal eran del célebre taller del maestro Stefano, tapicero que ya en el pasado había recibido el prestigioso encargo, y que en Venecia gozaba de gran fama.

Durante la noche se habían montado a toda prisa muchos palcos para delimitar el recorrido que se realizaría, con lentitud y solemnidad concertadas con esmero, primero a lo largo del muelle y después a través de la plaza.

Sacerdotes, soldados, nobles, hermosas mujeres, jóvenes con cirios en la mano, dignatarios, plebeyos y plebeyas, inspirados por Dios, pero también simples curiosos, menos temerosos, que querían simplemente participar en la fiesta del pueblo, caminaban tranquilamente tomando posiciones según las rígidas reglas del ceremonial: nada se había dejado al azar.

Forasteros, procedentes de países lejanos y también del continente véneto, y prófugos que se habían refugiado en las islas de la laguna para escapar de las tropas enemigas, empujaban hacia los puestos más altos de las tribunas, intentando conquistar las posiciones más favorables para poder admirar un desfile que veían por primera vez.

El campanario, dañado por el reciente terremoto, estaba rodeado de una empalizada. Para embellecerla la habían envuelto con las enseñas y las banderas de estirpes ilustres. Flores y telas multicolores creaban un ambiente alegre que parecía adaptarse mal a una ceremonia religiosa o política, fuera lo que fuese.

Tambores, trompetas y otros instrumentos musicales llenaban el ambiente de sonidos alegres y festivos.

Moses y Gabriele Conegliano contemplaban silenciosos aquel espectáculo de luces, colores, opulencia y de riqueza insólito para ellos, en espera de lo que sucedería poco después y que todavía no lograban imaginar.

También en el interior de la iglesia se había dispuesto todo con elegancia. Algunos figurantes que representaban a los apóstoles iban vestidos con túnicas de «seda de cura», mientras que sobre los respaldos de los sillones se habían colocado telas de seda pesada tejida con hilo de oro.

En el altar, y encima de este, otras telas doradas recogían joyas y piedras preciosas en tal cantidad que cualquier forastero se habría quedado impresionado y atónito de no haber sabido ya que se hallaba en la ínclita ciudad de Venecia.

El sillón ducal estaba cubierto con una tela preciosa igual a la que estaba extendida a sus pies, donde el dux se arrodillaría.

Anonadado, Moses tuvo la sensación de que algo totalmente fuera de lo corriente estaba a punto de suceder y de que se le cortaba la respiración.

Un clamor de trompetas, soplando al unísono, llamó su atención.

La procesión comenzó a moverse y el pueblo, amontonado dentro y fuera de la iglesia, contuvo un momento el aliento al ver al dux.

## Ángeles y penitentes

El príncipe serenísimo llegó, tras una larga espera, acompañado del reverendísimo *domino* Antonio Contarini, patriarca de Venecia, y entró por la puerta que, desde las estancias del Palacio Ducal, permitía acceder al interior de la iglesia.

La procesión comenzó a moverse muy lentamente con sonidos y cantos que se sobreponían y que se perdían en el aire, ligeras letanías que formaban un fondo uniforme y borroso y dejaban a todos los presentes sobrecogidos por una sensación de aturdimiento y de intensa emoción espiritual.

Los primeros en llegar fueron los representantes de la Escuela de la Misericordia, con trajes ajustados y largos hasta los pies, como era costumbre, con candelabros dorados y cirios y con un séquito de niños vestidos de ángeles. Eran veintisiete y cada uno llevaba en la mano una candelera de plata, con la vela encendida. Después se unieron a ellos cincuenta y ocho penitentes que sostenían del mismo modo jarros finamente trabajados y cincelados con figuras de santos. Al final, bajo un baldaquín, apareció una parihuela con una primera reliquia, una mano de santa Teodosia adornada de plata pulida, y, bajo un segundo baldaquín, fue posible entrever un relicario con una espina de la corona de Cristo.

Al ver la mano, Moses tuvo un sobresalto que logró disimular y del que solo Gabriele, que miraba de reojo a su padre y había previsto su reacción de disgusto, se dio cuenta. Aprovechando un momento de confusión Moses inició la conversación:

—¿Qué te parece?

—No es el momento —respondió secamente Gabriele.

A continuación se presentaron nuevos penitentes, unos con bandejas relucientes, otros con cirios enormes encendidos y metidos en altos y macizos candeleros de plata. Después, sostenida por muchos jóvenes, se exhibía en el más absoluto silencio una gran cruz, ejemplo de refinada orfebrería, seguida de una barca construida con materiales preciosos.

Rompió el silencio una nueva multitud de penitentes con cirios verdes en la mano.

—¿Qué? —preguntó Moses en voz baja.

—No soy estúpido. Conozco bien a los venecianos. Verás después. Esto es una manifestación de su poder. —Luego, con un atisbo del antiguo afecto, añadió—: ¿Estás sorprendido, no?

Moses asintió. Estaba conmovido por el fervor religioso frente a una reliquia: los huesos de una mano. Lo sentía todo como algo profundamente ajeno y ofensivo y experimentaba una intensa turbación cuyo origen, en aquella circunstancia, no habría sabido explicar.

La escenografía era sugerente y todos los detalles tenían un significado preciso.

No podía negarse a sí mismo que experimentaba sentimientos contradictorios de reverencia y horror, una mezcla de atracción y repugnancia, un deseo contradictorio de ser partícipe y mantenerse al margen. Estaba impresionado con aquella ostentación de magnificencia y de formidable ritual, y con los efectos que ejercía sobre la multitud del pueblo que asistía y participaba.

Lo distrajo de sus pensamientos la visión del nutrido grupo de los representantes de la Escuela de Santa Maria della Carita que llevaban muchos cirios y, detrás, en una vitrina de oro, el capelo rojo perteneciente al cardenal Bessarione y, en una caja plateada de tapa transparente, sobre telas preciosas, algunas reliquias de este, y, finalmente, un fragmento de las vestiduras de la Virgen y de la camisa de Cristo.

Con gran pompa y solemnidad, sobre un pedestal, apareció un hueso de la mano de san Lucas, rodeado de penitentes que giraban alrededor.

—Las vestiduras de la Virgen, la camisa de Cristo, el hueso de san Lucas... ¿dónde acabará la fe?

—Querido padre, sé que no nos oye nadie, pero cállate, podríamos acabar ante un tribunal.

Moses se mordió la lengua. Lo que más le molestaba era la tranquilidad de su hijo, su indiferencia.

Un penitente, vestido de ángel, era el enlace de un espeso grupo que escoltaba la estatua de santa Bárbara adornada de joyas y perlas de gran tamaño. Detrás de ella venían muchos más devotos que tenían en la mano cirios rojos y entonaban armoniosas letanías.

El ritmo de la procesión era apremiante: se exhibían riquezas enormes, suscitando en todos los presentes una sensación de profundo estupor, en un ambiente difuso de devoción.

«Esta religión nunca deja de maravillarme», pensó Moses.

Y miró aquellas caras, aquellos hombres, intentando comprender al menos alguno de sus pensamientos más ocultos.

En aquel momento llegaron, con meditada solemnidad, casi como si quisieran manifestar todo su poder, los hombres de la Escuela de San Juan Evangelista, con candeleros dorados, ochenta tazas y otros tantos pinceles, seguidos de más penitentes que oraban en voz baja portando grandes vasijas en la mano, trabajadas con incisiones que representaban a santos en oración.

La procesión salió del Palacio Ducal, desde la Porta della Carta, atravesó la iglesia de San Marcos, desfiló frente al príncipe y se dirigió a la plaza, donde se deshacía y se mezclaba con la multitud apretujada.

Moses vio con gran sorpresa un baldaquín sobre el que estaba posado el pie de san Martín, adornado con plata. Esos pedazos de cuerpos, aquellos pobres huesos, exhibidos así sin pudor, lo turbaban en lo más íntimo.

Cada reliquia de diferente origen que pasaba le provocaba las mismas reacciones con una monotonía creciente que a él mismo le fastidiaba.

Sus vecinos, en cambio, estaban fascinados con el espectáculo. Muchos, presos de una renovada emoción religiosa, oraban de forma frenética e intensa como si estuvieran convencidos, en aquel instante, del extraordinario poder de Dios. Otros, en absoluto silencio, permanecían inmóviles, impresionados por la ceremonia que se desplegaba frente a sus ojos.

Con gran estruendo, irrumpió un nuevo grupo de penitentes, poseídos, provocando un murmullo difuso entre los espectadores: uno de ellos, vestido de mujer, representaba a la Justicia con la espada en una mano y la balanza colgando de la otra.

Enseguida se presentaron más penitentes que llevaban en andas la cabeza cortada de santa Zentiliana adornada con lazos y plata.

Aquella visión provocó, una vez más, una gran exasperación en Moses que empezó a mirar alrededor y no dudó en admitir para sí mismo que sentía miedo, mientras su hijo permanecía mudo e impassible.

—¿Estás bien? —susurró a su hijo.

—Estoy bien. Pero estoy mejor si te mantienes en silencio.

—¿Sientes lo mismo que yo?

—A mí todo esto me da lo mismo.

En aquel momento la procesión cambió, aunque seguramente pocos espectadores se percataron de la diferencia. Mientras que, hasta entonces, las escuelas habían exhibido objetos preciosos de inspiración religiosa, la Escuela Grande de San Roque, fundada hacía poco pero ya muy ambiciosa, probablemente a petición de exponentes de la nobleza con autoridad, se presentó a la cita con pinturas que transmitían de forma alegórica mensajes políticos.

Primero los numerosos adeptos desfilaron frente al príncipe con cirios dorados que rodeaban un enorme crucifijo, para reafirmar la importancia de la fe en la vida de la ciudad lacustre. Después llegó un trono con el dedo de san Roque, una cesta de mimbre de raso carmesí llena de objetos de plata, seguida de veintiocho niños ruidosos vestidos de ángeles, y de una estatua de madera del santo inspirador de la escuela, de tamaño natural, cubierta de oro y plata y rodeada de hombres que tocaban, con gran pompa y estruendo, trompetas relucientes.

Lo seguía, llevado a hombros por hombres engalanados con vestiduras de color rojo fuego, un enorme san Marcos vestido de apóstol y, junto a él, una mujer que debía de representar la ciudad de Venecia y parecía que tuviera en la boca una paloma, símbolo del Espíritu Santo.

Moses consiguió leer: *Vidi lachrimas tuas*.

Venecia decía: «Te doy las gracias porque me has mostrado todo» y san Marcos respondía: «No tengas miedo de ellos, porque estoy contigo».

Los dos Conegliano contemplaron las figuras alegóricas que desfilaban frente a ellos, pero no se dieron cuenta de la novedad política que representaban, ni captaron el matiz significativo de que fuera una escuela, y no el gobierno de la ciudad, la que

lanzara un mensaje político que no figuraba en ninguno de los cuadros pintados en aquel período en las dependencias públicas.

«Abrabanel habría comprendido mejor que yo», pensó Moses con nostalgia.

Sobre los *soleri*, es decir, las tablas pintadas, había escritas leyendas asociadas a las imágenes.

En una de ellas se mostraba al Papa, con su mitra y un paramento sagrado todo de oro, junto a dos cardenales uno a cada lado, y frente a él se consumía entre las llamas el rey de Francia.

El soberano imploraba: «*Domine, adiuva me quia crucior iti hac fiamma*». El Papa respondía: «*Quare/registi fidem*», y los dos cardenales comentaban: «*Bonus erat ei: Si natus non/uisset*».

En otro *soler* estaba pintada la apoteosis de la Justicia posada sobre el globo terráqueo.

«*Nolite timere, cessavit ventus*» tenía una única interpretación posible: tras la tormenta causada por la liga de Cambrai las aguas se habían calmado y Venecia podía soltar un suspiro de alivio.

El juego era perfecto y la sugestión, muy bien preparada, era total. En este cuadro viviente de poderosos, la más poderosa era la Serenísima República, que sabía maniobrar con vigor y con gran fe en sí misma, y así lograba sobrevivir a las maquinaciones de los que pretendían arruinarla.

Moses permanecía mudo, estupefacto sobre todo porque la procesión no parecía tener fin.

—Nunca habría dicho que experimentaría emociones así.

—No exageres, solo son escenas de teatro —dijo Gabriele y añadió, en un tono de voz un poco más alto— terriblemente eficaces.

Este diálogo pareció molestar a un espectador cercano a ellos que los miró, por primera vez, con expresión enojada.

Entonces Moses calló y siguió observando los rostros de los hombres que desfilaban frente a ellos y, se veía muy claramente, sentían toda la importancia de ser actores y protagonistas del acontecimiento.

El espectáculo no tenía fin.

«En los próximos días —pensó otra vez Moses— encontraré quien me sepa explicar bien el significado oculto de este extraordinario desfile».

Irrumpieron doscientos penitentes, que se abandonaban a lamentos inconexos, llenando todo el espacio. Se quedaron unos minutos entre la multitud, después se alejaron a la misma velocidad con la que se habían presentado en escena.

Los sustituyeron frailes gigantescos que caminaban diciendo misa, desprovistos de todo oropel y sin plata.

Por fin se unieron los frailes de Santa Maria Grazia portando reliquias de todo tipo, entre ellas dos cabezas cortadas de plata, una de santa Ana y otra desconocida.

Moses sintió una intensa y renovada sensación de turbación e incredulidad, y una

vez más se quedó pasmado viendo que, en cambio, Gabriele miraba la escena con expresión de fastidio.

—Si pudiera, me marcharía —susurró Moses en tono nervioso.

—No deberías haber venido —le secundó Gabriele y añadió—: pero ahora compórtate, te lo ruego.

—¡Qué remedio! ¡Estoy rodeado!

Llegaron los padres del hospital de los Crociferi, con veinte angelitos, y después veinte más, con espadas de funda plateada y, como siempre, platas y reliquias: una pierna de san Gregorio Nazianzeno, la cabeza de santa Bárbara con decoraciones de plata: los padres que custodiaban el cuerpo habían decidido exhibir solamente la parte decorada.

—Cuando a nosotros se nos fue la mano hicimos el becerro de oro. Nunca, ni en los peores momentos, hubiéramos podido llegar a este punto —murmuró Moses.

Gabriele lo miró mal y le susurró al oído:

—¿Has venido aquí a entender o a protestar? ¿Qué te esperabas?

Moses lo observó angustiado. El comportamiento frío de su hijo era lo que más le preocupaba.

## El inquisidor en el monasterio

El juez Alvise Corner, uno de los tres superintendentes del monasterio, llegó al convento della Bragora a primera hora de aquella mañana, justo cuando en San Marcos estaba a punto de iniciarse la procesión.

Dos días antes, el Consejo Mayor se había visto obligado a ocuparse *sine strepitu* de una cuestión delicada, fuente de numerosas bromas y nunca afrontada con decisión, que estaba a punto de convertirse en un auténtico escándalo. Por este motivo Corner, que gozaba de buena fama, tenía el encargo de resolverlo.

El dux le había comunicado, aunque con extrema cautela, que estaba informado de los «desórdenes que se producían en los monasterios de doncellas» y que recordara que era necesario proceder con discreción, no a la manera de Priuli, que había propuesto quemar los conventos «libertinos con las monjas dentro», pero sí firmeza para devolver un poco de orden y evitar daños a la autoridad de la Iglesia y, también, del Estado.

El juez estaba preocupado. Sabía bien que las numerosas denuncias sobre los desórdenes en los conventos estaban ampliamente probadas, así que aquella visita matutina pondría en marcha un mecanismo difícil de detener.

Antes de presentarse en el convento de Bragora, un informador le había contado historias preocupantes: se murmuraba que tres monjas en estado de buena esperanza habían intentado huir, y que había un extenso comercio clandestino de copias de llaves.

El convento estaba desierto y tranquilo. Una monja lo acompañó a una salita y se quedó a la espera de que el juez le dirigiera la palabra.

—Vuestra excelentísima hermana Vittoria me ha dicho que vos, hermana Celestia, estáis bajo sospecha. ¿Sabéis por qué he venido?

—Para liberarme. Porque hace mucho tiempo que no siento vocación y quiero marcharme.

—¿Estáis segura, hermana Celestia, de que no hay en vuestro deseo ningún motivo terrenal?

—Lo confieso, señor, no puedo soportar esta vida a la que me veo obligada y quiero marcharme cueste lo que cueste. Si no me voy, cometeré pecado mortal suicidándome.

—Hermana Celestia, ¿no estaréis enamorada?

—Señor, para poder marcharme incluso me enamoraría de vos que ya no sois joven, aunque tenéis cara de buena persona.

—No soy ni bueno ni malo.

—Quiero marcharme. Aquí me tratan mal.

—Hermana Celestia, algún noble veneciano, aficionado al dulce sexo claustral,

¿os ha llevado por mal camino?

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir...

El juez Alvisé Córner se interrumpió y permaneció silencioso y dubitativo.

—Yo no quería ser monja de clausura. Me obligaron a serlo. Nunca he tenido vocación —dijo la mujer echándose a llorar.

—¿Conocéis al hijo del magistrado Zuan Francesco Frizier?

La hermana Celestia calló. Su rostro menudo y preso de una intensa palidez provocó la conmiseración del juez.

—Sé que un frutero de una calle junto a San Barnaba —añadió Corner— ha hecho un molde de cera de las llaves del monasterio y sé que los superintendentes han recibido el encargo de los Señores de la Noche de indagarlo. Parece que un tal Baldissera Merzanino ha confesado asustado su complicidad.

La hermana Celestia tuvo un sobresalto.

—Nunca he deseado ser monja. Nunca, nunca. Me obligó mi padre diciendo que iba a mandarme a un convento porque me amaba. No quiero hacerme vieja en este sitio como le ha sucedido a tantas mujeres desventuradas. Quien quiera que se quede, pero yo deseo marcharme enseguida, viva o muerta.

El juez calló, porque se sentía incómodo.

—Quiero ir al mercado y comprar comida para mi marido. Después también puedo ir a la iglesia y rezar a Nuestro Señor.

—Hermana Celestia, la República es clemente.

El juez Corner retiró la mano que la mujer intentaba besar y salió al patio lleno de inquietud. Todavía no sabía cómo, pero era necesario resolver aquel asunto sin hacer demasiado ruido.

## Moses Conegliano en la iglesia de San Marcos

Tras los primeros momentos de rigor y de formal solemnidad, fue como si los figurantes y los fieles se hubieran puesto de acuerdo para darse un respiro y la procesión se volvió un poco más desordenada.

Moses y Gabriele se miraron a los ojos: en cuanto la ceremonia terminara no podrían evitar hablar. Gabriele parecía resignado.

La multitud ya estaba desbordada y la confusión era indescriptible y, a pesar de que no quedaba sitio, la gente seguía llegando y empujando para intentar entrar en la iglesia y observar la procesión desde un sitio mejor.

«Aquí —pensó Moses— me siento muy incómodo. Veo cosas que no querría ver, que me son ajenas. No soporto esta forma de idolatría ni entiendo cómo se pueden mezclar las imágenes con la divinidad. La Serenísima República quiere que el mundo sepa que goza del favor de Dios más que el propio pontífice de Roma. Me parece paradójico. El calor, la muchedumbre, las reliquias me enojan. No puedo más y mi hijo, impasible y silencioso, me exaspera y me irrita más que nadie».

Tras un momento de relajación, la ceremonia había recuperado vigor. Llegó un *soler* que representaba al Papa con el birrete rojo y otro dedicado al dux, forrado con una capa de oro.

Moses estaba cada vez más nervioso y ya tenía bastante.

No tenía valor para confesarse a sí mismo que le molestaba, más que nada, verse obligado a admirar una exhibición coral de la pompa y del poder de aquel mundo que en apariencia ostentaba magníficas virtudes, pero en realidad había obligado a sus antepasados a vivir siempre en condiciones precarias. Tenía los ojos llenos de imágenes de cruces, de reliquias de santos, deoros y platas.

Moses se dio cuenta de que, de haber querido o de haber sido necesario, le habría sido imposible marcharse porque todos empujaban, sudaban, se agolpaban y nadie podía moverse. El ambiente se había vuelto horriblemente caluroso e irrespirable. Además, en la plaza todavía había grupos de personas que se sentían excluidas y continuaban protestando e intentando entrar a cualquier precio.

«Están todos locos —pensó—. He hecho mal en venir».

Atrajo su atención una riada de padres predicadores, casi cien, que precedían a dos famosos maestros de teología que llevaban grandes cirios en la mano. Parecían presa de una exaltación creciente, gritaban groserías y eran increpados con severidad, con recomendaciones o amenazas, por sus superiores que los escoltaban como perros guardianes. Por su comportamiento no le parecieron hombres de Iglesia, más bien marineros borrachos. El que estuvieran poseídos parecía agrandar a los fieles, que se contagiaban de su fervor paroxístico.

Un estremecimiento cada vez más grande alcanzó a la multitud y se apoderó de

cada individuo, partícipe y testigo de un acontecimiento memorable.

—Salgamos.

Pero se quedaron en silencio porque el murmullo de la gente, hasta entonces bastante intenso, se había apagado de golpe cuando habían aparecido los canónigos de San Salvador y de Sant Antonio, frailes que tenían fama de ser altos y guapos y gozaban de una inmensa popularidad.

Por fin aparecieron, portando solemnemente expuesta la cabeza de san Zorzi, de Santiago Pater Domini, el brazo de santa Lucía, la cabeza de san Cosme, veintidós severos monjes de San Giorgio Maggiore, vestidos de negro, y los de San Nicolò del Lido, menos austeros y vestidos de blanco. Ambos grupos entonaban letanías que se difundían por las bóvedas de la iglesia, en aquel momento iluminadas por el sol que tropezaba con los mosaicos dorados y reverberaba por todas partes creando reflejos irisados.

El imponente cortejo estaba a punto de acabar.

Moses, agotado, decidió que aquel era el momento de marcharse.

Mientras intentaba colarse entre la gente, el príncipe serenísimo decidió salir de la iglesia, lo que creó aún más alboroto entre los presentes que intentaban apartarse para dejarlo pasar.

Era la señal convenida.

Las campanas comenzaron a tocar a fiesta y la Marangona se impuso sobre las demás con su poderoso repique.

Las trompetas elevaron al cielo sus sonidos.

Los pífanos se introdujeron en el resplandeciente juego de tañidos que hacían vibrar la plaza.

El entusiasmo llegaba a las nubes.

—¡Viva *messer* san Marcos! —gritaban de todas partes.

En el dique, delante del Palacio Ducal, los navíos respondían disparando cañonazos que retumbaban y se perdían a lo lejos.

Alrededor de la plaza, los cantores de San Marcos habían comenzado a entonar cantos religiosos con voces resonantes.

La procesión estaba ya en su epílogo.

Los últimos frailes tenían entre las manos el Evangelio de san Marcos escrito por su propia mano, una tabla de madera con las espinas de Cristo y otras reliquias. Justo al final llegaron inesperadamente algunos obispos que daban la bendición, todos con paramentos sagrados bellísimos, y, al final, en pompa solemne, el patriarca con el vicario de San Marcos que daba también con gran solemnidad su bendición. Lo acompañaba un cortejo de autoridades venecianas: procuradores, cancilleres, protonotarios, superintendentes generales, jueces del Tribunal Supremo de la Quarantia, magistrados, nobles del Consejo de los Diez, caballeros y numerosos nobles con trajes escarlatas.

Era el solemne gran final.

La multitud comenzó a disolverse lentamente y a abandonar la plaza.

Moses y Gabriele Conegliano, que ya eran hábiles concededores de callejuelas y placitas, se escabulleron y pronto se encontraron solos en una calle junto al canal.

—Vamos, padre, seguro que estás trastornado.

—¿Tú no? —preguntó Moses en tono irritado.

—No, porque ya sabía de lo que se trataba: es parecido a las pequeñas procesiones de barrio, pero mucho más rica y solemne. Es su forma de honrar a los santos.

—¿No te escandaliza?

—Francamente, no —respondió secamente Gabriele, porque sabía que la conversación estaba virando hacia un punto peligroso.

—¿No te hastía?

—No experimento ninguna de tus intensas emociones, no me sofoca la ira. Por eso no me hastía. El mundo va así. No me parece que valga la pena tomárselo a pecho —respondió Gabriele con una expresión melancólica.

—No estaría tan preocupado si al menos tú mostraras una mínima atención a nuestros simples preceptos hebraicos.

Una sonrisita apareció en los labios de Gabriele.

«Me lo imaginaba —pensó—; la lengua pega donde duele la muela».

—¿Ahora no me dirás que te sientes atraído por estas cosas? —Moses no lograba dominarse.

—Padre, imagino que quieres oírme hablar con sinceridad.

—Hace mucho tiempo que no te oigo hablar. Te has encerrado en un mutismo que no mostrabas cuando eras muchacho.

—Esta ceremonia, estarás de acuerdo conmigo, es una manifestación de opulencia. Cada detalle tiene un significado. Puedo comprender tu indignación, porque sé qué piensan los judíos...

—¿Es que tú no lo eres? —lo interrumpió su padre.

—Por supuesto que sí. Pero sabes que no me alegro en absoluto de serlo. ¡No me gusta nada soportar la prepotencia y los atropellos de los que nos desprecian!

—Entonces, ¿cómo puedes ser amigo de ellos?

—Soy amigo de algunos, no de todos, y te aseguro que algunos de mis amigos ni siquiera se acuerdan de que soy judío.

—No me digas que las mujeres no se acuerdan de que eres judío —ironizó Moses.

—No, padre. No se acuerdan, a menos que haya luz.

—Te he dicho mil veces que debes tener más cuidado.

—Sabes que no tengo miedo.

—Eso no tiene nada que ver.

—¿No dices siempre que no se debe tener miedo de nadie y que debemos comportarnos bien?

—¿Te comportas bien tú? —preguntó Moses, utilizando el antiguo recurso retórico de los judíos que responde a una pregunta con otra pregunta.

—Te puedo asegurar que me comporto siempre según mi conciencia.

—Eso es lo que me preocupa.

—¿Quieres desahogarte, o quieres saber qué pienso y qué siento de verdad?

—Te escucho.

—En esta procesión no hay religión, no hay poder, sino algo distinto que nos confunde. Los miembros de la Escuela de San Roque han hecho estatuas de san Roque, san Marcos, la Justicia y una mujer vestida como Venecia, así como de dos reyes a caballo, el de España y el de Inglaterra que son aliados de Venecia. ¿Te acuerdas?

—Sí, lo he visto y ahora comprendo por qué el rey de Francia estaba frente a la bola de fuego.

—Mira, Francia ha perdido la fe auténtica, me lo dijo un amigo el otro día, y oponerse a Venecia, amenazarla, significa ser enemigo de Dios.

—Tú eres inteligente y sabes perfectamente cuáles son mis auténticos tormentos. Puede que no haya entendido toda la simbología de la ceremonia de hoy, pero sé perfectamente que esta no es la cuestión. Hay dos asuntos que me angustian. El primero es que tú no estés contento de ser judío. Nosotros somos un pueblo antiguo, muy serio.

—Terriblemente, padre —intervino Gabriele con mordacidad.

—Tenemos el sentido de la familia, casi nunca cometemos delitos y casi nunca nos emborrachamos.

—¡Entonces todos somos buenos!

—Por supuesto que no. No me gustaría que me tomaras el pelo. La verdad es que los dos sabemos cómo pensamos. Aun así, nos queremos y no deseamos herirnos.

—¿A dónde quieres ir a parar? —lo interrumpió bruscamente el joven.

—Mira, te lo digo sin rodeos: mientras yo viva, debes seguir siendo judío, después puedes hacer lo que te plazca. ¡No te conviertas en un idólatra!

—No era necesario que me lo dijeras. Ya lo sabía.

—Espero que, mientras tanto, te des cuenta de cuánto valen los otros. La procesión de hoy debería bastar para abrirte los ojos sobre su idolatría.

—Si es por esto, que sepas que no me engaño. Pero... —Gabriele, por primera vez, dudó antes de hablar.

—¿Qué?

—Quiero decirte que no tengo ningún deseo de cargarme todo el mundo sobre los hombros. Ser como los demás facilita mucho las cosas. Ser judío es como soportar una carga de más respecto a la que llevan todos los hombres por el simple hecho de existir. Tú eres fuerte y no puedes evitar llevarla. Pero todos no son como tú. Para mí ser judío es una angustia, una pesadilla cotidiana. Yo no pretendo cambiar el mundo. Me gustaría ser igual que los demás, no es un delito, ¿no? No soy ni ángel ni diablo.

¿No dices tú siempre que es necesario ser humanos?

Moses no contestó. Siguieron caminando en silencio. No se lo habían dicho todo, pero sabían que no estaban de acuerdo; aunque, a pesar de todo, se querían.

También sabían que quererse a veces no bastaba.

## Una noche de insomnio

Aquella noche Moses Conegliano no lograba dormirse. Dio vueltas y vueltas en la cama hasta el aburrimiento. Tenía calor, tenía sed, oía ruidos que venían de la calle, del tejado. El viento lo ponía nervioso.

No tenía sueño. Pero le habría gustado dormirse. Costara lo que costase.

Sabía qué lo perturbaba, pero no quería reconocerlo.

¡Aquella procesión! ¿Por qué había cedido a la curiosidad y había decidido asistir? ¿Por qué ahora no podía dejar de pensar en ella?

«¿Por qué me escandalizo? ¿Por qué toda mi piel, todo mi ser se rebela contra esos ídolos? ¿No podría ser más tolerante? ¿Es posible que deba ser fiel a nuestro culto del desierto hasta tal punto? ¿Hemos sufrido tantas persecuciones y yo todavía no me he cansado? ¿Todavía estoy convencido de que es importante que mis hijos sigan siendo judíos para que lo sean también los hijos de mis hijos? ¿Cómo es posible tanta fidelidad a una idea? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué significa para mí ser judío? No puedo hacer en una noche el balance de mi vida, pero no logro dejar de pensar en la cadena de generaciones de la que soy el último eslabón.

»¿Es posible que sienta hasta tal punto esta idea monoteísta? ¿Es posible que esta abstracción absoluta domine mi mente, mi corazón? El rabino Kalonimos, mi maestro, me hablaría de Abraham, que destruyó los ídolos y dejó el país de Ur para ir en busca de la tierra que el Señor le había destinado. Me hablaría de los judíos que vagaron durante cuarenta años por el desierto y no pudieron entrar en la Tierra Prometida hasta que toda la generación que había adorado el becerro desapareció.

»Para él todo es sencillo: solo había que estudiar siguiendo las interpretaciones de nuestros maestros. Para mí es distinto, no soy un *chacham*, solo soy un pobre mercader: intento comprender, pero tengo dudas, soy escéptico. Pero no olvido, ni por un momento, lo que está escrito en los Diez Mandamientos: "No construyas imágenes". En nuestras sinagogas no hay ninguna.

»Sé que las imágenes ayudan al pueblo, a las personas simples incapaces de abstracción porque tienen algo concreto ante lo que rezar. No son ídolos, son solo representaciones, dicen los cristianos. Pero ¿cómo se puede representar lo que es invisible? ¿Cómo se representa una idea?

»Nosotros estamos contra los ídolos, contra lo que pueda inducir a engaño a una persona y llevarla a creer que un ser mortal puede tener poderes sobrehumanos. Nosotros tenemos el Libro, la Torà, nuestra patria portátil que nos sigue en todos los exilios. Pero la Torà, aunque sea obra de Dios, no es una divinidad. Los judíos pueden interpretarla, cada uno a su modo, sin que nadie nos imponga una forma de pensar y esto nos permite ser libres. ¡La libertad tiene un precio altísimo! Nosotros rasgamos el sombrero en cuatro para seguir siendo libres como los que fueron

liberados de Egipto. Nosotros seremos siempre la generación que fue liberada de Egipto, de la esclavitud. En el desierto construimos el monoteísmo y durante siglos hemos sido fieles. No sé qué sentido tiene todo esto, pero lo creo.

»Nosotros queremos ser libres interiormente, pero también seguir viviendo en un mundo exterior que a menudo nos es hostil; tenemos un valor fuera del tiempo y fuera del espacio. Nosotros tenemos miedo de acabar siendo una pequeña minoría.

»¿Estoy loco por pensar así?

»¿Se me escapa algo? A veces estoy harto de las plegarias rituales, de las reglas minuciosas, pero, si no las siguiera, sería distinto a los demás judíos, sería expulsado de un grupo que siento mío; pero siempre seré judío, el reyecillo orgulloso que no se doblega y desea la libertad. Es duro verse obligado todo el día a recordar que se es judío. Debería observar seiscientos trece *mitzvot*: pero ¿quién lo hace? Algunas, encima, me parecen absurdas. Al menos nosotros tenemos reglas para vivir la vida de cada día, no para prepararnos para "la vida después de la muerte", como la llaman los cristianos. Es necesario intentar vivir como judíos, no morir como judíos. La muerte es un misterio.

»Por eso las reliquias me perturban: son el culto a los muertos. Nosotros amamos la vida. Y, después, todas esas calaveras, esos dedos cortados, esas carnes incorruptas... ¡qué horror! ¿Cómo se puede rendir tributo y rezar a unos pobres despojos humanos?

»Nada de imágenes, nada de ídolos.

»Señor Omnipotente del Cielo y de la Tierra, aunque no te rezara, aunque no existieras, aunque no existas, para mí no cambia nada.

*Shema Israel, Adonai Eloenu, Adonai Echad.*

Escucha Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es Único.

»Quiero seguir siendo fiel a nuestras ideas.

»No puedo ser distinto a lo que soy. No seré yo quien rompa la larga cadena de nuestras generaciones».

Este último pensamiento aplacó un poco su tumultuoso interior, y Moses Conegliano, mientras el cielo se volvía un poco menos oscuro y empezaba a entreverse el perfil irregular de los tejados de las casas y los agudos campanarios, logró adormecerse por fin.

## El arresto de Moses Conegliano

Por la mañana el silencio se rompió por el ruido metálico de la aldaba golpeando con violencia en el portal de la casa.

—Ya voy, ya voy —gritó una criada afanándose con los cerrojos.

Dos hombres altos, vestidos con un uniforme insólito, aparecieron frente a la puerta:

—Buscamos a Moses Conegliano.

La criada, sin responder, corrió a llamar a su amo.

El primero en llegar al patio fue Davide, quien preguntó:

—¿Sois Señores de la Noche o magistrados del municipio?

Los dos hombres se miraron con una mueca burlona y uno respondió:

—No estamos autorizados a responder a ninguna pregunta.

Moses llegó enseguida y, después de besar a su hijo, se dirigió hacia los dos hombres dispuesto a responder.

—¿Sois Moses Conegliano?

—Sí, señores —dijo y los siguió, sin poner objeciones, a la góndola que los esperaba.

Solo en el interior de la carroza, en la penumbra, Moses empezó a preguntarse quiénes serían sus misteriosos acompañantes. Más intrigado que asustado, se reprochó no haber dicho a Davide que informara a algún amigo de lo que estaba sucediendo y no haber tranquilizado a Sara, que siempre se ponía muy nerviosa.

Los remeros bogaban con ímpetu y experiencia, pero, a pesar de todo, el viaje fue bastante largo.

Con circunspección, al poco rato, Moses asomó la cabeza por detrás de la cortina y solo entonces se percató de que estaban llegando a una isla de la laguna frente a San Marcos, pero no distinguió cuál.

Intentó mirar mejor para orientarse, pero no le dio tiempo a darse cuenta de dónde estaba porque la barca se paró y los hombres que lo habían escoltado lo invitaron a bajar.

Frente a él había un alto muro con una puertecilla que se abrió instantáneamente. Sus acompañantes le hicieron entrar en un estrecho pasillo que acababa en una estancia de techo bajo, pero muy ancho y con numerosas ventanas protegidas con robustas rejas.

«De aquí solo saldré si ellos quieren y cuando quieran —pensó un poco desmoralizado, pero todavía bastante tranquilo, confiando que finalmente todo se resolvería—. De haber querido matarme, ya lo habrían hecho. Evidentemente me quieren vivo. Ni siquiera me han insultado, de modo que soy un huésped de consideración. Solo queda un problema: ¿por qué estoy aquí?».

La espera fue larga. En cierto momento la puerta se abrió y entró una mujer, pequeña, flaca, con un pañuelo en la cabeza, que llevaba una sopa de verduras y una jarra de agua.

—¿A qué personas retienen aquí? —preguntó Moses.

—A nadie.

—¡Entonces soy una excepción!

La mujer no respondió y salió.

Pasaron muchas horas hasta que vio que la luz del día comenzaba a debilitarse.

Como un jugador de ajedrez, al que le impidieran tocar las piezas del tablero, a pesar de haber pensado y repensado todos los movimientos, al final Moses empezó a sentir el peso de la tensión. Tanto porque había examinado muchas veces el extraño asunto en el que se encontraba metido sin llegar a ninguna conclusión útil como porque, en determinados momentos, había comenzado a imaginar las reacciones de sus familiares y su angustia creciente.

Cuando cayó la noche llegó, una vez más, la mujer flaca con una lamparita.

Le habría gustado preguntar: «¿A quién espero?», pero se contuvo, sabiendo que era inútil hacer esa pregunta.

Se apoyó sobre la silla acolchada y cerró los ojos, abandonándose a un ligero sopor.

Cuando la puerta se abrió con estruendo, se despertó de golpe y se puso, instintivamente, en pie. Frente a él, acompañado de dos criados bien vestidos, había entrado un hombre alto ataviado con refinamiento y de modales elegantes.

Se miraron en silencio: un noble veneciano envuelto en su rica capa bordada de piel y un judío vestido sobriamente de negro y con el gorro amarillo en la cabeza que los de su religión estaban obligados a llevar.

—¿Estoy arrestado? —preguntó Moses.

—No lo sé —respondió el hombre con una voz profunda—. Ya veremos.

—¿Quién sois? —preguntó Moses.

—¿Nos os parece insolente preguntarlo?

—No —respondió Moses—; estoy retenido desde hace muchas horas sin razón y querría saber no solo quién sois, sino también por qué estoy aquí.

—¿Todos los judíos son tan insolentes como vos? ¿Y también tan valientes? ¿O quizá es una característica de vuestra familia meterse en problemas?

—Os ruego que me disculpéis, caballero, si os he dado la impresión de haberos faltado al respeto. No era mi intención: es evidente que estoy en vuestras manos, aunque todavía no haya entendido por qué. Me he puesto nervioso injustamente. Espero que compartáis conmigo esta modesta opinión.

—No os falta arrojo ni os falta la capacidad de hablar, como no le falta a vuestros hijos.

Moses calló. Quería entenderlo mejor.

—Esto no es un interrogatorio, por ahora. ¿Sabéis lo que quiero de vos?

—La verdad es que no sé nada.

—Paradójico —dijo Francesco Sebastiano Giustiniani con una risita—. ¿Debería interrogaros y en cambio tengo que contároslo todo yo!

A Moses le pareció que su corazón latía con más fuerza, pero se esforzó por callar.

—A vuestro hijo Davide le habéis educado con sólidos principios, pero ¿no os ha dicho que se ha metido en problemas?

—¿Qué clase de problemas? —preguntó Moses con voz un poco temblorosa.

—Han pasado siete años, pero la justicia tiene una larga memoria. Vuestro hijo defendió a una mujer que estaba a punto de ser violada en su casa. Puedo pensar que vos estaréis orgulloso de él. Sin embargo se ganó un enemigo, al dar un golpe en la cabeza al agresor. Además, estaba acompañado de un pariente vuestro. Son hechos lejanos, pero desde entonces lo tenemos bajo vigilancia. Más cercana está la detención de vuestro hijo cuando fue a la iglesia dei Frari a escuchar el sermón de un padre. Estoy seguro de que no os contó nada porque logró escapar y volver a casa. Naturalmente, habríamos podido arrestarlo de nuevo. En aquel caso también me comporté con benevolencia. Ahora deseo ayudaros a ambos: a vuestro hijo y a vos. Estáis en mis manos. A cambio quiero vuestra gratitud y vuestra solidaridad. ¿Es cierto que los judíos sois poderosos?

Moses, que se sentía aliviado, respondió con ironía:

—¿Qué preferís que os responda?

—No estoy aquí para bromear. Deseo evitar más problemas a vuestra familia. Decidíos.

—Os estoy agradecido y estoy a vuestra disposición porque habéis ayudado a mi hijo.

—Cuidado, a vos también os ayudo. No lo sabe todo el mundo. Vos habéis estado en la iglesia de San Marcos durante las fiestas y sabéis bien que no deberíais haberlo hecho.

—¿Quién puede probarlo? —exclamó Moses sorprendido.

—No sois un buen actor. Es inútil que mostréis estupefacción.

—Solo fui para ver la procesión.

—No debisteis: ¡esto está claro!

—Entonces la culpa es mía y mi familia no tiene ninguna responsabilidad. ¿Son solo estos los cargos de los que se me acusa?

Giustiniani estaba a punto de responder impulsivamente, pero se contuvo y cambió de estrategia en el último minuto, decidió no hablar de Gabriele y guardarse una carta en la manga:

—¿Os parece poco?

Moses calló, y después, consciente de que no tenía elección y de que debía fiarse del hombre que tenía delante, dijo:

—¿Qué puedo hacer por vos?

—Aquí en la ciudad, vos lo sabéis, hay algunos nobles que desearían echaros. Otros aceptan que estéis aquí desafiando las homilías cada día más frecuentes de los predicadores. Pero casi todos están convencidos de que no podéis quedaros circulando libremente por calles y plazas.

—No entiendo qué quieren hacer con nosotros.

—Señor Conegliano, me complace ver que, a pesar de vuestra proverbial astucia, sois tan ingenuo como cualquiera.

—Nunca he dicho que seamos más valientes o más inteligentes.

—Todos, incluso los que os odian, están convencidos de que sois hábiles, astutos e inteligentes.

—Cuando queráis, señor, os presentaré a algunos de los míos que son terriblemente estúpidos, vos me presentáis a los vuestros y montamos un bonito concurso a ver quién es más estúpido.

Giustiniani lo miró con una sonrisa.

«Es simpático este judío bellaco, es un desvergonzado o solo es valiente», pensó.

—Veo que habéis recuperado el buen humor. Por mi parte puedo apreciar vuestro ánimo, pero os ruego que no exageréis. El objetivo de nuestro encuentro solo es uno: quiero que os pongáis al servicio de la Serenísima y, en concreto, quiero que estéis a mi servicio. Por supuesto, no podéis negaros.

—Así de entrada podría aceptarlo, en vista de que no tengo opción. Lo que no comprendo es por qué me otorgáis tanta importancia. Solo soy un mercader.

—Los mercaderes conocen a mucha gente y los judíos tienen relaciones con correligionarios suyos que viven en otros países...

—¿Qué poder pensáis que pueden tener los judíos, que son tan pocos, no tienen armas, no tienen aliados que los protejan, están en manos de la Serenísima República que los tolera de mala gana y puede hacer con ellos lo que quiera? De todos modos, habéis acertado. No puedo ni deseo negarme. Es más, estoy muy contento de haber encontrado a alguien que me da órdenes precisas.

Giustiniani lo miró evaluándolo y pensó: «Me está tomando el pelo. ¡Arrogante!».

—No es un problema vuestro —exclamó—. Soy yo quien decide cuánta importancia daros. Lo que quiero son informaciones sobre vuestra comunidad, sobre vuestros tráfico, sobre vuestros conocidos en el exterior. Vosotros, en cambio, no seréis denunciados a la autoridad eclesiástica, como sería lo normal. Una última cosa: debéis controlar a vuestro hijo Gabriele. Es más vulnerable que vos debido a su conducta disoluta y, disculpad mi franqueza, no me cae nada bien.

Terminó bruscamente la frase mordiéndose la lengua por haber dejado escapar el comentario. Para remediarlo añadió:

—He olvidado decirnos que soy... me llamo Francesco Sebastiano Giustiniani.

Esta inesperada presentación dejó a Moses Conegliano sin palabras. Tenía frente a él a un noble famoso por su amistad con el dux, considerado uno de los señores más influyentes de la ciudad. Evidentemente, aquel hombre conocía hechos e historias de

las que el propio Moses no tenía conocimiento y, además, tenía una buena memoria porque había pasado bastante tiempo desde que había hecho la estupidez de asistir a la procesión de San Marcos. A pesar de los modales autoritarios que Giustiniani había dejado traslucir, aquel hombre le inspiraba cierta confianza, si no por otra cosa porque en el fondo había protegido a su familia y no lo había sometido a presiones.

Giustiniani miró a Moses, que se había quedado pensativo en silencio.

—Volveremos a vernos —dijo—. Espero que podáis serme útil para lo que tengo pensado. Os pido que no habléis con nadie de nuestra conversación. Tenemos muchos enemigos.

—Si vos lo decís, tomo nota —respondió Moses sin ocultar un matiz de ironía, pero con la esperanza de que lo soltarían pronto.

—Una cuestión más —dijo Giustiniani.

Moses permaneció a la espera.

—Querría que me explicarais dos o tres cosas importantes sobre el judaísmo.

—Estoy a vuestra disposición todo el tiempo que sea necesario, toda la noche si lo deseáis.

—Bien.

—Solo con una condición.

Giustiniani miró con expresión inquisitiva e impaciente a aquel judío presuntuoso.

—Mandad un criado a mi casa para tranquilizar a los míos y os hablaré del judaísmo y de los judíos toda la noche.

—Acepto, pero explicadme enseguida ¿por qué no os convertís todos de una vez y acabáis con esta religión arcaica que os da tanto tormento? ¿Por qué no creéis en nuestro Redentor? ¿En qué consiste exactamente vuestra religión?

—Caballero, excusadme, ¿deseáis saber qué es el judaísmo o hacerme soportar una apología de la religión cristiana? A mí me da igual, pero los estados de ánimo con los que afrontar estas horas nocturnas serán distintos. Me explico mejor: si debo soportar la apología, me resignaré. En cambio, si debo ilustraros sobre por qué quiero seguir siendo judío, estaré más contento.

—Los judíos siempre tenéis razón, ¿no?

—¿Cómo podéis ser tan curioso y al mismo tiempo estar tan lleno de prejuicios?

—Siempre otra pregunta.

—Es una forma de afrontar los problemas sin la ayuda de los dogmas.

—No solo soy curioso. Me interesa la ortodoxia, pero también a los que se alejan de ella. Deseo entender el porqué del comportamiento de los hombres.

—¿Y lo conseguís?

El sol ya había bajado sobre la laguna y los últimos resplandores se extinguían sobre el agua.

## El Colegio de los Nobles

Zaccaria Dolfin, sabio del Consejo, llegó de buen humor al Colegio aquella húmeda mañana del 26 de marzo de 1516. De hecho, sabía, desde la noche anterior, que esta vez vencería la batalla y recibiría más de una satisfacción: no solo el agradecimiento de los ambientes religiosos cristianos cercanos a las tesis de los celosos predicadores, sino quizá también un reconocimiento oficial. Giovanni dell'Anzolina, un padre franciscano y aliado, le había dicho que movilizaría a sus amigos para que Dolfin obtuviera el cargo de magistrado del municipio al que aspiraba, en vano, desde hacía mucho tiempo.

En la puerta del Colegio encontró a un viejo conocido.

—Querido Zorzi —dijo con una pizca de aspereza en la voz—, no debéis defender a los judíos, están incómodos, son personas que solo piensan en el dinero, sus sinagogas son ilegales.

Paolo Zorzi lo miró con auténtica compasión.

—Querido Dolfin, no defiendes a los judíos que, por otra parte, son muy útiles para nuestra economía. No soy tan tonto como para manifestarme a su favor porque sé que, tarde o temprano, algún amigo tuyo me acusaría de corrupción. Pero tú ¿estás seguro de verdad de no haberte dejado corromper por alguien que nada tiene que ver con los judíos?

Los dos nobles discutían un poco en broma, un poco en serio. Para ellos el tema no era dramático. Se trataba, en el fondo, de un pequeño, pequeñísimo asunto de Estado que se resolvería sin demasiado ruido, aunque a menudo los ánimos se encendían en desmesura, incluso en cuestiones de poca monta.

—Sé que las sinagogas son ilegales —añadió Zorzi—, pero no me parece que molesten a nadie, pocos saben verdaderamente si existen o dónde están situadas. Solo son salitas.

—Los judíos no tienen fe...

—Si es por eso, ¿cuántos de nuestros ciudadanos no tienen fe?

—Vamos —dijo Dolfin—, no hagamos tantas historias, ¿por qué te molestaría tanto que el Colegio decida confinarlos a todos a aquella zona de la antigua fundición, en el Ghetto Nuovo, en un lugar considerado marginal y fácilmente controlable con algunos puentes levadizos y algunas cerraduras? Su presencia ha causado corrupción moral y nos ha lanzado encima el castigo divino y, en consecuencia, la derrota militar. Libres por la ciudad, estos descreídos son el origen de todos los males. Además, corren demasiados cuentos sobre médicos judíos que fraternizan con enfermos cristianos. Ya tenemos centenares y centenares de judíos en esta ciudad.

—Das demasiado crédito a ese fraile, me parece que se llama Rufino Lovato, de

la orden de San Francisco de los Observantes, que dice que es lícito privar a los judíos de su dinero y no dejarlos vivir en nuestra ciudad.

—Tonterías. Soy un gran amigo de Giovanni dell'Anzolina, famoso por su sabiduría.

—Ah, sí. Ese es bueno.

—Los hemos tolerado hasta que se produjo la crisis causada por la guerra. Están por todas partes, en San Polo, en San Stin, en Santa Maria Mater Domini. Mastro Lazzaro, un judío, ha fraternizado con cristianas. ¡No comprendo cómo puede no escandalizarte esto!

—Estoy harto de lo idiotas que sois —explotó el noble con manifiesta irritación.

Mientras tanto llegó Francesco Sebastiano Giustiniani quien, habiendo pillado al vuelo el tema de su conversación, intervino con una frase de circunstancias:

—Debemos permanecer unidos, si no la Serenísima correrá peligros tremendos y el pueblo saldrá perdiendo.

—No entiendo —dijo Paolo Zorzi—, el año pasado hablamos de lo mismo y no decidimos nada. Ahora de repente todos secundan a Dolfín. ¿Qué ha cambiado?

—Ha cambiado el ambiente. Franceses y austríacos no quieren enfrentarse, quieren dividir Italia y los turcos podrían atacarnos por la espalda. Debemos, digo debemos, reconquistar el favor de Dios. A los *Cattaveri* se les ha encargado la misión de vigilancia de estos infieles. Encerrémoslos en un lugar vigilado de noche, cuando las fechorías son más fáciles, y hagamos que dos barcos vigilen la isla del Ghetto Nuovo hasta la mañana.

Dolfín pronunció las últimas palabras de un tirón.

—¿Tal vez pagando ellos?

—Por supuesto, pagando ellos y, si alguien se aventura fuera del recinto, será multado una vez, dos veces y después, a la tercera, encerrado en prisión.

—Mejor los judíos que los montes de piedad cristianos, *longa manus* de la Iglesia de Roma —se entrometió el noble Tiepolo que pasó rápidamente y, antes de desaparecer, añadió—: la Iglesia querría destruirnos, con los judíos podemos hacer lo que queramos. ¿Sois tan ingenuos que no comprendéis la diferencia?

Dolfín se puso morado de rabia.

—¿Estás bromeando? ¡Te gusta jugar con fuego!

El noble Mocenigo, recién llegado, sudado y muerto de frío, con la cara sombría, parecía decidido a cargar las tintas:

—Los judíos son en esencia subversivos. Debemos controlarlos mejor y despojarlos de toda fuerza y toda riqueza. Quizá sean ellos los que incendiaron Rialto y el Arsenal.

—Has olvidado —le dijo Giustiniani en tono muy sereno— el terremoto y el *acqua alta*: supongo que también querrás achacarles eso. Sabes que tienen poderes diabólicos. ¿Quieres despojarlos de todas sus riquezas? Tú ya lo has hecho muy bien. No digo que hayas logrado expoliarlos completamente, pero sin duda aquellas tiendas

de Rialto, hace unos años, me acuerdo bien, se las arrebataste con engaños. Lástima que después se quemaran. ¿Tienes el valor de pensar en serio que la culpa es de los judíos?

Mocenigo, rojo de ira, primero no contestó y después explotó:

—¿Cómo sabes tantas cosas? Debes de ser un buen amigo de los judíos, si conoces estos asuntos secretos.

—¿Secretos? Toda la ciudad habla de ellos. Déjame en paz.

—Amigos —intervino Antonio Tiepolo—, no debemos sacrificar nuestros intereses para favorecer los de los demás. Si es necesario sacrificar a algunos por el bien de nuestra ciudad, sacrifiquemos a los judíos, que no solo son testarudos y no quieren reconocer la verdad de nuestra fe, sino que no tienen siquiera un Estado que los proteja. Y si un pueblo no tiene Estado ni protección política, significa que Dios lo ha abandonado.

Giustiniani, que después del largo encuentro nocturno con Moses Conegliano había aprendido a conocer un poco mejor a los judíos y su forma de pensar, habría querido añadir algo más, pero por la necesidad de no exponerse, se reprimió y no respondió.

La discusión se interrumpió y los nobles se dirigieron solemnemente hacia la sala de reuniones.

A poca distancia, al otro lado de la plaza de San Marcos, un pequeño grupo de judíos, medio escondidos, esperaba con gran preocupación enterarse de alguna novedad sobre su propio destino.

—Debemos organizar una delegación y hablar con la magistratura que esté encargada de esta desgraciada operación —dijo Simone Todesco.

—Quieren encerrarnos en un recinto con una sola puerta que se cerrará de noche y, encima, para más infamia, quieren que una góndola controle el canal dando vueltas a la isla y que nosotros paguemos el servicio —dijo un judío bajo y gordo que había llegado a la ciudad pocos días antes procedente de Ferrara.

—Y dicen que sería por nuestra propia seguridad. ¿Por qué no se encierran ellos en un recinto, por su seguridad? —preguntó beligerante un miembro de la familia Luzzatto.

—Los dueños de las casas del Ghetto están intentando sacar provecho: quieren un alquiler un tercio más caro que el precio normal.

Conegliano y Meshullam se acercaron al grupo que estaba charlando, primero en voz baja y, después, poco a poco, en tono cada vez más alto y airado.

—Acabamos de hablar —dijo Meshullam— con el señor Domenico Querini, uno de los supercónsules. Nos ha asegurado que no vale la pena mandar una delegación, que quizá todo quede en nada. Le hemos explicado que en un lugar periférico podríamos encontrarnos en peligro si fuéramos agredidos, lo que, como sabéis, sucede bastante a menudo.

»También le hemos expuesto —añadió— que habíamos hecho inversiones para

comprar locales, tanto en Rialto, que se han perdido, como en Merceria. Ahora no estamos en condiciones de reembolsar ni un ducado. Muchos de nosotros no aceptarán estar en la periferia de la ciudad, en una zona alejada de los comercios, y probablemente elegirán marcharse y, si se marchan, ¿quién pagará el oneroso impuesto que estos señores tienen la osadía de pedirnos?: quieren tantos y tantos ducados que acabarán por no obtener ninguno.

—Entonces, ¿pensáis que le habéis convencido?

—No —dijo Moses—, no les hemos convencido en absoluto.

—¿Por qué sois tan optimistas, entonces?

—Nuestras razones para no ir allí las conozco bien, son válidas, pero no tienen ningún peso real frente a los ataques de los predicadores y de sus aliados. De todos modos, cada uno de ellos tiene intereses de tipo económico con nosotros y quizá esto podría sernos útil.

—Pero también podría perjudicarnos —intervino Meshullam— porque podrían tener la tentación de robarnos todo lo que poseemos y dejarnos a nuestro destino.

Estas palabras cayeron como piedras: Meshullam y Conegliano callaron, mientras los demás charlaban todavía un rato, valorando hipótesis diversas, mostrando ahora optimismo ahora pesimismo.

En realidad, no solo no sabían qué hacer, sino que no sabían qué pensar. En aquel punto, tras haberlo intentado todo, ya fuera con medios lícitos o ilícitos, se daban cuenta de que solo podían quedarse allí, en el fondo de aquella plaza, en aquel día cada vez más húmedo, esperando alguna novedad.

## El nacimiento del Ghetto

En el Colegio, el debate sobre el destino reservado a los judíos fue más largo de lo habitual y sorprendentemente tenso, con algunas interrupciones para permitir que los ilustres señores discutieran en los pasillos y buscaran una solución que gozara de amplio consenso.

Los representantes de las casas apostólicas, Badoer, Sañudo, Tiepolo, Dolfin, Falier y Gradenigo, eran los más agresivos y demostraron que compartían por entero el punto de vista de los predicadores.

—Los judíos nos conducen al pecado —dijo Alvise Badoer—. Sería justo devolverlos al continente cuanto antes mejor, pero si se quedan aquí al menos que estén vigilados de noche y que paguen los impuestos que nosotros queramos.

Nicolò Bragadin, que, junto con Bembo, Córner y Giustiniani, pertenecía a la casa de evangelistas tribunicios, a pesar de condenar en apariencia a los judíos y mostrarse favorable a la instauración de un barrio cerrado de noche en el Ghetto Nuovo, propuso suspender la puesta en marcha del proyecto y aplazar cualquier decisión.

—Estamos todos contra los judíos, pero ¿por qué decidirlo ahora con el impulso de la impaciencia? Reflexionemos bien sobre cuál es la solución más conveniente para nosotros —dijo Bragadin—. Podría ser más útil crear para ellos un asentamiento en el continente, junto a la laguna. En cuanto a los médicos, todos los quieren porque saben curar. Sería injusto para los enfermos cristianos privarlos de estos expertos.

Esta última frase provocó algunas exclamaciones en el fondo de la sala.

Otros nobles tribunicios, como los Soranzo, propusieron que no se decidiera nada y se exploraran, en cambio, otras vías todavía más duras, pero más a largo plazo, congelando de hecho todos los suministros y mostrando, a corto plazo, comprensión con las súplicas que los judíos habían mandado al Colegio.

También en el interior del nutrido grupo de las casas ducales, las opiniones eran diversas, en apariencia estaban todos contra los judíos con invectivas bastante pintorescas, pero con matices que ocultaban estrategias diferentes. Entre el grupo vinculado a los Gritti, a los Malipiero, a los Friuli, se desataron ásperas discusiones con los Tron, los Barbarigo y los Mocenigo. En este caso, el tema del día era solo un pretexto y salían a colación antiguas hostilidades nunca aplacadas.

Pero, al final, tras muchas horas de enfrentamientos rápidos, se llegó a las votaciones: ciento trece a favor y cuarenta y ocho en contra. Se decidió que no solo todos los judíos habitantes de la ciudad deberían vivir en las casas del Ghetto Nuovo (cuyas puertas se cerrarían de noche), sino que en poco tiempo deberían llevarse todos sus almacenes, e incluso los médicos judíos tendrían que hacer lo mismo y trasladarse a aquel lugar.

Esta última decisión fue la que originó más división y discusiones polémicas, pero era inevitable, sobre todo porque los médicos, aunque fueran muy apreciados en la ciudad por su ciencia, eran especialmente odiados por los frailes, que los consideraban un peligro mortal: podían seducir a las mujeres, hacerse amigos de los enfermos y, curando los cuerpos de estos, podían pervertir sus almas.

De todos modos, se les concedió, en caso de necesidad, la posibilidad de salir de noche si un enfermo cristiano lo solicitaba. Pero el que abusara de tan extraordinaria liberalidad tendría problemas.

Los Cattaveri, Nicolò Bragadin, Alessandro Lippomano y Polo Bembo deberían velar para que las reglas se respetaran.

A finales de abril de aquel año de 1516 las deliberaciones del Colegio deberían entrar en vigor sin excepciones y sin vacilación.

Y así fue.

Entre los que estaban esperando, la noticia suscitó una gran consternación. Dominados por la tristeza y el nerviosismo, todos se dispersaron lentamente por las calles ya oscuras.

En pocas semanas casi quinientos judíos que habían vivido durante años en la ciudad fueron obligados a marcharse a la zona del Ghetto Nuovo, que les habían asignado benévolamente.

## SEGUNDA PARTE

1516-1527



## La enfermedad de Moses Conegliano

Fueron días difíciles para los judíos de Venecia pero todavía más difíciles, difícilísimos, para la familia Conegliano. Aunque, como sucede a menudo en la vida, un rayo de sol acabó por aparecer, inesperadamente, entre las nubes negras.

Tras las deliberaciones aprobadas por el Colegio, Moses, que se había autoconvencido de que no sucedería nada, se hundió física y psicológicamente.

Normalmente pensaba que era posible captar el sentido del discurrir de los acontecimientos y, quizá, prever la adversidad. En esta ocasión se dio cuenta, en cambio, de que era como un pedazo de madera arrastrado por la corriente impetuosa de un río, y esto le causó un profundo aturdimiento.

—No me encuentro bien —dijo fatigosamente—, siento un fuerte dolor en el pecho. Me siento hundido. Me voy a casa a dormir. Mañana continuaremos nuestra batalla.

Las últimas palabras las pronunció con resignación, quizá más para oír su sonido que por íntima convicción.

Aquella noche, rompiendo una costumbre que le agradaba mucho, no hizo la ronda de las habitaciones donde dormían sus hijos y, tras beber dos vasos de agua, se echó pesadamente en la cama en el silencio de una habitación que consideraba suya y que pronto debería abandonar.

A pesar del agotamiento y del cansancio, no lograba dormirse. Tenía calor, tenía frío, los labios y la garganta, abrasados y le parecía que la cabeza le latía como nunca lo había experimentado.

Quizá, en un determinado momento, logró también adormecerse o, por lo menos, tuvo esa sensación cuando lo despertó su hijo Davide.

Percibió algunas palabras confusamente.

—Abajo hay algunos judíos. Preguntan por ti. Son nueve y buscan a un décimo para hacer *minian* y decir alguna oración.

—No he oído ningún ruido.

—Dormías, pero tu respiración era distinta a la normal.

Moses se levantó con dificultad.

—¿Por qué acudís a mí en plena noche?

—Hemos decidido rezar *Baruch hashem*, bendito sea su nombre.

—¿Por qué no mañana por la mañana?

—Queremos darle las gracias.

—¿Por qué? ¿Por la mala suerte que nos ha caído encima y que está a punto de aplastarnos?

—Podría haber sido peor.

—Claro, claro, podría haber sido peor. ¿Y qué podría haber sido peor?

—Nos castigan por nuestros pecados.

—La conozco, conozco esta letanía askenazi. Sabéis que no estoy de acuerdo. No sé vosotros, pero yo me porto bien y no merecía... Esta historia de acabar en aquel lugar donde estaba la antigua fundición no me complace. De todos modos, si sentís la necesidad de rezar un poco para consolaros, aquí me tenéis.

Dio dos pasos, pero de repente le falló el equilibrio, perdió las fuerzas y se desplomó en el suelo.

Lo volvieron a llevar a la cama, mientras en la casa, Sara y Stella ya se habían despertado y, alteradas y preocupadas, rodeaban el lecho.

## El despertar

Lo primero que vio delante de él cuando se despertó fue la imagen desenfocada de un anciano que, sentado junto a su cama, lo miraba fijamente.

—Por fin —dijo Samuel Olper, dejando el libro de oraciones que estaba leyendo.

—¿Estás aquí como rabino o como médico? ¿Me estoy muriendo?

—No, estate tranquilo. Soy tu amigo. ¿Puedo hablar contigo?

—No deberías estar aquí.

—Cierto. Pero hace unos días supe que no te encontrabas bien y decidí venir a hacerte una visita, como médico y como rabino y, si me lo permites, sobre todo, como amigo de toda la vida.

—Para mí es una alegría verte, aunque preferiría no estar enfermo.

En aquel momento entró Sara con un tazón de caldo caliente para el rabino Olper quien, en cambio, se lo ofreció a Moses. Este se lo bebió ávidamente a pesar de que quemaba un poco.

Sara se acercó a él y le dio un beso.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Desde cuándo estoy en la cama?

—Te desmayaste hace dos días. No debes extrañarte de tu debilidad, no has comido nada. Has bebido, pero en una especie de sopor.

Sara le acarició con ternura la mano y después salió silenciosamente.

—¿Hago primero la visita o antes hablamos un poco?

—La visita después. Ya sé qué me dirás.

—Sigues siendo un presuntuoso. Veamos, ¿cómo estás?

Moses hizo un esfuerzo de memoria para recopilar las ideas y permaneció en silencio unos segundos.

—Mal, diría yo. Dentro de unas semanas nos veremos obligados a trasladarnos a una zona perdida del mundo.

—Lo sé, lo sé, pero no será una tragedia. Durará poco.

—No estoy tan convencido de eso. Tienen miedo de nuestras ideas, no están tan seguros de las suyas y quieren mostrarse fuertes.

—No, hombre, no, los papas en apariencia tampoco se fían de nosotros, pero en realidad eligen médicos judíos para que los curen. Yo no sería tan pesimista.

—Normalmente veo más lo bueno que lo malo, pero esta vez me siento terriblemente abatido. Hay muchos aspectos de este confinamiento que me atormentan. Lo considero una muestra de prepotencia totalmente exagerada. Este empeoramiento de las relaciones entre judíos y cristianos me parece absurdo. Nosotros somos pocos y no tenemos ningún peso político.

—Somos subversivos por nuestras ideas. Acabas de decirlo tú mismo —dijo Olper.

—No piensan lo que dicen: obedecen solo a la retórica de sus palabras y las consecuencias serán graves. Llegará un momento en que no tendremos adonde ir.

—No te había visto nunca tan pesimista —dijo el rabino Samuel Olper en tono grave. Después, intentando disminuir la tensión, exclamó—: El año que viene en Jerusalén.

Moses repitió las mismas palabras traduciéndolas mecánicamente al hebreo: «*Leshana abaa Jerushalaim*». Después añadió:

—Fantasías. Cuando vine a Venecia, estaba lleno de esperanzas. Las dificultades para llegar aquí fueron muchas, pero logré superarlas. Ahora lo veo todo negro.

—¿Sara no te consuela?

Moses calló y al rabino Olper le pareció oportuno no insistir.

—Sara —dijo Moses rompiendo su silencio— es una mujer inteligente con grandes cualidades, pero quizá nuestro matrimonio fue demasiado precipitado. Comprendí después que buscaba un nuevo padre. En cambio para mí, tras años de entumecimiento, su proximidad física ha sido una panacea.

—¿Ha habido incomprensiones?

—Bueno, ella es tímida, no le gustan mucho mis efusiones. A veces, cuando me acerco, me rechaza diciendo que no se encuentra bien.

—¿Últimamente ha mejorado?

—Nos queremos mucho. Pero después de la boda Sara tuvo una crisis, tanto de estado de ánimo como de salud. No comprendo del todo el motivo. Tal vez fuera el exceso de responsabilidades de una gran familia. Tantos hijos pequeños y muchas, demasiadas, responsabilidades para una chica tan joven. A esto debemos añadir la muerte prevista, pero no menos dolorosa, de su padre.

—¿Le habría gustado tener hijos?

—Nunca se ha podido quedar encinta. Por eso, hace un tiempo, recogimos a un bebé abandonado, fruto del amor entre un anciano judío y su joven criada: creo que ahora está contenta.

—¿Te gustaría que quedara encinta?

—Quizá sí. Me gustaría, sé con certeza que Sara no desea otra cosa. Piensa en ello cada día, pero quizá me considera demasiado viejo.

—Todavía podría suceder.

—No lo sé. Stella y Mandolín tampoco tienen hijos, quién sabe por qué. Me pregunto qué mundo les dejaremos. Ahora, sin embargo, tenemos el problema de abandonar esta casa e ir a parar quién sabe dónde. ¿Sabes lo que exclamó Asher Meshullam aquella noche en la plaza de San Marcos, cuando nos informaron de la decisión que se había tomado en Pregadi?

Olper lo miró interrogándolo con los ojos.

—Cuando el querer con el poder combate, el poder está por encima. ¿Has oído alguna vez un grito de dolor más dramático?

—Ha vencido el más fuerte, no me parece tan raro. Pero ya lo verás, *Kadosh*

*Baruch*, el Santo Bendito, nos ayudará.

—Mi pesar es que quería a toda costa venir a Venecia y ahora me encuentro en un callejón sin salida. En estos ocho años de permanencia en la ciudad, quizá también porque he exagerado con la beneficencia, he perdido mucho dinero. Sabes que todavía tengo niños pequeños, mis hijos y los hermanos de Sara.

—No te angusties. Cuéntame cómo te sientes.

—Bien, bien. De un humor sombrío, pero mucho mejor que aquella noche que me encontré mal. Acuérdate: llegaron en plena noche unos judíos askenazi, ¡locos de atar!, que querían dar las gracias a *Shaddai*, el Omnipotente, porque en el fondo no nos había sucedido algo peor.

—¿No estás de acuerdo?

—Por supuesto que no. Tal vez tú sí, en vista de que conservas el pensamiento retorcido de los askenazis.

—Ya estás otra vez siendo beligerante. Te veo en buena forma. Tengo una buena noticia para ti. Sara me ha hecho venir porque quería que te visitara: tenía miedo de que hubieras sufrido un ataque al corazón. Pero ella también quería verme. Tú tienes el carácter de siempre. Así que estás la mar de bien, y Sara, Sara está encinta.

—¡Sara! —gritó Moses.

La joven llegó corriendo y abrazó a su marido.

—*Mazal tov, mazal tov*, buena suerte, buena suerte —canturreó el rabino Samuel Olper.

## 46

### Saray Stella

La gran mesa estaba cubierta de flores.

Sara y Stella preparaban guirnaldas en silencio.

—Espero poder hacer rápidamente otras guirnaldas de magníficas flores — argumentó Sara— en honor del bebé que nacerá.

—¡Estoy tan contenta de que tengas tu propio hijo! —exclamó Stella impulsivamente y la abrazó.

—¿No te disgusta? —murmuró Sara conmovida—. Tenía miedo de que te sintieras mal, la verdad, teniendo en cuenta que tú... bueno, que tú y Mandolin todavía no habéis tenido hijos. Seguro que te sucederá lo mismo que a mí: te quedarás embarazada cuando menos te lo esperes.

—No lo creo. —Stella bajó la cabeza.

Últimamente su sonrisa radiante se había apagado, ya no jugaba con los niños y, de vez en cuando, Sara la descubría mirando al vacío.

—Mandolín me ha dicho que no quiere estar encerrado en el *chazer*, en el recinto, como un animal, y quiere marcharse. Dice que volverá pronto y nos marcharemos juntos.

—¿Tu padre lo sabe?

—No. Ni siquiera sabe que Davide se marchará con Mandolin. Se irán antes del traslado al Ghetto. Menos mal que tendrá que ocuparse pronto del nuevo heredero. Espero que no sufra demasiado con esta separación. Con Gabriele no tiene una gran relación, pero Davide es toda su vida.

—Estás un poco celosa.

—No, mi padre siempre ha sido extraordinario. Estoy contenta de que tú estés satisfecha por fin y de que él lo esté contigo. Este nuevo niño o niña será una bendición para nuestra familia. Sobre todo en este momento tan delicado. Nuestro padre necesita alegrías.

—Yo también espero que la marcha de Mandolin y de Davide no sea un nuevo golpe para él.

—Mandolin tiene la intención de darle una versión edulcorada. Solo le dirá que se van de viaje; después, poco a poco ya se verá. Además, podría ser que anularan este confinamiento. ¿No crees?

—No lo sé. No me siento capaz de decir nada. Creo que se trata de política y de religión al mismo tiempo. Es demasiado difícil para mí. No entiendo por qué la toman con nosotros. Podríamos llevarnos bien, aunque recemos oraciones distintas, ¿no te parece?

—Evidentemente no es así, aunque todos no son iguales —añadió Stella—. Mi padre me ha contado que el noble Giustiniani es un hombre curioso y piensa con la

cabeza.

—¿Quién es ese Giustiniani?

—¿No te contó mi padre que una vez lo llevaron a una isla?

—Sí, es verdad. Aquel día estuve muy angustiada. No me acordaba de que se llamara Giustiniani. ¿Es un noble?

—Es el soltero más codiciado de la ciudad. Tiene debilidad por las mujeres hermosas, pero al final parece que vive solo. Después de obligar a mi padre a ir a la isla y después de tratarlo con dureza —dijo Stella—, lo ha vuelto a ver muchas veces y al final entre ellos se ha creado una curiosa relación de amistad. ¿No te lo ha contado?

—Conmigo tu padre no habla mucho. Es amable, pero habla poco. ¿Todas estas cosas te las ha dicho a ti?

—No.

—¿Las has sabido por Mandolin?

—Sí.

—¿Por qué me hablas de ese hombre?

—Creo que fue él quien propuso a Davide y a Mandolin que se alejaran de Venecia. Ellos no me lo han dicho, pero yo estoy segura de que esta decisión es una idea de Giustiniani.

—¿Por qué tanta benevolencia?

—¿Te sorprende que de vez en cuando haya alguien capaz de apreciarnos?

—Ni mucho menos —exclamó Sara—. Estoy segura de que hay más personas que nos quieren que no que nos odian. De todos modos, estos pocos enemigos nos producen mucho dolor.

La guirnalda de flores estaba casi terminada.

—Hace meses que mi padre se ve con Giustiniani. Primero porque el noble quería saber todo sobre los ritos y las costumbres de los judíos, después porque quiere crearse una red de amigos fuera de la nobleza. Sé que vendrá a visitar a mi padre aunque esté en cama, y que será pronto. Además, sé que Mandolin y Davide se marcharán con un salvoconducto de la Serenísima en el bolsillo e imagino que habrá sido Giustiniani quien se lo ha proporcionado.

—¿No te parecen raras estas amistades?

—Ya lo creo. Me parece más normal que sean los plebeyos los que nos aprecien. Nosotros nos parecemos más a ellos. La nobleza, con sus riquezas y sus pompas, nos queda lejos, pero evidentemente este Giustiniani es distinto a los demás.

—Mejor tener amigos que enemigos. En cualquier caso, cuando nazca el nuevo pequeño o pequeña Conegliano ya estaremos en una de las casas del Ghetto y de noche cerrarán los portales para que no podamos salir —concluyó Sara insinuando con los labios una ligera sonrisa mientras en los ojos tenía una expresión amarga y confusa.

## La visita de Giustiniani

—He sabido que vuestro estado de salud había mejorado —dijo Giustiniani en tono afable.

Moses sonrió y preguntó:

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que nos vimos, por decirlo de algún modo, por primera vez? Entonces no fuisteis nada amable. No me disteis una buena impresión.

—Nunca habría dicho que en pocos meses nos haríamos tan amigos —continuó Giustiniani en tono relajado.

Se había reunido varias veces con Moses Conegliano y había descubierto que, como este había afirmado, el supuesto poder de los judíos estaba realmente sobrevalorado. La mayoría eran pobres, si no directamente miserables. Las familias ricas eran pocas. Las cuestiones que se debatían en los grupitos estaban relacionadas en general con su supervivencia, con los ritos, con la vida cotidiana, o también con las relaciones obligadas con el gobierno de la Serenísima. Algunos sí tenían conexiones y vínculos con correligionarios dispersos por varios lugares del Mediterráneo, pero esto les servía como mucho para su comercio. De noticias políticas sabían poca cosa, nada que los espías de la Serenísima no conocieran, y con mayores detalles. De todos modos, su relación con Conegliano, en lugar de interrumpirse, se había afianzado. Ahora el noble ya no buscaba al judío porque pudiera serle útil, sino al hombre que le despertaba asombro, interés y un sentimiento que Giustiniani reconocía que era cada vez más parecido a la amistad.

—Ni siquiera se me habría ocurrido. Cómo podría haber pensado que un noble veneciano fuera tan curioso con nuestras costumbres —respondió Moses.

—Todo me produce curiosidad, incluso las herejías que abundan en Alemania. ¿Sabéis algo de ellas?

—Ya tengo tantos problemas como judío que no puedo permitirme ocuparme de vuestras herejías cristianas —intervino Moses con cierta satisfacción.

—He venido a explicaros por qué no he podido ayudaros e impedir la decisión del Colegio.

—Gracias. ¿Estáis seguro de que es irreversible?

—Al menos por el momento no hay esperanza.

—¿Comprendéis ahora por qué me eché a reír cuando pensabais que éramos poderosos?

—Todos lo decían y debo admitir que yo mismo lo pensaba. Pero hay una cuestión sobre la que no he cambiado de idea.

—¿Cuál?

—Mostráis una capacidad de resistencia que es increíble.

—¿No veis que me habéis confinado en una cama desde hace al menos dos semanas? ¡No me parece una gran demostración de fuerza!

—Grande vuestro dolor, grande vuestra cólera. ¿Por eso habéis sufrido del corazón?

—Puede ser. Mi querido amigo el rabino Samuel Olper, al que vi hace unos días, dice que mi corazón vaciló, pero después llegaron también buenas noticias. Estoy a punto de ser padre. Por fin mi esposa está embarazada, justo pocos meses después de la llegada a casa del bebé judío abandonado por sus padres.

—Sois una gran familia. Yo estoy solo.

—Casaos.

—¿Pensáis que mi soledad se desvanecería?

—Al menos durante un tiempo creo que sí.

—Tendré en cuenta vuestra recomendación, pero volvamos a nosotros. Debéis quedaros y no salir de la ciudad. Vengo a pedíroslo de parte de un grupo de amigos.

—¿Los mismos que no hicieron nada por impedir esta vergüenza de encerrarnos con llave todas las noches, vigilados por una góndola pagada, encima, por nosotros?

—En este momento, en Venecia, la batalla entre diferentes grupos de nobles es muy enconada. Algunos de nosotros no quieren de ninguna manera que lleguen los montes de piedad y que la influencia del Papa sea incontrolable.

—¿No os parece paradójico pedirnos a nosotros este sacrificio?

—La vida es casi siempre una paradoja. Es necesario acostumbrarse.

—Señor, puedo estar de acuerdo con vos, pero esto no me consuela. Me habéis ayudado defendiendo a mi hijo Davide. No habéis dicho a nadie que me visteis en la iglesia de San Marcos durante la procesión. Os debo algo, más que algo, y no tengo ninguna intención de marcharme de esta ciudad. Pero clamo justicia y, mientras tenga fuerzas, insistiré con vos, pero no solo con vos, para que la decisión se anule. Mi hijo nacerá en el Ghetto. Me habría gustado que fuera libre.

—¿Os quedaréis todos?

—Esto no puedo prometéroslo. Muchos quieren marcharse. Evidentemente no querría ocupar yo solo toda la zona del Ghetto.

—Sois muchos.

—¿Muchos? Somos poco más de quinientos. Si se quedan la mitad podéis daros por satisfechos.

—Os lo digo porque ya entre nosotros existe confianza y no quiero dejar zonas de sombra. Podría haber hecho castigar a vuestro hijo Gabriele. No lo he hecho y no lo haré solo porque es vuestro hijo.

Moses lo miró silencioso y preocupado.

—Vuestro hijo Gabriele, sé que lo sabéis, lleva una vida libertina y, lo que es peor, frecuenta los conventos. Lo hacen muchos nobles, pero para ellos es más fácil salir impunes si están protegidos. Para Gabriele el riesgo es alto, ¿me comprendéis?

Moses permaneció todavía en silencio, enmudecido.

—Mi misión es saberlo todo, no para mí, sino para la Serenísima República. De todos modos, sé demasiadas cosas y esto influye también en mi forma de ver el mundo.

—Queréis decir que me he hecho amigo del jefe...

—Digamos que sí, si os complace llamarme así. Esto es peligroso, porque sabéis cosas que no deberíais saber, pero también una ventaja porque gozáis de mi protección y de la de la Serenísima.

—De noche, en el Ghetto estaré protegido, ¿queréis decir?

—Es una situación provisional. Pasará.

—Mi optimismo de estos días me dice que se necesitará un siglo y me gustaría saber cuál de mis nietos se liberará de este yugo.

—Dejaos de previsiones y vaticinios que son poco útiles. Volved a la realidad. Tommaso Vianello, el que era vuestro criado, era mi informador. Le pagaba mucho más que vos.

—Yo siempre pagué bien al canalla.

—No lo pongo en duda, pero yo le pagaba mejor. Alvise Córner, superintendente del monasterio, es un protegido mío. No he querido que testificara contra Gabriele por aquel asunto del convento. Tuve dificultades para frenar su celo. Por otra parte vuestro Gabriele, agredido por un sicario en las dependencias de un enemigo suyo, se salvó milagrosamente precipitándose al agua frente al Palacio Ducal y nadando.

Moses había palidecido.

—¿Cómo hacéis para saberlo todo?

—Sé también que se relacionaba, y tal vez todavía se relaciona, con la hermosa Angela Barbarigo, que también ha estado conmigo y con muchos otros. En suma, vuestro Gabriele debe tranquilizarse. O quizá fuera mejor que se marchara de Venecia.

—¿Esta es una visita de cortesía o una nueva estrategia para que me dé un ataque al corazón?

—Estos hechos, incluso los detalles, vos ya los conocéis y sabéis que vuestro hijo Gabriele sufre por la misma condición que en cambio a vos tanto os complace.

—¿Qué queréis decir? No os comprendo.

—Es sencillo: a él no le gusta ser judío y a vos sí. ¿O me equivoco?

Moses no respondió.

—A vos —continuó Giustiniani— os complace desafiar al poder, y a él le complace pertenecer al poder.

—¿Y a vos?

—Os parecerá raro: yo nací dentro del poder y el poder para mí no es un problema, sino una costumbre. En cualquier caso aprecio muy poco a vuestro hijo, mientras que por vos siento un verdadero respeto y una gran amistad.

—Entonces, ¿todavía pensáis que puedo seros útil de algún modo?

—No seáis mezquino. Pensaba que teneros de mi parte podría serme útil. En

cambio ahora pienso que me necesitáis más vos a mí que yo a vos, pero nunca se sabe, y es bueno saber que alguna vez se puede ser útil a alguien.

—En mi vida había vivido una situación tan extraña, pero no será la última, espero. Habéis sido sorprendente en estos meses, pero hoy, quizá por complacer a un hombre enfermo, ¡lo sois todavía más!

—¿Sabéis qué me gusta de vos?

—Os escucho.

—A pesar de la adversidad, sabéis mirar al futuro con confianza, con fuerza y con esperanza.

Moses sonrió débilmente y replicó:

—No desearía gustaros menos, pero no creo que reaccione siempre de esta manera.

## 48

### El «seder»

Moses llegó a casa cuando la mesa ya estaba puesta.

—¿Cuántos seremos?

—Unos treinta —respondió Sara—. Están los Alpron, los Luzzatto, los Hazan, los Polacco, los Todesco.

—Espero que no te hayas fatigado demasiado.

—Lo ha hecho todo Stella con la ayuda de la esposa de Simone. Los chiquillos se han portado muy mal.

—¿Habéis eliminado de la casa todo el *chamez*?

—No es el primer *seder* de Pascua que preparamos.

—Esto ya lo sé, pero es el último en esta casa. El año que viene, quién sabe... pon una silla más. Vendrá un invitado.

—¿Quién?

—Ya lo verás.

—¿Quién?

—En realidad no lo verás. Vendrá con máscara y con una capa negra y no hablará.

—¿Con máscara?

—Una máscara blanca.

—Estás bromeando, supongo.

—Ya lo verás. ¿Has buscado todos los pedacitos de *chamez* a la luz de las velas? Si no los encuentras, se convierten en polvo de la tierra.

—No te preocupes, lo hicimos anoche. Ahora está todo listo: los tres *mazzot shemurot* se han preparado con especial cuidado y ya están en el plato del *seder*.

—Le he explicado a nuestro huésped enmascarado que esta es la fiesta de la libertad, y que muchos símbolos sirven para recordar una huida tan precipitada que no hubo tiempo de hacer fermentar la comida.

—Ya está. ¡Todo está en la mesa! —gritó Stella desde el fondo.

Un grupo de chiquillos de diferentes edades se precipitó sobre las mesitas dispuestas al lado de la larga mesa principal.

Al final se sentaron desordenadamente mientras la luz de las lámparas iluminaba las caras alegres y un poco enrojecidas.

—¿Y Gabriele dónde está? —preguntó Davide a su padre.

—Tu hermano dice que esto le aburre. No vendrá.

Un criado hizo pasar a un hombre alto con una máscara blanca y una capa negra.

—¿Quién es? ¿Quién es? —gritaron los niños.

—Podría ser el profeta Elías —dijo Moses y, volviéndose hacia los sorprendidos familiares, añadió—: En nuestra mesa se sienta hoy un amigo de nuestro pueblo y de mi familia. Acogedlo con bondad. Desea asistir, pero por ahora no se dará a conocer.

Podría correr peligro y podría hacérselo correr a nosotros. Ya sabéis lo que dicen: quien es pobre y no puede organizar el *seder* o quien está lejos de la familia es invitado. A nuestro amigo también le gustaría hacer un *seder*, pero no puede organizarlo por motivos personales, ¿no es cierto?

El hombre de la máscara asintió con la cabeza.

—¿Quién empieza? —preguntó Stella.

—*Kadesh* —gritó desde el fondo Luzzatto.

—*Kidush* —dijeron riendo los niños, que querían ponerse aquella jarra de vino en los labios para demostrar que estaban creciendo. Uno de ellos vertió el vino sobre el mantel blanco provocando las primeras protestas femeninas.

—Empezamos bien.

—*Baruch atah Adonai Eloenu rnelech aolam bore meore aesh*. Bendito tú, oh Señor, creador de las fuentes de luz.

—*Urjatz*.

—Se lavan las manos sin recitar la bendición.

—*Carpas*. ¿Quién moja en el vinagre un pedazo de apio?

—*Jajatz*.

Moses rompió en dos el segundo pan ácimo y dejó la mitad sobre el mantel como *afikomen*, recitando y canturreando en voz alta:

—*Afikomen*.

Los niños de la mesa de la izquierda se echaron a reír. Todos se volvieron a mirarlo.

—¿Por qué os reís?

—¡Ha entrado el gato de Dolcetta! —gritaron mientras el gato, que se había convertido en una bestia grande y rolliza, saltaba sobre la mesa.

—¿Qué significa *afikomen*? —preguntó el hombre de la máscara, rompiendo de repente el silencio que se había impuesto.

—No se sabe. Podría ser una palabra griega, quizá hebrea o quizá medio hebrea medio griega. En cualquier caso quiere recordar que, acabada la comida, no se vuelve a comer hasta la mañana siguiente. Normalmente hacemos una especie de juego: los adultos lo esconden y los niños lo buscan.

—¿El apio?

—Sí, recuerda la amargura de la vida en Egipto.

—*Magghid*. ¿Quién lee?

—Mandolin —contestó Stella.

—Silencio. ¡Comienza la lectura de la *Haggadá*!

—«Este es el pan de la aflicción que nuestros padres comieron en tierra de Egipto. Toda persona que tenga hambre acuda a comer y toda persona que tenga necesidad acuda a celebrar *Pesaj*. Este año estamos aquí, pero el año que viene estaremos en tierras de Israel. Este año estamos aquí como siervos, pero el año que viene estaremos en tierras de Israel».

—¿Lo creéis realmente? —preguntó en voz baja a Moses el hombre de la máscara.

—Entre nosotros no existe una regla única. Los hay que lo creen y los hay que no lo creen. Decirlo nos da la esperanza de libertad. Sabemos que la libertad no es una conquista definitiva, sino el fruto difícil de una lucha de cada día y al mismo tiempo nos adaptamos, nos organizamos mentalmente.

—*Ma nishtana halaila aze micol allelot?* ¿Qué diferencia esta noche de todas las demás? ¿Por qué las demás noches comemos pan fermentado y esta noche solo *matzai*? ¿Por qué las otras noches comemos todo tipo de verdura y esta noche solo hierbas amargas? ¿Por qué las otras noches no mojamos la verdura ni siquiera una vez y esta noche dos veces? ¿Por qué esta noche estamos solo apoyados sobre el codo? El rabino Elazar Ben Azaria dijo: «Tengo casi setenta años y no he tenido el placer de que se decidiera recordar de noche el acontecimiento de la huida de Egipto y esto hasta que Ben Zoàa no lo explicó en la frase "para que puedas recordar el día en que saliste de Egipto todos los días de tu vida"».

—Como salimos de Egipto —exclamó desde el fondo Alpron, mientras su esposa intentaba hacer que se callara— saldremos también del Ghetto.

—En el Ghetto no entraremos nunca —le respondió Isaac Polacco, que estaba al otro extremo de la mesa—. Nos pedirán dinero, no se lo daremos y nos quedaremos fuera.

—*Rochzà.*

Se lavaron las manos y se recitaron algunas bendiciones.

Los niños pasaron por todos los huéspedes con una jofaina y una garrafa llena de agua, para que todos pudieran ejecutar las minuciosas prescripciones rituales del lavado de manos.

Mandolin, mientras tanto, seguía leyendo rápidamente el texto hasta que alguien lo interrumpió:

—¡Más despacio, no puedo seguirte!

—Mandolin —explicó Moses a su misterioso vecino— ahora está leyendo un fragmento de origen antiguo, pero todavía actual. La Torà nos da su enseñanza presentándonos cuatro tipos de hijos: el sabio, el malvado, el ingenuo y el que no sabe plantear las preguntas.

—«¿Qué pregunta hace el sabio?: "¿Cuáles son las normas que el Señor nuestro Dios nos ha encomendado?". Y tú respóndele que, según las prescripciones de *Pesaj*, tras haber comido el cordero pascual, está prohibido comer otra cosa».

—Pero ¿qué significa este rito para vosotros? —preguntó el hombre de la máscara.

—Esto —respondió Moses con una sonrisa— es precisamente lo que plantea el malvado cuando pregunta: «¿Por qué hacéis estas cosas para vosotros y no para él?». Ahora, como se ha excluido de la colectividad y ha negado la existencia de Dios, tú avergüénzalo y respóndele: «Por lo que el Señor me hizo a mí cuando salí de Egipto.

A mí y no a él porque si él hubiera estado presente no habría sido liberado».

Moses continuó:

—«¿Qué pregunta hace el ingenuo?: "¿Qué es esto?". Tú respóndele: "Lo hacemos porque el Señor, con mano poderosa, nos hizo salir de Egipto, de una casa de esclavos". Para el que no sabe plantear las preguntas, tienes que iniciar tú el discurso refiriéndote a lo escrito: "Tú, en aquel día, contarás esto a tu hijo: yo hago esto por lo que el Señor me hizo a mí cuando salí de Egipto"».

En aquel momento Mandolin paró de canturrear y dijo a Simone Todesco:

—¡Te toca!

—«Dios dijo a Abraham: "Has de saber que tus descendientes serán extranjeros en una tierra que no es suya y cuyos habitantes los harán esclavos y los oprimirán durante cuatrocientos años; pero yo juzgaré al pueblo al que ellos habrán servido, después de que ellos se marchen con grandes riquezas". En toda época ha habido quien se ha levantado contra nosotros para destruirnos, pero Dios Santo y Bendito nos ha salvado de sus manos. *Vaiareu*. Los egipcios nos maltrataron como dice la Torà: "¡Ánimo! Afrontémoslos con inteligencia para que no se multipliquen y no suceda que en caso de guerra puedan unirse a nuestros enemigos, luchar contra nosotros y dejar el país"».

—Me parece entender que en el pasado habéis tenido algunas dificultades —intervino en tono irónico el hombre de la máscara.

—*Vaieannunu*. Nos oprimirán. La Torà narra: «Impondré sobre los supervivientes la misión de oprimirlos con vejaciones. Y ellos construirán para el faraón las ciudades depósito de Pitoni y Ramsés». Impondré una pesada esclavitud. La Torà dice: «Los egipcios hicieron trabajar como esclavos a los hijos de Israel con crueldad. Y alzamos nuestro grito al Señor Dios de nuestros padres y el Señor escuchó nuestras voces y vio nuestra aflicción y nuestro dolor y nuestra opresión, y el Señor hizo justicia y llegaron las diez plagas *dam, zefardea, kinnim, arov, dever, shejitt, barad, arbé, joshej, macat bechorot*».

Los niños, a coro, canturreaban, repitiendo los nombres de las diez plagas: *dam, zefardea, kinnim, arov, dever, shejin, barad, arbé, joshej, macat bechorot*.

Sangre, ranas, piojos, moscas, animales feroces, mortalidad de los animales domésticos, sarna, granizo, langosta, tinieblas y muerte de los primogénitos.

—Este texto no es una leyenda como me habíais dicho. Es un auténtico manifiesto político, prácticamente subversivo. Creo entender cómo habéis logrado sobrevivir —murmuró el hombre de la máscara y después calló.

—La libertad buscada y anhelada ayuda no solo a todo el pueblo, sino también al individuo a buscar su camino en un mundo a menudo violento y trágico —sentenció Moses.

El canto, mientras tanto, seguía envolviendo a todas las personas sentadas en torno a la mesa.

*Illu otzianu mimi zraim velo assa baem shefatim.*

*Si Él nos hubiese liberado de Egipto, sin haberlos juzgado, sería suficiente. Daienu.*

*Si Él hubiese juzgado a los egipcios, sin haber ajusticiado a sus dioses, sería suficiente. Daienu.*

*Si Él hubiese ajusticiado a sus dioses, sin haber matado a sus primogénitos, sería suficiente. Daienu.*

*Si Él hubiese matado a sus primogénitos, sin habernos dado sus bienes, sería suficiente. Daienu.*

*Si Él hubiese abierto el mar, sin dejarnos atravesar en tierra seca, sería suficiente. Daienu.*

*Si Él nos hubiese dejado atravesar en tierra seca, sin haber ahogado a nuestros opresores, sería suficiente. Daienu.*

*Si Él hubiese ahogado a nuestros opresores, sin sustentarnos cuarenta años en el desierto, sin alimentarnos con maná, sería suficiente. Daienu.*

*Si Él nos hubiese sustentado cuarenta años en el desierto sin alimentarnos con maná, sería suficiente. Daienu.*

*Si Él nos hubiese alimentado con maná, sin darnos el sabat, sería suficiente. Daienu.*

*Si Él nos hubiese dado el sabat, sin conducirnos al monte Sinai, sería suficiente. Daienu.*

*Si Él nos hubiese conducido al monte Sinai, sin revelarnos la Torà, sería suficiente. Daienu.*

*Si Él nos hubiese revelado la Torà, sin conducirnos a la tierra de Israel, sería suficiente. Daienu.*

*Si Él nos hubiese conducido a la tierra de Israel, sin construir para nosotros el Templo Sagrado, sería suficiente. Daienu.*

*Si Él nos hubiese dado una sola de estas gracias, sería suficiente. Daienu.*

Esta última oración exigía la respuesta coral «*Daienu*». Sería suficiente.

La alegría ya se había apoderado de todos y nadie se acordaba de aquella singular figura enmascarada que había venido a cenar.

Cuánto debemos estar agradecidos al Señor que nos hizo huir de Egipto, hizo justicia con los egipcios, hizo justicia con sus dioses, mató a sus primogénitos, nos dio sus riquezas, partió para nosotros el mar Rojo, nos hizo atravesarlo en seco, ahogó a nuestros perseguidores, proveyó nuestras necesidades en el desierto durante cuarenta años, nos alimentó con el maná, nos dio el sabat, nos acercó al monte Sinai, nos dio la Torà, nos hizo entrar en Erez Israel y nos construyó el Templo para hacernos expiar nuestras culpas.

—¿Cómo puede comer con la máscara? —preguntó un niño.

Con voz profunda el hombre respondió:

—Gracias por invitarme. Ahora me retiro. Os deseo una buena fiesta y a vosotros, niños, ya os mandaré unas máscaras.

Moses lo acompañó a la puerta.

—De haber estado en el Ghetto no habría podido invitaros.

—Durará poco. Estoy con vosotros. Los judíos me gustáis.

—¿No podríamos seros indiferentes?

—Me temo que no.

—Habéis venido a visitarnos empujado por la curiosidad, como yo cuando fui a la iglesia.

—Estamos en paz, entonces.

—Me temo que no. Yo fui a escondidas, vos sois mi invitado. Yo me vi obligado a ocultar mi rostro. Vos lo habéis hecho por libre elección y, sobre todo, para que yo no corra peligro.

—Los dos ocultos, o eso parece, detrás de una máscara.

—Mientras se mantengan ciertas estúpidas barreras.

—Buenas noches. Buena fiesta.

—Buenas noches. Gracias. Sois cada día más un auténtico consuelo para mí — dijo Moses.

La góndola con el ilustre personaje, Francesco Sebastiano Giustiniani, se alejó en la noche plácida.

## «No Quiero ser judío»

—Sabes a dónde quiero llegar —dijo Gabriele volviéndose instantáneamente agresivo—. Ya no quiero ser judío, y nuestro padre lo sabe.

Davide no se atrevió a hablar; entendió de repente lo que su hermano estaba a punto de decirle y sintió ya en la cabeza, y casi en los labios, la respuesta que le habría dado: «Maldito bellaco, quieres abandonarnos, estoy seguro de que no crees en la nueva fe. ¡Eres un canalla, no quieres venir con nosotros al Ghetto, solo quieres divertirte, eres un bellaco!».

De su boca, en cambio, no salió palabra. Calló y siguió callado un buen rato, hasta que Gabriele volvió a hablar:

—Querría que nuestras relaciones siguieran siendo cordiales. No será fácil vernos en el futuro y quizá nuestros caminos se separarán definitivamente. Seguirás siendo mi hermano, de todos modos, aunque mi padre te quiera mucho más a ti que a mí.

—Él nos quiere a todos. Eres tú el que te has alejado de nosotros y el que quiere dejarnos para siempre.

En aquel momento entró Moses Conegliano quien, viendo la expresión preocupada de sus dos hijos, preguntó:

—¿Qué ocurre?

Davide respondió:

—Os dejo hablar tranquilos.

Y salió.

Hubo un momento de silencio.

—Padre, no entraré en el Ghetto.

—¿Estás diciendo que quieres irte de Venecia?

—Me iré de Venecia.

—Te entiendo. Te daré todo lo que necesites.

—No necesito nada.

—¿Cómo es posible?

—Mi amigo Morosini se encargará de todo.

—¿Desde cuándo prefieres que te ayude un noble veneciano en lugar de tu padre?

Gabriele calló.

—Padre, no estamos en sintonía.

—Lo sé, ya me doy cuenta. Hace tiempo que no te reprocho nada, a pesar de que he sido puntualmente informado por los demás de lo que haces y de cómo te comportas.

Preso de una gran y repentina agitación, Gabriele reaccionó poniéndose rojo de rabia.

—¿No me digas que me has hecho espiar?

—Estas informaciones me han llegado sin que yo las pidiera. ¿Por qué te pones así? ¿Quieres decirme algo más?

—Sí. Quiero irme.

—Esto ya me lo has dicho.

—Ya no quiero ser judío.

—Puedes quererlo o no. Son otros los que deciden.

—Crees que siempre tienes razón. ¡Quizá ahora te equivocas!

—Esperémoslo. No puedo impedir que pienses diferente de mí, aunque me duela.

—¿Estamos de acuerdo, entonces?

En aquel momento Moses empezó a desconfiar.

—Hace tiempo que eres un mal judío. ¿Qué ha cambiado?

—Quiero dejar de ser judío.

—Iluso.

—Dejo a los judíos, y un día u otro, me haré cristiano —gritó Gabriele, saliendo de la habitación dando un portazo.

## Angustia

—La plaza es hermosa y grande. Las escaleras de la casa están torcidas y los techos son bajos —dijo Moses—. No creo que estemos bien aquí.

—Los niños —objetó Sara— ya están jugando en la plaza y desde las ventanas puedo verlos bien. Aquí estaremos más protegidos.

—Esta casa está sucia, he visto ratones cuando hemos entrado.

—Por suerte nos hemos traído el gato de Dolcetta.

—Ese está demasiado acostumbrado a comer bien para correr detrás de los ratones.

Moses miró alrededor.

—Qué sitio más raro. Esta plaza pentagonal parece un teatro dispuesto para un espectáculo. Por el otro lado todas las ventanas han sido tapiadas, solo quedan las que dan a la plaza. Quizá dentro de poco entren en escena los actores. Además, un solo pozo no será suficiente. Tendrán que hacer más. Nuestro hijo nacerá en un teatro.

—No seas exagerado —intentó consolarlo Sara.

—Ya soy viejo —continuó Moses monótonamente—. No podré protegeros como es debido muchos años más.

—Ya está bien de lamentos. Me basta con que el bebé nazca sano y hermoso. Hijo o hija, me da igual. Nosotros, con nuestro amor y nuestras ideas, le daremos la fuerza y el orgullo.

—Desde que estás en estado, el mundo ha vuelto a sonreírte. Me hace feliz que seas feliz —dijo Moses—. No sé cómo, pero después de que llegara a casa aquel pequeño abandonado, Daniel Menachem Jesurum, te quedaste embarazada. Esta familia nunca deja de aumentar. Qué pena que mis hijos mayores se vayan.

—Es el destino, Moses, el destino. Debes resignarte.

—Me resigno, me resigno, pero no del todo. He tenido que cerrar los almacenes de las Mercerie. La ley no permite que los judíos sigan vendiendo telas de primera calidad, solo ropa vieja, trapos. ¿De qué vamos a vivir?

—La vida es rara. Tienes que tener confianza. Un día te despiertas y todo va mejor.

—Porque antes iba peor. Siempre he sido el mismo marido. Es más, ahora soy un viejo dolorido por la pérdida de mi hijo Gabriele.

—Gabriele no ha muerto, ni se ha convertido.

—No, por ahora. No volveré a verlo. Quién sabe qué será de él. He fracasado como padre. He sido incapaz de darle lo que le hacía falta y él sufrirá por ello. Tampoco he sido un buen marido para ti.

—No eres responsable de Gabriele y no lo eres de mí. No es culpa tuya. Dos personas se encuentran, se gustan, después algo se rompe y nadie sabe por qué, y al

final puede que todo se arregle. Ahora, frente a esta prueba tan dura me siento tranquila, curiosamente tranquila. En cuanto a los hijos, nadie los elige. Sucede lo que sucede.

—No soy capaz de adaptarme. No lo he hecho en mi vida. ¿Por qué debería empezar ahora?

—Sería lo mejor para ti, al menos un poco.

—Yo no soy capaz de aceptar lo que sucede como si fuera una realidad a la que no se pudiera reaccionar. Además, no me gusta sentirme obligado a vivir rodeado solo de judíos, siempre preocupados y con los nervios a flor de piel.

—Eres uno de ellos, no lo olvides.

—¿Cómo iba a olvidarlo? Me han encerrado aquí dentro porque soy uno de ellos. Si me olvidara, habría muchos diligentes *goyim* que me lo recordarían enseguida con sumo gusto —exclamó Moses con amargura.

—Será más difícil hacer negocios —dijo Sara intentando desviar el tema.

—Seguro, seguro, a pesar de que he distribuido fuera de la República mis actividades, no sé si estarán seguras en este mundo tan difícil.

—¿Querías marcharte de Venecia? —preguntó Sara a bocajarro.

—Quizá, dentro de unos años. No me gustaría que nuestros descendientes vivieran siempre en esta zona, entre jardines de conventos y los muelles de Cannaregio y Ormesini.

—Estos lugares son mágicos. Estoy mucho mejor aquí.

—Ya se nota.

—¿Qué dicen los demás judíos?

—Sabes que todos tienen una opinión distinta y cada uno está convencido de tener razón y de entenderlo todo. Los Luzzatto piensan de una manera y quieren quedarse. Los Todesco no están seguros y los dos hermanos aprovechan para discutir. Los Levi son pasivos y rezan siempre, convencidos de que es lo único que se puede hacer, y si quieres continuo.

—¿Qué dice el hombre de la máscara?

—Confío en él, pero es tan distinto a mí y tan enigmático que no estoy en condiciones de decirte qué piensa realmente.

—Es importante que estés tranquilo. Nuestro hijo está a punto de nacer.

—Es imposible estar tranquilo. La herida que me ha infligido Gabriele no se curará nunca.

—¿Estás herido en tu orgullo?

—Quizá, pero no es solo eso. Mi hijo podría cometer una insensatez para intentar librarse de su carga. Esto me hiere, claro, pero no es lo único. Si se convirtiera, sería un gesto vano, efímero: para él cada vez sería peor. ¿Cómo puede no sufrir un padre?

—Quieres vendarte la cabeza antes de rompértela.

—A veces es así —suspiró Moses—, pero no es el caso: mira, estoy convencido de que no hay que empezar a tomar tragos amargos. Empiezas con uno y no puedes

parar. Llega el segundo, el tercero. En fin, que no se acaba nunca de tragar, amargo sobre amargo.

Mientras Moses y Sara conversaban en la terracita que daba a la amplia plaza del Ghetto, iban llegando lentamente muchas barcas que transportaban bártulos, libros y ropa.

Aquella noche los judíos de Venecia dormirían por primera vez en aquella isla, separada del resto de la ciudad por cuatro canales.

En los márgenes, unos hombres armados estaban instalando los cerrojos que se cerrarían al sonido de la Marangona, y el ambiente, confuso y frenético, parecía, si se miraba bien, el de un teatro donde se estuvieran llevando a cabo los últimos preparativos para empezar un espectáculo, justo lo que Moses seguía pensando mientras observaba desde arriba aquel frenesí que le parecía irreal.

## Angela y Gabriele

—Te lo agradezco —dijo Gabriele—. Quería tener un encuentro amoroso antes de marcharme.

Angela lo miró con una expresión que al hombre le pareció indescifrable, después se echó a reír de una forma quizá demasiado artificial. Por fin, en tono tranquilo, le contestó seriamente:

—¿Un encuentro amoroso? La tuya solo es una ilusión. No intentes forzarme. Bastaría un grito y, si fuera necesario, mis diligentes remeros entrarían aquí para protegerme. Ya hace muchos años que nos conocemos, pero nuestra atracción mutua todavía es fuerte. No entiendo estas ideas tuyas.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—No me desagradaba verte y no pensaba que tú albergaras ilusiones fuera de lugar, querido amigo.

—Me tomas el pelo.

—¿Por qué hablas así? ¿He tenido reparos en enamorarme de ti? ¿Te he apartado porque seas judío?

—Antes no, pero ¿y ahora?

—Ahora eres uno de los que no saben estar en su propia piel y desean tirarla, como hacen los camaleones. Es tu problema, no el mío. Ahora, si te trato mal, trato mal a un futuro cristiano, creo entender, y por tanto...

—Todavía no sé qué haré. Vivo momentos difíciles. Estoy a punto de irme y quería decirte que has sido lo más hermoso que he tenido en Venecia. Permíteme al menos que te diga esto.

Angela no fue insensible a estas palabras.

—¿Adónde irás?

—He aceptado la propuesta de Morosini de ir a tierras otomanas. Me quedaré un tiempo allí. Volveré a Venecia cuando todos se hayan olvidado de mí.

—Tu padre no te olvidará nunca.

—Eso ya lo sé, pero no es inmortal. Cuando vuelva, habrá pasado tanto tiempo que quizá ya no esté.

—Tus nuevos amigos te tienen muy contento.

—No es por ellos, ni mucho menos, que he dejado a mi familia. En casa no estaba a gusto.

—¿Y en la nueva fe que estás pensando abrazar?

—Tampoco. Ya te lo he dicho: todavía no sé qué voy a hacer. Lo único seguro es que me marcho.

—Intentas huir de ti mismo, pero tu sombra estará siempre contigo. Cada uno de nosotros viaja con su propio destino. ¿No piensas que yo no quiero a veces dejar a un

lado mis preocupaciones y cambiar mi vida agitada? No es posible. Somos lo que somos. Si no lo aceptas, peor para ti.

—Te recordaré siempre.

—Te daré dos consejos —dijo Angela—. El primero: que no te conviertas. No te conviene. El segundo: si decidieras hacerlo, después no creas que vas a poder volver a ser judío, porque eso a los cristianos no les hace ninguna gracia y se vuelven muy perversos. Podrían asesinarte en secreto, sin que nadie se enterara, quizá lanzándote a la laguna con una piedra al cuello.

—Tendré en cuenta tus palabras.

—Buena suerte, el mundo es grande.

Gabriele se quedó solo en la habitación, asediado por sus propios pensamientos.

Angela, en cambio, en cuanto salió, fue asaltada por una ráfaga de viento y se sintió feliz.

## Davide y Mandolin en el día del «acqua alta»

Llovió a cántaros durante dos días. Al tercer día, se levantó un fuerte viento de siroco y la marea fue subiendo poco a poco, cada vez más alta, invadiendo inexorablemente los muelles, las calles y las placitas, transformándolos en vías de agua recorridas por las barcas que iban de casa en casa. En algunos casos los canales estaban impracticables porque las embarcaciones no podían pasar por debajo de los puentes, cuyos arcos estaban al borde del agua.

El siroco, en contra de todas las previsiones, se reforzó hacia mediodía de forma impetuosa y la situación se volvió tan alarmante que no se recordaba que hubiera habido nunca un *acqua alta* (marea alta) tan imponente.

De las tiendas de las plantas bajas habían salido mercancías dañadas, que flotaban en el agua formando manchas tornasoladas y multicolores y, sobre todo, cantidades enormes de cenizas, utilizadas normalmente por los fabricantes de vidrio y de jabón.

De las plantas bajas habitadas, al principio habían sido evacuadas muchas personas con carros, y con barcas al final de la tarde. Los más obstinados, que se negaban a alejarse, corrían el riesgo de quedar atrapados en las casas de techos bajos. De hecho, al bajar la luz del sol, contra todo pronóstico, el agua, que ya había alcanzado el nivel de un metro y medio, no solo no había parado, sino que continuaba creciendo.

Moses, desde la terracita de su casa del Ghetto, observaba la inmensa plaza que ya parecía un pequeño lago lleno de barcas.

—Nunca había visto nada parecido. La gente está preocupada, pero estoy convencido de que, pasado mañana, todo habrá vuelto a la normalidad.

—Habrá graves daños —observó Mandolin—, no olvides que los almacenes están en la planta baja y que muchos no han tenido tiempo o la posibilidad de trasladar la mercancía a los pisos altos.

—Comprendo las molestias, pero por suerte no ha habido víctimas.

—Me da miedo que se desencadenen muchas enfermedades. Los pozos de agua dulce se contaminarán.

Moses meneó la cabeza.

—Tienes razón. Esperemos que podamos limpiar pronto las cisternas y que, cuando baje el agua, caiga una lluvia limpia para que todo se lave.

—En cuanto las calles estén practicables, sabes que Davide y yo nos marcharemos.

—Es inútil decírmelo. Si pudiera, haría lo que fuera para impedíroslo. El mundo es peligroso —dijo Moses.

—Venecia también lo es —respondió Davide.

—¿Cómo consolaré a Stella? —preguntó Moses a Mandolin.

—No estaremos fuera mucho tiempo. Daremos una vuelta para ver cómo está la situación de nuestras delegaciones y después volveremos. Tú mismo dices desde hace tiempo que es necesario echar un vistazo y que Venecia no puede ser nuestra única meta. Quizá podremos hacer algún negocio más y copiar alguna nueva idea.

—Si pudiera, me gustaría deciros que no. Pero entiendo que me toca decir que tenéis derecho a elegir. Yo en cambio no puedo arriesgarme a moverme por el ancho mundo con una familia tan numerosa; me siento cansado, pero vosotros tenéis derecho a intentar buscar un futuro mejor. ¿A dónde iréis?

—Primero a Ancona, allí existe una colonia clandestina de marranos que pueden ofrecer muchas oportunidades de comercio. Después quizá daremos el salto a la otra parte del Adriático donde hay puertos acogedores.

—¡Pero si no sabéis navegar! Quizá sería mejor que permanecierais en la Italia central. En Italia sigo teniendo muchos conocidos que pueden seros útiles.

Con un gesto automático, Moses apoyó las manos sobre sus cabezas y canturreó bajito una bendición.

«*Baruch atah Adonai...*»

## La vida sigue

Poco a poco, incluso los dolores más intensos acaban por perder fuerza. Solo así puede una persona aplacar las propias e inevitables heridas. Porque vivir es duro, cuando todo va bien. Cuando va mal, es durísimo y, cuando va aún peor, es un infierno.

La marcha, sospechada y clandestina, de su hijo Gabriele suscitó primero en Moses una reacción de rabioso desprecio, después de intenso dolor y, finalmente, de sufrimiento latente.

Por suerte, el nacimiento del último de los Conegliano —llamado Simone Simhà Abraham, los nombres de los abuelos de los padres—, la presencia del pequeño Daniel Menachem —adoptado unos años antes, tan alegre y sonriente—, los hijos de las primeras nupcias de Moses y los hermanos de Sara ya adolescentes, hacían que todas las comidas, todos los despertares, todos los días, todas las noches reservaran alguna sorpresa y contribuyeran a aliviar y a hacer olvidar las heridas de la vida.

Simhà había nacido siete meses después del traslado de los judíos al Ghetto, en diciembre. La llegada del bebé, que vino a la vida con un parto rápido y sin complicaciones, le dio a Sara una fuerza y una resistencia difícilmente imaginable en una mujer que, hasta unos años antes, parecía desmejorar sin motivo. La *milá*, la circuncisión, se celebró en casa en una breve ceremonia sin pretensiones, porque la vivienda era pequeña, todavía poco acogedora y repleta con la gran familia Conegliano y De Leon.

Sara trabajaba sin quejarse en aquel piso sofocante, donde cada día había más bocas que alimentar y más pañales que lavar, siempre con el bebé en brazos o pegado al pecho.

En cambio, en Moses algo había cambiado, aunque nadie pareciera darse cuenta.

Al principio, la marcha de Davide y Mandolin había creado cierto caos porque Stella estaba muy triste y esperaba con frenesí noticias y cartas que pudieran poner fin a su angustia. Y Moses, también en los momentos más ligeros y deseando mostrarse alegre, pensaba en Davide, aquel hijo al que se sentía instintivamente cercano, a quien nadie podría arrebatarse el privilegio de ser el más amado, en Gabriele, de quien no había tenido ninguna noticia, y en Mandolin, que le era tan querido como si fuera uno de sus hijos.

La vida, sin embargo, seguía.

Todo seguía.

No habían pasado muchos años desde la llegada de Moses a Venecia y, sin embargo, alguien que lo hubiera conocido en el Ghetto pensaría que hacía décadas que había llegado a la ciudad de la laguna. Su habla veneciana habría engañado a cualquiera y el acento trevisiano, de campo, había desaparecido.

De día trabajaba en la pequeña tienda de saldos de la plaza del Ghetto. A decir verdad, los judíos habían logrado esquivar la ley que imponía que vendieran solo mercancía de saldo: era suficiente con una pequeña tara, un hilo suelto, un agujerito casi invisible, para que una pieza de primera calidad, como las que Davide mandaba de Oriente, se clasificara como de segunda y pudiera ser vendida como un saldo. Las tiendas del Ghetto eran frecuentadas por numerosos clientes no judíos, atraídos por los precios de las telas, muy inferiores a los de las demás tiendas de la ciudad. De todos modos la de Moses era mucho más miserable que las dos tiendas que poseía antes y los ingresos familiares habían disminuido. Por otra parte, la vida también se había limitado, por decirlo de algún modo, aunque a los judíos se les permitiera salir del Ghetto durante el día. La única libertad que Moses se permitía era la de dar largos paseos para visitar amigos, nobles o plebeyos, poco importaba y, por supuesto, se había hecho más íntimo de Francesco Sebastiano Giustiniani.

De noche volvía a su casa en la plaza del Ghetto y las puertas se cerraban a sus espaldas. Lo que cada vez le gustaba más, y con lo que parecía complacerse, reafirmando así su total venecianismo, era crear palabras nuevas mezclando el hebreo y el veneciano, obteniendo efectos extraños y dándolas a conocer a sus amigos judíos, que se divertían mucho con este juego.

«*El ben baheia perché so macòd*. El niño llora porque su padre le ha dado dos sopapos».

O se divertía dando conjugaciones venecianas a los verbos hebreos: *ahlar*, comer, *baheiar*, llorar, *artir*, llevarse, *dabrar*, hablar, *pegariar*, morir. Muchas de estas palabras eran utilizadas para que no los entendieran los *goyim* y se convertían en un lenguaje cómplice y secreto entre hombres reducidos a vivir en los márgenes de la sociedad.

Había algunas frases a las que se había aficionado y que utilizaba más, a propósito o sin querer: «*Chi de goy se fida hazir magna, chi se fida dell'ebreo non magna neanche queo*. Quien se fía del no judío come comida impura, quien se fía del judío no come ni esto».

**«Nadie nos Quiere»**

Cuando, pasados algunos años, en 1520, se volvió a debatir la renovación de la *condotta*, es decir, del acuerdo entre judíos y venecianos que había sancionado el derecho provisional de aquellos a permanecer en Venecia, Moses se mantuvo un poco al margen, dejando a los más jóvenes la misión de presentar batalla.

Como siempre, no escatimó ni consejos ni contribuciones económicas, pero a los que lo conocían bien les había parecido más fatalista y menos decidido. Ya no seguía el debate de los nobles palabra por palabra, como había hecho hacía solo pocos años, como si estuviera convencido de que era inevitable aceptar lo que arrastrara consigo la corriente del río. En cambio, estaba muy atento a lo que sucedía en Europa porque en el fondo seguía pensando que era preciso anticiparse a las tormentas.

—Es inútil engañarse —decía—, no tenemos libertad de acción. Solo podemos reaccionar y ni siquiera mucho.

En el Colegio, el debate sobre el destino de los judíos del Ghetto apasionaba a los nobles, felices de desahogarse con elocuencia sobre temas que inflamaban los ánimos y les permitían hacer disquisiciones sobre cuestiones que se movían entre la conveniencia y la fe.

Entre las intervenciones más animadas estuvo la de Tommaso Mocenigo, un hombretón alto, con voz retumbante.

—Él también insistió —le contó Giustiniani a Moses el día después— en que los recibos de los montes de piedad se escriban en latín y no en hebreo. Me parece que tiene razón: nadie comprende el hebreo, salvo vosotros, y este hecho puede favorecer fácilmente los abusos. Mocenigo, primo de vuestro amigo Mocenigo, sostiene que podéis dar préstamos por empeños, tener tiendas de segunda mano, pero no podéis tener sinagogas y debéis hacer un pago de seis mil ducados a las arcas de la República.

—¿Sinagogas no? Solo necesitamos una sala... —dijo Moses.

—Después llegó Antonio Condulmer, un hombrecillo de voz chillona. Aseguró que era inadmisibles hablar de los judíos y escribir cabildos sobre préstamos, porque la fe cristiana está contra los préstamos y no se os deben dar facilidades para pecar en esta tierra cristiana que debe seguir fiel a los cánones sagrados.

—He aquí la paradoja: ¿quién nos es más favorable, Mocenigo que quiere hacernos pecar o Condulmer que nos desea apuros? ¿Cuál de los dos quiere hacernos un favor y cuál quiere cortarnos las alas? La ambigüedad es total —comentó Moses.

—Eso pienso yo. La hipocresía es soberana y todos los oradores, en el fondo, acusan a los demás de corrupción.

—Ya, sois un verdadero amigo y nunca me habéis pedido nada. Salvo tener nuestro poder de vuestro lado.

—Me estáis tomando el pelo. ¿No sabéis que esta es la mejor manera de crearse enemigos? Zaccaria Dolfín, que fue quien convenció a todos de instituir el Ghetto, dijo que, al fin y al cabo, se os puso en un lugar confortable y que no entendía por qué teníais que quitar el pan de la boca a los mercaderes cristianos. Dijo que, si no os gustaba el Ghetto, podíais marcharos a Mestre, pero, según él, para seguir en el hospitalario territorio veneciano, los ducados que deberíais pagar no eran seis mil sino diez mil. Zaccaria, que cada día que pasa está más idiotizado, recordó que os echaron de Francia y España y que los dos países están prosperando.

—¿Tenemos que irnos?

—Una cosa son las intervenciones públicas y otra lo que votarán en realidad. Son dos cosas diferentes.

—No comprendo a los venecianos. Sois maestros de la duplicidad —comentó Moses con voz un poco triste.

—El único valeroso fue Antonio Grimani —continuó Giustiniani—. Es un hombre mayor y beligerante, pero no le falta cierta habilidad. Los judíos, dijo, son necesarios para los pobres. No hay mucha diferencia entre que se queden en el Ghetto o se vayan a Mestre. Intentemos razonar con espíritu libre y no mojigato: ¿no deseáis que haya prestadores a interés? Pero si es lo único que les hemos permitido hacer hasta ahora. ¿Cómo van a vivir? Durante los últimos años han sido muy útiles a nuestra ciudad. Debemos confirmar el acuerdo de 1516.

—Por tanto, me parece entender —dijo Moses— que nos tratan como si fuéramos un estorbo y no como simples seres humanos que solo quieren sobrevivir. ¿Caridad cristiana?

—El cristianismo no tiene nada que ver. Somos una gran potencia y razonamos con el cinismo de los poderosos. Para terminar mi relato. La penúltima intervención fue la de Gabriele Moro quien, con gran claridad, puso en evidencia la ambigüedad del debate y defendió que debemos pensar en los intereses de la Serenísima y no en dañar a los demás. Al final Marin Sañudo con gran valor exclamó: «Dejemos de discutir inútilmente y mantengamos a los judíos. Debemos pensar en el bien universal. Podemos impedirles la venta de segunda mano, aunque se sabe que no se trata de una actividad muy lucrativa. Pero entonces, ¿qué les dejamos para que sobrevivan?». En el fondo se oyó una voz: «Que compren, que vendan y que se vayan». En resumen, todo encubría un único tema: ¿préstamos de los judíos o monte de piedad? Casi nadie quiere el monte de piedad porque quien lo quiere está en manos de la Iglesia de Roma. Para acabar intervino Antonio Tron que propuso: «Que se queden un año y después los echamos y con los aranceles encontramos el capital para levantar un monte de piedad».

—De una forma u otra, como ya he dicho, nadie nos quiere y nadie nos respeta como seres humanos —concluyó Moses—. Espero que no os hayáis asombrado. A mí este gorro amarillo me molesta y no solo porque algún chiquillo maleducado me sigue por la calle.

—Pensad que al final se han enfrentado varias opiniones que veían el tema con distintos matices y distintos puntos de vista. Si lo miráis bien, dos deseaban vuestra expulsión, la tercera os quería mandar a Mestre. Las otras, de una forma u otra, eran favorables a que os quedarais en la ciudad.

—En resumen, los judíos son usureros, los infieles invasores y, mientras tanto, los judíos pagáis, pagáis ducados y ducados para quedaros —dijo Moses.

—Sí, señor, fue Marco Foscari, primo del dux Foscari y de Gritti, quien defendió esta posición. Tras decir que podíais quedaros en la ciudad, en vista de que vivís también en Roma, y que podéis adaptaros al comercio de las telas, soslayó el problema del préstamo sosteniendo que paguéis los impuestos no sobre los préstamos, que por otra parte son obligatorios, sino sobre el comercio de la venta —concluyó Giustiniani, soltando una risotada alegre.

—Ya, os divierte —murmuró Moses.

—No, solo intento no dramatizar: ¿sabéis que Foscari tiene un próspero comercio de telas? En cualquier caso, este es el texto escrito de la intervención de Foscari, así podréis daros cuenta de la forma de pensar de los venecianos y de cómo estos nobles esfuerzos están destinados al fracaso.

—Si no fuera por vos, querido amigo, por vuestra inteligencia y vuestra extraordinaria humanidad, quizá ya me habría marchado de Venecia. Si me quedo, se quedarán todas las generaciones posteriores.

—No os preocupéis demasiado, vos os quedaréis y la Serenísima República sobrevivirá también gracias a sus judíos.

## La muerte del dux Leonardo Loredan

La noticia llegó al Ghetto por la mañana.

El dux Leonardo Loredan había muerto víctima de una breve enfermedad y a pesar de los cuidados de valiosos médicos como Agostin da Pesaro, el maestro Bartolomio da Montagnana y Lunardo Butiron.

—Ha sido dux durante veinte años —dijo Moses.

—¿Cambiará algo para nosotros? —le preguntó con aprensión Gabriele Luzzatto.

—No lo creo. Un grupo propone a un candidato joven y que dé estabilidad a la República y otros, en cambio, son más continuistas. Veremos quién gana la partida. Mientras dure la *condotta* no tendremos problemas. Después, nunca se sabe. Creo que subirán el precio, pero nos darán más tiempo. En el fondo, no les molestamos y les proporcionamos ventajas. Solo razonan basándose en la conveniencia económica, no desde el punto de vista de la teología. Ya lo sabemos.

—Antes de morir, cuando los médicos dijeron que no había nada que hacer, los hijos empezaron a llevarse sus cosas del Palacio Ducal, cargaban muebles en los pontones y los transportaban a San Filippo y Giacomo, así durante toda la noche. Todos se habían resignado. No tenía salvación. Dijeron: cuando comienza a hincharse la lengua, no hay escapatoria. *Judicio medicorum*: no vería la luz del día. Y así ha sido.

—Han tocado todas las campanas: primero las del campanario de San Marcos y después todas las demás al unísono.

—Le han quitado las tripas para embalsamarlo y las han encontrado llenas de grasa porque se alimentaba de platos muy condimentados y en el hígado han encontrado una piedra negra. Cuando ha empezado la putrefacción del cerebro lo han metido en el féretro. La ceremonia funebre ha sido solemne, como debía ser. Los hombres de las magistraturas estaban en formación y serios: por una parte los componentes del Colegio, por otra los embajadores, y en el centro, el patriarca con velas y antorchas y una hilera de insignias de las escuelas de toda la ciudad. Cantos y coros. El féretro se levantó frente a la iglesia de San Marcos y se gritó nueve veces: «Que Dios se apiade de él». Después, en la iglesia de San Zane Polo, los discursos fúnebres recordaban las virtudes del dux. Andrea Nabalier recitó las oraciones fúnebres.

Al final del funeral fueron convocados los sabios del Colegio porque habían llegado cartas trascendentales para el destino de la República.

Los asuntos de Estado no podían detenerse.

Había muerto el dux, no la Señoría.

Giustiniani tuvo numerosos encuentros: los destinos del poder no eran inciertos, pero se debía actuar con determinación para evitar que surgieran candidatos débiles o

poco aptos para la sucesión.

Moses, interesado, deseaba saber más cosas, pero en aquellos juegos de nobles no había sitio para un judío, ni siquiera para un judío enormemente curioso.

## Charlas entre nobles

—Henos aquí de nuevo esta noche. Las mismas cartas, los mismos dados —dijo Giorgio Foscarini.

—Todo el mundo cambia y nosotros siempre en esta sala aburriéndonos año tras año —resopló Daniel Bargarigo—. Siempre los mismos juegos, siempre las mismas personas, solo que más viejas, mucho más viejas.

—Todos, no. Un pensamiento para los que ya están en la isla de San Michele y descansan en paz —dijo Nicolino Badoer.

—¡Cuántas cosas han sucedido en los últimos años! En esta sala nada ha cambiado, ni siquiera el humo de las velas, pero fuera el mundo se ha vuelto enormemente distinto.

—¿Distinto? ¿Cómo de distinto?

—Se oye hablar todo el tiempo de las *Noventa y cinco tesis* de Martín Lutero y en la ciudad asoman ideas heterodoxas.

—No solo del norte, sino también del sur. Los luteranos vienen del frío y los marranos, infieles cristianos medio judíos o judíos por completo ocultos, vienen del calor.

—Ahora nos hallamos en el final de una época. No hemos bailado nunca tanto como en estos años. En un primer tiempo éramos aliados de los franceses y de Francisco I tras la batalla de Marignano, mientras el Papa se acercaba a Carlos V.

—Nosotros los venecianos no somos grandes señores, solo comparsas.

—Dispuestos a inclinarnos frente a...

—Y los demás a la bartola —concluyó Foscarini buscando los dados—. ¿Estáis contentos con el nuevo dux?

—Seguro que no dura —respondió riendo Pietro Dolfin.

—Además, ¿es verdad que un grupo oculto apoyaba a Francesco Sebastiano Giustiniani?

—Dirás un grupo oculto y exagerado —dijo Barbarigo—. No hay duda, sin embargo, de que, en estos años, Giustiniani ha construido tenazmente un grupo de apoyo fuerte que encabeza su amigo Andrea Gritti.

—Por otra parte —intervino Foscarini—, fue precisamente su grupo el que eligió a un candidato anciano para que durara poco y se opuso a Tron, que habría durado mucho más.

—El próximo será Giustiniani o Gritti, ya lo veréis.

—Adelante, empecemos a jugar, el sol manda.

—Este sí me gusta: no puede esperar a jugárselo todo y quedarse sin dinero.

—Menuda pieza nuestro amigo Foscarini —dijo Tiepolo señalándolo—, una persona meliflua, con la miel en la boca y la hiel en el corazón.

—Ya no nos divertimos como antes —dijo Foscarini—. Al hacernos mayores no solo se nos han pasado las ganas de jugar, sino también las ganas de deleitarnos mientras dura la abundancia.

—¿De qué abundancia hablas? Ya está bien de intriga y de misterio, mira que sois pelmazos.

—Eres un asno engalanado y vestido.

—Y tú eres un ser despreciable.

—Míralo que jactancioso, pobre fanfarrón.

—Nobles caballeros, ¿habéis venido a jugar o a litigar? —dijo Foscarini.

—No me gustan los colosos con los pies de barro.

—A mí no me gustan los cretinos.

—Caballeros —dijo Foscarini—, o lo dejáis o me voy.

—Insoportable arrogante.

—Asqueroso excremento.

—Patizambo.

—Lechuguino.

—El dux Grimani me manda deciros que os encerrará en los Piombi si no cesáis —dijo Foscarini impaciente.

En aquel momento, Vettor Mocenigo levantó la voz y dijo:

—Menos mal que esta noche no hemos invitado a los jóvenes a jugar con nosotros. Pensad qué impresión habríamos dado. Somos viejos amigos y, por tanto, podemos desahogar nuestros rencores, pero ahora intentemos jugar una partidita e intercambiar un par de palabras sensatas. Mejor charlar que armar bronca. ¿No estáis de acuerdo?

—La política es increíble —dijo Foscarini—. Quién habría dicho que un tipo como Grimani, que ha sufrido mil derrotas en su vida, podría vencer una partida tan difícil y a la venerable edad de más de ochenta años.

—Ochenta y cinco largos.

—Loredan logró que saliéramos indemnes de la experiencia más dura de la República.

—Es cierto, este año que está a punto de acabarse no ha sido parco en golpes de efecto. La muerte de León X, tan imprevista, está cambiando los escenarios.

—Ahora está claro: Carlos V ha ocupado Milán y, tarde o temprano, chocará con Francisco I.

—Y nosotros estaremos en medio; nosotros y la Iglesia corremos riesgos muy graves.

—Y los turcos no se quedarán de brazos cruzados.

—¿Cómo podemos combatir contra los turcos hasta que no sepamos si gana Carlos o Francisco?

—Adivínalo y te haré rico.

—El asalto de los turcos en Belgrado y la victoria en Rodas tampoco deberían

menospreciarse.

—Aquí en Venecia se come pan y política.

—¿Queréis jugar o preferís hablar del futuro que espera a la Serenísima?

—¿Es mejor hacer alarde de un as en política o de una terna en los dados?

—¡Qué elección!

—Basta de cháchara. Se abre la partida. Divirtámonos: a jugar.

## El carnaval

Cuando cayó la noche, Sara y Moses empezaron a preocuparse. No había pasado nunca que los chicos se quedaran fuera de casa hasta tan tarde.

La preocupación se convirtió en angustia cuando quedó claro que se habían quedado fuera del Ghetto y que las puertas ya estaban cerradas.

—Dolcetta, Daniel, Chaim y Lea no han vuelto. Espero que al menos estén juntos —dijo Sara con un hilo de voz.

En un primer momento pensaron que había sucedido una desgracia, un raptó; después, por suerte bastante rápidamente, comprendieron lo que podía haber sucedido. En las habitaciones no encontraron las máscaras blancas que Francesco Sebastiano Giustiniani había regalado a los niños hacía algunos años, después de participar en el *seder*.

—Han ido a dar una vuelta con las máscaras y las capas, han llegado tarde y no han podido entrar —aventuró Stella.

—Voy a ver al médico. Estoy seguro de que esta noche de fiesta algún noble veneciano se encontrará mal. El saldrá y entonces podrá poner en marcha una búsqueda; tal vez le pida que vaya a ver a Giustiniani —dijo Moses esperanzado.

No obstante, aquella noche nadie se acercaba a las puertas para pedir la intervención de un médico judío.

Moses, con el lento transcurrir del tiempo, estaba cada vez más pálido, alterado y sudado. Sara lloraba a ratos, se ponía nerviosa y decía:

—Es culpa mía, es culpa mía.

—No es culpa tuya. Los chicos evidentemente han llegado tarde y ahora no saben cómo volver y no comprenden que pueden correr graves peligros de noche.

Moses se sentía como un ratón en una jaula. No lograba dormir y caminaba por la gran plaza del Ghetto Novo con la esperanza totalmente absurda de que se abriera la verja y los chicos pudieran entrar sanos y salvos.

Ya se había acercado a los guardias para prometerles una recompensa explicándoles que los jóvenes habían llegado tarde y que les pagaría con gusto todas las multas previstas. Pero las horas iban pasando y no llegaba nadie y, sobre todo, nadie pedía la intervención de un médico.

Daniele de Pomis e Isacco Alpron, que ya habían sido advertidos, le aseguraron que irían en cuanto pudieran a ver a Giustiniani, pero nadie podía salir sin una llamada y, por tanto, nadie podía avisar a Giustiniani con la esperanza de que pudiera ayudarlos.

Durante horas en casa de los Conegliano reinó la inquietud, el miedo y la angustia. Stella, que ya sufría mucho con el alejamiento de Mandolin, se puso amarilla de nerviosismo y nadie podía hacer nada por ayudarla.

Esperar, esperar: Moses era la persona más acostumbrada a resistir, pero comenzaba a encontrarse tan mal como aquella nochera lejana, en que había sentido un dolor en el pecho y en el brazo.

Subió la escalera, volvió a la casa, se sentó en una butaca y se adormeció muy ligeramente.

¿Cuánto tiempo? No lo sabía. Se despertó de repente cuando el joven De Pomis entró en la habitación que habían dejado abierta adrede.

—Querido Moses, me ha llamado el noble Córner y, por consiguiente, he podido salir del Ghetto. En la ciudad reina una confusión enorme. He dado una larga vuelta por los lugares donde podría haberlos encontrado, pero no he visto ni su sombra. Por otra parte, si están enmascarados, es difícil reconocer a nadie. He ido a ver a los guardias para pagarles por adelantado, pero me han dicho que ya se había hecho. He hablado con Giustiniani, que se ha puesto enseguida manos a la obra y ha elegido a algunos de sus hombres más fieles. Aparte de esto, me ha dicho que conocía muy bien las máscaras y las capas de tus hijos, no sé por qué. En fin, por el momento, aparte de que no los han encontrado, no hay malas noticias y todos piensan que quizá no los reconocerán y que volverán mañana.

—¿Cuánto falta para mañana?

—Al menos cuatro horas para que abran las puertas.

Sara sirvió agua a todos, amigos, parientes, conocidos, vecinos, que permanecían despiertos en una espera angustiada y agitada.

Mientras tanto, en las calles y en los muelles adyacentes, se oían coros, música, alboroto y risas, y este ambiente de alegría parecía hacer la espera aún más siniestra y paradójica.

—Debería haberles inculcado el arte de la prudencia.

—Los chicos son chicos, seguro que querían hacer algún juego.

—¿Y si han ido a casa de alguien? ¿De quién podría ser?

Las preguntas sin respuesta se sucedían y quedaban suspendidas en el aire.

Tras dos horas se requirió de nuevo la intervención de un médico y De Pomis salió otra vez.

Estuvo fuera casi una hora y cuando volvió todos se le echaron encima.

—Nada, parece que se han volatilizado. Ni siquiera Giustiniani ha logrado enterarse de nada. Me ha asegurado que ha hecho todo lo posible.

Stella, en un rincón, parecía aniquilada.

—No lo resisto, no puedo soportar más esta vida. Siempre estamos esperando. Siempre estamos sufriendo.

Sara estaba pálida y silenciosa. Moses, extenuado.

Parecía que aquella larga y espasmódica espera hubiera anulado la capacidad de resistencia de todos, como sucede cuando el agua más impetuosa, contenida por fuertes diques, de repente supera todos los límites y sale disparada sin encontrar obstáculos por todos los rincones y por todas las hendiduras.

El sonido de la Marangona anunció que las puertas del Ghetto volvían a abrirse. Durante unas horas, sin embargo, no sucedió nada y no se tuvo noticia de los chicos con las máscaras.

Solo cuando la fina niebla se disipó un poco y la gente empezó a circular por las calles, los cuatro chicos, confundiéndose con los que entraban y salían del Ghetto, volvieron a casa.

Daniel de Leon, el mayor, habló por todos, mientras los demás se escondían detrás de él, teatralmente atemorizados.

—Queríamos utilizar las máscaras que nos regalaron. Todos los jóvenes celebran el carnaval en esta ciudad. ¿Por qué nosotros no? Hemos jugado y nos hemos divertido. Hemos llegado tarde y no hemos podido entrar. Uno de los chicos con los que estábamos jugando se ha dado cuenta de que teníamos problemas y nos ha escondido debajo de una escalera toda la noche. Después hemos vuelto a casa. O sea que no ha pasado nada.

Sara y Stella se acercaron para abrazarlos, mientras Moses entendía que no podía hacerles una escena a los niños, que solo habían querido participar en el carnaval y divertirse como todos los demás.

—Le mandaremos unos buenos dulces a vuestro amigo —dijo.

## Charlas entre judíos

—¿Es bueno para nosotros?

—Es bueno y no es bueno —respondió Moses Conegliano.

—Explícate —dijo en tono brusco el joven Aron Alpron.

—Quiero decir que Grimani estaba de nuestra parte, pero era demasiado viejo y débil. En cualquier caso, solo estaba de nuestra parte en apariencia. Era tolerante y no era fanático y se había rodeado de personas tranquilas, a pesar de que los tiempos no sean en absoluto tranquilos. Un noble amigo mío me ha dicho que, en los próximos años, la verdadera partida se jugará entre Francisco I y Carlos V, que acabarán chocando. O vencen los imperiales españoles o vencen los franceses, y para nosotros está bien si la Serenísima República logra escoger el aliado apropiado y no se deja aniquilar por los turcos —respondió fatigosamente Moses.

—Por lo que se oye decir, Europa está en perenne confusión y el Papa oscila entre las distintas coaliciones.

—Cuando Francisco I venció a Marignano parecía que al menos en Italia la situación se había estabilizado y la República se había hecho la ilusión de haber encontrado vecinos seguros. Tras la llegada de este poderosísimo Carlos V todo se ha vuelto a poner en entredicho.

—Veréis cómo los venecianos que permanecen favorables a Francia se ven obligados a cerrar pactos con este emperador. Es verdad que han resistido a las pretensiones de los embajadores que querían pasar cruzando nuestro territorio...

—¿Nuestro?

—Nuestro no, quería decir de la Serenísima. Bien, esta vez han resistido, pero no resistirán siempre, ya lo verás.

—Los papas también: primero León X que era un Médicis, hostil a la Serenísima, después Adriano di Utrecht y después Clemente VII, otro Médicis. Gritti se verá obligado a pactar con Carlos V, ya lo verás.

—El éxito de los turcos en Rodas no promete nada bueno.

—No podemos dejarnos llevar por el nerviosismo. Mientras estén en marcha todas estas historias a nosotros no nos escuchará nadie y nos veremos obligados a permanecer encerrados en nuestro *chazer*. Que el recinto nos proteja.

—Los impuestos, con las exigencias bélicas, aumentarán.

—Podría ser que se abriera alguna perspectiva nueva e interesante, en este caos continuo. En vista que *de maximis* no vale la pena hablar, hablemos de *minimis*. Dentro de poco se venderán libros impresos.

—Nosotros estamos deseosos de libros y podemos imprimir y vender libros en hebreo en todo el Mediterráneo. Se podrían imprimir biblias, copias del Talmud, obras de Maimónides y de Abrabanel y de muchos judíos doctos. Esto no solo podría

resolver nuestra necesidad de trabajo, sino que la República podría obtener un aumento de los ingresos procedentes de los aranceles.

—¿Tú crees que nos dejarán escribir y publicar lo que queramos, según nuestra tradición?

—Espero que sí. ¿Te das cuenta de la enorme diferencia que hay entre un ejemplar manuscrito y uno impreso? Ya no se producirán aquellas incertidumbres derivadas de los errores de los copistas y se podrán imprimir y vender centenares de ejemplares del mismo libro.

—Con nuestros libros quedaremos muy bien.

—¿Tú crees que la ironía ayuda a sobrevivir?

—Estoy seguro de ello.

—Entonces, si estás seguro de ello —dijo dirigiéndose a Moses el joven rabino Abraham Vita, que lo había escuchado en silencio hasta aquel momento—, dime si juzgas también con ironía las últimas historias sobre el tal David Reubeni, de dudosa reputación.

—He oído hablar mucho de él —contestó Moses—, sobre todo cuando vivíamos en Venecia.

—Pero nunca ha dormido en el Ghetto, aunque se defina como judío —observó con escepticismo el rabino.

—Ahora, sea lo que sea, está en Roma, donde ha sido recibido con grandes honores por el cardenal Egidio, un gran estudioso de la doctrina judía.

—¿Sabes que ha propuesto al Vaticano una alianza entre judíos y cristianos contra los principios musulmanes? —insistió Abraham Vita—. Muchos judíos creen en él y esperan que realice actos sobrenaturales.

—Lo sé —observó Moses con un poco de melancolía—, me han contado que Clemente VII prometió recibirlo con gran pompa. ¿Puedo contarte una indiscreción? El embajador veneciano en Roma ha mandado al Senado una carta en la que explica que Reubeni fue recibido por el Papa por encargo de correligionarios judíos que vivían como nómadas en el desierto de Arabia. Estos nómadas, según el informe de Reubeni, que a mí me parece fantasioso, podrían poner a disposición de la cristiandad trescientos mil hombres. Solo hay un problema: armarlos, y esto lo podrían hacer juntos el rey de Portugal y Clemente VII. Parece que este se quedó muy impresionado, favorablemente se entiende. Le proporcionó credenciales y le invitó a que fuera a España y a Francia para completar su misión diplomática.

—¿Cómo acabará?

—¿Cómo quieres que acabe? Este no es, con toda seguridad, el mesías que nuestro pueblo espera.

## El saqueo de Roma

Entre las numerosas cartas que Moses y su hijo Davide intercambiaron tras la marcha de este último de Venecia había dos en las que aparecían algunos hechos históricos relevantes. No consta la fecha de la carta de Moses aunque pertenecería seguramente al mismo período que la respuesta de su hijo. La de Davide Conegliano se podía deducir de las referencias que contenía: el saqueo de Roma de mayo de 1527.

*Amadísimo hijo:*

*Escribir ya es para mí un gran consuelo. Comprendo que la decisión de alejarte de Venecia fue correcta y toda nuestra familia se ha beneficiado de ella.*

*Pero no fueron los motivos económicos los que hicieron que no contradijera tu deseo de marcharte y te dejara ir. Sentía en ti una necesidad cada vez mayor de poder tener libertad para moverte, que me recordaba la inquietud de tu hermano. Sí, ya sé que sois muy diferentes. Él quiso abandonarnos porque somos judíos y a él ser judío le queda pequeño. Tú solo quieres respirar un ambiente distinto y conocer mundo. De hecho, no puedo dejar de reconocer que esta ciudad, que ya amo tanto, no nos deja respirar. Los venecianos, si lo piensas bien, no nos tratan mal, pero, como sabes, a pesar de mis esperanzas el Ghetto no se ha anulado todavía, aunque siempre se hable de cambiar nuestras condiciones.*

*Ahora en la ciudad de la laguna quedan pocos que hagan buenos negocios y los impuestos que imponen a los judíos son tan fuertes y continuos que el antiguo bienestar está desapareciendo progresivamente. Por suerte, existen raros espíritus iluminados, no solo aquel noble de quien te he hablado a menudo, que es una buena persona y éticamente un auténtico cristiano y, por consiguiente, también judío. Hay otros hombres honrados, aunque menos desinteresados y valientes que él. Con la gente del pueblo, además, las relaciones son espontáneas y no siempre negativas. Te parecerá raro, pero también en el interior del mundo religioso los hay que ofrecen alguna esperanza: algún sacerdote no solo está muy alejado del fanatismo, sino que incluso está dispuesto al diálogo.*

*En este momento, te preguntarás cómo van las cosas en el interior del Ghetto. En general, y tú lo sabes, los judíos del Ghetto son buenas personas y las organizaciones de asistencia recíproca funcionan bien. De todos modos, en un lugar tan angosto y ni que sea por el contacto, es inevitable que nazcan fricciones, celos, antipatías y rivalidades que se suman a nuestras tradiciones de hombres libres faltos de una Iglesia que nos mande a todos. Alguna vez, sin embargo, en los períodos de crisis un mínimo de autoridad sería necesaria.*

*En resumen: somos muy pendencieros y las diatribas, de ser exquisitamente talmúdicas, se han vuelto miserablemente personales. A un observador extranjero puede parecerle ridículo que, sometidos a una presión exterior fortísima, encerrados en un pequeño Ghetto, acabemos por pelear siempre, pero creo que es inevitable: con los nobles no podemos meternos, y es mejor una áspera discusión entre nosotros que no se acabe nunca, que nada.*

*Me estoy haciendo viejo y los chicos están creciendo. Por suerte, se han vuelto más prudentes y el incidente del carnaval, que tú conoces bien, ha servido al menos para que se conciencien del riesgo que pueden correr. Por otra parte, nosotros de noche estamos bien protegidos y nadie nos puede perturbar. Ahora te cuento algunas travesuras de tus hermanos.*

Aquí había unas líneas ilegibles por una mancha provocada por el agua.

*Sara está bien, Simhà cada día está más grande, juega en la plaza con los amigos y goza de buena salud. En cambio Stella está cada día más consumida y me gustaría saber si puedes decirme cuáles son las intenciones de Mandolin. Me disgustaría mucho que Stella también se marchara de Venecia, pero creo que ha llegado el momento de decidirse. No querría que mi hija querida se entristeciera cada día más.*

Se interrumpía la hoja.

*Aquí, en la ciudad, somos testigos de vez en cuando de episodios horribles.*

*Una mujer, acusada del homicidio del marido, fue descuartizada entre las columnas de San Marcos, frente a un populacho que asistía con tranquilidad al terrible espectáculo. Dicen que lo hacen para mantener el orden social.*

## **Papel en blanco.**

*Además somos testigos, cada día más, de la llegada de hombres de dudosa fe, junto a los judíos levantinos de lejano origen español, pero que en realidad vienen de Tesalónica o de Constantinopla, hay otras familias, todas de origen judío, que son cristianas y que en cuanto llegan a la ciudad quieren saberlo todo de los judíos. Parece que estas familias fueron convertidas a la fuerza en España o Portugal hace algunas generaciones y que han conservado en secreto el judaísmo. Naturalmente se guardan mucho de volver a su antigua religión, en parte porque las dificultades serían insuperables. Pero son personas curiosas, nos acibillan a preguntas, pero nosotros tenemos miedo de que entre ellos pueda haber espías, provocadores o gente de muy dudosa fe. Estos hombres tienen extrañas características. Se asemejan en todo y para todo a los españoles, tienen una lengua y una mentalidad distinta a la nuestra y se comportan como si fueran los dueños del mundo. Se pasean libremente por la ciudad y yo los envidio un poco porque, como habrás comprendido, de noche duermen fuera de nuestro Ghetto. De ellos, que parecen numerosos, oiremos hablar más adelante con seguridad. Los sacerdotes de nuestra ciudad los consideran la peste y reconozco que son raros, y distintos unos de otros. El mero hecho de que procedan de una ciudad diferente hace que todo cambie en su forma de hacer de hidalgos. Tendremos que resistirnos también a ellos.*

*Son distintos y nada insidiosos para nosotros los seguidores de la herética secta luterana. Parece que estos grupos se están expandiendo por el norte de Europa como una mancha de aceite. ¿Será bueno para nosotros? No lo sé.*

*Creo que para nosotros la única cosa buena es la paz.*

*Cuando todo se pone feo somos los primeros en desaparecer. Solo hay que pensar en los asuntos bélicos: primero vencen los franceses, después los imperiales españoles se toman la revancha. Hace un tiempo, meses y meses después de la batalla de Pavía, las aguas del Po arrastraron a la laguna muchos cadáveres. Ya ves, cuanto más complicada se hace la situación peor para nosotros. Debo reconocer que de ser un hombre libre he pasado a ser un hombre del Ghetto y tengo la clara impresión de que mis días terminarán aquí.*

*También debo reconocer que, en el fondo, ni el breve ducado de Antonio Grimani, muerto como sabes en 1523, ni el nuevo dux Andrea Gritti, no muy amado por los venecianos (se dice que en Constantinopla tiene dos o tres hijos), han tenido consecuencias negativas para nosotros.*

*Mi amigo noble que tú conoces es íntimo de Gritti, y lo define como un hombre de bien.*

*Con cariño,*

*Tu padre que piensa siempre en ti*

**La carta de Davide Conegliano, aunque sin borrones, estaba escrita con una tinta suave.**

*Mi querido padre:*

*He leído tu carta con emoción porque hacía tiempo que no tenía noticias tuyas. Te escribo enseguida porque quiero que tú recibas pronto esta carta. No tengo buenas noticias para darte, pero no hay otra forma de hacerte saber todo lo que tengo que decirte.*

*Hace unos días, tuve la suerte de poder salir de Roma, donde he vivido por muchos motivos, y he sido testimonio de una experiencia trágica.*

*Me refiero a mayo. Por pura casualidad, por culpa de unos retrasos, yo seguía en la ciudad.*

*El retumbe de los tambores en el Gianicolo me despertó de repente. El cielo estaba lleno de nubes y la ciudad estaba invadida por una niebla baja y oscura. Los imperiales, que hacía tiempo que asediaban la ciudad, se movieron por el cuello estrecho del norte, entre el Borgo y el Vaticano, y por el Trastévere en el sur. La mayoría de las tropas, agotadas por las marchas forzadas, ansiosas de entrar en la ciudad y abusar de las mujeres y conquistar un botín, estaban formadas por terribles lansquenets. Pero también había grupos de españoles y de italianos.*

Los defensores resistieron un tiempo el asalto y los asaltantes no pudieron escalar los muros de la ciudad, aunque los ciudadanos de Roma no sentían mucha propensión a coger las armas en defensa del Papa y cada uno pensaba en encontrar la forma de salvar sus propias riquezas. Además, Clemente VII, convencido de que Carlos V no lo atacaría nunca, había reducido el ejército recientemente y solo le quedaba un grupo de suizos muy leales y valerosos, y unos pocos hombres de las Banderas Negras.

A primera hora de la mañana el duque de Borbón, a las órdenes de Carlos V, organizó dos maniobras distintas, una contra las fortificaciones del Ponte Molle, la otra contra Porta Portuense. Después, de repente, los gritos de los comandantes y las voces de los soldados cambiaron de dirección y se concentraron en el Borgo, entre las puertas de Pertusia y Torrione y entre esta última y Porta Santo Spirito.

Nuestros atacantes eran casi todos de fe luterana, de la nueva Iglesia que se está difundiendo en Europa. Las condiciones de los soldados, por las lluvias torrenciales, por la comida escasa y porque desde hacía semanas no recibían la paga, eran desesperadas: su furia era bestial. Sabían que en Roma había muchos palacios lujosos y esperaban con todas sus fuerzas entrar en ellos para apoderarse de los tesoros que contuvieran.

Tras unas horas de enfrentamiento, hacia las ocho, los imperiales destruyeron las defensas romanas y entonces el papa Clemente VII, tomado por sorpresa, se refugió en Castel Sant'Angelo.

Desde lo alto del castillo, me contaron poco después, se veía que los soldados mataban a todos los que se ponían por delante. No solo las personas armadas, sino también las mujeres y los niños eran asesinados con sadismo y con una determinación escalofriante. Nunca había visto tantos cadáveres amontonados unos sobre otros. Llego a decirte que, cuando tú me hablas de un horrible suplicio que presenciaste en Venecia, a mí me viene a la cabeza que me vi obligado a ver tantos y tantos de los más terribles y con un agravante: los que fueron asesinados seguramente eran personas inocentes y no delincuentes insensibles.

Aquellas acciones bárbaras e innobles continuaron sin freno y con desprecio de la más mínima regla durante toda la mañana. Muchas casas fueron saqueadas, otras incendiadas solo por crueldad. Muchas mujeres violadas y después asesinadas entre los lamentos desgarradores de los heridos y los gritos de los vencedores.

Me contaron que en el hospital de Santo Spirito en Saxia ocurrieron las escenas más terribles. Mataron a los enfermos, y a los niños del cercano orfanato los lanzaron uno por uno al Tíbur, entre los gritos de júbilo de los atacantes que disparaban contra las pequeñas víctimas en un trágico tiro al blanco.

La resistencia de pequeños grupos de desesperados continuó, en parte porque todos eran muy conscientes de que, si se rendían, los asesinarían a todos enseguida.

En el Trastévere fue donde más resistieron, más que nada porque las tropas que se lanzaron al saqueo dejaron de combatir y se dispersaron hacia objetivos más personales que estratégicos.

La primera tarde llegaron imperiales por todas partes que tomaron las iglesias y las expoliaron de todo lo que tenían. Solo en la isla Tiberina hubo grupos de resistencia de romanos que no se daban por vencidos, pero para entonces el destino de toda la ciudad estaba tristemente sellado.

Por la noche todo había acabado o, mejor dicho, empezaba lo peor para nosotros.

Como puedes ver, para mí el día fue muy difícil, por no decir dramático.

Ahora llego a lo más trágico de todo, al menos para nosotros.

Mandolin estuvo en el barrio judío todo el día. Al final del día, cuando parecía que el maremágnum se iba apagando, recibió una herida que parecía no revestir gravedad. No sé decirte cómo sucedió. Pero en pocos días la infección se expandió y la otra noche murió sin haber recuperado el conocimiento. Sabes que me gustaría estar cerca de ti y sabes que me cuesta escribirte estas palabras. Para mí era un hermano. Su imagen sigue frente a mis ojos, sonriente, y tengo una sensación irreal al decirte que ya no está entre nosotros.

Pero me veo obligado a darte esta noticia espantosa. Tú tendrás que dársela a Stella.

Querido padre, espero poder abrazarte pronto.

Abraza a todos de mi parte y, en particular, a Stella con mucho cariño.

DAVIDE

# TERCERA PARTE

1527-1553



## La conversación entre el dux Gritti y el noble Giustiniani

El dux Andrea Gritti suspiró profundamente, vertió un poco de vino en el vaso, lo tomó y se sentó en un ancho banco forrado de cojines de seda.

—Ven, siéntate a mi lado —dijo a su amigo Giustiniani. Después, mirando al criado, añadió en tono expeditivo—: Más velas, quiero más luz.

Desde la gran ventana del Palacio Ducal se veían tenues claridades de lámparas que se mecían e iluminaban de forma precaria las galeazas y los galeones amarrados.

Giustiniani se sentó en silencio.

—¿Has comido bien? —preguntó el dux—. No quiero oír quejas.

—Espléndida comida y espléndido vino —contestó Francesco Sebastiano—. Ojalá todo fuera como la comida.

—Nos hacemos viejos: hablo por mí, naturalmente. Ya he cumplido los setenta y siete años. Tú eres mucho más joven. No solo de edad. Eres mucho más fuerte. Te conservas mejor. Pero hubo una época en que yo tampoco estuve mal.

—O se envejece o se muere —dijo Giustiniani.

—Cuántas aventuras —continuó Gritti, sin dar demasiada importancia a la interrupción.

—Cuéntame.

—¡Cuéntame! ¿Cómo puedo contarlo todo? Demasiado largo. Cuando se es joven, todos lo saben, se tienen muchas ilusiones y se cree que la vida no acabará nunca. Luego, de repente, después de tantas luchas...

—Tú todavía tienes grandes responsabilidades. Los tiempos son duros. Los problemas no faltan nunca.

—Hemos tenido que explicar a los franceses que no podíamos intervenir, aunque fuera vergonzoso. Entre Carlos V y el Solimán no es fácil elegir. Solo nos queda una posibilidad: ser neutrales; armados, pero neutrales.

—Si el verano no hubiese sido tan lluvioso y las inundaciones de los ríos no hubiesen retrasado el avance de los turcos, Viena no se habría salvado y sus órdenes habrían llegado al Friuli.

—¿Esta observación tuya implica una crítica a mi iniciativa de mandar a mi hijo Alvise como embajador ante los hombres de Solimán?

—No —respondió en tono seguro Giustiniani—, comprendo que tienes razón: en este juego de equilibrios, cuanto más se enfrenten y se debiliten nuestros enemigos mejor para nosotros, que solo podemos sobrevivir si los demás no son demasiado fuertes. Tú a los turcos los conoces bien porque además hablas su lengua.

—Es todo mérito de mi abuelo, que se ocupaba del comercio del grano en muchos países extranjeros. Después de los estudios de filosofía en Padua me fui a vivir con él

y vivimos mucho tiempo en Constantinopla. Allí aprendí algunas cosas.

—Acabaste en la cárcel, si no me equivoco.

—Fue una pesadilla: nuestros Piombi, en comparación, son habitaciones de lujo. Los turcos fingieron que me consideraban un espía y amenazaron con empalarme, pero todo era una puesta en escena. Después de asustarme, y confieso que lo lograron, me mandaron a Venecia como mensajero de paz.

—Es tu destino acabar prisionero. Francisco I, en Brescia, también te capturó.

—Cuando se está en primera fila —exclamó resentido Gritti—, cuando te arriesgas con los propios hombres a todo o nada, ¡es inevitable!

—No quería ofenderte —respondió Giustiniani un poco incómodo—. Recordaba tus aventuras de diplomático y de combatiente.

—Menos mal que al menos tú no me hablas de mis hijos en Constantinopla.

—No me lo permitiría nunca —respondió precipitadamente Giustiniani, sin tener el valor de preguntar si aquellos rumores insistentes tenían realmente fundamento.

—La escena política —siguió Gritti— cambia continuamente en estos tiempos y se alimenta de comportamientos paradójicos. Los pocos años transcurridos entre 1527 y 1532 lo han cambiado todo de forma inverosímil. ¿Habrías pensado alguna vez que Carlos V pudiera pasar Roma a hierro y fuego con sus lansquenets y que, mientras el sultán marchaba hacia las puertas de Venecia, pudiera ponerse de acuerdo con el papa Clemente VII para ser coronado emperador? Vamos, suceden cosas impensables. Primero lo obliga a retirarse derrotado y prisionero a Castel Sant'Angelo, después se ponen de acuerdo. No digo como si nada hubiera sucedido, pero casi. Entre los poderosos se utiliza una lógica diferente de la que se aplica al pueblo.

—Clemente VII lo esperó solemnemente frente a San Petronio, Carlos V se arrodilló frente a él, en presencia de todos los más importantes soberanos cristianos, además de nuestros embajadores. Se ungió el globo, después de que de las manos del Papa recibiera la espada, el cetro y la corona del Sacro Imperio Romano y las fiestas siguieron hasta bien entrada la noche.

—¿No te lo había dicho? —continuó Gritti—. Increíble, ¿no te parece? Las alianzas danzan al son de la música. Nosotros tenemos que aprender a seguir siendo neutrales e intentar mantener vivo el comercio, que es el nervio de nuestra fuerza. Nuestros jóvenes no quieren salir al mar. Aman los placeres y se han ablandado. Me desespera haber perdido Trani y Monopoli y que Clemente VII retomara Cervia y Ravena, pero al menos logramos evitar que un Médicis asumiera el poder en Milán. Mejor un Sforza y, encima, aliado nuestro. Es inevitable, tras tantas experiencias, que se sienta uno viejo.

—En cualquier caso, con la edad se adquiere la capacidad de disfrutar las oportunidades —le hizo eco Giustiniani.

El dux parecía no escucharlo, después siguió:

—Me gustaría hacerte una recomendación. Muchos nobles hablan demasiado de nuestros problemas de Estado y divulgan asuntos públicos con demasiada intrepidez

y poca discreción. Los asuntos pertinentes a nuestra República deben mantenerse en secreto: los transgresores deben ser castigados con rigor. Al mismo tiempo, si hay algún dinero para los gastos que conviene hacer, lo utilizamos para los exploradores y los informadores. Esta moda de esconder mensajes secretos en las cartas se está convirtiendo en una manía.

—Lo sé. En este momento, de todos modos, no estoy tan preocupado por el espionaje de nuestros enemigos exteriores como por algunas noticias que hablan de pequeñas conjuras contra los de nuestro grupo que te apoyan. No todos nos quieren, esto es pacífico, pero no creo que haya mucho de lo que preocuparse —Giustiniani habló en tono tranquilo.

—Has cambiado mucho. Antes estabas muy atento a lo que sucedía alrededor. Ahora me parece que tu optimismo está fuera de lugar. Esta es una ciudad de conjuras.

—En esta fase de estancamiento no sucederá nada. Fuera de los límites, quizá por poco, la situación es tranquila.

—Precisamente este estado de relajación podría llevar a alguien a hacer algo. ¡El dux Gritti te ordena que dupliques las precauciones!

—¿Has oído cómo ha acabado la historia de David Reubeni, aquel aventurero que, tras pasar por Venecia, fue a Roma alimentando extraordinarias esperanzas y creando improbables alianzas entre judíos y cristianos contra los musulmanes? No sé si recuerdas que hace un tiempo volvió a Venecia. Se le encargó a Giovan Battista Ramusio que se relacionara con él e informara sobre el singular aventurero que había fascinado a Clemente VII y a alguna que otra cabeza coronada. Carlos V lo hizo arrestar, después demostró la inconsistencia de sus inverosímiles planes y ordenó que lo mataran. En resumen, tuvo un triste final. Los judíos que creyeron en sus fantasías se quedaron muy desilusionados. Parece que Reubeni, aunque fuera con su locura fanfarrona, encabezaba una amplia red de espionaje.

—Quizá —dijo el dux— esto también son fantasías.

Giustiniani hizo una señal afirmativa con la cabeza, bebió el último sorbo de vino y, como el dux se había puesto de pie, se levantó a su vez.

—¿Quieres la góndola?

—Gracias. Nos vemos mañana para el habitual despacho de los asuntos públicos.

## La agresión

Francesco Sebastiano Giustiniani acababa de entrar en el patio del palacio envuelto en la oscuridad, cuando oyó un ruido. Miró alrededor, pero no vio nada y entonces subió los escalones exteriores ligeramente más deprisa de lo normal, reconociendo para sus adentros que se sentía inquieto como si percibiera que lo espiaban.

Casi había llegado a la puerta cuando una sombra apareció frente a él y, con un gesto inesperado, intentó clavarle un cuchillo.

Giustiniani reaccionó instintivamente y logró desviar en parte la hoja que, de todos modos, le hirió de refilón y le causó un fuerte dolor en la pierna.

Si solo hubiera sido uno, quizá el caballero se habría salvado porque aquel movimiento suyo imprevisto había desconcertado al agresor y le había hecho perder el equilibrio, pero aparecieron dos sombras más frente a él.

Giustiniani intentó saltar hacia un lado, pero esta vez no logró evitar la agresión y fue herido en la espalda y en un costado. Cayó sobre algunos jarrones de flores que rodaron por la escalera con gran estruendo y después se desplomó y se precipitó por los escalones de mármol.

Los gritos y el alboroto despertaron a todos y llamaron la atención de los criados, que llegaron corriendo al patio con lámparas en la mano.

Los agresores, quizá convencidos de haber llevado a cabo con éxito su misión, decidieron huir. La barca que les esperaba no muy lejos de allí se perdió y se disipó rápidamente en la noche.

Tras recoger a Giustiniani sin conocimiento y con la ropa empapada de sangre, unos criados lo socorrieron llevándolo en brazos a la cama, mientras otros tres eran enviados uno a avisar al dux, y los otros dos a buscar socorro y a hacer venir a dos médicos que tenían gran fama, el noble Contarini y el judío De Pomis.

## Nuevas nubes, nuevas ideas

—¿Cómo está ahora? —preguntó Moses.

—Mal, muy mal —contestó De Pomis—, ha perdido mucha sangre. Cuando lo socorrieron, lo vendaron con poca pericia y las heridas son profundas.

—¿Se salvará?

—Espero.

—Es uno de mis amigos más queridos, además de ser uno de los aliados más fieles que tenemos. Es un hombre solitario, honrado. Tiene un intelecto despierto y lo considero de la familia.

—Necesita una asistencia constante. Existe peligro de infección.

—¿Reconoce a las personas?

—Hasta esta mañana, no, diría que no. Está muy pálido y el dux ha puesto guardias armados para proteger sus aposentos.

—¿Quién habrá sido?

—No paro de darle vueltas. Tal vez una conjura de palacio, quizá un enemigo aislado, quizá algo que ni siquiera sospechamos. Todo es posible.

—Intentaré informarme. ¿Puedo pasar a visitarle?

—Por ahora diría que no. Quizá dentro de unos días. Si está mejor y logra sobrevivir. En cualquier caso te tendré puntualmente informado. Debo pasar por su casa por la tarde.

Moses se quedó solo en la salita, en silencio, postrado. Podía ver delante de él la figura de Giustiniani, alto, con los ojos vivos, insolente, seguro de si mismo y, además, librepensador.

«Esa sonrisa suya sarcástica debe haberle creado muchos enemigos. Sin duda no tiene enemigos solo por el sarcasmo, pero no hay nada peor que mirar a las personas con sentido de superioridad. Pocos hombres en Venecia merecen ser queridos como él, que es querido de muchos. ¿Quién puede odiarlo hasta el punto de intentar asesinarlo? ¿Quizá querían perjudicar a Gritti que es amigo suyo?».

Perdido en estos pensamientos sin respuesta, Moses no se percató de la silenciosa presencia de Stella.

—Querido padre, ¿por qué estás tan taciturno y pensativo?

—Han herido gravemente a Francesco Sebastiano Giustiniani. Estoy muy apenado.

—¿Qué podemos hacer por él?

—Si quieres, podrías ir con De Pomis y echarle una mano.

—Voy a decírselo a De Pomis.

En cuanto Stella salió, Moses permaneció todavía más pensativo.

«No querría trastornar a Stella. Aunque por otra parte, tras la muerte de Mandolín

en Roma, se ha encerrado demasiado en sí misma. Le ayudará hacer algo bueno por alguien».

Cerró los ojos y se adormeció hasta que lo despertó De Pomis golpeando la puerta con el puño y le dijo:

—La ayuda de tu hija me será preciosa. Viene conmigo y vuelve a casa conmigo.

—Gracias, gracias —dijo Moses.

—Aquí fuera —dijo De Pomis— hay tres personas que querrían hablar contigo.

—Hazlas entrar.

No había tenido tiempo de pronunciar la última palabra cuando se encontró frente a tres personajes extraños: uno bajito y gordo, otro esmirriado y pálido de mediana estatura, ambos de sesenta y tantos años, y un tercero de estatura alta que conocía bien y que tenía unos cuarenta años.

—Soy Daniel Bömberg —dijo el hombre más achaparrado.

—Me siento honrado de vuestra visita. Sé quiénes sois y me permito felicitaros por vuestra extraordinaria actividad.

—Os presento al padre Felice da Prato, mi colaborador —dijo Bömberg volviendo la mirada hacia el hombre pálido y esmirriado.

—Encantado de acogeros en mi casa. Conozco a vuestro acompañante, Joseph Olper, hijo de mi amigo rabino Samuel Olper. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

—Mucho, mucho, mucho más de lo que creéis.

Moses los miró sorprendido.

—Sois un judío docto, muy considerado —dijo Bömberg y, como para evitar que le interrumpieran, añadió—: Querría proponeros trabajar con nosotros, no solo para ayudarnos a imprimir los libros, sino también porque sabemos que vuestro hijo Davide es un excelente comerciante que viaja con éxito y visita muchos puertos del Mediterráneo. Desearíamos que vendiera nuestro trabajo en los cuatro confines de la Tierra.

—En los cuatro confines, me parece demasiado. En cualquier caso me sorprendéis y me halagáis porque conozco bien vuestra capacidad y vuestra pericia.

—Nosotros conocemos vuestra actividad de estudioso infatigable, aunque sea de forma tan discreta y oculta.

—Estudio por pasión. No soy un gran estudioso. Es verdad que en los últimos años me he dedicado a ahondar en las lecturas, pero no tengo la sabiduría de muchos de nuestros rabinos.

—Esta actividad es prometedora y nos da muchas satisfacciones. Estamos convencidos de que vuestra ayuda será preciosa.

—De imprenta no sé mucho.

—Pero sabéis mucho de manuscritos y de la imprenta nos ocuparemos nosotros.

—No puedo negarlo: esta idea me parece fascinante —respondió Moses—. Puedo añadir, además, que estoy convencido de que pronto vuestra actividad llamará la atención de todos. Vuestro Pentateuco, vuestra gran Biblia rabínica que recoge las

contribuciones de célebres exegetas y comentaristas medievales es de extraordinaria importancia. Se dice que por todas partes se respira un fuerte antijudaísmo. Quiero demostrar exactamente lo contrario porque no solo vuestros libros de gran calidad son leídos por los judíos, sino que muchos son comprados y estudiados por los que no son judíos.

—Lo sé —dijo Bömberg complacido.

—Está claro que en los ambientes de los humanistas y de los religiosos encontráis lectores atentos, y que el judaísmo goza de muchas simpatías, y cada día es más evidente. Me parece extraordinario que, con la aprobación del Senado de Venecia, hayáis impreso tanto el Talmud de Babilonia como el Talmud de Jerusalén. Hace muchos años, recién llegado a Venecia, conocí a un gran sabio: Isaac Abrabanel. De haber podido ver vuestras obras se habría mostrado entusiasmado.

—¿Aceptáis, pues?

—¿Pensabais quizá que podría rechazar una oferta tan tentadora como la vuestra? Os prometo que escribiré a mi hijo y que le aconsejaré que dé a conocer las obras que vosotros imprimís entre los sabios del mundo.

—Entonces —dijo Bömberg—, si estáis de acuerdo, prepararé un contrato para que lo firméis, con todas las condiciones previstas. En concreto, querría distinguir dos aspectos de nuestra relación: el relacionado con vuestra actividad de experto y de conservador de los textos que imprimiremos y el relacionado con la venta y el comercio del producto acabado.

—Me parece justo —contestó satisfecho Moses—; por primera vez en mi vida ganaré algo con una actividad que ha sido siempre mi pasión. ¿A qué más podría aspirar un viejo como yo? Me encantará ver mis queridos manuscritos transformados en libros impresos.

## Francesco Sebastiano y Stella

Durante semanas el estado de Giustiniani, a pesar de experimentar una ligera mejoría, siguió siendo grave. Finalmente el noble empezó a mejorar y a hablar con todos los que se turnaban junto a su cama para cuidarlo.

—¿Qué ha sucedido? No me acuerdo de nada.

Nicolò Contarini le contó al ilustre enfermo todo lo que sabía: después de cenar con el dux, había vuelto a casa y, en la escalinata, tres hombres lo habían agredido y habían intentado matarlo.

—¿Qué ha dicho el dux?

—No lo sé —reconoció Contarini—. Desde aquel día tu casa está vigilada y protegida. El dux y numerosos personajes ilustres vinieron a visitarte cuando estabas en peligro de muerte y seguro que pronto volverán. ¿Cómo te encuentras?

—Me duele todo, pero creo que es la primera vez que me parece salir de una caverna. Recuerdo cosas vagas. Me vienen a la cabeza algunas palabras, algunas frases que quizá hayan pronunciado los que me han visitado mientras estaba en un estado de seminconsciencia y de sopor. Siento y no siento.

—Ahora ¿va mejor?

—No sé... no sé. Me duele mucho la cabeza y el costado.

—Pasará, pasará. Ya verás.

—Eso espero. No veo la hora de levantarme y sentirme fuerte como antes. ¿Entre las personas que han venido a visitarme estaban también los que llevan la investigación de mi agresión?

En aquel momento entró Stella que, oyendo aquellas palabras y sobre todo el tono con que las había pronunciado, dejó escapar una pequeña risotada.

—Stella, ¡qué sorpresa! ¿Qué haces aquí?

—Vengo todos los días para ayudar a De Pomis.

—¿Está aquí De Pomis? Quiero verlo. Quiero agradecerle vuestra preciosa ayuda. ¿Desde cuándo vienes?

—Hace semanas —respondió con voz dulce Contarini—, Stella sigue con gran esmero no solo las prescripciones de De Pomis, sino también las mías.

—Gracias, Stella; te ruego que llames a De Pomis y nos dejéis solos unos minutos.

Como si hubiese oído sus palabras, De Pomis entró desde la sala contigua.

—Querido De Pomis, ¿cómo estáis?

—Soy yo quien debo preguntaros a vos —respondió el médico.

—Estoy tan rodeado de cuidados que me parece estar mucho mejor.

—Bien, ciertamente te recuperarás pronto —dijo Contarini—. Hasta mañana, queridísimo amigo.

—¿De Pomis, estamos solos?

El médico hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Decidme todo lo que sabéis —instó Giustiniani en un tono autoritario no muy habitual en un enfermo.

—En cuanto os hirieron me mandaron llamar y la situación era muy grave; después, poco a poco os fuisteis recuperando.

—Sabéis bien a qué me refiero. Vos sois uno de mis colaboradores más leales.

—Solo soy vuestro médico y colaboro con vos para que nuestra República pueda ser fuerte y potente.

—Adelante, hablad.

—Después de curaros hablé con Marcello Priuli, vuestro secretario, y pusimos en marcha enseguida, con la ayuda de vuestros mejores amigos, una investigación concienzuda. ¿Os acordáis de aquel oscuro episodio que sucedió hace veinte años en las orillas de la laguna y que acabó con la muerte de Alvise Vianello y Marco Scarpa?

—Me acuerdo, aunque me parece un episodio del todo secundario y no comprendo la relación. El que se salvó, Rossetto, fue encarcelado en los Piombi; después yo lo liberé y lo tomé a mi servicio, quitándoselo a Toni da Mestre. El pobre Rossetto estaba tan aterrado que tuve que mandarlo al continente, con mi primo Lorenzo, junto con su amante a la que un desconocido, aunque quizá fuera Toni da Mestre, había intentado violar. Todo muy confuso aunque tengo mis sospechas. En cuanto a Toni da Mestre, había decidido dejarlo actuar a sus anchas manteniéndolo vigilado, pero fue muy astuto, o puede que gozara de fuerte protección. No logré demostrar nada contra él.

—Os expreso toda mi estima y mi mayor simpatía. Pero vos alguna vez, sobre todo si la cuestión os concierne, infravaloráis a vuestros adversarios, y sabéis que los tenéis, porque no muchos soportan vuestra exuberancia intelectual.

—¿Queréis decir que soy soberbio o que soy demasiado curioso, como me dijo una vez el dux Loredan?

—Quiero decir que muchos de vuestros adversarios políticos saben que sois un librepensador, que frecuentáis de buena gana a algunos judíos, que no sentís simpatías por ciertas confraternizaciones de sacerdotes y que, incluso, habéis expresado juicios bastante abiertos referentes a la herejía luterana.

—Todo esto, ¿qué tiene que ver con los puñales? Puede que sea un espíritu ¿cómo lo diría?, un poco libre, pero... ¿intentar asesinarme por eso?

—Para ser un jefe veneciano, que se ocupa de los servicios de información de la República, me parecéis un poco ingenuo.

Giustiniani lo miró con el ceño fruncido.

—¿Os aprovecháis de mí porque estoy débil y enfermo?

—Querido caballero, curaos cuanto antes. Habéis superado la fase crítica, por suerte. Pero hasta ahora sabéis que la conspiración urdida para eliminaros no solo se basaba en los elementos de los que os he hablado y que ya pertenecen a un pasado

muy lejano. Parece que Da Mestre se ha convertido en un personaje de relieve y fue uno de los inspiradores de esta canallada. Detrás de él, no obstante, hay algún noble que os detesta y no quiere veros demasiado fuerte o influyente en la ciudad. Está claro que no desean que, después de Gritti, seáis vos el siguiente dux y, como se suele decir, mejor cortaros cuanto antes las alas, es decir, la garganta.

—Pero ¿vos cómo podéis saber todas estas cosas?

—Los pacientes hablan con los médicos... incluso de temas reservados. Me han dicho, además, que en un asunto de monjas y de conventos vos no tuvisteis reparos con nadie y esto os creó más enemigos aún. ¿Recordáis aquella historia de la que fue protagonista Alvisé Córner?

—Sí. Me acuerdo perfectamente.

En aquel momento entró Stella con una bandeja de comida para el ilustre enfermo.

De Pomis aprovechó para decir:

—Querida Stella, voy a cambiar los vendajes y después juntos debemos volver al Ghetto antes de que suene la Marangona.

Giustiniani, incapacitado y pensativo, calló. No se encontraba nada bien, pero la presencia de la mujer lo empujó a reaccionar. Cerró un momento los ojos y después preguntó:

—¿Cómo está vuestro padre?

—Cada día más silencioso y, naturalmente, en estos días se ha inquietado mucho por vos. No puede hacer nada. Solo puede esperar y este no es un comportamiento que se ajuste a su carácter.

—Espero poder verlo pronto. Decidle que esté tranquilo. La crisis está superada y pronto volveré a estar en forma.

—Si me lo permitís —susurró Stella sin mirarlo a los ojos—, volveré a vuestra casa aunque ya estéis bien. Os puedo ser útil.

Giustiniani la miró sin dejar traslucir ninguna reacción.

—Me complacerá —contestó, sin darse cuenta de que había pronunciado las palabras con cierto entusiasmo.

Y después añadió:

—Me complacerá mucho.

## Moses y Francesco Sebastiano

Pasaron varias semanas.

Giustiniani había vuelto a sumergirse en la actividad política y se esforzaba mucho no solo en procurarse apoyos, sino también en preparar la venganza por la ofensa recibida, y averiguar con seguridad quién había intentado asesinarlo.

Conegliano, en cambio, estaba apasionado con su nueva actividad vinculada a la producción de libros en lengua hebrea y no tenía tiempo para nada: leía, corregía borradores y llenaba él solo las cajas de madera donde envolvía meticulosamente, con telas protectoras, los libros destinados a países lejanos. Ya casi no se ocupaba del comercio de tejidos, que ahora estaba prácticamente en manos de los judíos levantinos.

Un día, los dos viejos amigos se vieron obligados a verse, a pesar de que Francesco Sebastiano habría preferido retrasar el encuentro. El noble se sentía un poco avergonzado y se preguntaba cómo reaccionaría el anciano judío al recibir la noticia que estaba a punto de comunicarle.

Fue caminando al Ghetto y entró casi furtivamente en la casa de los Conegliano, después de hacerse anunciar unos minutos antes.

—Me alegro de veros con buena salud —dijo Moses entre sorprendido y preocupado.

—Yo también me alegro de veros y os digo ya que he venido a plantearos una cuestión muy delicada —respondió Giustiniani—: Añado que estoy dispuesto a resolver el problema de la mejor forma, según vuestra voluntad.

—No comprendo. ¿Desde cuándo sois tan sumiso?

—No soy en absoluto sumiso. Dejad que os lo explique y comprenderéis por qué estoy dispuesto a aceptar lo que vos queráis decidir.

Moses guardó silencio.

Giustiniani captó las señales de la fuerte tensión en el anciano y repitió:

—Al final lo comprenderéis. —Después, con una ligera vacilación y con un poco de vergüenza en la voz, añadió—: Stella está embarazada. Estoy dispuesto a asumir toda la responsabilidad.

Con el rostro morado, Moses reaccionó con desprecio:

—Jamás debería haberme fiado de vos, ¡miserable canalla!

—Estaba preparado para vuestros insultos. Aquí no soy un noble veneciano frente a un judío. Solo vengo a explicaros que amo a vuestra hija y que soy feliz de tener un hijo.

—¿Venís a decirme que deseáis mi bendición y estáis dispuesto a haceros circuncidar? —preguntó Moses socarrón.

Giustiniani respondió con calma.

- Vengo a deciros que puedo reparar el daño. Escuchadme.  
—No puedo hacer otra cosa —dijo Moses resignado.  
—Quiero repararlo.  
—Intentad no decir estupideces y explicad con claridad lo que queréis hacer.  
—Imagino que no queréis que Stella se convierta.  
—Bien dicho. Imagináis bien y de todos modos preguntadlo a mi hija.  
—No quiere, y yo tampoco.  
—Adelante, ¡seguid!  
—Lo que voy a deciros es evidente.  
—Aunque sea evidente, tened la bondad de decirlo.  
—Lo dispondré para que el niño no tenga problemas económicos.  
—Puedo mantenerlo yo, soy su abuelo.  
—Os he dicho lo evidente. Ahora os diré el resto.  
—Adelante. ¡No tengo tiempo!

Giustiniani miró a Moses y sintió cierta compasión por el anciano quien, aun en dificultades, intentaba reaccionar y no perder la dignidad.

—No puedo convertirme. ¿Lo comprendéis?

Moses reprimió otro insulto.

—Para resolver este problema, tan complicado, es preciso que seamos dúctiles y tengamos imaginación.

Moses permaneció en silencio.

—Stella puede casarse, solo ficticiamente, con un judío de origen marrano que se marchará enseguida y no volverá nunca. Stella y yo nos amamos. Mucho.

—¿Y después?

—El niño o la niña vivirá con vuestra familia, pero con mi bendición y con mi total protección. Nunca abandonaré a la madre ni al hijo.

—¿Aceptaréis que vuestro hijo sea judío? —preguntó Moses con voz entrecortada, conmovido y temblando.

—¿Qué debería hacer si no? Os respeto, Moses Conegliano. Soy vuestro amigo. Siento respeto por el pueblo de Israel.

Moses lo miró pensando: «Este hombre está loco».

—Veréis —continuó Giustiniani en tono tranquilo—, existen muchas clases de amor y casi ninguna es condenable. Está el amor de la vanidad, el que hace que un hombre se sienta satisfecho por estar al lado de una mujer deseada por todos. Es un amor egoísta y limitado, como comprenderéis. Después está el amor entre dos personas que poco a poco se influyen y se compenetran. Por fin está una clase de amor que es un encuentro entre soledades. Cuando Stella y yo nos encontramos, estábamos solos, doloridos, tristes y cansados y se encendió algo tierno, ligero, que con el paso del tiempo se ha vuelto más tenaz. Creedme. Yo no lo quería. Stella tampoco lo quería. Pero poco a poco nos fuimos acercando hasta que ya no podíamos pasar el uno sin el otro.

—Podrías haberos acercado, pero un poco menos.

—¿Y ahora?

—¿Qué queréis que os responda?

Callaron ambos. Por la ventana entraban las voces de los niños que jugaban en la gran plaza del Ghetto.

—No sé si es justo —dijo Moses— ser tan egoísta y tener a un niño en el Ghetto.

—No os habéis resignado nunca, ¿no?

—No. Pero puedo deciros que no tengo dudas. Sería más justo que mi nieto o mi nieta naciera en vuestra casa. Lo comprendo, pero no puedo. Disculpadme. Mejor judío o judía que noble.

—No creáis que no os comprendo. He hablado de esto con Stella. Ella piensa como vos.

—Baruch hashem.

—¿Qué queréis decir?

—Bendito sea su nombre.

Giustiniani soltó un suspiro de alivio y dijo:

—Gracias. Tengo que irme. Lo organizaré todo según vuestros deseos.

—Hablaré con Stella. Al fin y al cabo una nueva vida siempre es bienvenida y ¡quizá encontrará un mundo más justo! *Le haim*. Por la vida.

## 65

### Sara

—¿Crees que es lo mejor que podemos hacer? —preguntó Sara con voz serena.

Moses la miró sorprendido.

—¿Crees que, de no estar convencido, habría puesto en marcha toda esta comedia?

—¿Todavía estás convencido?

—¿Por qué debería haber cambiado de idea?

—Quizá no todo ha salido como esperabas o como tenías pensado.

—Sara, nos conocemos desde hace mucho tiempo, hace años que estamos casados, pero no entiendo qué quieres decir.

—No quiero decir nada. Solo te pregunto si tienes alguna duda o no.

—Siempre estoy lleno de dudas. Y al fin y al cabo todos, de Giustiniani a Stella, han decidido que este era el mejor camino.

—Así que ahora tenemos dos mellizos, Jacob y Fiore Nahmias, hijos de un padre ya lejano y al que no conocerán nunca.

—No es su padre.

—¿Los judíos del Ghetto se han creído este parto prematuro?

—A veces pasa.

—¿No habría sido mejor que Stella se casara con Giustiniani?

—Giustiniani estaba dispuesto a casarse con ella, lo sé, pero este paso no solo lo habría perjudicado irremediablemente, sino que...

—Habría herido tu vanidad. Tú estás contento de haberlo doblegado y de haber doblegado a tu hija.

—Stella no se habría convertido nunca. Estas palabras son injustas.

—Pero ciertas.

—No son ciertas. Estoy orgulloso de tener nietos judíos.

—¿De qué sirve? ¿No ves cómo va el mundo?

—¿Todos nos hemos equivocado y solo tú conoces la verdad que me estás revelando ahora inesperadamente?

—No, Moses. Sabes perfectamente que no tengo convicciones fuertes como las tuyas, sino solo dudas y debilidades. Solo quería saber por ti si todavía estabas convencido de lo que hemos hecho.

—Ya han pasado muchos meses desde que se decidió optar por esta solución y no me parece que las cosas hayan ido mal.

—Puede que tengas razón, pero no debes enfadarte conmigo porque plantee alguna duda.

—No me enfado. Me amarga pensar que en estas difíciles circunstancias no estés de acuerdo conmigo, y me desagrada que con todo lo que cuesta ser y permanecer

judío, te sientas desilusionada.

—Desilusionada no es la palabra correcta. Tú, en los últimos tiempos, es más, desde hace unos años, estás enfrascado en tu nuevo trabajo y solo piensas en los libros que deben imprimirse. No me gustaría que olvidaras todo lo demás.

—¿Me he olvidado alguna vez de ti? ¿He descuidado alguna vez a la familia? ¿A mis hijos? ¿Y a tus hermanos que son como mis hijos? ¿Por qué me atribuyes malas intenciones?

—¿Malas intenciones? Tú nunca tienes malas intenciones. Pero a veces no es necesario tener malas intenciones para hacer daño. Son suficientes, como hacen muchos cristianos, los buenos propósitos.

—¿A qué viene esta polémica?

—No quería hablar de esto. Pero me parece que ellos hacen muchas cosas con las mejores intenciones, pero los resultados después no son precisamente los que ellos querían.

—¿Por qué me comparas con un cristiano?

—No quería decir eso. Pero gracias a tu testarudez Gabriele se marchó.

—Entonces, ¿fue culpa mía?

—Davide también vive lejos de ti, no ha querido volver nunca y ni siquiera ha formado una familia.

—Por ahora. ¿Crees que no lo sé? ¿Que no pienso en ello continuamente? ¿Que no me pregunto si habría podido decirle algo que lo convenciera para volver? ¿Debería haberme marchado, cruzar el mar y traerlo de vuelta?

Sara lo miró con ternura.

—No, Moses, no pretendía reprocharte nada. Los hijos se hacen mayores y eligen su propio camino. Solo quería decir que este mundo me parece terriblemente difícil y me asombra que tú, incluso después de pensarlo y repensarlo, no tengas nunca incertidumbres.

—Comprendo. Lo siento.

Moses calló un momento y después continuó:

—Sara, no es cierto que no tenga incertidumbres. Solo he intentado seguir siendo fiel a mi pueblo y hacer que el vínculo que une una generación a la anterior y a la siguiente no se cortara. ¿Me he equivocado?

—No lo sé, Moses.

## La carta de Davide

Constantinopla, 13 de agosto de 1533

Mi querido padre:

He recibido tus últimas cartas con mucho retraso, en parte porque me he ido moviendo por todo el Mediterráneo, pero por fin, aunque con dificultades, me han llegado todas juntas.

Me alegra saber que Stella se ha casado otra vez. Te confieso, de todos modos, que no he entendido bien por qué lo ha decidido tan repentinamente y, sobre todo, por qué ha elegido a un judío de origen incierto, como son los que se denominan marranos. Aun así, si tú me dices que todo ha ido bien, me alegro. Si a ti te parece bien significa que es correcto, o mejor, que es la mejor solución posible y si finalmente Stella ha encontrado a alguien que cuide de ella, no puedo estar más que contento. De todos modos siento curiosidad por conocer mejor algunos detalles del hombre que ha entrado a formar parte de nuestra familia.

Yo también tengo una gran noticia para ti: ¡me he casado! Sé que habrías preferido que te diera esta noticia en persona, que te gustaría conocer a mi esposa y a su familia, pero, por ahora, esto no es posible. Debo supervisar los negocios de cerca, no podría alejarme varias semanas, quizá meses; el viaje es largo y Ester, mi joven y bella esposa, espera un hijo. Yo también he hecho un matrimonio «mixto», como dicen en el Ghetto cuando un askenazi se casa con una sefardí, y me temía que la noticia te disgustara, pero veo que Stella se me ha adelantado. Aquí casi todos los judíos son sefardíes y, en realidad, a nadie le importa si pertenecen a un grupo o a otro. Los padres de Ester son de Constantinopla desde hace dos generaciones, pero son originarios de España, se llaman Molco. Son mercaderes como tú y como yo; y buenas personas. Ester es una muchacha sencilla, apegada a la familia y a las tradiciones, y me llena de cariño. ¡Me gustaría que un día pudieras conocerla!

En segundo lugar me gustaría contarte algunas cosas de Constantinopla, decirte que me sorprende a menudo pensando en ti con cariño y devoción inmutables. Llegará, espero, el momento en que podamos hablar cara a cara y contarnos tantas cosas que por carta no son fáciles de expresar.

Quiero explicarte cosas de Constantinopla porque creo que vale la pena y porque espero que un día u otro te apetezca venir a vivir aquí con toda la familia o al menos hacer un viaje. Sé que hay muchos motivos que te empujan a quedarte en Venecia, pero quizá lograré hacerte cambiar de idea.

Mientras tanto he aquí una frase que estoy seguro de que te gustará: «Quien tiene en la mano el vaso de miel debe lamerse los dedos». Como ves se puede aplicar a numerosas situaciones.

Esta gran ciudad, que parece tener más habitantes que Venecia y París juntos, es considerada por sus habitantes la ciudad del deseo universal. Lo que es curioso es que también ellos, antes nómadas de Asia central, se consideran un pueblo elegido: sin embargo, a diferencia de nosotros que damos mucho valor al libro y al estudio, su medio para controlar a los enemigos, y a veces también a los amigos, es siempre la espada. En cuanto a la novedad de la imprenta la detestan con todo su corazón porque están convencidos de que las escrituras, para seguir siendo tales, no pueden ser impresas. ¿Qué te parece?

Sus reyes son muy ambiciosos y hacen gala de riquezas sin parangón, llevan una vida lujosa, inmersos en el boato de sus extraordinarios palacios. Créeme, ¡el visitante enmudece!

No exagero si te digo que el rey de Francia en comparación queda muy mal, no tanto por su riqueza como por la forma de exhibirla.

En las calles, que se cruzan en un desorden mucho mayor que las calles venecianas, deambulan multitud de personas de toda clase y origen. Naturalmente, como sabes, aquí los judíos no llevan ningún signo distintivo. No existen las barreras religiosas. Los musulmanes son mayoría, pero los judíos y los cristianos constituyen una gran parte de la población. Jesús se considera un profeta del islam y los más ricos disfrutaban coleccionando reliquias cristianas. La única prohibición es la de tocar campanas y carracas, porque los muecín no quieren competencia.

He conocido a un personaje muy famoso, de origen veneciano. Es hijo del actual dux de Venecia y ha vivido muchos años en Constantinopla como embajador de la Serenísima. Se llama Alvise Gritti y es famoso como comerciante de joyas. Vive como un turco entre turcos y como un cristiano entre cristianos, y lo más interesante es que nadie se escandaliza de esta doble identidad. Parece que, cuando el padre fue elegido dux, organizó en su honor un banquete en el que participaron trescientos invitados de todos los colores y de todos los orígenes. Se sigue hablando de que al final del banquete danzaron algunas

*bellísimas bailarinas de Gálata que con sus movimientos lascivos habrían derretido incluso el mármol, envueltas en espléndidos vestidos que ocultaban, por decirlo así, sus magníficas formas. Dicen que saben transformar a un santo en un diablo.*

*En la ciudad hay dos clases de judíos, los que vinieron espontáneamente y los que se vieron obligados por la fuerza: esta forma de coerción se llama surgun y los que son sometidos a ella son denominados surgunlu y no pueden salir de la ciudad sin permiso. En cuanto a los rabinos, son bastante doctos, pero no como los de Venecia. Tienen una idea fija: hacer venir a todos los judíos al Imperio otomano y, en concreto, hacerlos volver a la Tierra Prometida. Aquí se dice que si quieres ser recibido en el palacio del sultán debes ser judío, franco o persa.*

*En el palacio de Topkapi (Puerta del Cañón), vive en el lujo más desenfrenado Solimán, que domina un territorio que se expande desde Hungría hasta India, desde Crimea hasta Argelia.*

*¿No te gustaría ver estos lugares tan distintos de la Europa cristiana? Aquí en Oriente incluso en el cielo estrellado se refleja el esplendor de este imperio.*

*Si tú, padre, entraras en el bazar, el mercado cubierto, el Bedestan, seguramente te enamorarías de los vendedores de libros usados que aquí gozan de muy mala fama.*

*Hablando de libros, debo decirte que todo lo que me mandas, biblias, talmudes, obras de Maimónides y de Abrabanel, sobre todo, se vende muy rápidamente y a buenos precios. Parece que los judíos y los no judíos de Constantinopla no desean otra cosa que comprar volúmenes impresos en Venecia. El éxito es enorme y puedo asegurarte que los márgenes de ganancia son satisfactorios. Si crees que necesitas dinero házmelo saber. Podría mandarte enseguida una carta de crédito a través de un acaudalado mercader que conozco. Si crees que es mejor que el dinero se quede aquí, dímelo también. Tú mándame todo lo que puedas y felicita a ese Bömberg al que muchos están intentando imitar. Muchos nobles venecianos, por lo que parece, se han lanzado a esta empresa que promete buenos resultados y ofrece notables posibilidades de ganancia.*

*Te he hablado poco de mí, pero sé que a ti te basta saber que todo va bien, muy bien.*

*Saluda a todos de mi parte. Que el Santo Bendito sea con vosotros. Shalom.*

DAVIDE

## Davide y Gabriele

De todo había hablado Davide en su carta, menos del tema más candente: su encuentro, imprevisto y sorprendente, en Constantinopla con Gabriele.

Se habían visto, apenas unos días antes, en la casa de un mercader veneciano que había decidido instalarse y comerciar en la capital del Imperio otomano.

Primero, sus miradas se cruzaron. Después se acercaron y, aunque un poco incómodos, se abrazaron y salieron al jardín.

—¿Cómo está nuestro padre? —preguntó Gabriele.

—Es un hombre fuerte y resiste bien las presiones y las desventuras.

—¿Qué desventuras?

Davide hubiera querido responder con un poco de aspereza, pero se contuvo y siguió:

—Sin duda le gustaría tener noticias tuyas.

—Mejor que no.

—¿Por qué?

—Ya hemos tomado caminos separados.

—Esto para él es una desventura.

—Hablemos de nosotros. ¿Qué haces aquí?

—Me encargo de vender y comprar mercancía de Venecia y para Venecia. En los últimos tiempos está funcionando muy bien un comercio concreto: el de los libros hebreos impresos por Bomberg y otros nobles venecianos. Creo que acabaré dedicándome sobre todo a esto, en parte también porque a nuestro padre le entusiasma su nuevo trabajo y tiene muchos contactos con los impresores, todos nobles venecianos, mientras que los encargados de los volúmenes son estudiosos judíos.

—Tengo un cliente que estaría muy interesado en adquirir un ejemplar de todo lo que se esté imprimiendo. ¿Puedes proporcionármelo?

—Por supuesto. Claro. Se trata de obras de gran calidad. ¿Es judío?

—No. Es un importante exponente del mundo cristiano que conoce el hebreo.

—¿Un converso?

—No. Un estudioso, capaz de explicar los asuntos humanos de un modo fascinante.

Davide no siguió preguntando.

—Por fin he encontrado mi camino —siguió Gabriele—, tras fatigas y humillaciones.

—¿Quién te ha humillado?

—Los judíos no podemos vivir arrinconados. Debemos jugar con estos cristianos, debemos ser de los suyos, a pesar de que el juego no nos convenza.

—Tú ya lo has probado muchas veces.

—No hasta el final.

—Para ti ser judío es un problema, para mí es solo una costumbre. Me siento orgulloso de ser heredero de un antiguo pueblo, orgulloso de razonar con la cabeza, orgulloso de no agachar la cabeza.

—Como ya has visto yo no me siento nada orgulloso, y quiero probar a aceptar las ideas de otros, a formar parte de la mayoría.

—¿Qué importancia tiene? ¿Me lo puedes explicar?

—Nosotros no tenemos la misma sensibilidad. Somos distintos. Sabes que quiero mucho a toda la familia y también a nuestro padre, pero quiero intentar ser libre.

—Me parece que los cristianos no son libres, sino prisioneros de sus dogmas.

—¿Nosotros no somos prisioneros de nuestros rituales?

—Es diferente.

—Es lo mismo.

Callaron y se miraron.

—Es inútil. No nos entendemos, aunque nos esforzáramos nunca nos entenderíamos.

—Estoy seguro de que volveremos a vernos.

—Lo espero con ganas.

## La conversión de Gabriele

Un año después de su encuentro con Davide en Constantinopla, el 30 de septiembre de 1534, Gabriele Conegliano dio el gran paso.

Tras una larga estancia en Oriente fue acogido con grandes honores en Venecia, en la iglesia dei Frari, adornada con flores y llena de nobles, ciudadanos, plebeyos y embajadores. No sucedía a menudo que un judío decidiera convertirse de forma pública y con gran pompa. Gabriele Conegliano, que se cambiaría su nombre por el de Francesco Girolamo Morosini, era además hijo de uno de los exponentes más importantes del grupo judío, y el que se acercara a la fe de Cristo tenía una justa y merecida resonancia.

Muchos dignatarios eclesiásticos estaban en primera fila con una expresión paternal y satisfecha.

Todos los presentes estaban muy contentos por la manifiesta victoria de la fe cristiana.

En las declaraciones y en las conversaciones mantenidas antes de entrar, los padrinos habían dado a entender que no se trataba de un caso aislado, sino que era el primer paso de algo muy grande que vendría después y cuyo mérito era sobre todo de los padres predicadores, que no habían ahorrado ninguna energía para empujar a los paganos hacia la salvación. Muy pronto todos los judíos del Ghetto se convertirían y así salvarían sus almas.

Moses Conegliano, en cambio, reaccionó de forma muy diferente: se encerró en su habitación y con una punta afilada, en señal de luto, rasgó su mejor camisa blanca.

Gabriele Conegliano avanzó por la iglesia llena de gente con una sonrisa enigmática, apenas esbozada. Un auténtico penitente quizá debería haber llevado la cabeza gacha, y no mostrarse altivo, pero en aquel momento pocos se preocupaban de las emociones o de las sensaciones del converso. Muchos tenían buenos motivos para festejar y los manifestaban sin reticencia.

Gabriele pasó frente a una hilera de personajes ilustres que estaban codo con codo: el arzobispo Grimani, el procurador Soranzo, algunos amigos de juergas, Lorenzo Pasqualigo, Andrea Giustinian, Francesco Mocenigo, Francesco di Priuli, Zuan Badoer. Un poco más allá, su amigo Francesco Morosini quien, con infinita dulzura, le había dado su nombre.

Tras largas plegarias mezcladas con música de órgano y un discurso del sacerdote, que ilustraba, con pomposa solemnidad, la importancia de la conversión de Gabriele Conegliano, el legado pontificio, con capa y mitra en la cabeza, cogió una gran bacía de plata que contenía el aceite para el bautismo y llevó a cabo el ritual de la ceremonia.

Los padrinos se acercaron al héroe del día para felicitarlo y expresar su felicidad.

Un procurador dio al nuevo Morosini una misiva en la que se anunciaba que el serenísimo príncipe le había concedido las enseñas de caballero, justo mientras numerosos embajadores se apretujaban a su alrededor para felicitarlo con especial calor.

Un poco distante, el noble Francesco Sebastiano Giustiniani observaba la escena con una expresión indescifrable.

Lo habría sido mucho más si hubiera podido prever lo que pasaría la noche del 28 de diciembre de 1538 cuando el dux, su gran amigo, murió de un ataque de apoplejía a la venerable edad de ochenta y tres años, según algunos por la gran cantidad de anguilas que había comido con voracidad la víspera de Navidad.

Pietro Lando, sucesor de Gritti, fue elegido para el cargo supremo solo unos días después y Giustiniani entendió que nunca sería dux.

Por otra parte, ahora en su vida había algo más importante que la ambición, la política y el ducado: tenía dos hijos, Jacob y Fiore, y una mujer a la que amaba, aunque se vieran poco y a escondidas, y aunque sus vidas discurrieran por caminos divergentes. A veces Stella iba a verlo con la góndola que él le mandaba, encapuchada y con velo, y pasaban todo el día encerrados en casa haciendo el amor y hablando de sus hijos. A veces iba él al Ghetto judío, teóricamente para ver a su viejo amigo Moses, pero en realidad iba a ver a dos chiquillos, que lo llamaban tío y estaban encantados de verlo porque la visita significaba siempre nuevos regalos para ellos.

No era una solución perfecta pero, con el paso de los años, Francesco Sebastiano había aprendido a vivir de una forma que muchos habrían considerado condenable.

La curiosidad es mala, le había dicho el dux Loredan, cuando el noble lo había interrogado sobre uno de los misterios nunca desvelados por su noble República. Ahora Giustiniani sabía que también el querer demasiado sin contentarse nunca era malo. Era necesario doblegarse un poco, como habían hecho tanto él como Moses, coger lo bueno de la vida, lo poco bueno que tuviera.

## 69

### En peligro

Los que conocían a Moses Conegliano habrían podido pensar que su reacción ante la noticia de la conversión del hijo sería dura y que se dejaría llevar por la rabia y el dolor. En un primer momento, como se ha dicho, se encerró en su habitación y el desgarrar de la camisa fue la única manifestación de su íntimo luto. Después, poco a poco, se afirmó dentro de él una reacción más complicada, casi un intento desesperado de negar la realidad.

Dijo solo unas palabras.

—Ojalá el agua bendita del bautismo le sirva. Que Dios lo ayude y que nos ayude a nosotros. Solo se vive una vez y con mucho esfuerzo. No es suficiente el agua bendita para hacer de mi hijo un cristiano.

Sara lo miró atónita y, por primera vez, tuvo la sensación de estar delante de un hombre anciano, cansado, que ya no quería luchar y se refugiaba en el estudio, y pasaba todo su tiempo trabajando, cada vez más lentamente, en sus manuscritos, o jugando con los niños de Stella y bromeando con los demás chicos que ahora ya se habían hecho mayores.

Moses sabía que cambiar el mundo era imposible, por eso su deseo más profundo había sido intentar comprenderlo anticipadamente.

Ahora ya no. Los tiempos parecían indescifrables y, con la edad, se había resignado a seguir los acontecimientos esperando solo no hundirse, más preocupado por su familia que por sí mismo (ahora ya se consideraba una ruina).

Ni siquiera Stella dijo nada. Quizá le bastaba con ser madre y no deseaba nada más. Había superado bien las turbulencias de su extraño matrimonio, amaba con gratitud profunda a Giustiniani y se conformaba, aunque la suya no fuera en absoluto una existencia normal.

«Una vez éramos los protagonistas de la resistencia de un pueblo —pensaba Moses—. Estaba orgulloso de ello. Ahora ya no tengo fuerzas para resistir y, viendo cómo se complican las cosas del mundo, pienso que quizá mi hijo cristiano tenía razón buscando los placeres. Al fin y al cabo, él, cristiano no lo es. Lo suyo solo es una ficción oportunista. He intentado entender durante toda la vida y no he entendido nada. Tal vez él haya tenido una intuición mejor. Que sea feliz».

En los días sucesivos a la noticia del bautismo de su hijo, Moses durmió muchas horas y después retomó su trabajo como si nada hubiera sucedido, irritado solo cuando oía los comentarios y las alusiones de sus vecinos judíos del Ghetto que no tenían, naturalmente, sus mismos sentimientos tolerantes y que, por el contrario, demostraban delante del padre si no un descarado desprecio, al menos una mal disimulada hostilidad o, en el mejor de los casos, cierta frialdad hacia su hijo.

—¿Por qué te has portado de forma diferente con Stella que con Gabriele? —le

preguntó Sara—. ¿Comprensivo con ella e intransigente con él?

—Te equivocas —objetó Moses—; en el caso de Stella había un rayo de esperanza, y en vista de que Stella pensaba como yo, todo ha ido de la mejor manera. Con Gabriele quizá en el pasado no estuve suficientemente atento, pero ahora he entendido que no tenía forma de oponerme.

—No lo entiendo, ¡tú que siempre has sido tan decidido!

—Si me toca a mí decidir, no lo dudes. Si no me corresponde a mí, ¿qué me queda aparte de resignarme? Además, ¿qué debería hacer según tú? ¿Maldecir a mi hijo como hizo Daniel cuando el suyo fue bautizado? ¿Recitar el *kadish* de los difuntos, cubrir los espejos, fingir que ha muerto? Ya sé que esto es lo que los demás judíos esperan que haga, por eso me miran mal, pero a mí no me importa. No puedo. Gabriele es mi hijo y para mí, además, siempre será judío.

Pero un día, mientras se dirigía a la salida del Ghetto Vecchio en el muelle de Cannaregio, se cruzó con un grupito de personas que estaban saliendo de una tienda que daba a la calle y sin querer empujó a un hombre de baja estatura envuelto en una capa rasgada.

—¡Quieres mirar por dónde vas! —chilló el hombrecillo indignado—. ¿Te crees el dueño de la calle?

Se llamaba Simone Alpron y era un hombre muy piadoso y al mismo tiempo beligerante, había denunciado a una vecina porque tenía *chamez* en Pascua y a otro miembro de la *kehillá* porque no había declarado una ganancia obtenida vendiendo ropa usada. Los judíos del Ghetto temían su lengua y su ira, pero Moses, perdido en sus pensamientos, le respondió sin reflexionar.

—Deja de ser tan pendenciero, Alpron, ¡sabes que no te he empujado a propósito!

—Vaya, vaya —siseó el hombrecillo—, ¡cuánto orgullo para un hombre que tiene por hijo a un cerdo *mesumad* y por hija a la puta de un cristiano!

Moses se quedó atónito, pero respondió lentamente:

—Espero que el día de *kipur* vengas a pedirme perdón. —Después se marchó sin mirar a su interlocutor a la cara.

Lo que le dolió más, en los días siguientes, cuando con la mente revivió el incidente, fue el comportamiento de los presentes: muchas personas habían oído las palabras de Alpron, personas que él conocía, con las que había intercambiado impresiones y compartido temores, y nadie había dicho nada.

Se sintió un paria entre parias y se aisló todavía más.

La producción de libros, en cambio, iba viento en popa y la visita de ilustres rabinos lo distraía y lo alegraba, aunque siempre se quedaba sorprendido ante el interminable afán de estos de analizar y llevar al extremo el *pil pul*, es decir, aquel deseo de alimentar el debate dialéctico sobre los textos hasta las minucias más absurdas.

—Estos rabinos están locos —repetía cada día más a menudo, pero con satisfacción—. Las cosas que hay que hacer para no ser prisionero del dogma.

Después llegaron las fiestas y Moses, con sus libros, acudía a la sinagoga alemana, recién construida, y se quedaba a rezar hasta el último momento, afligido porque la larga plegaria no fuera aún más larga. Después volvía a casa, se concedía un vaso de vino y se iba a la cama.

## La llegada de los levantinos

Moses ya llevaba más de veinticinco años viviendo en el Ghetto y, como sucede a menudo, todo había cambiado inexorablemente. Los amigos más viejos habían muerto; los jóvenes se habían hecho hombres de mediana edad; los bebés crecían tan rápidamente que era difícil reconocerlos después de pocas semanas. Su hijo Simhà se estaba dedicando cada día más al estudio, y esto lo enorgullecía. No tenía alma de mercader como Moses y Davide, quizá sería rabino.

A los primeros que habían llegado al Ghetto se les iban uniendo otros, procedentes de todos los puertos del Mediterráneo, de orígenes lejanos y de mentalidades y lenguas diferentes. El espacio disponible era cada vez más escaso y las diferencias entre grupos de judíos de origen y tradiciones culturales diversas se acentuaban cada día más. Moses se daba cuenta y le molestaba. No solo los ritos eran distintos, sino que también la Torà se interpretaba según cánones que creaban discordia y confusión. Las polémicas, por tanto, estaban a la orden del día y paradójicamente eran más ásperas cuanto más banales eran los motivos que las encendían.

—Litigar es sagrado —comentaba Moses—, pero en nombre de algo, no de nada.

Los askenazis no soportaban a los sefardíes porque los primeros se consideraban venecianos, mientras que los segundos, recién llegados, mostraban demasiada arrogancia, intentando dominar la escena con sus riquezas cada vez mayores, aunque fuera en un lugar tan estrecho como el del Ghetto Novo.

La Serenísima República, además, no perdía la costumbre de aumentar los impuestos y los dos grupos discutían sobre las cuotas y los tributos que había que pagar.

Moses, que los primeros años había participado en todas las discusiones, parecía ahora desinteresarse de todo. Dedicó escasa atención a las polémicas que precedieron el nacimiento del Ghetto Vecchio, contiguo al llamado Novo.

—Por suerte nos libramos de los levantinos —murmuró fingiendo satisfacción, pero se entendía que no le importaba nada y que pronunciaba aquella frase para hacerse eco del sentimiento común de su grupo.

—¿Habéis leído —contó un día— lo que ha escrito Elia Levita? «En el Ghetto de Venecia nadie dirige la palabra al forastero y no se le pasa por la cabeza hacerlo. Este está obligado a vagar mucho tiempo antes de encontrar compañía, y si te encuentras a alguien que se relaciona con uno de ellos ¡puedes estar seguro de que ha obtenido algo del forastero!». Ahora con todos esos levantinos de dudoso origen la situación ha empeorado.

Hablaba en tono jocoso, impropio de él, para provocar un poco, para salir de su aislamiento, para suscitar reacciones en la familia, y como casi siempre recibía las

objeciones de su mujer, Sara, de su hija Stella, de los nietos o de algún amigo de paso; entonces se echaba a reír con benevolencia, satisfecho de haber alcanzado su objetivo.

Moses, que en el fondo de su corazón detestaba el Ghetto porque lo había vivido como una imposición, llegó a casa un día de junio de 1541 blandiendo una hoja de pergamino.

—Tenían que abolir el Ghetto Novo, y mirad qué han hecho en cambio: «Sea dada libertad al magistrado que quiera acomodar a los judíos mercaderes levantinos habitantes del Ghetto, y no pudiéndolos alojar por las estrechas de él, tiene autoridad para alojarlos en el Ghetto Vecchio, aunque siempre encerrados y custodiados como están actualmente en el Ghetto Novo, no pudiendo todavía dichos mercaderes hacer compraventa ni servicio alguno salvo solamente con mercancía sencilla». Ahora los levantinos no nos respetan mucho porque nosotros somos los verdaderos guardianes de la tradición, pero, pobrecillos, expulsados de España, se encuentran viviendo ellos también encerrados. Quizá deberían haberse quedado en Constantinopla.

De un modo u otro, Moses, que ya no deseaba adoptar los modos de los tiempos nuevos, se refugiaba en la no elección como si se hubiera convencido de que solo la pasividad podía ser una buena opción. Pero tuvo un sobresalto, un arrebato de interés real, cuando logró encontrar las bulas de Pablo III: *In Apostolici Culminis*, primero, y *Cupientes Judaeos*, después.

—Mi hijo fue un precursor —confió amargamente a su amigo Todesco. Su preocupación creció mucho más cuando leyó la llamada *Licet ab initio*.

—Los católicos han sufrido la ofensiva luterana y protestante. Ahora están reaccionando, y el nacimiento de un nuevo organismo que vigile la pureza de la fe puede ser muy peligroso. Esta Inquisición debería preocuparse de los herejes, pero acabará pillándonos en medio a nosotros. Comenzarán con el control de los textos e irán avanzando.

—En la ciudad —dijo Todesco—, cada vez hay más hombres ambiguos, los llamados marranos, que profesan el cristianismo, pero a decir de muchos siguen el judaísmo en secreto con modos heterodoxos poco conformistas y según un criterio totalmente personal.

—Me pregunto —dijo Moses— si los católicos están más preocupados por los numerosos herejes luteranos, considerados una peste, o si desprecian aún más a los marranos.

—En cualquier caso —concluyó Todesco—, crece el deseo de orden. Cada vez se habla más de un nuevo concilio, que debería empezar a reunirse en los próximos meses.

Estos nuevos temores no se concretaron enseguida.

Fueron necesarios algunos años para que el conflicto religioso se enardeciera cada vez más y la Iglesia de Roma decidiera reaccionar y defenderse convocando el Concilio de Trento.

## La matanza de Asolo

El viejo rabino Cantarini (Olper había muerto hacía tiempo) llegó traspuesto y se sentó en un banco pidiendo un vaso de agua.

—Ha sucedido algo terrible.

Moses, Sara y Stella callaron, esperando que Cantarini se decidiera a hablar.

—En Asolo, asaltaron a siete familias de judíos para robarles.

Todos se quedaron petrificados.

—¿Dónde está Asolo? —preguntó Stella.

—Asolo —respondió Moses con cansancio— es un barrio precioso, cercano a Treviso, rodeado de una naturaleza exuberante: parece imposible que en un lugar tan bonito y apacible pueda surgir la violencia.

—Ha sido brutal. Desde hace tiempo aquel grupo de familias recibía amenazas, pero no hacían caso, convencidos de que no sucedería nada. Los atacaron a todos, hombres, mujeres, viejos, niños, sin distinciones y sin ninguna piedad. Se salvaron por casualidad los que no estaban. Fueron agredidos Jacob, con Bona y sus dos hijos Viola y Filippo, Anselmo hijo de Grassin casado con Fioretta, con Stella Ricca y Grassin, Mandolin, su hermano con dos hijos de tierna edad, Moise con Bella su esposa y dos hijos y dos nietos, Salomon marido de Rosa con tres hijos y Marco Coen con sus hijos Kalonimos e Iseppo y dos nietos de Moise. Se habían mudado a aquella zona y vivían entre los campos cercanos a Asolo después de que en Treviso les saquearan la casa y el dux Leonardo Loredan decidiera, hace ya muchos años, que fueran a vivir allí. Una catástrofe, un asalto organizado por Antonio Parisotto, un canalla asesino. Ahora se sabe que hay diez muertos, ocho heridos y cinco familias desprovistas de todos sus bienes. Parece que estaba todo bien organizado y que el objetivo de los delincuentes era eliminar a los posibles testigos.

Cantarini hablaba y hablaba para desahogar su dolor y todos los demás, en torno a él, permanecían enmudecidos.

—Sabían —continuó— que encontrarían un tesoro en las casas. Lo han saqueado y roto todo: cofres, cajas de caudales. Han destruido los registros del monte de piedad, obligaciones y títulos de crédito. Sabían que la presa era rica, estaban bien informados, y se lo llevaron todo. El alcalde de Asolo, que antes no se había preocupado por las amenazas, después de los hechos ha reaccionado: ha informado al alcalde de Treviso escribiéndole que los judíos habían tenido la despreciable despreocupación de no creer en las amenazas. Como si no tener miedo pudiera considerarse una culpa.

—¿La justicia de la República seguirá su curso?

—Parece que se han decidido a castigar a los culpables, pero me han dicho que en este horrible caso estaría implicado un eclesiástico de Asolo y todo esto podría

complicar el curso de las investigaciones.

—Haré lo que sea para que la justicia se imponga. Esta violencia me vuelve loco —prometió Moses—. Hablaré con Francesco Sebastiano. Estoy seguro de que me ayudará.

## Se ha hecho justicia

—Querido Moses —exclamó Francesco Sebastiano sin demasiado énfasis—, ¡se ha hecho justicia! El esfuerzo ha sido notable, pero al menos podemos tener un consuelo: ¡se ha hecho justicia! En seis meses hemos interrogado a decenas de personas. Veintidós sospechosos, que se han alejado de nuestros territorios, han sido condenados por rebeldía, sus propiedades han sido confiscadas, sus casas destruidas y estoy seguro de que están bien informados de lo que sucedería si volvieran imprudentemente a nuestro país: serían decapitados y descuartizados.

—¿Han arrestado a alguien?

—No recuerdo cuántos son los que pasarán diez años de trabajos forzados en galeras, pero puedo deciros que han sido desarticulados.

—¿Y los cabecillas?

—Los hemos arrestado: Giovanni Battista da Como fue decapitado ayer y cortado en cuatro partes; Antonio Parisotto, en cambio, antes de ser ajusticiado fue torturado y finalmente decapitado. ¡Su cuerpo está ahora en Asolo expuesto como una admonición!

—Querido Francesco Sebastiano, estos terribles suplicios me estremecen, pero agradezco a la República que haya hecho justicia y haya lanzado una advertencia tan precisa: no se puede matar a los judíos impunemente.

—¿Teníais dudas?

—Sabía, y vos me lo habéis confirmado, que en muchos ambientes era fuerte la tentación de dejar impune este crimen. De haber sido así, nos habríamos marchado todos de Venecia.

—No me cabía duda.

—Vos no teníais dudas, pero os aseguro que la idea de marcharme me aterrorizaba. Ya soy viejo y en Europa ya no hay lugares seguros para los judíos. Podríamos haber ido a Oriente, a Constantinopla. Por suerte esta posibilidad ha pasado. Por una vez, al menos, se ha hecho justicia, no como en el caso del atentado que sufristeis hace años y por el cual nadie ha pagado nunca, salvo un pequeño delincuente que sin duda no era el instigador.

—Entonces faltó la voluntad política para descubrir a los instigadores, aunque los nombres no fueran del todo ignorados. Ahora, en cambio, la República ha querido dejar clara su posición con un gesto fuerte...

—Cuando le conviene, la República sabe ser fuerte. A veces, aunque no sea este el caso, a costa de los pobres diablos, de los blasfemos, los adúlteros, los estafadores de tres al cuarto que son castigados de una manera feroz. Cuando, en cambio, se trata de nobles que urden complots, entonces se convierte en la República de las nieblas y los misterios. Veo que os ponéis rígido, que mis divagaciones no os gustan. No quiero

parecer un ingrato: en este caso la ley ha sido justamente severa.

—¿Creéis que podéis estar tranquilos, entonces?

—No lo sé. El concilio que se abrió en Trento hace unos años suscita mucha perplejidad en el mundo judío.

—No os concierne directamente —observó Giustiniani.

—Eso ya lo sé, pero nosotros tememos que el clima que se está imponiendo sea no digo que peligroso, pero al menos turbulento. Esta reacción al fenómeno hereje del norte podría provocar más dureza en Roma, por ejemplo en las publicaciones de libros.

—¿Por qué deberían fijarse en los libros judíos?

—Si pretenden reprimirnos, lo harán sin distinciones. ¿No lo creéis?

—Puede que exageréis.

—Este Concilio de Trento no me parece un concilio libre en tierra alemana, como había pedido Lutero. Me parece que el fenómeno hereje se ha extendido demasiado y está presente en muchas ciudades italianas, ¿no os parece? ¿No es demasiado tarde?

—Existe una fractura no solo religiosa, sino más bien política y este intento se hace para intentar sanarla. En diciembre de 1545 la apertura del Concilio de Trento fue el primer paso de un camino que será largo y lleno de obstáculos. Creo que durará muchos años. Por otra parte, las convocatorias y las reexpediciones atestiguan que las incertidumbres y los contragolpes han sido numerosos.

—El papado —observó Moses— debería resignarse a la pérdida de Alemania, que no me parece ya recuperable, y no tomarla con nosotros para aplacar las iras.

—Los judíos siempre piensan, de una forma u otra, que están en medio. ¿No os parece que exageráis considerándoos el centro del mundo?

—Cuando el ambiente se vuelve mefítico, alguien paga y nosotros somos pocos e indefensos.

—La cuestión es más complicada: todo nació del impulso de Carlos V, que quería recuperar el orden y los principios protestantes reunidos en la Liga de Esmalcalda —subrayó apaciblemente Giustiniani.

—Siempre se sabe cómo empieza, pero nunca cómo acaba. La historia humana y la política son imprevisibles. Cuando se debaten cuestiones doctrinales y disciplinarias, nada puede darse por descontado. Deberíais hacer como hacemos nosotros, los judíos, que desde hace tiempo hemos aceptado el derecho a la disensión.

—Es fácil de decir —objetó Giustiniani.

—Por ejemplo, ¿por qué os obstináis en defender que los sacerdotes no deben casarse? ¿No os parece absurdo? Creo que el sufrimiento cristiano sería menor.

—El panorama es muy confuso y os confieso que no soy capaz de interpretarlo como me gustaría. La muerte de Lutero, por ejemplo, ¿ha simplificado o ha complicado las cosas?

—De todo esto, a mí me interesa solo una cosa: ¿controlarán los sermones de los predicadores? ¿Los obligarán a ser más moderados? ¿Aplicarán la censura a los libros

y, en particular, perturbarán la publicación de los libros judíos? No querría que mi última actividad se viera perjudicada.

—No entiendo estos temores —respondió Giustiniani.

—Entonces os pondré un ejemplo. Muchos saben que la Vulgata contiene diversos errores y saben que se distancia del texto hebreo y del griego. ¿Qué harán cuando se lleve a la imprenta la Biblia en lengua hebrea?

Giustiniani calló. Se daba cuenta de que algunos temores del viejo Moses eran razonables, pero no quería preocuparlo demasiado porque sabía que los peligros no eran inmediatos y que las controversias suscitadas por el concilio estaban lejos de resolverse.

—Ortodoxia y herejía, con mayor o menor fuerza —divagó—, siempre se han combatido. Veremos qué hacen Carlos V y Pablo III Farnese sobre esto. —Hizo una breve pausa y después continuó—: Vos no deberíais comportaros como me comporto yo.

—¿Es decir? —preguntó Moses mordiendo el anzuelo.

—Se necesita saber disimular, aunque el mío, está claro, es un disimulo honesto.

—¿Qué pretendéis decir?

—Vos sabéis que soy un hombre curioso y que pienso a mi manera.

—¿Entonces?

—Todo no se puede ni se debe decir.

—¿No decís la verdad?

—La verdad puede ser preciosa, pero quizá no habéis pensado nunca que, en muchas ocasiones, la verdad origina el odio.

Moses se quedó perplejo.

—Nuestra existencia está hecha de paradojas. ¿No se os ha ocurrido nunca pensar que el amor, juzgado a partir de sus efectos, se parece más al odio que a la amistad?

Moses no comprendió bien qué pretendía su interlocutor y lo dejó continuar.

—Parece paradójico, pero la adulación, sobre todo si no es exagerada, genera el amor y el buen humor.

—Si no me equivoco demasiado —intervino Moses—, vos queréis decir que en una sociedad cristiana se puede vivir bien aceptando las formas, pero disimulando en la sustancia.

—¡Algo así!

—Por eso vos seguís pensando como os place, pero adaptándoos un poco a la situación.

—No lo hago solo yo: es una costumbre extendida. Muy a menudo se puede hablar callando.

—Si los demás comprenden vuestros silencios, sí —reconoció Moses.

—Disimular es un velo necesario para sobrevivir: prudentes como serpientes, simples como palomas.

Moses ya había olvidado sus propias preocupaciones sobre la posible aplicación

de medidas de censura sobre la imprenta de los libros.

—Me doy cuenta —dijo— de que el arte de fingir es una necesidad, pero no querría que se convirtiera en sistema.

—Es necesario ser dúctil y si fingir no hace daño, ¿para qué decir la verdad? ¿Mejor la cólera perenne o la prudencia? No digo solo que es preciso disimular con los demás, ¡sino también a veces y sobre todo con uno mismo!

Moses callaba.

—¿Sabéis quién no disimula nunca? Quien siente demasiado amor por sí mismo, quien se quiere demasiado y piensa que sus ideas son más importantes. Creedme, no hay nada que beneficie tanto a los hombres como una sabia suspicacia.

Moses sonrió y respondió:

—Callar es prudente. Me lo habéis enseñado vos. Quizá yo no comprendo bastante: soy solo un mercader.

—Ya me lo dijisteis la primera vez, cuando nos conocimos. Entonces no os lo discutí, no os conocía todavía. Ahora sé que no es verdad, sois mucho más que eso.

—Vuestro mesías expulsó a los mercaderes del templo —continuó Moses como si el otro no hubiera hablado.

—Bien, Venecia os ha acogido, ¿no? No os lamentéis demasiado.

## La carta de Gabriele

10 de marzo de 1551

Padre mío:

*Te ruego que me perdones por mi largo silencio: he tenido que ajustar cuentas con mi rabia. No hay nada peor: la rabia ofusca la razón y, solo con la distancia de tantos y tantos años, me doy cuenta, pero con dolor, de cuánto he sufrido y, sobre todo, de cuánto te he hecho sufrir.*

*Como tú sabes, a pesar de que yo haya pasado por dos religiones, no creo en ningún Dios. Tras tantos años de alejamiento y de problemas difíciles de toda clase, he comprendido que en los momentos de crisis he pensado siempre en ti, en tu fuerza, en tus debilidades, en tus dudas, en tus turbaciones. En todo momento me he medido irremediabilmente contigo, para vencer, para perder, para intentar, en cualquier caso, derrotarte.*

*Siempre he detestado ser judío. Los hay que aceptan estas condiciones de existencia serenamente, con alegría o con pasión, y extraen fuerza de los ritos y de los pequeños gestos de cada día. Y los hay, como yo, que detestan la idea de ser considerados distintos, y querrían que la vida les reservara siempre emociones y placer.*

*Pero vayamos por partes. Cuando me convertí, me engañé pensando que mi pasado podría desaparecer, y mis amigos, al menos en los primeros tiempos, hicieron todo lo posible por ayudarme. En realidad, después de la ceremonia, pasé semanas de auténtica embriaguez, en las que me sentí libre, libre e igual a todos los demás, veneciano entre venecianos, hombre entre los hombres.*

*He dicho embriaguez y no por casualidad porque fue una verdadera borrachera, aunque fuera sin vino. Después, poco a poco, algunos se olvidaron de mí y no quisieron ayudarme. Otros se quedaron a mi lado, pero muchos me miraban con desconfianza. No tardé en comprender que para la mayoría de las personas yo no era un cristiano auténtico, sino un judío convertido y basta. Siempre y para siempre un judío, ¿comprendes?*

*Conocí a una mujer que me gustaba mucho, pero su padre la obligó, poco tiempo después, a dejar de verme. En fin, una noche con mis amigos (estábamos muy borrachos) sucedió el desastre, porque insultaron a los judíos con palabras tan fuertes que no te puedes ni imaginar: dijeron que eran culpables de todos los males del mundo, que habían matado a Cristo y, cuando intenté hacer que se callaran, aquellos malnacidos me agredieron y me pegaron e insultaron doblemente como judío y como convertido. Comprendí en aquellos pocos minutos los irreparables errores que había cometido en el pasado.*

*No fue el único incidente: hubo otros menos brutales, pero igual de humillantes.*

*Has de saber que aunque siempre te he desafiado, siempre he tenido miedo de ti, de tu seguridad mezclada con incertidumbre, pero siempre increíblemente resistente y, al final, aun en la derrota, paradójicamente acababas venciendo.*

*Te escribo porque no tengo valor para presentarme frente a ti para darte un beso y pedirte perdón por todo el mal que he hecho y por el dolor que te he infligido.*

*Has trabajado mucho, has sacrificado todo por tus hijos y lo has hecho sin pedir nada a cambio y sin buscar el placer al que yo siempre he aspirado como bien supremo.*

*Lo sé: me repito, pero esta carta es para mí la salida de una pesadilla, un momento de liberación.*

*No puedo negarlo, con mi conducta desconsiderada me he procurado también momentos de intensa felicidad o, mejor, de verdadero placer. Aunque fueran fugaces, aunque a menudo me he engañado pensando que podían ser eternos.*

*Naturalmente, poco a poco, el impulso que me alejaba de vosotros se ha debilitado, pero ¿qué puedo hacer?*

*Me he encontrado atrapado en un mecanismo infernal, como si hubiera vendido mi alma. Y quizá, los que me rodeaban estaban convencidos de que era así. Por eso he acabado por rebelarme contra ellos, pero sin manifestarlo, para no acabar en las manos rapaces de la Iglesia que no tolera vuelta atrás en los que eligen la vía de la conversión. Creía que la conversión podía sancionar un momento de auténtico tránsito: solo uno de mis amigos más queridos pensó realmente que podía salirme con la mía. Los demás actuaban en una comedia en la que ellos mismos no creían, porque ellos, cristianos que creían en la ética del amor querida por Cristo, en realidad no creen en nada y hacen estandarte de la religión solo en el exterior para exhibirse a los ojos del mundo, y hay que reconocer que lo hacen de maravilla.*

*Me casé. Amaba a mi esposa y pensaba que me comportaría como un cristiano. Pero murió de parto y el bebé no sobrevivió. Soporté por primera vez un dolor lacerante y persistente, después me resigné. No creo que fuera una señal de Dios. Si Dios existiera, no habría hecho un mundo como este en el que estamos condenados a vivir.*

*Ahora he sustituido el desafío contra ti, que ha perdido su razón de ser, por otro desafío más terrible: si Dios existe, hazme saber por qué ha creado el mal.*

*Discúlpame, querido padre, si divago. Escribiéndote siento que emergen desde el fondo del alma todas las contradicciones de mi existencia. Sé que no puedo desembarazarme de ellas, pero me gustaría hacerlo. Querría contarte también otras historias de mi vida, que ahora se está convirtiendo en la de un hombre viejo que ha perdido las pocas ilusiones que tenía y conserva solo algún tenaz recuerdo.*

*¿Te acuerdas de Angela Barbarigo?*

*Aquella mujer, totalmente inadecuada para mí, se ha incrustado en mi alma como una obsesión. Por ella, que me había destruido lentamente, habría hecho cualquier cosa, aunque sé perfectamente que me habría tratado mal.*

*Me contaron que, después de ser durante años el centro de la vida del gran mundo veneciano, murió de un mal incurable, y después de mucho tiempo un amigo me trajo una carta suya en la que me escribía unas pocas frases desordenadas, parecidas a las que estoy garabateando en este momento para que las leas tú, y que gracias al amigo que está dirigiéndose a Venecia, esta vez llegará seguro a tus manos.*

*Querido, querido padre, es increíble, pero en estos días no logro pensar en nada más que en ti. Quizá tenías razón cuando decías que tenía el carácter del abuelo, el materno, claro: tú no me lo has contado nunca, pero he sabido que el abuelo tampoco amaba la religión, detestaba los almuerzos de Pesaj y el ayuno de kipury su muerte enmascarada de ataque de apoplejía nunca quedó del todo clara y limpia.*

*No te pido que me respondas. Probablemente no volveremos a vernos: tu edad es muy avanzada y yo también soy viejo, más de lo que dicen mis años. Pero si por casualidad nos encontráramos, te ruego que solo me abracés en silencio. Las palabras no sirven, entre nosotros el silencio es el momento más íntimo.*

*Un querido shalom de tu hijo que no se siente judío, pero no ha sido nunca cristiano, es solo un hombre desesperado que intenta sobrevivir y que te recuerda con cariño.*

**GABRIELE**

## Disputa entre editores

Moses Conegliano acabó de leer, por segunda vez, la carta de su hijo y cerró los ojos.

Tenía la cara pálida y las arrugas parecían haberse hecho más profundas. Se quitó los lentes de la nariz y se pasó una mano por los cabellos blancos y desgreñados. Se sentía infinitamente viejo y solo, a pesar de que Sara seguía a su lado, así como Stella y Dolcetta con el marido y los hijos y los hermanos de Sara con sus familias. También Daniel, el huérfano adoptado hacía tantos años, se había casado y trabajaba en uno de los montes de piedad del Ghetto. Simhà, su único hijo con Sara, se había dedicado al estudio, era rabino, y desde hacía años se había mudado con su mujer y sus hijos a Padua para enseñar la Ley a los judíos de aquella ciudad. También estaban los mellizos, los hijos de Stella y Giustiniani, que tenían dieciocho años: Fiore se había casado con Abramo Todesco, hijo de Simone, y ya tenía un hijo, que se parecía tanto a su noble abuelo que Moses se maravillaba constantemente de que nadie más lo notase. En cambio Jacob, que por ahora se encargaba del comercio de los libros, se moría de impaciencia: el Ghetto le quedaba pequeño y, con gran temor de Moses, parecía querer seguir los pasos de sus tíos lejanos. Moses sabía que Stella y Giustiniani habían hablado de ello y la única solución que habían encontrado era la de empujar a Jacob a casarse con una muchacha del Ghetto, muy joven y graciosa. Stella había ido a ver a los padres de la muchacha y habían intercambiado la promesa de matrimonio. A Jacob la futura esposa le gustaba, pero no parecía tranquilo, y su inquietud angustiaba a Moses. En los ojos de su nieto brillaba el mismo deseo de ver mundos lejanos que había visto hacía tiempo en los ojos de Davide, a quien Jacob se parecía incluso físicamente.

Moses suspiró, con la carta temblando en la mano marcada por los años.

«Hijo mío, no sé dónde estás, pero estoy seguro de que mi bendición te llegará. Después te escribiré, pero tú ya sabes lo que quiero decirte».

En aquel momento de silencio y de concentración oyó llamar a la puerta.

Era un criado de Francesco Sebastiano Giustiniani.

—Mi amo querría veros y querría saber si iréis, esta misma mañana, como de costumbre, a visitar la imprenta de su primo, el editor Marco Antonio Giustiniani.

A pesar de su aturdimiento por las palabras contenidas en la carta que acababa de releer, Conegliano se tranquilizó y exclamó con voz más fuerte de lo normal:

—Estaré en los locales de Rialto, en la Giustizia Vecchia, a media mañana.

Volvió a su alcoba, se puso la capa con prisas y salió a paso ligero.

El día de primavera era limpio y agradable.

Recorrió a buen paso algunas calles y dos puentes; después, cansado y sin aliento, bajó el ritmo.

«Ya soy viejo», pensó, pero no le dio demasiada importancia. Sabía que

Giustiniani le hablaría de hechos importantes y sentía mucha curiosidad por saber qué destino le reservaba el futuro a la edición en hebreo, una actividad que lo apasionaba y le daba una íntima satisfacción, aunque ahora ya trabajaba poco por culpa de sus ojos, que cada día veían menos. Colaboraba desde hacía seis años con Marco Antonio Giustiniani, pero en los últimos tres las dificultades habían aumentado por culpa del clima de intolerancia que habían sufrido las ediciones en hebreo.

Se acordaba bien del inicio del deterioro: el cardenal Varali o había protestado con el embajador de la Serenísima en Roma por la última edición del Talmud que Marco Antonio había realizado justo el año anterior. Para evitar complicaciones, el Colegio veneciano ordenó a los Ejecutores contra la Blasfemia, la magistratura que se ocupaba de censurar los libros herejes, que examinaran si en aquel texto había fragmentos con contenido reprobable que pudieran ser inculcados.

Al final no sucedió nada, pero se creó la sensación de que las restricciones de la libertad de imprenta podrían influir también en el próspero comercio de libros hebreos desarrollado con los años y que ahora podría sufrir incómodas limitaciones.

Llegó cansado y cojeando a la imprenta, donde encontró a Marco Antonio y Francesco Sebastiano ya enfrascados en animada conversación.

—¿Cómo estáis? ¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—¿Os acordáis de que la imprenta Bragadina acaba de imprimir el *Mishne Torà* de Moses Maimónides? —preguntó Francesco Sebastiano.

—Claro —respondió enseguida Moses—, con un precioso comentario de Meir Katzellenbogen, rabino de Padua.

—El comentario puede que fuera una maravilla —sentenció agriamente Marco Antonio—, pero ¿sabéis que he propuesto yo también el mismo texto sin las notas de Katzellenbogen?

—Vuestro volumen también es una maravilla —interrumpió Moses para evitar que su interlocutor se pusiera aún más nervioso.

—Meir Katzellenbogen ha pedido ayuda al rabino Isserles de Cracovia.

—¿Era necesario? —exclamó Moses con gran estupor.

—Seguramente no —intervino Marco Antonio—; el hecho es que este rabino, tras semanas o, mejor dicho, meses de inexplicable silencio, ha dado señales de vida y ha amenazado con excomulgar a todos los que se atrevan a comprar mi libro.

—¿Amenaza de excomunión? —repitió incrédulo Moses—. No es posible. Una posición arbitraria. Otros rabinos no estarán de acuerdo.

—Lo habrán comprado —dijo Francesco Sebastiano, aludiendo a la elección del rabino Isserles.

—¿Comprado? —se indignó Moses—. Es imposible, se trata de un rabino viejo y sabio.

—Entonces, si es viejo, ya está todo claro. Querrá reunir la dote para la última de sus hijas —observó el editor irónicamente.

—Solo tiene hijos —soltó Moses.

—Querrá dar la dote a los hijos —replicó Marco Antonio Giustiniani mirándolo de soslayo.

—El rabino Isserles es honrado —continuó Moses, suscitando la ira del editor, que se marchó furioso y sin pronunciar ni una palabra.

—La historia no ha acabado aquí —dijo Francesco Sebastiano—. Marco Antonio, sin pedir consejo a nadie (puedo comprenderlo pero ha sido desconsiderado), se ha dirigido al Papa creando las condiciones para una serie de disputas de las que es difícil intuir el final.

—¿Por qué tanta agresividad?

—No debéis olvidar que Joseph Moro Zarfati y Shlomó Romano, el nieto del célebre gramático Elia Levita, son dos apóstatas activos en la denigración de los libros hebreos y sabéis bien que la calumnia es eficaz e insinuante. En esta historia la actitud de estos ha sido fundamental.

—¿Entonces?

—¿Entonces, entonces? Está claro: para echar todo sobre Bragadin, mi primo ha utilizado todos los medios que tenía y ha suscitado la desconfianza de los mismos miembros de la curia romana que lo han ayudado.

—Lo he entendido: al final, el Talmud es la víctima de una controversia comercial y de las insinuaciones de algún converso.

—Eso no es todo: la situación solo puede empeorar. No solo porque el asunto ha sido presentado ante Julio III, al que se le ha dicho que hay palabras en aquellas páginas que difaman al mesías cristiano, sino también porque la Iglesia vive un momento muy delicado y teme por su propia supervivencia. ¿Sabéis qué se dice que ha decidido el papa Julio III?

Moses lo miró en silencio.

—Parece que tiene intención de secuestrar todos los ejemplares existentes del Talmud para retirarlos de los comercios.

Moses seguía callando.

Francesco Sebastiano se metió una mano en el bolsillo, sacó una hoja de papel y se la entregó a Moses.

—Leed esta carta de Guglielmo Sirleto al cardenal Cervini. Entenderéis más cosas.

*... En estos días he intervenido en una congregación donde se ha discutido mucho sobre la enorme impiedad presente en el Talmud de los hebreos. Los propios rabinos de los judíos se han convencido de los errores que contiene y han comprendido por qué muchos santos y, en concreto, Gregorio IX e Inocencio IV, condenaron este texto infame. Los judíos han hecho lo imposible por defenderse recurriendo a todos los medios, pero ya es una convicción extendida que esta plaga debe eliminarse...*

Moses levantó los ojos y preguntó:

—¿Debemos dejar de imprimir?

—No lo sé, la situación puede cambiar. Los golpes de efecto siempre son posibles. De todos modos, el nuncio apostólico Beccadelli insiste para obtener este

resultado: cerrar la imprenta. En cuanto al comercio, mi primo está intentando obtener que los ejemplares impresos puedan ser exportados a Turquía, pero por ahora no sabemos nada con seguridad.

## La Quema de los libros

Los Ejecutores contra la Blasfemia se reunieron en una lluviosa jornada de octubre de 1553 en una sala de la planta baja del Palacio Ducal. Habían pasado dos años de la venenosa disputa que había desembocado en aquella investigación; examinaron con precisión las relaciones que se habían creado, valoraron los distintos testigos y, por fin, tras un debate bastante breve, informaron al Consejo de los Diez de su opinión. En el Talmud de los hebreos había blasfemias gravísimas contra Dios, contra Cristo y la Virgen. Por tanto, se debía actuar de forma ejemplar.

El Consejo de los Diez, en pocos minutos, tras levantar acta del documento de los ilustres magistrados, decidió que todas las copias del libro incriminado que estuvieran en posesión del impresor, o incluso de particulares, fueran secuestradas y se procediera a su destrucción de la misma forma con que se había procedido en el *campo dei Fiori* en Roma: con una buena hoguera.

Francesco Sebastiano Giustiniani fue informado de las deliberaciones por un amigo de confianza, que incluso había ayudado a su primo editor a esconder ejemplares del texto destinado a la destrucción.

«Me lo esperaba —se dijo a sí mismo, consternado—. Esta afrenta empujará a los judíos a marcharse. Todos saben que el Talmud no contiene elementos blasfemos y que toda la historia es un montaje, una puesta en escena para reprimirlos, en vista de que por ahora es más difícil detener la herejía luterana que ya se percibe en Italia».

Se quedó sentado en la silla unos minutos intentando valorar si había alguna salida, pero no logró deshacer la intrincada maraña.

«Me he hecho viejo —pensó—. Hace tiempo quizá habría sido capaz de detenerlos. Tenía muchos amigos en los lugares adecuados y alguna cosa habría urdido, algo habría hecho. Ahora conozco a estos jóvenes que han llegado al poder, pero nadie me haría caso. Ya no tengo la influencia que tenía antes, cuando podía ser escuchado, aunque con discreción».

Permaneció toda la noche en un estado de incertidumbre: no se veía con ánimo de ir a ver a Moses para contarle lo que estaba pasando.

Sin embargo, el viejo judío comprendió enseguida lo que estaba a punto de suceder.

Cuando dos enviados del Consejo de los Diez llamaron a su casa y le comunicaron que al día siguiente debía presentarse en la plaza de San Marcos para asistir a una ceremonia pública, Moses les respondió con gran deferencia y con una calma solo aparente.

—¿Todavía os quedan ejemplares del Talmud? —preguntó con voz suave el más alto de los dos.

—Ayer por la mañana —contestó Moses con voz segura y mirada inexpresiva—

tenía tres cajas llenas.

—¿Qué habéis hecho con ellas? —preguntó el más bajo en tono igualmente neutro.

—Lo que suelo hacer cuando las cajas están llenas —contestó Moses con un imperceptible temblor en la voz.

Se hizo un silencio.

—¿Dónde están? —preguntó amablemente el más alto.

—¿Desea comprar un ejemplar para alguien?

—¿Dónde están? —repitió en tono firme el más alto, que ya estaba cansado de fingir.

—Se los entregué a un barquero que los cargó en su barca y se marchó.

Los dos hombres callaron y se marcharon.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el joven Luzzatto, que hacía poco tiempo que trabajaba con él.

—Querido Jacob, quizá un día tú podrás encargarte todavía del Talmud. Para mí la partida ha terminado.

—¿Qué queréis decir?

—Están recogiendo todos los ejemplares. Los meterán en cualquier convento en el continente y no volveremos a ver nuestros amados libros.

—Quizá un día entenderán que se han equivocado y nos los devolverán.

Moses no pudo reprimir una sonrisa amarga.

—Esperémoslo, esperémoslo. Pero no he entendido qué se esconde detrás de esta invitación a la plaza de San Marcos. ¿Querrán que veamos cuántos ejemplares han recogido? ¿Querrán quemarlos como parece que hicieron, según dicen algunas versiones no confirmadas, en el *campo dei Fiori* en Roma?

Moses, como Francesco Sebastiano, pasó una noche agitada.

Al día siguiente, bajo un precioso sol, en un día caluroso y sin viento, entre toques de trompetas y retumbo de tambores, disimulados entre una multitud agitada, los dos hombres intercambiaron un saludo desde lejos.

En una parte había un pequeño grupo de judíos vestidos de forma descuidada. En la otra, un grupito de nobles que reían entre ellos con los ánimos excitados y juerguistas. En medio, barqueros, mozos de cuerda y plebeyos que esperaban con curiosidad saber qué estaba sucediendo.

Por el fondo de la plaza entró un extraño cortejo de carros llenos de libros.

Los hombres que los empujaban se colocaron en el centro y descargaron sin miramientos en el suelo todavía mojado todos los volúmenes finamente encuadernados.

La gente estaba en silencio.

Los carros siguieron llegando y la montaña de libros se hizo más alta.

Moses tuvo la sensación de que sonaban otros toques de trompeta y de que se oía un redoble de tambores, pero no estaba del todo seguro.

Le latían las sienes, su mirada estaba velada por las lágrimas, se sentía ofuscado, sus pensamientos se agolpaban y le impedían oír con claridad. De pronto todos se quedaron inmóviles y un silencio poco natural se impuso con prepotencia.

Desde el fondo de la plaza avanzó un muchacho que llevaba una antorcha.

Se paró frente a los libros y, tras un momento de excitación, respondió a una orden recibida y prendió fuego a la pila.

Las llamas tardaron un rato en imponerse, debido a la humedad del terreno. Unos instantes después rodearon toda la montaña de libros y se elevaron hacia el cielo azul y hacia el sol.

Las lágrimas, que resbalaban silenciosas, impidieron a Moses observar la destrucción de aquellos libros preciosos a los que había dedicado día tras día de trabajo arduo.

El aire caliente elevó pequeños jirones de páginas medio encendidas, mandándolas al cielo con alguna letra hebrea que se distinguía apenas tras haberse librado del calor de las llamas.

Después, mientras los espectadores desilusionados por un espectáculo poco emocionante se alejaban, quedó solo el pequeño grupo de judíos que, imperceptiblemente, rezaban una plegaria entre los labios apenas separados.

En el suelo húmedo se veía un montón de ceniza que se movía presa de un vientecito que poco a poco se había levantado.

Moses Conegliano fue uno de los últimos en marcharse. Se alejó cojeando un poco, sin volver la vista atrás, allí donde el humo de la quema se estaba disolviendo en el aire, y dejaba a la vista los mosaicos de la iglesia que brillaban por el sol, los mármoles rosados del palacio de los Dux y, más allá de la placita, las naves ancladas en el agua, con las banderas desplegadas al viento sobre los pendones de las galeras, testimoniando la gloria de la Serenísima República.

Moses no veía nada de esto; pensaba en sus hijos, en Davide y Gabriele, los dos tan lejanos, en Simhà, en sus nietos, en su esfuerzo convertido literalmente en humo. Y, mientras tanto, se dirigía a casa, hacia el Ghetto, cárcel y al mismo tiempo refugio de un exiguo grupo de personas que se esforzaban todos los días por reafirmar su derecho a existir.

Respiró profundamente.

«Se pueden quemar las páginas de un libro, de muchos libros —pensó—, pero por suerte no se pueden quemar las ideas».

Quizá se engañaba, una vez más.

## GLOSARIO DE TÉRMINOS JUDÍOS

*arbé*: langosta

*arov*. animales feroces

*arvit*: orden de las oraciones de la noche

*barad*: granizo

*Baruch hashem*: el Santo Bendito

*carpas*: oración ritual que se recita al ingerir apio

*chacham*: erudito

*chazan*: cantor

*chazer*: Recinto

*chetubá*: contrato nupcial

*chupa*: tálamo nupcial. Simbólicamente, pabellón bajo el que se celebran las bodas

*daienu*: nos hubiera bastado

*dam*: sangre

*dever*. Peste

*ghet*: divorcio

*Goy/goyim* (pl.): no judío

*hagadá*: leyenda o relato que se lee en *Pesaj*

*Hashem*: uno de los nombres de Dios

*hashidim*: rama más conservadora del judaísmo

*jajatz*: partición del pan ácimo

*joshej*: oscuridad

*kadesh*: santificación del día con una copa de vino

*kadish*: oración, particularmente la de los huérfanos por sus padres

*kashrut*: conjunto de normas alimentarias prescritas por la Torá

*kavod*: honor

*kehillá*: comunidad de Israel

*kidush*: bendición de la mesa, propia del sabbat

*kinnim*: mosquitos

*kipur*: día del perdón

*kosher/kasher*: producto alimenticio producido conforme a las normas de la Torá

*lev*: corazón

*macat bechorot*: muerte de los primogénitos

*maggid*: narración especialmente dedicada al Libro de Esther.

*matzá*: pan sin levadura

*mazal tov*: buena suerte

*mazzot shemurot*: alimento típico del *Pesaj*

*mesumad*: apóstata

*milá*: circuncisión

*minian*: quorum mínimo de diez personas (generalmente hombres) necesario para ciertos ritos

*mitzvá/mitzvot* (pl.): precepto o mandamiento

*Pesaj*: festividad judía que conmemora la salida del pueblo judío de Egipto

*pilpul*: ejercicio dialéctico *seder*, ritual de Pascua

*Shaddai*: Todopoderoso

*Shalom*: paz; término utilizado como saludo

*shejin*: úlceras

*surgun*: tipo de coerción

*surgunlu*: personas sometidas a la coerción

*surgun urjatz*: lavatorio de manos purificado

*zefardea*: ranas

*zichronò Livraha*: bendito sea su recuerdo

## **CRONOLOGÍA**

- 1508** Muerte de Isaac Abrabanel
- 1509** Derrota de Agnadello
- 1510** Audiencia de Julio II a los embajadores venecianos
- 1511** Encuentro de Francesco Sebastiano Giustiniani con el dux Loredan
- 1511** Terremoto
- 1513** Los ejércitos imperiales en la orilla de la laguna
- 1514** Incendio en Rialto
- 1515** Los sermones del padre Giovanni Maria d'Arezzo
- 1516** Traslado de los judíos al Ghetto Nuovo
- 1520** Renovación de la *condotta*
- 1521** Muerte del dux Leonardo Loredan
- 1521** Elección del dux Antonio Grimani
- 1523** Muerte del dux Antonio Grimani
- 1523** Elección del dux Andrea Gritti
- 1527** Saqueo de Roma
- 1530** Carlos V coronado emperador por Clemente VII
- 1538** Muerte del dux Andrea Gritti
- 1539** Elección del dux Pietro Lando
- 1541** Nacimiento del Ghetto Vecchio
- 1545** Inicio del Concilio de Trento
- 1547** Matanza de los judíos en Asolo
- 1551** Disputas entre editores en Venecia
- 1553** Quema de libros en la plaza de San Marcos

## **AGRADECIMIENTOS**

Estas páginas han despertado el entusiasmo y la pasión crítica de mi esposa Anna Vera, que con observaciones y sugerencias las ha transformado, ha eliminado incongruencias y pesadeces y ha contribuido a que el libro se convirtiera en una novela.

El mismo entusiasmo han manifestado, con gran satisfacción para mi, Giulia Ichino y Federica Manzon, que han elaborado la versión definitiva del texto con meticulosa inteligencia.

Naturalmente, toda la responsabilidad es mía.

# Notas

[1] Gira, gira, molinillo  
con el hermano Palillo  
que hace bailar la mona.  
Ay, la mona, pobrecita  
no sabe jugar solita.  
Tienes que peinarla.  
Tienes que mantenerla,  
calzarla y bien vestirla  
con ropa de terciopelo  
que hace juego con el pelo.  
Es mi sangre,  
es tu sangre,  
vuestra sangre:  
saco un cuchillo y os mato. <<